



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
COLEGIO CIVIL, ESCUELA PREPARATORIA No. 9



Taller de Lecturas Literarias I

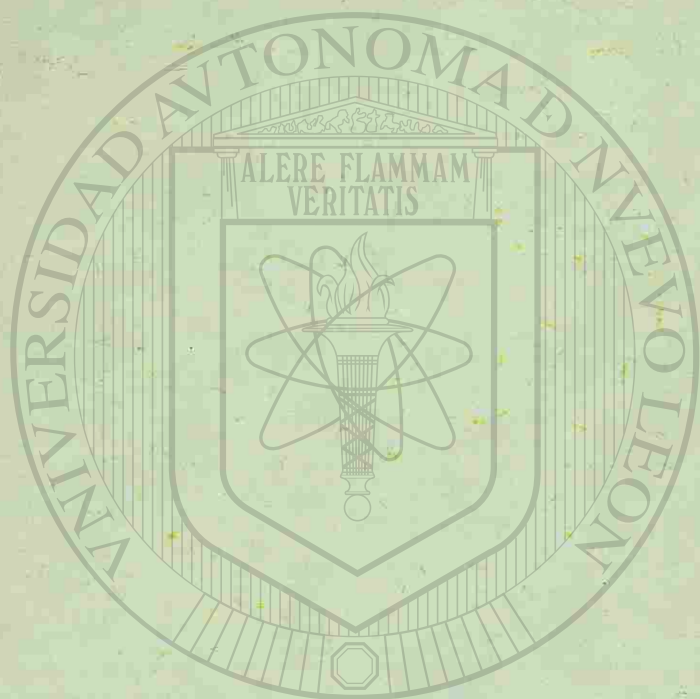
Lic. Carlos Chavarria C.

PN508

Ch3



1020120153



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRESENTACION

La Universidad Autónoma de Nuevo León, nuestra máxima casa de estudios pretende formar profesionistas con una gran calidad académica, conscientes de lo anterior, la preocupación más importante desde el inicio de nuestra administración ha sido contribuir a facilitar la eficiencia de nuestros alumnos.

Consideramos que uno de los indicadores más significativos para incrementar el rendimiento escolar es proporcionar materiales auxiliares que faciliten el logro de un aprendizaje óptimo.

El personal docente de nuestra institución, queriendo contribuir a tan noble labor, se ha dado a la tarea de elaborar libros con contenido apegados a los programas de estudio establecidos. Este es uno de ellos; esperamos te sea de utilidad.

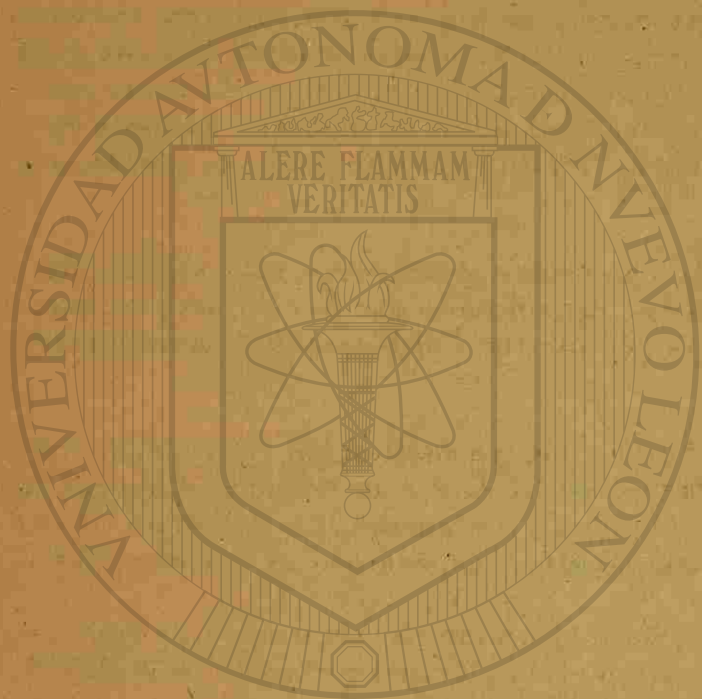
Como observarás, lo importante para nosotros es contribuir a tu crecimiento físico, intelectual y moral. ESTAMOS SEGUROS LO LOGRARAS.

Ing. Armando González González,

DIRECTOR



*rhl



TALLER DE LECTURAS LITERARIAS I

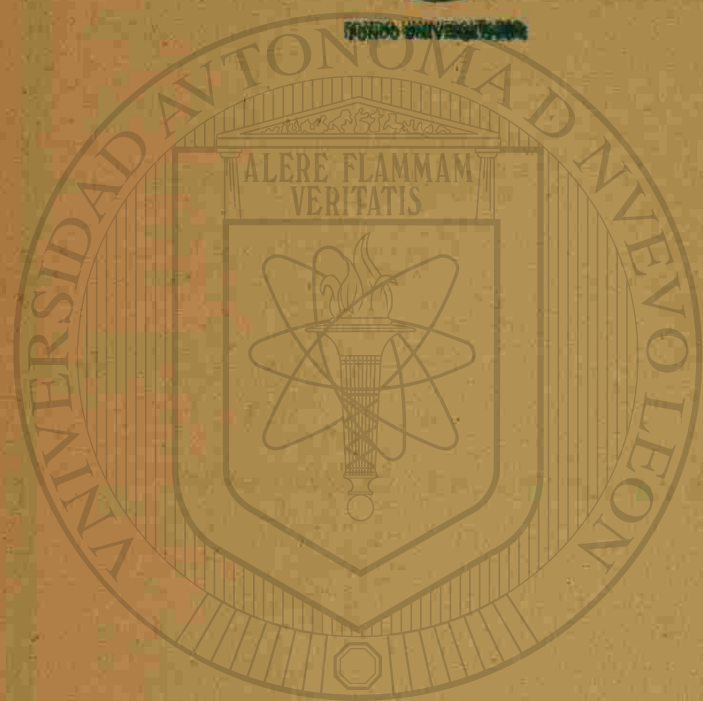
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PM508

Ch3

0134-11460



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PROLOGO

En este primer curso de Taller de Lecturas Literarias se pretende que el estudiante capte de una manera general y sencilla los contenidos de la materia, pues no obstante que al cursar su tercer año de secundaria se le proporcionaron algunos conocimientos al respecto; consideramos uno de nuestros objetivos reafirmar dichos temas ampliándolos y dándoles la ubicación precisa dentro del contexto literario.

Se pretende también, llegar a la sensibilidad del alumno para que, aunque de una manera elemental, se inicie en el conocimiento de las obras de arte y aprenda a valorar los mensajes que a través de ellas pretenden dar sus autores, particularmente en lo que se refiere a la literatura.

Apoyados en los conceptos que al respecto han vertido los estudiosos de la materia, realizamos el presente trabajo y lo ofrecemos a los maestros de la Academia de Literatura como material de apoyo en el quehacer diario de nuestra labor docente, agradeciendo de antemano el apoyo decidido de la Dirección de nuestra escuela para llevar a feliz término nuestro objetivo y en particular al personal del Departamento de Psicopedagogía por la dedicación y esmero con que participaron en la elaboración del mismo.

Lic. Carlos Chavarría Cepeda.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I N T R O D U C C I O N

Al iniciar el estudio de Taller de Lecturas Literarias en este semestre, es necesario hacer algunas observaciones al respecto, ya que el alumno estudió algo de literatura cuando cursó su tercer año de secundaria, ahora, nuevamente vuelve a encontrarse con esta materia, la cual debemos considerar como importante, ya que a través de la misma se manifiestan todas las demás materias que forman parte del plan de estudios, como más adelante lo explicaremos.

La Preparatoria trata de que el alumno desarrolle su sensibilidad al conocimiento por medio de las diferentes asignaturas que se imparten durante este ciclo escolar y la finalidad de incluir esta materia en el plan de estudios, es para que a través de la misma se adquiera el interés y el hábito por la lectura, ya que esta actividad (la lectura), es sumamente importante en la vida del estudiante, toda vez que se ha utilizado desde la primaria y la secundaria, ahora se pretende que mediante la lectura, el alumno no solamente adquiera información sino que obtenga además una formación que le servirá en sus estudios profesionales.

El Taller de Lecturas Literarias, pretende desarrollar el gusto literario personal, al tener un contacto directo con obras literarias, para que el alumno realice el análisis literario de las mismas con los conocimientos que paulatinamente vaya adquiriendo, realizando críticas de obras debidamente orientadas en base a los elementos que componen la obra litera

ria, además, nuestra materia tiene finalidades prácticas que le servirán al alumno en un futuro, pues no hay que olvidar que se está en proceso de formación de profesionistas cuya cultura debe ser aceptable y evitar que por desconocimiento de la lengua se cometan errores imperdonables.

Lo anterior se comenta, ya que con frecuencia hemos tropezado con: discursos larguísimos en los que no se dice nada; eminentes investigadores incapaces de dar una conferencia o de responder a una entrevista; licenciados que cometen faltas de ortografía; políticos que se glorían de haber leído pocos libros en muchos años; profesionales que tienen una concepción infantil y simplista de la vida; funcionarios que repiten continuamente "este", "digo", etc.; estudiantes de la Universidad que presentan trabajos confusos; artículos escritos por profesionales con citas y referencias ininteligibles. Todas estas deficiencias provienen de personas que no saben utilizar sus conocimientos gramaticales para mejorar su capacidad de comunicación, nunca ejercieron su expresión oral, nadie les enseñó a redactar, aprendieron a interpretar los signos escritos, pero no a leer su profundidad, no se aficionaron a la lectura, no aprendieron a utilizar fuentes escritas y se interesaron exclusivamente "por las ideas", como si estas se manifestaran por medio de palabras, es decir: NO ESTUDIARON EL LENGUAJE COMO MEDIO DE COMUNICACION INDISPENSABLE PARA CUALQUIER ACTIVIDAD PROFESIONAL.

TALLER DE LECTURAS LITERARIAS

3er. SEMESTRE

OBJETIVO TERMINAL:

El alumno adquirirá el interés y hábito - por la lectura, mediante la comprensión y análisis de la obra literaria, logrando - la formación de una conciencia crítica, - así como el desarrollo del vocabulario y la forma de expresión.

OBJETIVO GENERAL:

El alumno aplicará un método de análisis que permita comprender en la obra literaria, en su contenido y forma de expresión. Al mismo tiempo, reafirmará dicho conocimiento a través del estudio de diferentes corrientes literarias.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SUMARIO

Pág.

INTRODUCCION

UNIDAD 1

EL ARTE Y LAS BELLAS ARTES

1. La Belleza.....	10
2. El Arte.....	10
3. Las Bellas Artes.....	10

UNIDAD 2

IMPORTANCIA DE LA LITERATURA

1. La Literatura.....	16
2. Finalidad de la Literatura.....	17
3. Literatura y Sociedad.....	18

UNIDAD 3

LOS GENEROS LITERARIOS

1. Los Géneros Literarios.....	25
2. El Género Epico.....	25
3. El Género Lírico.....	43
4. El Género Dramático.....	55
5. El Género Didactico.....	60



UNIDAD 4

EL ANALISIS LITERARIO

1. Concepto de Análisis Literario.....	72
2. Elementos de Estructuras.....	73
3. La Técnica.....	79

UNIDAD 5

ORIGEN Y CARACTERISTICAS DE LOS MOVIMIENTOS LITERARIOS; EL RENACIMIENTO, EL ROMANTICISMO Y EL REALISMO

1. Origen de los Movimientos Literarios.....	92
2. La Literatura Clásica.....	92
3. Características de los Movimientos Literarios.....	95
4. El Renacimiento.....	96
5. El Romanticismo.....	185
6. El Realismo.....	214
BIBLIOGRAFIA.....	282

UNIDAD 1

EL ARTE Y LAS BELLAS ARTES

OBJETIVO PARTICULAR :

Tiempo : 3 Frecuencias

Al término de la Unidad, el alumno :

Ubicará la Literatura dentro de las Bellas Artes.

OBJETIVOS ESPECIFICOS :

1.1.- Enunciará el significado de la palabra Arte.

1.2.- Explicará el concepto de belleza y su división.

1.3.- Enunciará las Bellas Artes.

1.4.- Explicará las características de las Bellas Artes.

1.5.- Identificará a la Literatura como una de las Bellas Artes.

UNIDAD 4

EL ANALISIS LITERARIO

1. Concepto de Análisis Literario.....	72
2. Elementos de Estructuras.....	73
3. La Técnica.....	79

UNIDAD 5

ORIGEN Y CARACTERISTICAS DE LOS MOVIMIENTOS LITERARIOS; EL RENACIMIENTO, EL ROMANTICISMO Y EL REALISMO

1. Origen de los Movimientos Literarios.....	92
2. La Literatura Clásica.....	92
3. Características de los Movimientos Literarios.....	95
4. El Renacimiento.....	96
5. El Romanticismo.....	185
6. El Realismo.....	214
BIBLIOGRAFIA.....	282

UNIDAD 1

EL ARTE Y LAS BELLAS ARTES

OBJETIVO PARTICULAR :

Tiempo : 3 Frecuencias

Al término de la Unidad, el alumno :

Ubicará la Literatura dentro de las Bellas Artes.

OBJETIVOS ESPECIFICOS :

1.1.- Enunciará el significado de la palabra Arte.

1.2.- Explicará el concepto de belleza y su división.

1.3.- Enunciará las Bellas Artes.

1.4.- Explicará las características de las Bellas Artes.

1.5.- Identificará a la Literatura como una de las Bellas Artes.

1.- LA BELLEZA

Es la cualidad que poseen los objetos para producir la emoción estética, la admiramos en la naturaleza, en los vastos paisajes que nos ofrecen, en las puestas de sol, en un cálido amanecer, en el murmullo de la fuente, en la profundidad del mar, en la espesura de la selva, en el canto de las aves multicolores, en el infinito, en fin, en todo lo creado. Podríamos definir a la belleza como una emoción o un sentimiento agradable, puro, desinteresado, que afecta armoniosamente a todas las facultades humanas: sensitivas, intelectuales y morales.

Otra definición de la belleza es el esplendor del orden, el esplendor de la verdad, el esplendor de la bondad.

2.- EL ARTE

El hombre ha creado belleza, dándole una expresión emotiva y humana, se ha convertido de un simple hombre, en un artista.

El arte es la manifestación de la belleza a través de algún elemento determinado, que emplea el hombre para realizar esta manifestación y producir la emoción estética.

El arte es también, hacer bien una cosa según determinadas reglas. Pues bien, a las artes que tienen esa finalidad producen la emoción estética, se les denomina Bellas Artes.

3.- LAS BELLAS ARTES

Son éstas: la Arquitectura, la Escultura, la Pintura, la

Música y la Literatura. A las artes anteriores, según algunos críticos, se agregó la Danza. El Cine en ocasiones es considerado como el Séptimo Arte.

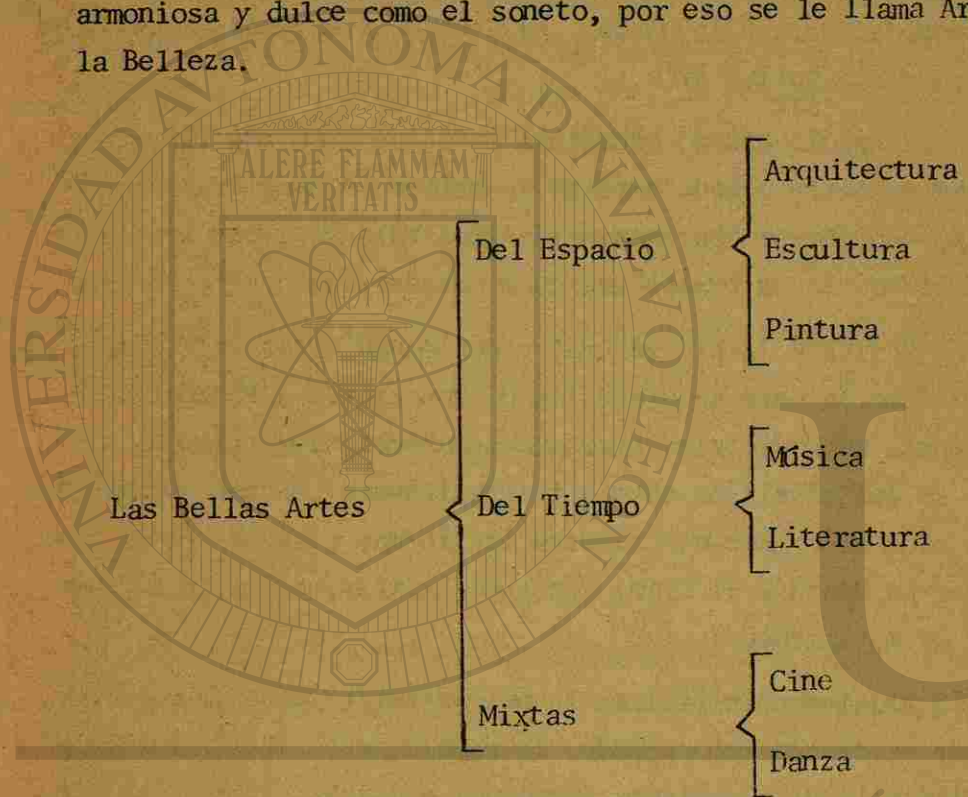
A la Arquitectura, Escultura y Pintura, se les llama artes del espacio, porque emplean la materia en sus tres dimensiones, también se les considera Artes Visuales, por ser la vista el sentido a través del cual se observan.

La Música y la Literatura se denominan Artes del Tiempo, pues requieren para su ejecución de una cierta duración; un principio, un medio y un fin, que acontecen en el tiempo, a éstas se les clasifica como Artes Auditivas, en razón de que es el oído el órgano que observa las formas creadas por el artista. La Danza y el Cine, son artes mixtas, al mismo tiempo artes de movimiento.

La Arquitectura realiza la belleza utilizando la piedra, el vidrio, el concreto armado, la madera, etc. La Escultura manifiesta la vida mediante volúmenes o masas solamente valiéndose del mármol, yeso, arcilla, madera, etc. La Pintura representa lo bello valiéndose del color, del dibujo y de la perspectiva. La Música combina acertadamente las notas de la escala reproduciendo sonidos armoniosos. La Literatura tiene solamente un material: La palabra, hablada o escrita, es únicamente la palabra.

La Literatura encierra dentro de sí todas las artes, ya que la palabra es más duradera que la piedra, más pintoresca que el color mismo, esculpe magistralmente a los personajes de

una obra de teatro, es más resistente que la arquitectura y es armoniosa y dulce como el soneto, por eso se le llama Arte de la Belleza.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIDAD I

EJERCICIOS DE EVALUACION

¿Qué es el Arte?

Explica el concepto de belleza:

¿Cuáles son las Bellas Artes?

¿Porqué a la Arquitectura, la Escultura y a la Pintura se les denomina Artes del Espacio?

¿Porqué a la Música y Literatura, se les denomina Artes del Tiempo?

¿Porqué al Cine y a la Danza se les denomina Artes Mij

¿Cuáles son las Artes Visuales?

¿Cuáles son las Artes Auditivas?

¿Qué material emplea la Literatura?

¿Porqué a la Literatura se le llama Arte de la Belleza?

UNIDAD 2

IMPORTANCIA DE LA LITERATURA

OBJETIVO PARTICULAR :

Tiempo : 2 Frecuencias

Al término de la Unidad, el alumno :

Comprenderá la importancia de la Literatura.

OBJETIVOS ESPECIFICOS :

2.1.- Citará algunas definiciones de Literatura.

2.2.- Interpretará la finalidad e importancia de la Literatura.

2.3.- Explicará la relación entre la obra Literaria y la Sociedad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



¿Porqué al Cine y a la Danza se les denomina Artes Mij

¿Cuáles son las Artes Visuales?

¿Cuáles son las Artes Auditivas?

¿Qué material emplea la Literatura?

¿Porqué a la Literatura se le llama Arte de la Belleza?

UNIDAD 2

IMPORTANCIA DE LA LITERATURA

OBJETIVO PARTICULAR :

Tiempo : 2 Frecuencias

Al término de la Unidad, el alumno :

Comprenderá la importancia de la Literatura.

OBJETIVOS ESPECIFICOS :

2.1.- Citará algunas definiciones de Literatura.

2.2.- Interpretará la finalidad e importancia de la Literatura.

2.3.- Explicará la relación entre la obra Literaria y la Sociedad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



1.- LA LITERATURA.

La palabra literatura proviene de litterae que significa: Letra, se le ha definido como la bella arte que expresa su contenido por medio de la palabra; tiene por objeto exteriorizar el mundo íntimo del hombre y dar a conocer el mundo que lo rodea. Es la expresión de la cultura del pueblo que la produce. Por sus objetivos y contenidos, la literatura no difiere mucho de las demás artes, más, por sus recursos, es sin duda la más humana. Múltiples son los fines que persigue la literatura; divierte y enseña, analiza, crítica e interpreta los hechos reales e imaginarios; enardece y sublima, deprime o eleva, inventa y recuerda, pero lo esencial es que este arte, unido con la música y la danza, nos presenta a los hombres de todos los pueblos, de todos los siglos, de todas las razas, hermanados, tomados de la mano, logrando lo imposible; acercar al hombre a ese ser tan desconocido que es el hombre mismo.

Con el objeto de que formes tu propio criterio respecto a la definición de lo que es la literatura, a continuación mencionamos la definición de literatura que expresan algunos autores:

- La literatura es la manifestación de la belleza por medio de la palabra.
- Es una de las Bellas Artes que expresa su contenido por medio de la palabra y que tiene por objeto volver a crear el mundo íntimo del hombre y la realidad que la circunda.

MA. EIMEE ALVAREZ
MOISES JIMENEZ ALARCON

Es la expresión más completa del hombre. Es la manifestación más clara y tangible de la presencia del hombre en este mundo.

HOMERO FERNANDO VILLARREAL

Actividad estética que se manifiesta a través de un espejo verbal, oral o escrita.

RICARDO ESCOBEDO.

Es toda manifestación mental por medio del lenguaje.

ALFONSO REYES

Es una de las Bellas Artes y expresa su contenido por medio de la palabra; tiene por objeto volver a crear el mundo íntimo del hombre y la realidad objetiva que lo antecede.

HERCULANO TORRES

Es la más bella y profunda expresión del alma de un pueblo.

CARLOS GONZALEZ PEÑA

La Literatura como expresión del hombre podríamos definir la como sigue: Es la manifestación humana a través de la palabra, con el propósito de crear belleza y proporcionar un mensaje.

FINALIDAD DE LA LITERATURA.

La finalidad o función de la literatura depende de la utilización que se le dé a la obra literaria, pues ésta puede ser con el objeto de obtener un conocimiento o bien de obtener un rato de solaz esparcimiento.

También la Literatura nos lleva al universo del pasado,ándonos un panorama de las culturas vistas a través de la expresión escrita, donde millares y millares de seres trataron de depositar algo del "yo" o de captar esencias de la vi

da de sus semejantes; escuela de sentimiento que se depura y afina al pasar por las cuerdas sonoras de otras sensibilidades que hacen vibrar un instante nuestra alma con sensaciones desconocidas, paisajes extraños; comprensión de las debilidades humanas, simpatía por los que sufren y entusiasmo por los que triunfan, la poesía educa la sensibilidad y afina el gusto; la novela hace emigrar a otros países, penetra en otros corazones, sondea otras conciencias. La oratoria vibra y mueve la voluntad; la historia enseña como maestra de la vida; la filosofía penetra en los misterios cónditos del ser.

3.- LITERATURA Y SOCIEDAD.

La Literatura no puede sustenerse a su universo que es la sociedad en la cual se realiza con toda su plenitud, pero no olvidemos que su función de comunicadora entre las distintas culturas, tanto del presente como del pasado, son importantísimas.

La obra literaria no puede desligarse del hecho social ya que éste es un medidor de la época, es además, un testimonio fiel de la cultura de un pueblo y de la época en que produce.

La obra literaria es escrita para un público que es encargado de dar universalidad a dicha obra, por lo tanto no podemos considerar en forma aislada a la sociedad y a la literatura, existen algunas teorías que expresan el fenómeno literario en función de la sociedad.

Para Arturo Souto, las teorías más importantes son las siguientes: La Teoría Costumbrista, La Teoría Historicista, La Teoría Positivista, La Teoría Marxista y la Teoría Sociológica Integral.

a.- La Teoría Costumbrista es la más antigua. Los primeros críticos o comentaristas señalaron una realidad evidente: que la obra literaria refleja en gran parte las costumbres, los ideales y los valores del pueblo en que se producen. El escritor (dice Souto), es el espejo en el que se refleja su pueblo y su época, es decir, la sociedad a la que pertenece.

b.- La Teoría Historicista refleja no sólo la voluntad del autor, sino también el clima temporal en que se envuelve. Un gobernante o una época marca un estilo en la escritura, éstos por obediencia, disciplina o conveniencia escriben sobre una línea trazada. También es común encontrar que un hecho histórico viene a crear una corriente, en México, por ejemplo, se habla de la novela de la Revolución.

c.- La Teoría Positivista, tiende a ser más científica. La obra se considera, según Taine, en función de la raza, el medio y el momento. Esto es: la raza, el grupo étnico a que pertenece el escritor; la sangre, las tendencias que lo empujaron a preferir un tema sobre otro. El medio, lo determina el clima, el ambiente geográfico que lo condiciona y por último el momento. Éste es el tiempo histórico en que vive el artista y que siempre influye en él.

ch.- La Teoría Marxista, explica la obra como una superestructura. El escritor participa de la ideología de las clases dominantes, o por el contrario, se opone a ellas. De una u otra manera participa en la lucha de clases. El carácter de la literatura de un determinado período estará dado según la teoría materialista, por las estructuras sociales, las relaciones con los medios de producción, en último término, por la economía. La Literatura según explican los teóricos, es un proceso dialéctico es una reflexión de los conflictos sociales.

d.- La Teoría Sociológica Integral, engloba las hipótesis anteriores. Estudia las generaciones a que pertenecen los escritores, el origen social de los géneros, el mercado literario, etc.

UNIDAD 2

EJERCICIOS DE EVALUACION

INSTRUCCIONES: Escribe en el paréntesis el número que corresponda a la cuestión.

- 1.- Alfonso Reyes () La literatura es la manifestación de la belleza por medio de la palabra.
- 2.- Moisés Jiménez Alarcón () Es la expresión más completa del hombre. Es la manifestación más clara y tangible de la presencia del hombre en este mundo.
- 3.- Homero Fernando Villarreal () Actividad estética que se manifiesta a través de un espejo verbal, oral o escrita.
- 4.- Carlos González Peña () Es una de las Bellas Artes que expresa su contenido por medio de la palabra y que tiene por objeto volver a crear el mundo íntimo del hombre y la realidad que le circunda.
- 5.- Ma. Edmee Alvarez () Es la manifestación humana a través de la palabra, con el propósito de crear belleza y proporcionar un mensaje.
- 6.- Ricardo Escobedo () Es la más bella y profunda expresión del alma de un pueblo.

7.- Autor de este libro. () Es toda manifestación mental por medio del lenguaje.

Contesta correctamente las siguientes cuestiones.

¿De qué vocablo proviene la palabra Literatura y que significa?

¿De qué depende la finalidad o función de la Literatura?

¿Qué finalidad puede tener una obra Literaria?

¿Qué función importantísima tiene la Literatura entre las distintas culturas?

¿Porqué la obra literaria no puede desligarse del hecho social?

¿Cuáles son las Teorías que expresan el fenómeno literario en función de la Sociedad, según Arturo Souto?

INSTRUCCIONES: Completa las siguientes cuestiones.

¿Qué obra literaria refleja en gran parte las costumbres, los ideales y los valores del pueblo en que se producen, según la Teoría? _____

Refleja no solo la voluntad del autor, sino también el clima temporal en que se envuelve. Un gobernante o una época marca un estilo en la escritura, éstos - por obediencia, disciplina o conveniencia escriben - sobre una línea trazada, según la Teoría: _____

Tiende a ser más científica. La obra se considera, según Taine, en función de la raza, el medio y el momento, es la Teoría: _____

Explica la obra como una superestructura. El escritor participa de la ideología de las clases dominantes, o por el contrario, se opone a ellas, participa en la lucha de clases, según la Teoría: _____

Estudia las generaciones a que pertenecen los escritores, el origen social de los géneros, el mercado literario, etc., es la Teoría: _____

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

UNIDAD 3

LOS GENEROS LITERARIOSOBJETIVO PARTICULAR :

Tiempo : 11 Frecuencias

Al término de la Unidad, el alumno :

Conocerá las características de los géneros literarios (lo épico, lo lírico y lo dramático).

OBJETIVOS ESPECIFICOS :

- 3.1.- Identificará los géneros y subgéneros literarios.
- 3.2.- Determinará las características de los géneros literarios.
- 3.3.- Identificará los fragmentos de obras literarias: lo épico, lo lírico y lo dramático, en las obras clásicas.

1.- LOS GENEROS LITERARIOS

Los grupos de obras literarias que poseen características comunes, de acuerdo con un mismo punto de vista, se llaman géneros.

Desde la antigüedad, las obras literarias han sido clasificadas por géneros, pues fueron los griegos quienes las agruparon en género épico, lírico y dramático. Más tarde se habla de otro género, el didáctico, que, aunado a la intención estética, se propone transmitir un conocimiento.

Actualmente, las obras literarias pueden situarse dentro de uno o varios géneros, pues al analizar su fondo y su forma nos encontramos que sus características las agrupan en varios géneros.

La literatura moderna continúa con la antigua clasificación de los géneros y los estudia como son, épico, lírico y dramático.

2.- EL GENERO EPICO

A este género pertenecen las obras literarias cuya finalidad es únicamente la de narrar, contar o relatar algún suceso, el autor desempeña el papel de testigo u observador. También se le llama objetivo, pues el poeta narra hechos exteriores, ajenos a su espíritu y temas como en los poemas filosóficos, su nombre viene del griego epos, que significa narración relato.

Son considerados subgéneros del género épico: Los Canta

res de Gesta, La Epopeya, La Leyenda, El Cuento, La Novela, La Fábula, El Romance, La Balada, etc..

a.- Los Cantares de Gesta:

Son poemas donde se narran las hazañas de guerreros y caudillos que generalmente se conservan por tradición oral y son de origen popular, ejemplos: El Cantar de Fernán González, Los Siete Infantes de Lara, etc.

b.- Epopeya:

Es un poema de gran extensión, que relata hechos heroicos de personajes reales o imaginarios y puede ser culta o popular, ejemplos: La Iliada, La Odisea, La Eneida, El Ramayana, El Mahabaratha, etc..

c.- La Leyenda:

Es una composición breve, en verso o en prosa, que relata un hecho imaginario pero cuyas raíces son reales e históricas, puede ser popular, generalmente es anónima.

ch.- El Cuento:

Es una composición en prosa, de trama sencillo y pocos personajes, el hecho que se relata puede ser real o imaginario.

d.- La Novela:

Es una narración en prosa, de mayor extensión que el cuento, su trama es compleja ya que plantea situaciones conflictivas, numerosos personajes de caracteres diversos y los hechos que se relatan son reales o fantásticos.

La Novela es el subgénero literario que más difusión ha tenido en las últimas décadas, por lo cual se ha clasifi-

cado según el tema que trate, en novelas de aventuras, psicológicas, picarescas, policíacas, sociológicas, etc.

e.- La Fábula:

Es una composición de cortas dimensiones, en que se desarrolla una acción de carácter alegórico, con el fin de impartir una enseñanza.

f.- El Romance:

Este se deriva de los Cantares de Gesta, en el que se presenta una cierta influencia lírica, de estructura española, es un fragmento épico que tiene por misión relatar hechos heroicos o legendarios y es de breve extensión.

g.- La Balada:

Es un relato épico de los pueblos germanos.

Con el objeto de que identifiques al género épico, a continuación se incluyen las 24 Rapsodias de la Iliada y el Canto Primero de la obra escrita por Homero, uno de los grandes poetas épicos de la Antigua Grecia.

Rapsodia I.—La peste, la querrela y la indignación de Aquiles. Al comenzar la epopeya los griegos se hallan en plenas operaciones guerreras, algo fatigados tras tantos años de asedio inútil, nostálgicos de su tierra y, para colmo, diezmados por las enfermedades. El "derrotismo" cunde subrepticamente por las filas aqueas.

Durante sus primeras correrías por las escalas del viaje y los alrededores de Troya, han tenido que proveerse de alimentos, y los jefes, de concubinas. Agamemnon se apoderó en Crise de Criseida, hija de Crises, sacerdote de Apolo. En la toma de Lirneso (Bresa, Lesbos), otra escaramuza del camino, Aquiles se adueña de Briseida.

De pronto se declara una peste en el campamento aqueo. El adivino Calcas explica que Apolo castiga así a los aqueos, por haber ultrajado Agamemnon a Crises, sacerdote apolíneo, robándole a su hija y negándose a devolvérsela. Arrepentido Agamemnon, manda que Criseida sea devuelta a su padre, a instancias de Aquiles; pero para compensarse, despoja a Aquiles de su esclava Briseida. Aquiles, iracundo por el atentado contra su honor más que llevado de celos amorosos—aunque el amor no está ausente en sus sentimientos—acusa a Agamemnon ante la asamblea de guerreros con una furia que es el primer tema y el tema fundamental y subyacente de toda la epopeya (altercado o néikos). Se declara arrepentido de haber cooperado con sus mirmidones al sitio de Troya, se niega a seguir combatiendo y se recluye en sus barracas, al extremo del campamento. Huelga de armas caídas entre los guerreros mirmidones, que pasan los días entreteniéndose como pueden. Las consecuencias son de dos órdenes: las humanas y las divinas. Las humanas: los troyanos, envalentonados por la ausencia de Aquiles y sus tropas, se atreven a salir de su ciudadela y ponen a los aqueos en trance difícil. Las consecuencias son el reflejo en el Olimpo de la disensión de los caudillos. También los dioses se han dividido. A su vez, celebran una asamblea, reflejo a lo divino de la asamblea terrestre. La diosa Tetis, madre de Aquiles, invocada por éste entre gemidos y lágrimas, obtiene de Zeus que el agravio

causado a su hijo tenga por inmediato desquite una derrota de los aqueos en un duelo singular entre él y Menelao, que caida entre ellos dos la suerte de la muralla la posesión de Helena y sus riquezas. c) En tanto, suspendido el combate, de lo alto de las murallas troyanas Helena nombra a Príamo y describe los jefes aqueos que se ven desde la Iliura ("tiscosopia"). d) Príamo es llamado para celebrar con los enemigos el pacto y juramento del duelo singular proyectado. e) Menelao domina manifiestamente a Paris, pero éste es sustraído del combate por la diosa Afrodita y depositado en el lecho de Helena. Sobrevienen recriminaciones entre Agamemnon y Helena, y Helena cede a la fuerza. f) Agamemnon declara que Menelao ha triunfado y pide a Troya la devolución de Helena y sus riquezas y el pago de indemnizaciones de guerra. La rapsodia es importante para apreciar los caracteres de los personajes: Héctor, Paris, Menelao y Helena—, y la "tiscosopia" o inspección de lo alto de las murallas posee singular encanto, hace ver que Helena es admirada y respetada a pesar de todo, y hace ver la benevolencia y comprensión del anciano Príamo. Con todo, se aprecia que Helena no es más que una majestuosa esclava caída en la "trata de blancas" de los Olímpicos.

Rapsodia II.—El sueño, la prosa, el catálogo de las naves y la enumeración de las fuerzas de los tucros y sus aliados. La acción del poema, desde esta rapsodia hasta la X, no obedece a un plan muy claro, aun ofrece algunas contradicciones. La continuación natural del primer canto se reanuda en el anexo, a) El sueño enviado a Agamemnon un sueño que promete la cercana victoria. Agamemnon quiere probar a sus hijos, dándose por perdido y exhortando a abandonar la guerra, para luego, vuelco patético, enardecerlos de animándolos a continuar. Odiseo da un discurso a los aqueos cuando ya están de darse por vencidos y embarcar de rumbo a Grecia. Nueva asamblea para levantar los ánimos. Odiseo castiga al "tista" Tersites, única voz popular que en la Iliada contra los abusos de los jefes. c) Sea un fragmento del texto arcaico interpolación posterior, aquí aparece un catálogo de las fuerzas aqueas y troyanas, documento en todo caso muy viejo que nos ilustra sobre la geografía política de los tiempos micénicos, base de largos estudios. Se dice que aquí se han de encontrar adiciones intencionadas para halagar a los locales o que revelan las ambiciones listas, por ejemplo, de Atenas sobre Troya. La presencia de pueblos asiáticos entre los aliados de Troya da al conflicto un carácter intercontinental. Ya el viajero Heródoto considera la Guerra Troyana como uno de tantos hitos en la historia de la lucha del Occidente contra el Oriente, simbolizada en una cadena de raptos (Europa, Medea, Helena) y que al cabo se prolonga en las guerras persas.

Rapsodia III.—Desafío de Paris, en las murallas, el pacto, el duelo de Paris y Helena, intimación de los jefes. a) Paris, armado hasta los dientes, teatralmente en el campo de batalla, desafía de reto. Retrocede al ver acercarse a Menelao. b) Reprendido por Héctor, Paris

Ajax; al anciano Néstor, el veterano de la Iliada, siembre buen consejero, y algo gárrulo como todos los viejos cuando insiste en recordar las hazañas de su juventud; quiere reprender a Odiseo, que no se apresuraba por no haber oído la orden de disponerse a la lucha. Odiseo rechaza la reprensión, y Agamemnon se disculpa. Quiere igualmente, en su impaciencia, reprender al bravo Diomedes y a Esténelo. Aquél calla disciplinariamente, pero Esténelo rechaza como injusta las palabras del Rey de Reyes.

Rapsodia V.—Hazañas de Diomedes. En la Iliada hay fragmentos consagrados a las hazañas individuales de éste o de aquel héroe.

Estos apogeos heroicos se llaman "principales" o "aristías". La aristía de Diomedes domina toda esta rapsodia y la primera mitad de la siguiente. (La de Agamemnon ocupa la rapsodia XI; la de Ajax, la XIII; la de Menelao, la XVII.) Atenea infunde ánimos a Diomedes, le concede el don de reconocer a los dioses que andan mezclados con los hombres en el campo de batalla, y lo alienta para que combata contra ellos. Diomedes retrocede ante Apolo, pero hiere y expulsa del campo a Afrodita y al propio Ares. Además de otras proezas, da muerte al flechero Pándaro, el que violó el pacto, y hiere a Eneas. Entre los incidentes secundarios, descuella el encuentro del Heraclida Tlepólemo, nieto de Zeus, con Sarpedón, hijo de Zeus; y además, la intervención de Hera y Atenea por los aqueos, así como Apolo, Afrodita y Ares han intervenido por los troyanos.

Rapsodia VI.—Adioses de Héctor y Andrómaca. a) Esta rapsodia continúa la descripción de las hazañas de Diomedes, desde el instante en que, con la expulsión de Ares, los combatientes quedan entregados a sus propias fuerzas. b) Las damas troyanas piden el favor de Atenea. c) Hermoso encuentro entre Glauco y Diomedes que en medio del combate, y en nombre de la amistad que unió a sus padres, suspenden la lucha y cambian sus armas como una prueba de cordialidad. d) Héctor vuelve por unas horas a la ciudad, donde su madre y las

damas troyanas imploran a Atenea. e) Héctor encuentra a Andrómaca en las murallas. Se despiden: una de las más conmovedoras escenas de la epopeya. El sabe que morirá. Ella lo llora por muerto. Su hijo Astianax, a quien pronto los aqueos arrojarán de lo alto de los muros, se asusta y llora ante los arreos militares de Héctor. Escena de risas y lágrimas entremezcladas. f) Héctor y Paris vuelven al Combate.

Rapsodia VII.— Combate entre Héctor y Ayax. a) Llega a su ocaso el largo día de combate que comenzó en la rapsodia II, con el duelo singular entre Héctor, jefe troyano y Ayax, rey de Salamina. La Iliada es una serie de torneos individuales en que se complace un auditorio experto en los lances de armas. Ambos contrincantes pelean denodadamente sin poder tocarse, aunque Ayax domina. Los heraldos detienen el combate ante la llegada de la noche "que quiere ser respetada". Ambos héroes se cambian presentes y se elogian caballerescamente al suspender el combate. b) A la mañana siguiente, aqueos y troyanos pactan una tregua para incinerar a sus muertos, y los aqueos levantan un muro de protección para sus naves. Los troyanos, en tanto, resuelven devolver las riquezas de Helena, pero no a Helena, lo que rechazan los aqueos. Estos reciben provisiones de Lemnos. Al parecer un día pasa en la incineración de los muertos, y otro en levantar el muro aqueo.

Rapsodia VIII.— Batalla interrumpida. En la rapsodia I, Zeus ha ofrecido a Tetis vengar el agravio infligido a Aquiles por Agamemnon, permitiendo algún progreso de las fuerzas troyanas. A este fin, engaña a Agamemnon con falsas esperanzas en la rapsodia II. Después, permite que los dioses mantengan la victoria indecisa, auxiliando a sus respectivos favoritos. En esta VIII rapsodia Zeus aparece ya resuelto a obrar en persona, prohíbe las intromisiones divinas, se instala en el Monte Ida a vigilar los combates por sí mismos, ahuyenta con sus rayos a los aqueos, detiene la triunfal carrera de Diomedes y de Teucro, impide la intervención de Hera y Atenea, permite que Héctor rechace a los aqueos y los encierre en su fortaleza. Los troyanos se sienten sostenidos por Zeus, pero

los detiene la llegada de la noche. Zeus ca a los dioses sus planes: Héctor se triunfando hasta que, muerto Patrolo, Aquiles, para vengarlo, resuelva volver al combate. Entretanto, los troyanos to algún respiro, encienden fogatas y luminarias nocturnas por precaución, desuncen los carros, ofrecen sacrificios. Algunos dormidos junto al fuego. Destellan las aguas junto a Escamandro.

Rapsodia IX.— Embajada a Agamemnon. Agamemnon decide, ante el mal curso que lleva la guerra, obtener a toda costa la reconciliación con Aquiles y el retorno de ésta a la guerra. Le envía entonces una presbiterada, embajada de autoridad. La embajada ofrece a Aquiles valiosos presentes, y aun la devolución de Briseida. La negativa de Aquiles, una manifestación de hybris o demencia, pecado capital entre los helenos. Aquiles, como ya sabemos está condenado, a pronta muerte. Ya, invisible, la condena el ciervo sobre el guerrero, como él mismo reconoce y declara. Sin esta rapsodia, de amenidad, Aquiles, aunque protagonista de la epopeya, hubiera quedado fuera de escena entre las rapsodias I y XVI, salvo la rápida aparición en la X. a) En una asamblea nocturna, Diomedes, que se ha dejado prender en silencio a la hora de la repulsa militar, aunque la reprensión era injusta de su derecho y reprende a Agamemnon por su actitud "derrotista". Néstor se conata para no censurar a Agamemnon y se limita a pedir ciertas precauciones. b) Durante la cena de los capitanes, por consejo de Néstor, Agamemnon accede a intentar una conciliación con Aquiles. c) La embajada de Agamemnon (Ayax y Odiseo al mando) Fenix—antiguo ayo de Aquiles— y los otros Euribates y Odios), en vano procuran reconciliar a Aquiles, ofreciéndole la devolución de Briseida intacta, siete ciudades, la mano de una de las hijas de Agamemnon, etc. Los discursos que entonces cambian poseen singular interés: ejercicio de persuasión oratoria en varios estilos. La embajada regresa, despechada. Diomedes indigna ante la actitud reacia de Aquiles. La discolería de Aquiles cambia el peso de la balanza, ante la intervención de Némesis: los platillos de la balanza, ante la intervención de Némesis, mudan de posición.

Rapsodia X.— La Dolonia. Excurso pintoresco: durante la noche —y como si conviniera al peso patético del poema— se compensa el fracaso de la embajada con alguna proeza— Odiseo y Diomedes reconocen el campamento enemigo, habiéndose apoderado de Dolón, espía troyano, y los dos solos dan muerte a una docena de jefes enemigos, sorprendiéndolos en pleno sueño, así como a Reso y a sus tracios, y se apoderan de unos caballos.

Rapsodia XI.— La gran batalla, tercera que presenciamos en la Iliada, va a prolongarse hasta la rapsodia XIV. Aquí se reanuda el hilo interrumpido al acabar la rapsodia I, que los críticos creen reconocer aquí el primitivo estrato del poema. Es la aristía de Agamemnon que, habiendo sido herido, quiere que retirese. Odiseo pelea denodadamente, y Ayax y Menelao lo salvan de un cerco de enemigos. Todos van quedando heridos y se alejan uno tras otro. El último, Ayax, se defiende palmo a palmo. La acción bélica ha llegado aquí a su apogeo. Aquiles envía a su amigo y teniente Patrolo para pedir nuevas del herido Macaón en la tienda de Néstor, quien le aconseja que, puesto que Aquiles se niega a combatir, permita que Patrolo salga con los mirmidones al campo, revistiendo los arreos de Aquiles para atemorizar a los enemigos. De regreso a sus barracas, Patrolo se detiene a atender a Eurípilo, otro combatiente maltrecho.

Rapsodia XII.— Lucha junto al muro. Los troyanos logran replegar a los aqueos, según la promesa de Zeus a Tetis al comienzo del poema. Los aqueos se encierran tras el muro que han levantado en la rapsodia VII. Los troyanos, en cinco poderosas columnas, llega hasta el muro, y son dueños del campo ("Ticomauquia").

Rapsodia XIII.— Lucha junto a las naves. El empujón de los troyanos repliega a los aqueos hasta la misma playa, donde las naves son su última línea defensiva. Alentados por Posidón en disfraz humano, los aqueos, en un contra-ataque desesperado, logran detener a sus perseguidores. El cretense Idomeneo y Ayax Talamonio, es una verdadera aristía apogeo hazafioso, atajan a Héctor. Otras

hazañas: Deífobo, Eneas, Antíloco, Menelao.

Rapsodia XIV.— Ardid de Hera. Agamemnon, atemorizado, plantea del desistimiento del sitio y, como de costumbre, lo rebate Diomedes. Hera, divina hembra de sacres cóleras y caprichosos arrebatos, resuelve amparar a los aqueos. Ungida y perfumada, ataviada con sus mejores lujos, ceñida con ese famoso e irresistible cinturón de Afrodita, seduce a Zeus. Este, ofuscado, incurre entonces en ese error de masculina jactancia que los helenistas llaman "el incidente de Leporello" (alusión al criado de "Don Giovanni" en Mozart y de "Don Juan" en El libertino de Shadwell) y, para declarar su amor a la diosa, la compara y pone por encima de todas las hembras que antes ha seducido. Día —la que después será esposa de Ixión; Danae, madre de Perseo; Europa, la hija de Fenix, Semele, madre de Dionisio, Alcmena, madre de Hércules; Latona, madre de Artemis y Apolo... Al fin Zeus se adormece en brazos de Hera (Dios apátee, el despegue de Dios) y ella hace que el marítimo Posidón ayude entre tanto a los aqueos, que al fin rechazan a los troyanos. Hera, herido de una pedrada por Ayax, retrocede de mala gana. ¿Por qué ha sido necesario adormecer a Zeus para lograr alguna ventaja de los aqueos? Porque Zeus, en la rapsodia I, ha ofrecido a Tetis, para vengar a Aquiles, hijo de Nereida, agraviado por Agamemnon, permitir los progresos de las fuerzas troyanas a fin de que mejor se sienta la falta que hace Aquiles entre los aqueos. Y esta promesa de Zeus, que simplemente retarda el inevitable derrumbe final de Troya decretado por el destino, aún no cesa en sus efectos.

Rapsodia XV.— Ofensiva hacia las naves. Desde este canto hasta el XIX se desenvuelven los episodios en torno a Patrolo, el segundo de Aquiles, a "La Petroclea". La suerte estaba indecisa. Pero Zeus despierta de su sueño. Enfurecido, ordena a Posidón que se retire del campo y manda a Apolo en ayuda de los troyanos. Héctor —ya recuperado— ataca con redoblado denuedo a los aqueos. En tanto, Ayax defiende bravamente las naves y salta de una en otra como el acróbata de uno en otro caballo. Patrolo, que salió al campo para recoger noticias en la

rapsodia XI, vuelve a la tienda de Aquiles dispuesto a convencerlo de que abandone su "aislacionismo".

Rapsodia XVI.— Muerte de Patroclo. Patroclo obtiene permiso de Aquiles para concurrir al combate con algunos de sus hombres, usando, además, la armadura del propio Aquiles, con lo que se espantan los troyanos suponiendo que es el propio jefe de los mirmidones. Los troyanos han comenzado a incendiar las naves aqueas, cuando Patroclo logra limpiar el campo y libertar la zona ocupada por los suyos; pero se aleja demasiado, y aunque da muerte a Sarpedón, Apolo, invisible, lo aturde de un golpe en la espalda, Euforbo lo hiere y Héctor logra darle muerte. El combate en torno al cuerpo de Sarpedón anuncia el que ha de librarse poco después en torno al cuerpo de Patroclo.

Rapsodia XVII.— Aristía de Menelao. En torno al cuerpo de Patroclo, sobreviene una furiosa pelea, en que Héctor choca otra vez con Ajax y en que descuella Menelao por su bravura. Los aqueos recobran el cadáver de Patroclo, pero Héctor lo ha despojado antes de sus armas, las armas de Aquiles, con que él mismo se reviste para seguir el combate. Patroclo había llegado al combate en el carro de Aquiles. Los caballos, que son inmortales, lloran de dolor al verlo muerto.

Rapsodia XVIII.— Las armas de Aquiles. Estalla por segunda vez la pasión de Aquiles, y esta vez al saber la muerte de Patroclo. Su madre Tetis y un coro de Nereidas acuden a consolarlo. Decide al fin volver al combate, con el ánimo de vengar la muerte de su amigo. Desde lejos, contempla el campo y lanza un tremendo alarido de ira que espanta a los troyanos. Como sus armas, que Patroclo había revestido, han quedado en manos de Héctor, Tetis hace que el dios Heros, Hefesto, fabrique para él una nueva armadura. La descripción del escudo que éste hace para Aquiles es una noble pieza, cuyos motivos labrados representan la vida y los usos del pueblo aqueo. Modelo de toda literatura ulterior sobre objetos de arte imaginarios, inspirará el poema hesiódico del Escudo de Hércules y, en la decadencia de las letras

griegas, a través de los iconos o pinturas fingidas de los Filóstratos, proporcionando uno de los elementos que contribuyeron al nacimiento de la novela. Los restos de Patroclo vuelven a manos de Aquiles.

Rapsodia XIX.— "Catástrofe" o vuelo de pasiones. Poseído de la sed de venganza, Aquiles acepta el reconciliarse con Agamemnon, Briseida vuelve a la tienda de Aquiles y llora sobre el cadáver de Patroclo. Aquiles reviste su nueva armadura, sube al carro y habla a sus caballos divinos, Janto y Baliada (Bayo y Tordillo). El primero, dotado de un instante de habla por especial merced de Hera, culpa a Apolo del robo de las anteriores armas de Aquiles, que Patroclo llevaba consigo y han parado en manos de Héctor, y añade: "Por hoy, te salvaremos, pero el día que los dioses apresuran ya el día de tu muerte." Nótese: a) Que ya Tetis ha prevenido a su hijo Aquiles de que, volver a combatir, significaría su muerte; b) que aunque Aquiles está ansioso por volver a la pelea, Odiseo recuerda que es indeseable (según el honor tradicional) recibir una interpelación formalmente y aceptar el pago ofrecido por Agamemnon. Agamemnon ofrece una disculpa pública, declarando que cometió una injusticia, cegado por una pasión (ate); c) que, como Aquiles se niega a comer por su estado de dolor y pasión, Tetis lo alimenta echando en su seno néctar y ambrosía.

Rapsodia XX.— "La Aquileida", o aparición de Aquiles en el combate. Ocupa los cantos XX a XXIV. Aquí empieza la cuarta gran batalla, en que se mezclan héroes y dioses, aunque éstos pronto se retiran. Aquiles, azote de muerte para los troyanos, que barre a su paso, está a punto de dar la vida a Eneas, pero Posidón lo rescata. (Gracias a lo cual, poseemos la Eneida de Virgilio, poema que no hubiera existido si este epopeya homérica hace morir a Eneas en este punto).

Rapsodia XXI.— a) Los elementos de Aquiles extermina huestes enteras de troyanos y da muerte a varios personajes importantes, entre largos discursos genealógicos que son el deleite de los comentaristas.

elementos mismos participan en la lucha. El río Escamandro o Janto, ayudado por el Simois, se hincha y desborda para estorbar el paso de Aquiles y permitir la huida de algunos troyanos. Pero el fuego de Hefesto cae entonces sobre el río y hace hervir y evaporar las aguas. La lucha de los elementos compromete nuevamente a los dioses, que otra vez bajan a probar sus armas. b) Teomaquia, ópera bufa, combate entre los dioses, de marcado sabor cómico, parangón del pasaje sobre "los amores de Ares y Afrodita" en la Odisea. Atenea derriba a Ares de una pedrada. Y cuando Afrodita, sintiéndose una guerrera (lo que por lo demás corresponde a cierta tradición muy vetusta y ya porrosa en la Ilíada) va a protegerse a Ares, Atenea le aplica un formidable golpe en el plexo solar y la deja desfallecida. Entretanto los dioses a la tierra en la rapsodia XX, más a la pelea, Odiseo recuerda que es indeseable (según el honor tradicional) recibir una interpelación.

Rapsodia XXII.— Muerte de Héctor. Todos los troyanos, menos Héctor, han comido de Aquiles. Desde lo alto de las murallas de Ilión, Príamo y Hécuba ruegan a su hijo Héctor que no se enfrente con Aquiles. Héctor los desoye y espera a su enemigo a pie firme.

Pero de pronto, al verlo acercarse, poseído de un pavor súbito, echa a correr, sin percatarse de que se han cerrado tras él las cuerdas de la ciudad troyana. Aquiles lo persigue, "Aquiles de los pies ligeros", y Apolo ayuda hasta donde puede, concediéndole también gran agilidad en la carrera. Uno de los tres rescates, dan tres vueltas en torno a la ciudadela, y Aquiles logra cortar a Héctor la retirada. Héctor se ve obligado así a aceptar el combate, engañado además por Atenea, que se le acerca fingiendo la forma de Deifobo, el hermano de Héctor, y ofreciéndole a protegerlo. Cuando Héctor ve que Aquiles, tras de fallarle el primer golpe con la lanza arrojada, tiene otra vez la lanza en la mano, comprende que los dioses están de su parte y sabe que lo espera la muerte. En efecto, cae a manos de Aquiles, atrave-

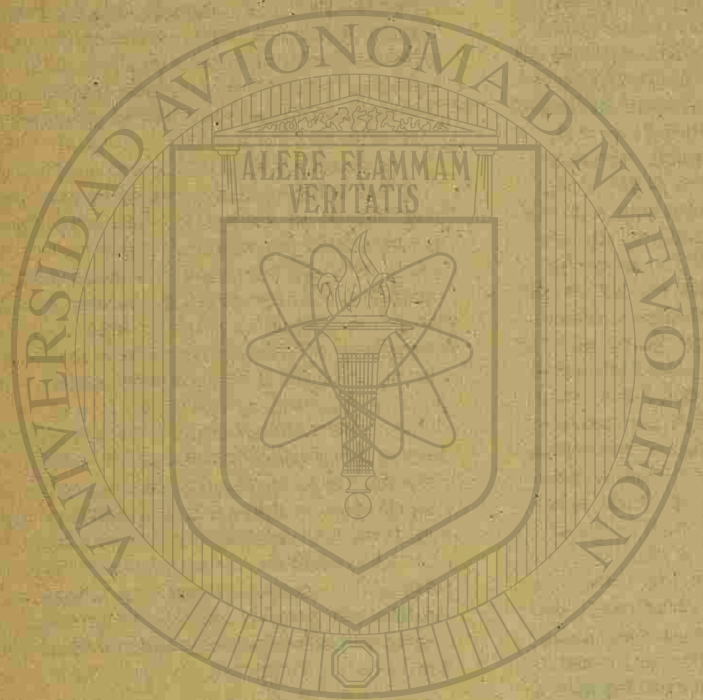
sado por el cuello, y como aún puede hablar, en vano le ruega que devuelva su cadáver a los suyos para recibir las honras fúnebres indispensables a su eterno descanso. "No hay tratos con un león —le dice el enfurecido Aquiles—. Tú y yo no tenemos ni el derecho de amarnos." Después, arrastra en su carro el cadáver de Héctor, mientras en Troya se alzan los lamentos desesperados.

Rapsodia XXIII.— Funerales de Patroclo. Aquiles celebra estos funerales con sacrificios de doce animales y doce prisioneros troyanos (único caso de sacrificio humano en la Ilíada), para que sirvan de cortejo a Patroclo, y entrega su cabellera a la pira de su amigo. Organiza además unos verdaderos concursos atléticos con carreras a pie y en carro, combate de guantelete, concursos de arco y jabalina, modelo para los futuros Juegos Olímpicos. Estas celebraciones han sido reclamadas a Aquiles por el espectro de Patroclo, que se le aparece en sueños para pedirle que le rinda tributos debidos: único atisno en la Ilíada de una supervivencia más que fantasmal de los muertos, y rasgo que se considera como "pegado" a la persona de Aquiles por ser éste un tésalo algo rudo, que aún conserva supersticiones impropias de los demás nobles helénicos.

Rapsodia XXIV.— Rescate de Héctor. Aquiles, que ha ultrajado el cadáver de Héctor arrastrándolo en su carro tres veces en torno a la pira de Patroclo, continúa haciéndolo en los días sucesivos, presa de una rabiosa locura. Pero el cadáver de Héctor se conserva incólume por voluntad de los dioses y cuidados que éstos le administran, tácita protesta contra la iracundia del héroe. El viejo Príamo, lloroso y nocturno, conducido por el propio Hermes que acude, disfrazado, en su ayuda (Hermes es el mensajero general, e Iris sólo puede atender de día los mensajes divinos, viajando a través del arco-iris), afronta, los riesgos y se atreve, entre las tiendas de los aqueos, hasta la barraca de Aquiles, a quien ruega que le devuelva los restos de su hijo Héctor. Aquiles que, al verlo aparecer, da un salto de animal sorprendido, lo recibe honrosamente, llora con él, sintiendo que ambos son víctimas y juguetes de un duro destino, ordena que se

le entregue el cadáver de Héctor, limpio y perfumado, y decreta doce días más de tregua (lo que hará trece, pues los griegos comienzan a contar el día desde el ocaso),

para dar tiempo a las honras fúnebres de los troyanos. El poema acaba con las quejas de Héctor en Ilión y las lamentaciones de Andrómaca, Hécuba y Helena.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

LA ILIADA

CANTO PRIMERO

PESTE. COLERA

1 Canta, oh diosa, la cólera del Pelida Aquiles; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó al Orco muchas almas valerosas de héroes, a quienes hizo presa de perros y pasto de aves —cumplíase la voluntad de Júpiter— desde que se separaron disputando el Atrida, rey de hombres, y el divino Aquiles.

8 ¿Cuál de los dioses promovió entre ellos la contienda para que pelearan? El hijo de Júpiter y de Latona. Airado con el rey, suscitó en el ejército maligna peste y los hombres perecían por el ultraje que el Atrida infiriera al sacerdote Crises. Este, deseando redimir a su hija, habíase presentado en las velerosas naves aqueas con un inmenso rescate y las infulas del flechador Apolo, que pendían de áureo cetro, en la mano; y a todos los aqueos, y particularmente a los dios Atridas, caudillos de pueblos, así les suplicaba:

17 "¡Atridas y demás aqueos de hermosas grebas! Los dioses, que poseen olímpicos palacios, os permitan destruir la ciudad de Priamo y regresar felizmente a la patria. Poned en libertad a mi hija y recibid el rescate, venerando al hijo de Júpiter, al flechador Apolo."

22 Todos los aqueos aprobaron a voces que se respetase al sacerdote y se admitiera el espléndido rescate: mas el Atrida Agamenón, a quien no plugo el acuerdo, le mandó enhoramala con amenazador lenguaje:

26 "Que yo no te encuentre, anciano, cerca de las cóncavas naves, ya porque demores tu partida, ya porque vuelvas luego; pues quizás no te valgan el cetro y las infulas del dios. A aquella no la soltaré; antes le sobrevendrá la vejez en mi casa, en Argos, lejos de su patria, trabajando en el telar y compartiendo mi lecho. Pero vete; no me

irrites, para que puedas irte sano y salvo."

33 Así dijo. El anciano sintió temor y obedeció el mandato. Sin desplegar los labios, fué por la orilla del estruendoso mar; y en tanto se alejaba, dirigía muchos ruegos al soberano Apolo, hijo de Latona, la de hermosa cabellera:

37 "¡Oyeme, tú que llevas arco de plata, proteges a Crisa y a la divina Cila, e imperas en Tenedos poderosamente! ¡Oh Esmintio! Si alguna vez adorné tu gracioso templo o quemé en tu honor pingües muslos de toros o de cabras, cumpleme este voto: ¡Paguén los dánaos mis lágrimas con tus flechas!"

43 Tal fue su plegaria. Oyóla Febo Apolo, e irritado en su corazón, descendió de las cumbres del Olimpo con el arco y el cerrado carcaj en los hombros; las saetas resonaron sobre la espalda del enojado dios, cuando comenzó a moverse. Iba parecido a la noche. Sentóse lejos de las naves, tiró una flecha, y el arco de plata dio un terrible chasquido. Al principio el dios disparaba contra los mulos y los ágiles perros; mas luego dirigió sus mortíferas saetas a los hombres, y continuamente ardían muchas piras de cadáveres.

53 Durante nueve días volaron por el ejército las flechas del dios. En el décimo, Aquiles convocó al pueblo a junta; se lo puso en el corazón Juno, la diosa de los niveos brazos, que se interesaba por los dánaos, a quienes veía morir. Acudieron éstos y, una vez reunidos, Aquiles, el de los pies ligeros, se levantó y dijo:

59 "¡Atrida! Creo que tendremos que volver atrás, yendo otra vez errantes, si escapamos de la muerte; pues si no, la guerra y la peste unidas acabarán con los aqueos.

Mas, ca, consultemos a un adivino, sacerdote o intérprete de sueños — también el sueño procede de Júpiter — para que nos diga por qué se irritó tanto Febo Apolo: si está quejoso con motivo de algún voto o hecatombe, y si quemando en su obsequio grasa de corderos y de cabras escogidas, querrá apartar de nosotros la peste.

68 Cuando así hubo hablado, se sentó. Levantóse Calcas Testórida, el mejor de los augures — conocía lo presente, lo futuro y lo pasado, y habla guiado las naves aqueas hasta Ilión por medio del arte adivinatoria que le diera Febo Apolo —, y benévolo les arengó diciendo:

74 "¡Oh Aquiles, caro a Júpiter! Mándasme explicar la cólera del dios, del flechador Apolo. Pues bien, hablaré; pero antes declara y jura que estás pronto a defenderme de palabra y de obra, pues temo irritar a un varón que goza de gran poder entre los argivos todos y es obedecido por los aqueos. Un rey es más poderoso que el inferior contra quien se enoja; y si en el mismo día refrená su ira, guarda luego rencor hasta que logra ejecutarlo en el pecho de aquél. Di tú si me salvarás."

84 Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros: "Manifiesta, deponiendo todo temor, el vaticinio que sabes; pues, ¡por Apolo, caro a Júpiter, a quien tú, oh Calcas, invocas siempre que revelas los oráculos a los dánaos!, ninguno de ellos pondrá en ti sus pesadas manos, junto a las cóncavas naves, mientras yo viva y vea la luz acá en la tierra, aunque hablares de Agamenón, que al presente blasona de ser el más poderoso de los aqueos todos."

92 Entonces cobró ánimo y dijo el eximio vate: "No está el dios quejoso con motivo de algún voto o hecatombe, sino a causa del ultraje que Agamenón ha inferido al sacerdote, a quien no devolvió la hija ni admitió el rescate. Por esto el Flechador nos causó males y todavía nos causará otros. Y no libraré a los dánaos de la odiosa peste, hasta que sea restituida a su padre, sin premio ni rescate, la moza de ojos vivos, e inmolesmos en Crisa una sacra hecatombe. Cuando así la haya mos aplacado, renacerá nuestra esperanza."

101 Dichas estas palabras, se

sentó. Levantóse al punto el poderoso héroe Agamenón Atrida, afligido, con las negras entrañas llenas de cólera y los ojos parecidos al relumbrante fuego; y encarando a Calcas la torva vista, exclamó:

106 "¡Adivino de males! Jamás me has anunciado nada grato. Siempre te complaces en profetizar desgracias y nunca dijiste ni ejecutaste cosa buena. Y ahora, vaticinando ante los dánaos, afirmas que el Flechador les envía calamidades, porque no quise admitir el espléndido rescate de la joven Criseida, a quien deseaba tener en mi casa. La prefiero, ciertamente, a Clitemnestra, mi legítima esposa, porque no le es inferior ni en el talle, ni en el natural, ni en inteligencia, ni en destreza. Pero, aun así y todo, consiento en devolverla, si esto es lo mejor; quiero que el pueblo se salve, no que perezca. Pero preparadme pronto otra recompensa, para que no sea yo el único argivo que se quede sin tenerla; lo cual no parecería decoroso. Ved todos que se me va de las manos la que me habla correspondido."

121 Replicóle el divino Aquiles, el de los pies ligeros: "¡Atrida gloriosísimo, el más codicioso de todos! ¿Cómo pueden darte otra recompensa los magnánimos aqueos? No sé que existan en parte alguna cosas de la comunidad, pues las del saqueo de las ciudades están repartidas, y no es conveniente obligar a los hombres a que nuevamente las junten. Entrega ahora esa joven al dios, y los aqueos te pagaremos el triple o el cuádruple, si Júpiter nos permite tomar la bien murada ciudad de Troya."

130 Dijole en respuesta el rey Agamenón: "Aunque seas valiente, deiforme Aquiles, no ocultes tu pensamiento, pues ni podrás burlarme ni persuadirme. ¿Acaso quieres, para conservar tu recompensa, que me quede sin la mía, y por esto me aconsejas que la devuelva? Pues, si aconsejas que la devuelva, me dan los magnánimos aqueos me dan otra conforme a mi deseo para que sea equivalente... Y si no me la dieras, yo mismo me apoderaré de la tuya o de la de Ajax, o me llevaré la de Ulises, y montará en cólera aquel a quien me llegue. Mas sobre esto deliberaremos otro día. Ahora, ea, botemos una negra nave al mar

divino, reunamos los convenientes remeros, embarquemos víctimas para una hecatombe y a la misma Criseida, la de hermosas mejillas, y sea capitán cualquiera de los jefes: Ajax, Idomeneo, el divino Ulises o tú, Pelida, el más portentoso de los hombres, para que aplaques al Flechador con sacrificios."

148 Mirándole con torva faz, exclamó Aquiles, el de los pies ligeros: "¡Ah impudente y codicioso! ¿Cómo puede estar dispuesto a obedecer tus órdenes ni un aqueo siquiera, para emprender la marcha o para combatir valerosamente con otros hombres? No he venido a pelear obligado por los belicosos teucros, pues en nada se me hicieron culpables —no se llevaron nunca mis vacas ni mis caballos, ni destruyeron jamás la cosecha en la fértil Ptia, criadora de hombres, porque muchas umbrías montañas y el ruidoso mar nos separan—, sino que te seguimos a ti, grandísimo insolente, para darte el gusto de vengarnos de los troyanos a Menelao y a ti, cara de perro. No fijas en esto la atención, ni por ello te preocupas y aún me amenazas con quitarme la recompensa que por mis grandes fatigas me dieron los aqueos. Jamás el botín que obtengo iguala al tuyo cuando éstos entran a saco una populosa ciudad: aunque la parte más pesada de la impetuosa guerra la sostienen mis manos, tu recompensa, al hacerse el reparto, es mucho mayor, y yo vuelvo a mis naves, teniéndola pequeña, pero grata, después de haberme cansado en el combate. Ahora me iré a Ptia, pues lo mejor es regresar a la patria en las cóncavas naves: no pienso permanecer aquí sin honra para proporcionarte ganancia y riqueza."

172 Contestó el rey de hombres Agamenón: "Huye, pues, si tu ánimo a ello te incita; no te ruego que por mí te quedes; otros hay a mi lado que me honrarán, y especialmente el pródigo Júpiter. Me eres más odioso que ningún otro de los reyes, alumnos de Jove, porque siempre te han gustado las riñas, luchas y peleas. Si es grande tu fuerza, un dios te la dio. Vete a la patria, llevándote las naves y los compañeros, y reina sobre los mirmidones; no me cuído de que estés

irritado, ni por ello me preocupo, pero te haré una amenaza: Puesto que Febo Apolo me quita a Criseida, la mandaré en mi nave con mis amigos; y encaminándome yo mismo a tu tienda, me llevaré a Briseida, la de hermosas mejillas, tu recompensa, para que sepas cuanto más poderoso soy y otro tema decir que es mi igual y compararse conmigo."

188 Tal dijo, Acongójese el Pelida, y dentro del velludo pecho su corazón discurrió dos cosas: o, desnudando la aguda espada que llevaba junto al muslo, abrirse paso y matar al Atrida, o calmar su cólera y reprimir su furor. Mientras tales pensamientos revolvía en su mente y en su corazón y sacaba de la vaina la gran espada, vino Minerva del cielo: enviola Juno, la diosa de los niveos brazos, que amaba cordialmente a entrambos y por ellos se preocupaba. Púsose detrás del Pelida y le tiró de la blonda cabellera, apareciéndose a él tan sólo; de los demás, ninguno la veía. Aquiles, sorprendido, volvióse y al instante conoció a Palas Minerva, cuyos ojos centelleaban de un modo terrible. Y hablando con ella, pronunció estas aladas palabras:

202 "¿Por qué, hija de Júpiter, que lleva la égida, has venido nuevamente? ¿Acaso para presenciar el ultraje que me infiere Agamenón, hijo de Atreo? Pues te diré lo que me figuro que va a ocurrir: Por su insolencia perderá pronto la vida."

206 Dijole Minerva, la diosa de los brillantes ojos: "Vengo del cielo para apaciguar tu cólera, si obedecieres; y me envía Juno, la diosa de los niveos brazos, que os ama cordialmente a entrambos y por vosotros se preocupa. Ea, cesa de disputar, no desenvaines la espada e injúriale de palabra como te parezca. Lo que voy a decir se cumplirá: Por este ultraje se te ofrecerán un día triples y espléndidos presentes. Dominate y obedéceos."

215 Contestó Aquiles, el de los pies ligeros: "Preciso es, oh diosa, hacer lo que mandáis, aunque el corazón esté muy irritado. Obrar así es lo mejor. Quien a los dioses obedece, es por ellos muy atendido."

219 Dijo; y, puesta la robusta mano en el argénteo puño, envainó la enorme espada y no desobedeció

la orden de Minerva. La diosa regresó al Olimpo, al palacio en que mora Júpiter, que lleva la égida, entre las demás deidades.

223 El hijo de Peleo, no amainando en su ira, denostó nuevamente al Atrida con injuriosas voces: "¡Borracho, que tienes cara de perro y corazón de ciervo! Jamás te atreviste a tomar las armas con la gente del pueblo para combatir, ni a ponerte en emboscada con los más valientes aqueos; ambas cosas te parecen la muerte. Es, sin duda, mucho mejor arrebatar los dones, en el vasto campamento de los aqueos, a quien te contradiga. Rey devorador de tu pueblo, porque mandas a hombres abyectos...; en otro caso, Atrida, éste fuera tu último ultraje. Otra cosa voy a decirte y sobre ella prestaré un gran juramento: Si, por este cetro, que ya no producirá hojas ni ramos, pues dejó el tronco en la montaña; ni reverdecerá, porque el bronce lo despojó de las hojas y de la corteza, y ahora lo empuñan los aqueos que administran justicia y guardan las leyes de Júpiter (grande será para ti este juramento). Algún día los aquivos todos echarán de menos a Aquiles, y tú, aunque te aflijas, no podrás socorrerles cuando sucumban y perezcan a manos de Héctor, matador de hombres. Entonces desgarrarás tu corazón, pesados por no haber honrado al mejor de los aqueos."

245 Así se expresó el Pelida; y tirando a tierra el cetro tachonado con clavos de oro, tomó asiento. El Atrida, en el opuesto lado, iba enfureciéndose. Pero levantóse Néstor, suave en el hablar, elocuente orador de los pilios, de cuya boca las palabras fluían más dulces que la miel —había visto perecer dos generaciones de hombres de voz articulada que nacieron y se criaron con él en la divina Pílos y reinaba sobre la tercera—, y benévolo les arengó diciendo:

254 "¡Oh dioses! ¿Qué motivo de pesar tan grande para la tierra aquea! Alegráranse Príamo y sus hijos, y regocijaríanse los demás troyanos en su corazón, si oyeran las palabras con que disputáis vosotros, los primeros de los dánaos lo mismo en el consejo que en el combate. Pero dejaos convencer, ya que

ambos sois más jóvenes que yo. En otro tiempo traté con hombres aún más esforzados que vosotros, y jamás me desdijeron. No he visto todavía ni veré hombre como Pirítoo, Driante, pastor de pueblos; Ceneo, Exadio, Polifemo, igual a un dios, y Teseo Egida, que parecía un inmortal. Criáronse éstos los más fuertes de los hombres; muy fuertes eran y con otros muy fuertes combatieron: con los montaraces Centauros, a quienes exterminaron de un modo estupendo. Y yo estuve en su compañía —habiendo acudido desde Pílos, desde lejos, desde esa apartada tierra, porque ellos mismos me llamaron—, y combatí según mis fuerzas. Con tales hombres no pelearía ninguno de los mortales que hoy pueblan la tierra; no obstante lo cual, seguían mis consejos y escuchaban mis palabras. Prestadme también vosotros obediencia, que es lo mejor que podéis hacer. Ni tú, aunque seas valiente, le quites la moza, sino déjasela, puesto que se la dieron en recompensa los magnánimos aqueos; ni tú, Pelida, quieras altercar de igual a igual con el rey, pues jamás obtuvo honra como la suya ningún otro soberano que usara cetro y a quien Júpiter diera gloria. Si tú eres más esforzado, es porque una diosa te dio a luz; pero éste es más poderoso, porque reina sobre mayor número de hombres. Atrida, apacigua tu cólera; yo te suplico que depongas la ira contra Aquiles, que es para todos los aqueos un fuerte antemural en el pernicioso combate."

285 Respondióle el rey Agamenón: "Si, anciano, oportuno es cuanto acabas de decir. Pero este hombre quiere sobreponerse a todos los demás; a todos quiere dominar, a todos gobernar, a todos dar órdenes, que alguien, creo, se negará a obedecer. Si los sempiternos dioses le hicieron belicoso, ¿le permiten por esto proferir injurias?"

292 Interrumpiéndole, exclamó el divino Aquiles: "Cobarde y vil podría llamármese si cediera en todo lo que dices; manda a otros, no me des órdenes, pues yo no pienso obedecerte. Otra cosa te diré que fijarás en la memoria: No he de combatir con estas manos por la moza, ni contigo, ni con otro alguno, pues al fin me quitáis lo que me disteis;

pero de lo demás que tengo cabe a la veloz nave negra, nada podrías llevarte tomándolo contra mi voluntad. Y si no, ea, inténtalo, para que éstos se enteren también; presto tu negruzca sangre correría en torno de mi lanza."

304 Después de altercar así con encontradas razones, se levantaron y disolvieron la junta que cerca de las naves aqueas se celebraba. El hijo de Peleo fuese hacia sus tiendas y sus bien proporcionados bajeles con Patroclo y otros amigos. El Atrida botó al mar una velera nave, escogió veinte remeros, cargó las víctimas de la hecatombe, para el dios, y conduciendo a Criseida, la de hermosas mejillas, la embarcó también; fue capitán el ingenioso Ulises.

312 Así que se hubieron embarcado, empezaron a navegar por la líquida llanura. El Atrida mandó que los hombres se purificaran, y ellos hicieron lustraciones, echando al mar las impurezas, y sacrificaron en la playa hecatombes perfectas de toros y de cabras en honor de Apolo. El vapor de la grasa llegaba al cielo, enroscándose alrededor del humo.

318 En tales cosas ocupábase el ejército. Agamenón no olvidó la amenaza que en la contienda hiciera a Aquiles, y dijo a Taltilo y Euríabates, sus heraldos y diligentes servidores: "Id a la tienda del Pelida Aquiles, y asiendo de la mano a Briseida, la de hermosas mejillas, traedla acá; y si no os la diere, iré yo con otros a quitársela y todavía le será más duro."

326 Hablándoles de tal suerte y con altaneras voces, los despidió. Contra su voluntad fueron los heraldos por la orilla del estéril mar, llegaron a las tiendas y naves de los mirmidones, y hallaron al rey cerca de su tienda y de su negra nave. Aquiles, al verlos, no se alegró. Ellos se turbaron, y haciendo una reverencia, paráronse sin decir ni preguntar nada. Pero el héroe lo comprendió todo y dijo:

334 "¡Salud, heraldos, mensajeros de Júpiter y de los hombres! Acercaos; pues para mí no sois vosotros los culpables, sino Agamenón, que os envía por la joven Briseida. ¡Ea, Patroclo, de jovial linaje! Sacala moza y entrégala para que se la lleven. Sed ambos testigos ante los

bienaventurados dioses, ante los mortales hombres y ante ese rey cruel, si alguna vez tienen los demás necesidad de mí para librarse de funestas calamidades; porque él tiene el corazón poseído de furor y no sabe pensar a la vez en lo futuro y en lo pasado, a fin de que los aqueos se salven combatiendo junto a las naves."

345 De tal modo habló Patroclo, obedeciendo a su amigo, sacó de la tienda a Briseida, la de hermosas mejillas, y la entregó para que se la llevaran. Partieron los heraldos hacia las naves aqueas, y la mujer iba con ellos de mala gana. Aquiles rompió en llanto, alejose de los compañeros, y sentándose a orillas del espumoso mar con los ojos clavados en el ponto inmenso y las manos extendidas, dirigió a su madre muchos ruegos: "¡Madre! Ya que me pariste de corta vida, el olímpico Júpiter altitonante debía honrarme y no lo hace en modo alguno. El poderoso Agamenón Atrida me ha ultrajado, pues tiene mi recompensa, que él mismo me arrebató."

357 Así dijo llorando. Oyóle la veneranda madre desde el fondo del mar, donde se hallaba a la vera del padre anciano, e inmediatamente emergió, como niebla, de las espumosas ondas, sentóse al lado de aquél, que lloraba, acaricióle con la mano y le habló de esta manera:

362 "¡Hijo! ¿Por qué lloras? ¿Qué pesar te ha llegado al alma? Habla; no me ocultes lo que piensas, para que ambos lo sepamos."

364 Dando profundos suspiros, contestó Aquiles, el de los pies ligeros: "Lo sabes. ¿A qué referirte lo que ya conoces? Fuimos a Tebas, la sagrada ciudad de Eetión; la saqueamos, y el botín que trajimos se lo distribuyeron equitativamente los aqueos, separando para el Atrida a Criseida, la de hermosas mejillas. Luego, Crises, sacerdote del flechador Apolo, queriendo redimir a su hija, se presentó en las veleras naves aqueas con inmenso rescate y las infulas del flechador Apolo, que pendían del áureo cetro, en la mano; y suplicó a todos los aqueos, y particularmente a los dos Atridas, caudillos de pueblos. Todos los aqueos aprobaron a voces que se

respetase al sacerdote y se admittiera el espléndido rescate; mas el Atrida Agamenón, a quien no plugo el acuerdo, le mandó enhorramala con amenazador lenguaje. El anciano se fue irritado; y Apolo, accediendo a sus ruegos, pues le era muy querido, tiró a los argivos una saeta: morían los hombres unos en pos de otros, y las flechas del dios volaban por todas partes en el vasto campamento de los aqueos. Un sabio adivino nos explicó el vaticinio del Flechador, y yo fui el primero en aconsejar que se aplacara al dios. El Atrida encendióse en ira; y levantándose, me dirigió una amenaza que ya se ha cumplido. A aquélla, los aqueos de ojos vivos la conducen a Crisa en velera nave con presentes para el dios; y a la hija de Briseo que los aqueos me dieron, unos heraldos se la han llevado ahora mismo de mi tienda. Tú, si puedes, socorre a tu buen hijo; ve al Olimpo y ruega a Júpiter, si alguna vez llavaste consuelo a su corazón con palabras o con obras. Muchas veces, hallándonos en el palacio de mi padre, oí que te gloriabas de haber evitado, tú sola entre los inmortales, una afrentosa desgracia al Saturnio, que amontona las sombrías nubes, cuando quisieron atarle otros dioses olímpicos, Juno, Neptuno y Palas Minerva. Tú, oh diosa, acudiste y le libraste de las ataduras, llamando al espacioso Olimpo al centimano a quien los dioses nombran Briareo y todos los hombres Egeón, el cual es superior en fuerza a su mismo padre, y se sentó entonces al lado de Júpiter, ufano de su gloria; temieronle los bienaventurados dioses y desistieron de su propósito. Recuérdaselo, siéntate junto a él y abraza sus rodillas: quizá decida favorecer a los teucros y acorrálar a los aqueos, que serán muertos entre las popas, cerca del mar; para que todos disfruten de su rey y comprenda el poderoso Agamenón Atrida la falta que ha cometido no honrando al mejor de los aqueos.

413 Respondióle Tetis, derramando lágrimas: "¡Ay hijo mío! ¿Por qué te he criado, si en hora aciaga te di a luz? ¡Ojalá estuvieras en las naves sin llanto ni pena, ya que tu vida ha de ser corta, de no larga duración! Ahora eres juntamente de

breve vida y el más infortunado de todos. Con hado funesto te parí en el palacio. Yo misma iré al nevado Olimpo y hablaré a Júpiter, que se complace en lanzar rayos, por si se deja convencer. Tú quédate en las naves de ligero andar, conserva la cólera contra los aqueos y absente por completo de combatir. Ayer fuese Júpiter al Océano, al país de los probos etíopes, para asistir a un banquete, y todos los dioses le siguieron. De aquí a doce días volverá al Olimpo. Entonces acudiré a la morada de Júpiter, sustentada en bronce; le abrazaré las rodillas, y espero que lograré persuadirle."

428 Dichas estas palabras partió, dejando a Aquiles con el corazón irritado a causa de la mujer de bella cintura que violentamente y contra su voluntad le habían arrebatado.

430 En tanto, Ulises llegaba a Crisa con las víctimas para la sacra hecatombe. Cuando arribaron al profundo puerto, amainaron las velas, guardándolas en la negra nave; abatieron por medio de cuerdas el mástil hasta la crujía; y llevaron el buque, a fuerza de remos, al fondeadero. Echaron anclas y ataron las amarras, saltaron a la playa, desembarcaron las víctimas de la hecatombe para el flechador Apolo, y Criseida salió de la nave que atravesaba el ponto. El ingenioso Ulises llevó la moza al altar y, poniéndola en manos de su padre, dijo:

442 "¡Oh Crises! Envíame el rey de hombres Agamenón a traerte la hija y ofrecer en favor de los dánaos una sagrada hecatombe a Apolo, para que aplaquemos a este dios que tan deplorables males ha causado a los aqueos."

446 Dijo, y puso en sus manos la hija amada, que aquél recibió con alegría. Acto continuo, ordenaron la sacra hecatombe en torno del bien construido altar, laváronse las manos y tomaron harina con sal. Y Crises oró en alta voz y con las manos levantadas.

451 "¡Oyeme, tú que llevas arco de plata, proteges a Crisa y a la divina Cila e imperas en Tenedos poderosamente! Me escuchaste cuando te supliqué, y para honrarme, oprimiste duramente al ejército aqueo; pues ahora cúmpleme este

voto: ¡Aleja ya de los dánaos la abominable peste!"

457 Tal fue su plegaria, y Febo Apolo le oyó. Hecha la rogativa y esparcida la harina con sal, cogieron las víctimas por la cabeza, que tiraron hacia atrás, y las degollaron y descollaron; en seguida cortaron los muslos, y después de cubrirlos con doble capa de grasa y de carne cruda en pedacitos, el anciano los puso sobre leña encendida y los roció de negro vino. Cerca de él, unos jóvenes tenían en las manos asadores de cinco puntas. Quemados los muslos, probaron las entrañas; y descuartizando lo demás, atravesáronlo con pinchos, lo asaron cuidadosamente y lo retiraron del fuego. Terminada la faena y dispuesto el banquete, comieron, y nadie careció de su respectiva porción. Cuando hubieron satisfecho el deseo de comer y de beber, los mancebos llenaron las crateras y distribuyeron el vino a todos los presentes después de haber ofrecido en copas las primicias. Y durante el día los aqueos aplacaron al dios con el canto, entonando un hermoso peán al flechador Apolo, que les oía con el corazón complacido.

475 Cuando el sol se puso y sobrevino la noche, durmieron cabe a las amarras del buque. Mas, así que apareció la hija de la mañana, la Aurora de rosados dedos, hiciéronse a la mar para volver al espacioso campamento aqueo, y el flechador Apolo les envió próspero viento. Izaron el mástil, descogieron las velas, que hinchó el viento, y las purpúreas ondas resonaban en torno de la quilla mientras la nave corría siguiendo su rumbo. Una vez llegados al vasto campamento de los aqueos, sacaron la negra nave a tierra firme y la pusieron en alto sobre la arena, sosteniéndola con grandes maderos. Y luego se dispersaron por las tiendas y los bajeles.

488 El hijo de Peleo y descendiente de Jove, Aquiles, el de los pies ligeros, seguía irritado en las veleras naves, y ni frecuentaba las juntas donde los varones cobran fama, ni cooperaba a la guerra; sino que consumía su corazón, permaneciendo en los bajeles, y echaba de menos la gritería y el combate.

493 Cuando, después de aquel

día, apareció la duodécima aurora, los sempiternos dioses volvieron al Olimpo con Júpiter a la cabeza. Tetis no olvidó entonces el encargo de su hijo: saliendo de entre las olas del mar, subió muy de mañana al gran cielo y al Olimpo, y halló al longividente Saturnio sentado aparte de los demás dioses en la más alta de las muchas cumbres del monte. Acomodóse junto a él, abrazó sus rodillas con la mano izquierda, tocóle la barba con la diestra y dirigió esta súplica al soberano Jove Saturnio:

503 "¡Padre Júpiter! Si alguna vez te fui útil entre los inmortales con palabras u obras, cúmpleme este voto: Honra a mi hijo, el héroe de más breve vida, pues el rey de hombres Agamenón le ha ultrajado, arrebatándole la recompensa que todavía retiene. Vengale tú, pródigo Júpiter Olímpico, concediendo la victoria a los teucros hasta que los aqueos den satisfacción a mi hijo y le colmen de honores."

511 De tal suerte habló Júpiter, que amontona las nubes, nada contestó, guardando silencio un buen rato. Pero Tetis, que seguía como cuando abrazó sus rodillas, le suplicó de nuevo:

514 "Prométemelo claramente, asintiendo, o niégamelo —pues en ti no cabe el temor— para que sepa cuán despreciada soy entre todas las deidades."

517 Júpiter, que amontona las nubes, respondió afligidísimo: "¡Funestas acciones! Pues harás que me malquiste con Juno cuando me zahiera con injuriosas palabras. Sin motivo me riñe siempre ante los inmortales dioses, porque dice que en las batallas favorezco a los teucros. Pero ahora vete, no sea que Juno advierta algo; yo me cuidaré de que esto se cumpla. Y si lo desear, te haré con la cabeza la señal de asentimiento para que tengas confianza. Este es el signo más seguro, irrevocable y veraz para los inmortales; y no deja de efectuarse aquello a que asiento con la cabeza."

528 Dijo el Saturnio, y bajó las negras cejas en señal de asentimiento; los divinos cabellos se agitaron en la cabeza del soberano inmortal, y a su influjo estremeciéndose el dilatado Olimpo.

531 Después de deliberar así, se separaron; ella saltó al profundo mar desde el resplandeciente Olimpo, y Jove volvió a su palacio. Los dioses se levantaron al ver a su padre, y ninguno aguardó a que llegase, sino que todos salieron a su encuentro. Sentóse Júpiter en el trono; y Juno, que, por haberlo visto, no ignoraba que Tetis, la de argentados pies, hija del anciano del mar, con él departiera, dirigió en seguida injuriosas palabras a Jove Saturnio:

540 ¿"Cuál de las deidades, oh doloso, ha conversado contigo? Siempre te es grato, cuando estás lejos de mí, pensar y resolver algo clandestinamente, y jamás te has dignado decirme una sola palabra de lo que acuerdas."

541 Respondió el padre de los hombres y de los dioses: "Juno! No esperes conocer todas mis decisiones, pues te resultará difícil aun siendo mi esposa. Lo que pueda decirse, ningún dios ni hombre lo sabrá antes que tú; pero lo que quiera resolver sin contar con los dioses, no lo preguntes ni procures averiguarlo."

551 Replicó Juno veneranda, la de los grandes ojos: "Terribilísimo Saturnio, qué palabras proferiste! No será mucho lo que te haya preguntado o querido averiguar, puesto que muy tranquilo meditas cuanto te place. Mas ahora mucho recela mi corazón que te haya seducido Tetis, la de los argentados pies, hija del anciano del mar. Al amanecer el día sentóse cerca de ti y abrazó tus rodillas; y pienso que le habrás prometido, asintiendo, honrar a Aquiles y causar gran matanza junto a las naves aqueas."

560 Contestó Júpiter, que amon-tona las nubes: "¡Ah desdichada! Siempre sospechas y de ti no me oculto. Nada, empero, podrás conseguir sino alejarte de mi corazón; lo cual todavía te será más duro. Si es cierto lo que sospechas, así debe de serme grato. Pero, siéntate en silencio; obedece mis palabras. No sea que no te valgan cuantos dioses hay en el Olimpo, si acercándome te pongo encima las invictas manos."

568 Tal dijo, Juno veneranda, la de los grandes ojos, temió; y reprimiendo el coraje, sentóse en silencio.

Indignáronse en el palacio de Jove los dioses celestiales. Y Vulcano, el ilustre artífice, comenzó a arengarles para consolar a su madre Juno, la de los niveos brazos:

573 "Funesto e insoportable será lo que ocurra, si vosotros disputáis así por los mortales y promovéis alborotos entre los dioses; ni siquiera en el banquete se hallará placer alguno, porque prevalece lo peor. Yo aconsejo a mi madre, aunque ya ella tiene juicio, que obsequie al padre querido, para que éste no vuelva a reñirla y a turbarnos el festín. Pues si el Olímpico fulminador quiere echarnos del asiento... nos aventaja mucho en poder. Pero hálagale con palabras cariñosas y pronto el Olímpico nos será propicio."

584 De este modo habló, y tomando una copa doble, ofrecióla a su madre, diciendo: "Sufre, madre mía, y sopórtalo todo aunque estés afligida; que a ti, tan querida, no te vean mis ojos apaleada, sin que pueda socorrerte, porque es difícil contrarrestar al Olímpico. Ya otra vez que te quise defender, me asió por el pie y me arrojó de los divinos umbrales. Todo el día fui rodando y a la puesta del sol caí en Lemnos. Un poco de vida me quedaba y los sinties me recogieron tan pronto como hube caído."

595 Así dijo. Sonriose Juno, la diosa de los niveos brazos; y sonriente aún, tomó la copa doble que su hijo le presentaba. Vulcano se puso a escanciar dulce néctar para las otras deidades, sacándolo de la cratera; y una risa inextinguible se alzó entre los bienaventurados dioses al ver con qué afán les servía en el palacio.

601 Todo el día, hasta la puesta del sol, celebraron el festín; y nadie careció de su respectiva porción, ni faltó la hermosa cítara que tañía Apolo, ni las Musas, que con linda voz cantaban alternando.

605 Mas, cuando la fulgida luz del sol llegó al ocaso, los dioses fueron a recogerse a sus respectivos palacios que había construido Vulcano, el ilustre cojo de ambos pies, con sabia inteligencia. Júpiter Olímpico, fulminador, se encaminó al lecho donde acostumbraba dormir cuando el dulce sueño le vencía. Subió y acostóse; y a su lado descansó Juno, la de áureo trono.

3.- EL GENERO LIRICO

El género lírico expresa el sentimiento, las emociones, los estados anímicos del poeta. Es individual y subjetivo ya que plantea situaciones que parten de la vida interior del poeta.

Nace la lírica, instrumento musical con que el poeta se acompañaba para cantar sus desdichas y desgracias. Música y palabra eran elementos propios de la lírica. Posteriormente el poeta deja el sonido y color a la palabra, de ahí que en la poesía encontraremos más desenvuelto este género.

La lírica tiene sus propias leyes, las más importantes son:

1° Sinceridad y veracidad de los sentimientos. El poeta debe ser natural, espontáneo, debe presentar al hombre sin disimulos ni disfraces.

2° Orden nacido del sentimiento. Se refiere, a la unidad en el poema, si el sentimiento predomina sobre la razón entonces la unidad del poema está determinada por el estado anímico del poeta.

3° Viveza de colorido y movimiento. La transmisión del pensamiento se hace a través de imágenes y metáforas cargadas de fuerza y color.

4° Condensación de pensamiento y concisión de fuerza. La visión del poeta debe ser transmitida a través de vivas reflexiones y claros sentimientos para que el lector entienda lo expresado.

5° Brevedad. Todo poema debe ser relativamente corto, lo exige el poema ya que el sentimiento que se trasmite es fugaz.

Son subgéneros del género épico, las Odas, La Elegía, la Canción, el Madrigal, el Epitalmio, el Epigrama, la Rima, la Le-

trilla, etc.

a. La Oda

La palabra Oda viene del griego odé, que quiere decir canto y expresa el sentimiento del poeta sobre algún acontecimiento religioso, heróico, filosófico o moral.

Las Odas se han clasificado en Odas Sagradas y Odas Heroicas.

La Oda Sagrada expresa un sentimiento religioso, describiendo la grandeza de alguna divinidad, mientras que las Odas Heroicas cuentan con entusiasmo las hazañas de los héroes nacionales y la Oda Moral o Filosófica es aquella que pretende encauzar las pasiones del lector.

b. La Elegía

Es una composición literaria que se refiere a algún acontecimiento triste o melancólico, expresa sentimientos de dolor por un hecho lamentable.

c. La Canción

Es forma poética de origen provenzal, perfeccionada por los italianos, que expone los sentimientos amorosos del poeta. Petrarca es el maestro de este tipo de composición.

ch. El Madrigal

Es una composición literario breve, de cortas dimensiones que encierra un sentimiento amoroso o halagador, de una manera velada o artificiosa. Son famosos el madrigal "Ojos Claros de los reinos", del español Gutierre de Cetina, "Metamorfosis", del mexicano Luis G. Urbina.

d. El Epitalmio

Es un canto de bodas, el más bello es "El Cantar de los Cantares" de Salomón.

El Epigrama

Es una composición literaria de cuatro versos, clásica, era una inscripción que se acostumbraba poner en estatuas o monumentos funerarios, más tarde fue una composición erótica, filosófica, satírica, que encerraba en pocos versos pensamientos, enérgicos y profundos. Ahora el epigrama es cómico y satírico, breve, lleno de malicia, que emplea recursos ingeniosos para mover la risa o ridiculizar situaciones.

La Letrilla.

Es un poema dividido en varias estrofas, terminadas en un estribillo.

La Rima

Es un poema breve, conciso y sobrio, que expresa viva y melancólicamente ideas o sentimientos melancólicos.

Con el objeto de que analices el género lírico, a continuación te presentamos algunas composiciones.

METAMORFOSIS

Madrigal Romántico

Era un cautivo beso enamorado
de una mano de nieve que tenía
la apariencia de un lirio desmayado
y el palpitir de un ave en agonía.
Y sucedió que un día,
aquella mano suave
de palidez de cirio,
de languidez de lirio,
de palpitir de ave,
se acercó tanto a la prisión del beso
que ya no pudo más el pobre preso
y se escapó; más, con voluble giro
huyó la mano hasta el confín lejano,
y el beso, que volaba tras la mano,
rompiendo el aire, se volvió suspiro.

(De "Puestas de Sol")
LUIS G. URBINA (1868-1934)

MADRIGAL

Ojos claros, serenos
 si de un dulce mirar sois alabados?
 ¿ por qué, si me miráis, miráis airados?
 Si cuando más piadosos,
 más bellos parecéis a aquél que os mira,
 no me miráis con ira,
 porque no parezcáis menos hermosos,
 ¡ Ay tormentos rabiosos !
 Ojos claros, serenos,
 ya que así me miráis, miradme al menos.

GUTIERRE DE CETINA (1520 - 155

LETRILLA

Andeme yo caliente,
 y ríase la gente.

Traten otros al gobierno,
 del mundo y sus monarquías,
 mientras gobiernen mis días
 mantequillas y pan tierno,
 y las mañanas de invierno
 naranjada y aguardiente
 y ríase la gente.

Coma en dorada vajilla
 el príncipe mil cuidados
 como píldoras dorados;

que yo en mi pobre mesilla
 quiero más una morcilla
 que en el asador reviente,
 y ríase la gente.

Cuando cubra las montañas
 de plata y nieve el enero
 tenga yo lleno el brasero
 de bellotas y castañas
 y quien las dulces patrañas
 del rey que rabió me cuente,
 y ríase la gente.

Busque muy en hora buena
 el mercader nuevo soles;
 yo conchas y caracoles
 entre la menuda arena,
 escuchando a Filomena
 sobre el chopo de la fuente,
 y ríase la gente.

Pase a media noche el mar,
 y arda en amorosa llama
 Leandro por ver a su dama;
 que yo más quiero pasar
 de Yepes a Madrigal
 la regalada corriente
 y ríase la gente.

Pues Amor es tan cruel
 que de Píramo y su amada
 hace tálamo una espada
 dó se junten ella y él
 sea mi Tisbe un pastel,
 y la espada sea mi diente,
 y ríase la gente.

LUIS DE GONGORA

LETRILLA SATIRICA

Poderoso caballero
 es don Dinero.

Madre, yo al oro me humillo;
 él es mi amante y mi amado,
 pues de puro enamorado,
 de contino anda amarillo;
 que pues; doblón o sencillo,
 hace todo cuanto quiero
 Poderoso caballero
 es don Dinero.

Nace en las Indias homrado,
 donde el mundo le acompaña;
 viene a morir en España
 y es en Génova enterrado.
 Y pues quién lo trae al lado
 es hermoso aunque sea fiero,

Poderoso caballero
 es don Dinero.

Es galán y es como un oro.
 tiene quebrado el color,
 persona de gran valor,
 tan cristiano como el moro;
 pues que da y quita el decoro
 y quebranta cualquier fuero,
 Poderoso caballero
 es don Dinero.

Son sus padres principales
 y es de nobles descendiente,
 porque en las venas de Oriente
 todas las sangres son reales:
 y pues es quien hace iguales
 al duque y al ganadero,
 Poderoso caballero
 es don Dinero.

Mas ¿a quien no maravilla
 ver en su gloria sin tasa
 que es lo menos de su casa
 doña Blanca de Castilla?
 Pero pues da al bajo silla
 y al cobarde hace guerrero,
 poderoso caballero
 es don Dinero.

Sus escudos de armas nobles
son siempre tan principales,
que sin sus escudos reales
no hay escudos de armas dobles;
y pues a los mismos robles
da codicia a su minero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Por importar en los tratos
y dar tan buenos consejos
en las casas de los viejos
gatos le guardan de gatos
Y pues el rompe recatos
y ablanda al juez más severo,
poderoso caballero
es don Dinero.

Y es tanta su majestad
(aunque son sus duelos hartos)
que con haberle hecho cuartos
no pierde su autoridad;
pero pues da calidad
al noble y al pordiosero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Nunca vi damas ingratas
a su gusto y afición,

que a las caras de un doblón
hacen sus caras baratas.
Y pues las hace bravatas
desde una bolsa de cuero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Más valen en cualquier tierra
mirad si es harto sagaz,
sus escudos en la paz
que rodelas en la guerra.
Y pues al pobre le entierra
y hace propio al forastero
poderoso caballero
es don Dinero.

D. FRANCISCO DE QUEVEDO

RIMAS

Cerraron sus ojos	ardía en el suelo,
que aún tenía abiertos;	al muro arrojaba
taparon su cara	la sombra del lecho
con un blanco lienzo;	y entre aquella sombra
y unos sollozando,	veíase a intervalos
otros en silencio,	dibujarse rígida
de la triste alcoba	la forma del cuerpo.
todos se salieron.	Despertaba el día

La luz, que en un vaso y a su albor primero

con sus mil ruidos
despertaba el pueblo.

Ante aquel contraste
de vida y misterios,
de luz y tinieblas,
medité un momento:
"¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!"

De la casa en hombros
lleváronla al templo
y en una capilla
dejaron el féretro.
Allí rodearon
sus pálidos restos
de amarillas velas
y de paños negros.

Al dar de las ánimas
el toque postrero,
acabó una vieja
sus últimos rezos;
cruzó la ancha nave,
las puertas gimieron
y el santo recinto
quedóse desierto.

De un reloj se oía
compasado el péndulo,

y de algunos cirios
el chisporroteo.
Tan medroso y triste,
tan oscuro y yerto
todo se encontraba . . .
que pensé un momento:
"¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!"

De la alta campana
la lengua de hierro,
le dió, volteando
su adiós lastimero.
El luto en las ropas
amigos y deudos
cruzaron en fila,
formando el cortejo.

Del último asilo,
oscuro y estrecho,
abrió la piqueta
el nicho a un extremo.
Allí la acostaron,
tapiáronla luego,
y con un saludo
despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,
el sepulturero

cantando entre dientes
se perdió a lo lejos.
La noche se entraba
reinaba el silencio;
perdido en las sombras,
medité un momento:
"¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!"

En las largas noches
del helado invierno
cuando las maderas
crujir hace el viento
y azota los vidrios
el fuerte aguacero
de la pobre niña
a solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia
con un son eterno
allí la combate
el soplo del cierzo.
Del húmedo muro
tendida en el hueco
¡caso de frío
se hielan sus huesos! . . .
.
¿Vuelve el polvo al polvo?
¿vuela el alma al cielo?
¿todo es vil materia,
podredumbre y cieno?
¡No sé; pero hay algo
que explicar no puedo,
que al par nos infunde
repugnancia y miedo
al dejar tan tristes,
tan sólo los muertos!

GUSTAVO ADOLFO BECKER (1836 - 1870)

LOS ROPAJES

Existen almas bellas en cuerpos
sin hermosura . . .

Cierta- día, la Hermosura y la Fealdad se juntaron en la orilla del mar. Y decidieron una y la otra: "Vamos a remojar-

nos en el mar."

Después, se despojaron de su ropaje y se sumergieron en las aguas del mar. Y después de un rato, la Fealdad salió a la playa, se colocó los ropajes de la Hermosura y continuó su itinerario.

Y la Hermosura, igualmente salió del mar, y al no hallar su ropaje y siendo muy tímida para caminar desnuda, se colocó el ropaje de la Fealdad, y la Hermosura igualmente continuó su itinerario.

Y desde aquel momento, los seres humanos las confundieron y se mezclan la una con la otra.

A pesar de lo cual, hay personas que han contemplado la cara de la Hermosura y la reconocen sin importar los ropajes que ella lleva puestos. Y hay otras que reconocen la cara de la Fealdad sin que el tejido se la esconda a sus ojos.

GIBRAN JALIL GIBRAN

VALORES

Una vez, un hombre desenterró una estatua de mármol de gran belleza. Se la llevó a un coleccionista que amaba todas las cosas bellas y se la ofreció en venta. El coleccionista la compró a precio elevado. Y se separaron.

Y cuando el hombre se fue a casa con su dinero, pensó

se dijo a sí mismo :

"¡Cuanta vida significa este dinero! ¿Cómo puede alguien dar todo esto por una piedra muerta, esculpida, enterrada en la tierra durante mil años?".

Y el coleccionista contemplaba la estatua y se decía :
"Que hermosa! ¡Y fresca con el dulce sueño de mil años! ¿Cómo puede alguien dar todo a cambio de dinero muerto y sórdido?".

GIBRAN JALIL GIBRAN

EL GENERO DRAMATICO

En este género, el escritor da vida a sus personajes creando un mundo adaptado a la realidad en la que se mueven y son capaces de transmitir sus propios sentimientos, ya sean bondadosos o perversos.

El drama es la representación de una acción dialogada que se desarrolla entre varios personajes y es la forma de expresión adecuada para este género que es considerado como mixto, pues en él se mezclan el elemento objetivo del género épico y el elemento subjetivo del género lírico.

Las obras dramáticas presentan una estructura definida, cuya secuencia es la siguiente:

- Es en la que los personajes dan a conocer por sí mismos el conflicto de la obra y el papel que desempeñarán en su desarrollo.
- Es la complicación de los hechos, lo cual tiene al espectador en tensión y gradualmente va ele-

vándose hasta llegar al climax de la obra.

Desenlace - Esta es la última parte de la obra, en la que se resuelve feliz o dolorosamente el conflicto planteado.

Los elementos del drama son: La Acción, Los Personajes, El Estilo y el Lenguaje.

La Acción - Se llama acción dramática a la manera como se desenvuelve el argumento en la obra teatral para desarrollar las partes de la obra. (Presentación, Nudo y Desenlace).

Los Personajes - Estos deberán presentar un carácter definido manteniéndolo a lo largo de la obra. Su comportamiento, forma de vestir y de hablar, debe estar de acuerdo con el personaje que se representa, para de esta manera, producir una sensación de realidad entre los espectadores.

El Estilo - La obra dramática debe ser menos elevada que la épica, su lenguaje debe ser menos brillante que el que se emplea en el género lírico, o sea, debe ser natural y sencilla.

El Lenguaje - Este debe estar de acuerdo a las características de la época y el lugar en el que se desarrolla la obra, siendo además, claro y correcto.

El Género Dramático tiene como subgénero: La Tragedia

La Comedia y El Drama.

La Tragedia - Se da el nombre de tragedia a una obra extensa de tono solemne, de estilo elevado, cuya

se haya conducida a la fatalidad.

La palabra tragedia viene del griego "tragos" que significa macho cabrío. Sus orígenes los encontramos en las fiestas litúrgicas en honor de Dionisio o Baco, Dios del vino, en las cuales se sacrificaba un macho cabrío y le entonaban el ditirambo, himno alusivo a las hazañas del Dios, con el fin de causar miedo, pánico o terror.

Los máximos representantes de la tragedia en la literatura clásica son los griegos: Esquilo, Sófocles y Eurípides. Los creadores de la tragedia moderna o drama trágico que busca sus efectos en el conflicto de pasiones fueron, Lope de Vega, Shakespeare, Tirso de Molina, Juan Ruiz de Alarcón, Calderón de la Barca, Victor Hugo, Goethe, etc.

La Comedia - La Comedia es una obra en la cual se presenta una acción de feliz desenlace, generalmente inspirada en los incidentes de la vida diaria, vistos por el lado cómico, pues sus asuntos son de carácter familiar o social.

La comedia surge en Grecia, con Aristófanes y Menandro; en Roma cultivan este subgénero Plauto y Terencio y en la literatura moderna es cultivada por Lope de Vega, Shakespeare, Jacinto Benavente, etc.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las formas breves de la comedia son: Pasos o Pasillos, Farsa, Entremes, Juguete Cómico, Loa, Drama Alegórico, Autos Sacramentales, Sainete, Comedia de Costumbres, Comedia de Intriga y la Pantomima.

- 1.- Pasos o Pasillos: Son breves composiciones dramáticas de gran intensidad cómica, ejemplo: Los Pasos de Lope de Rueda.
- 2.- Farsa: Surge en la época medioeval y aunque en sus inicios tuvo carácter religioso, después se hizo profana y es una sencilla composición dramática de escasa finura y originalidad, en la que el autor trata de moralizar, criticar o satirizar, pero siempre de manera jocosa, ejemplo: Las Farsas de Lucas Hernández.
- 3.- Entremes: Pieza cómica que solía representarse entre los actos de una obra dramática extensa, ejemplo: Los Entremeses de Cervantes.
- 4.- Juguete Cómico: Es muy semejante al entremes. Suele tener siempre de escaso valor literario, está caracterizado por la libertad y ligereza en el enredo o en la caricatura, ejemplo: Las Piezas de los Hermanos Quintero.
- 5.- Loa: Es una breve pieza dramática en la que se enaltece a un personaje, ejemplo: Loa para la Festividad de Corpus de Sor Juana Inés de la Cruz.
- 6.- Drama Alegórico: Es una composición de carácter cómico-dramático, en la cual los personajes son encarnaciones de ideas abstractas tales como la fe, la religión, el amor y la virtud, etc., ejemplo: Los Triunfos de Petrarca.
- 7.- Autos Sacramentales: Son dramas alegóricos que desarro-

llan un concepto teológico referente al Sacramento de la Eucaristía, ejemplo: Los Autos Sacramentales de Sor Juana Inés de la Cruz.

- 8.- Sainete: Es un cuadro cómico y breve, de tono jocoso o satírico, en el cual se reproducen costumbres populares, ejemplo: Los Santos de Don Ramón de la Cruz.
 - 9.- Comedia de Costumbres: Es una pieza dramática con asunto cómico o tomado de los episodios de la vida social, ejemplo: Don Juan Tenorio de José Zorrilla.
 - 10.- Comedia de Intriga: Es una pieza dramática que se caracteriza por lo complicado de la acción, ejemplo: El Mejor Alcalde, El Rey de Lope de Vega.
 - 11.- La Pantomima: Son representaciones teatrales en las que los autores en vez de utilizar el diálogo para la comunicación con el espectador, emplean el lenguaje mímico.
 - 12.- Drama: Es la representación artística de una acción humana, en la cual se manifiestan la totalidad del sentimiento en variedad de efectos.
- El asunto dramático cabe toda la vida en sus aspectos intelectual, sensitivo y volitivo, siempre que sean bella y dignamente manifestados, ejemplo: Los Dramas de Shakespeare.

De la unión entre la música y la poesía brotan en el drama los poemas dramáticos musicales.

Las formas más perfectas del drama musical son: La Ópera y la Zarzuela.

La diferencia entre ópera y zarzuela radica en lo si-

guiente: En la primera, la acción, el canto y la música tienen la misma importancia, en tanto que en la zarzuela, al nativamente se canta y se declama. Algunos cultivadores de la ópera Verdi y Wagner, y de la zarzuela, Chapi y Vives.

La opereta es una composición dramático-musical de menor importancia, de dimensiones más pequeñas que la ópera. Su tema generalmente se refiere a algún asunto erótico. El predominio de la música en la opereta es tan importante como en la ópera, ejemplo: Las Operetas de Strauss.

5.- GÉNERO DIDÁCTICO.

Se denominan didácticas todas las obras que están destinadas a enseñar una ciencia o arte. En éste tipo de literatura los autores utilizan la forma expositiva, siguiendo una metodología adecuada para transmitir la forma más simple del conocimiento objeto de estudio o bien demostrar, analizar o convencer a sus lectores de lo que se afirma.

Pueden ser objeto de éste tipo de literatura todos los temas materiales o espirituales, el estudio de ideas religiosas, el de la moral, las leyes que rigen el saber humano, las ciencias biológicas o cualquier tipo de materia que se pretende enseñar.

Pertenece a éste género, las siguientes especies literarias :

a.- La Historia.- Dentro de la didáctica se debe mencionar la historia, o sea, la ciencia que estudia

nos da a conocer el pretérito.

b.- La Propaganda.- Dentro del género didáctico podemos citar los procedimientos por los que se hace llegar la palabra del hombre a las multitudes; unas veces para convencer y otras para instruirlos.

c.- La Oratoria.- Se ha dado el nombre de oratoria a la expresión literaria que aspira a ser bella por medio de la palabra hablada. El orador es quien habla elocuentemente con intención de persuadir.

d.- El Periodismo.- Se llama periodismo al arte de escribir artículos destinados a la divulgación didáctica o simplemente a la difusión de noticias que aparecen en los diarios o periódicos, revistas semanales, quincenales o mensuales.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIDAD 3

EJERCICIOS DE EVALUACION

Quando las obras literarias poseen características con
según un mismo punto de vista, se agrupan y a éstos ge
se les llama :

¿Cuál es la clasificación de los Géneros? _____

¿Cuáles son los sub-géneros del género épico? _____

¿Cuáles son los sub-géneros del género lírico? _____

¿Cuáles son los sub-géneros del género dramático? _____

Las obras literarias cuya finalidad es únicamente la de
rrar, contar o relatar algún suceso, y el autor desempe
el papel de testigo u observador, pertenecen al Género

Las obras literarias que expresan sentimientos, emociones
estados anímicos del poeta, por lo que son individuales
subjetivas, pertenecen al género _____

Las obras literarias en que el escritor da vida a sus per
sonajes, creando un mundo adaptado a la realidad en que
se mueven y son capaces de transmitir sus propios senti
mientos, bondadosos o perversos, pertenecen al género -

Las obras que están destinadas a enseñar una ciencia o ar
te, pertenecen al género _____

INSTRUCCIONES:- Frente a cada una de las siguientes defini
ciones de los sub-géneros del género épico:
Los Cantares de Gesta, La Epopeya, La Leyenda
El Cuento, La Novela, La Fábula, El Romance
La Balada, anote a cuál pertenece.

Es una narración en prosa de mayor extensión que el cuen
to, su trama es compleja, plantea situaciones conflicti
vas, numerosos personajes de caracteres diversos, de he
chos reales o fantásticos.

Son poemas donde se narran hazañas de guerreros o caudi
llos que generalmente se conservan por tradición oral, de
origen popular.

Composición breve en verso o en prosa, relata hechos ima
ginarios cuyas raíces son reales o históricas, puede ser
popular, generalmente anónima.

Se deriva de los Cantares de Gesta, presenta cierta influencia lírica, de breve extensión, su misión es relatar hechos históricos o legendarios.

Poema de gran extensión, relata hechos heroicos de personajes reales o imaginarios, culta o popular.

Relato épico de los Pueblos Germanos.

Composición en prosa de trama sencillo y pocos personajes, hecho que se relata puede ser real o imaginario.

Composición de cortas dimensiones, se desarrolla una acción con carácter alegórico con el fin de impartir una enseñanza.

Por qué es en la poesía donde se encuentra más desenvuelto el género lírico?

A continuación anota las leyes más importantes de la lírica

1°

2°

3°

4°

5°

INSTRUCCIONES.- Frente a cada una de las siguientes expresiones de sub-géneros del género lírico, anota en

línea, según corresponda a Las Odas, La Elegía, Canción, El Madrigal, El Epitalmio, La Rima, La Letrilla.

Composición literaria de cuatro versos, clásica, cómica, satírica, breve, llena de malicia, emplea recursos ingeniosos para ridiculizar o provocar la risa.

Poema dividido en varias estrofas, terminadas en un estribillo.

Expresa el entusiasmo del poeta sobre algún acontecimiento religioso, heroico, filosófico o moral, descubriendo la grandeza de alguna divinidad o las hazañas de héroes nacionales o pretende encauzar las pasiones del lector.

Poema breve, conciso y sobrio, expresa viva y melodiosamente ideas o sentimientos melancólicos.

Forma poética de origen provenzal, expone los sentimientos amorosos del poeta.

Composición literaria que se refiere a algún acontecimiento triste o melancólico, expresa sentimientos de dolor por un hecho lamentable.

Es un canto de bodas, el más bello es "El Cantar de los Cantares" de Salomón.

Composición literaria breve, encierra un sentimiento amoroso o halagador de una manera velada o artificiosa, famoso el "Ojos Claros, Serenos".

INSTRUCCIONES:- Identifica en las siguientes definiciones sub-géneros del género dramático, anotando la línea según corresponda a La Tragedia, Comedia o el Drama.

Es una obra extensa, de tono solemne, estilo elevado acción se halla conducida a la fatalidad.

Una obra en la cual se presenta una acción de feliz desenlace, generalmente inspirada en los incidentes de la vida diaria vistos por el lado cómico, asuntos de carácter familiar o social.

Es la representación artística de una acción humana, que manifiestan la totalidad del sentimiento en variedad de efectos, abarca toda la vida en sus aspectos intelectual, sensitivo y volitivo, bella y dignamente manifestados.

- ¿Cuál es la secuencia de la estructura de una obra dramática?

- ¿Cuáles son los elementos del drama?

- ¿A qué se le llama presentación en una obra dramática?

- ¿Cuál es el Nudo en una obra dramática?

- ¿Qué es Desenlace, en una obra dramática?

- ¿A qué se le llama Acción en una obra dramática?

- ¿Cómo deben ser los personajes de una obra dramática?

- ¿Cómo debe ser el Estilo en una obra dramática?

- ¿Cómo debe ser el Lenguaje de una obra dramática?

_____ Es una sencilla composición dramática de escasa finura y delicadeza, se trata de moralizar, criticar o satirizar, siempre de manera jocosa.

_____ Es una pieza dramática con asunto cómico o tomado de los episodios de la vida social.

_____ Pieza cómica que solía representarse entre dos actos de una obra dramática extensa.

_____ Son dramas alegóricos que desarrollan un concepto teológico referente al Sacramento de la Eucaristía.

_____ Suele ser siempre de estaso valor cómico y está caracterizado por la libertad y ligereza en el diálogo o en la caricatura.

_____ La acción del canto y la música tienen la misma importancia.

_____ Composición dramático-musical de poca importancia, su tema generalmente se refiere a algún asunto cómico o satírico.

_____ Es la representación artística de una acción humana en la que se manifiesta la totalidad del sentimiento, en variedad de efectos.

¿Quiénes son los máximos representantes de la tragedia en la literatura clásica? _____

¿Quiénes fueron los creadores de la tragedia moderna o drama trágico? _____

INSTRUCCIONES:- Anota la palabra que complete correctamente los siguientes enunciados.

_____ Son representaciones teatrales en las que se emplea el lenguaje mímico.

_____ Es una breve pieza dramática en la que enaltece a un personaje.

_____ Es un cuadro cómico y breve de tono jocoso o satírico, en el que se reproducen costumbres populares.

_____ Son breves composiciones dramáticas de gran intensidad cómica.

_____ Una composición de carácter cómico o dramático, los personajes son encarnaciones de ideas abstractas como la fe, la religión, el amor, etc.

_____ Es una pieza dramática que se caracteriza por lo complicado de la acción.

¿ Cuáles son las especies literarias que pertenecen al género didáctico ?

¿ Qué es la Historia ?

¿ Qué es la Propaganda ?

¿ Qué es Oratoria ?

¿ Qué es el Periodismo ?

UNIDAD 4

- EL ANALISIS LITERARIO -

OBJETIVO PARTICULAR :

Tiempo : 8 Frecuencias

Al término de la Unidad, el alumno :

Aplicará la metodología para el análisis de la obra Literaria.

OBJETIVOS ESPECIFICOS :

- 4.1.- Explicará en que consiste un análisis literario en obras seleccionadas.
- 4.2.- Distinguirá el fondo y la forma en la obra literaria.
- 4.3.- Explicará cada uno de los elementos externos e internos que posee toda obra literaria.
- 4.4.- Determinará los elementos de la metodología de análisis de una obra literaria, utilizando un cuento o una novela.

¿ Cuáles son las especies literarias que pertenecen al género didáctico ?

¿ Qué es la Historia ?

¿ Qué es la Propaganda ?

¿ Qué es Oratoria ?

¿ Qué es el Periodismo ?

UNIDAD 4

- EL ANALISIS LITERARIO -

OBJETIVO PARTICULAR :

Tiempo : 8 Frecuencias

Al término de la Unidad, el alumno :

Aplicará la metodología para el análisis de la obra Literaria.

OBJETIVOS ESPECIFICOS :

- 4.1.- Explicará en que consiste un análisis literario en obras seleccionadas.
- 4.2.- Distinguirá el fondo y la forma en la obra literaria.
- 4.3.- Explicará cada uno de los elementos externos e internos que posee toda obra literaria.
- 4.4.- Determinará los elementos de la metodología de análisis de una obra literaria, utilizando un cuento o una novela.

1.- CONCEPTO DE ANÁLISIS LITERARIO

Analizar una obra literaria es tratar de llegar al mensaje que pretende dicha obra, para comprenderla adecuadamente.

Rudimentariamente las personas interpretan los mensajes aún sin tener los más simples conocimientos de la técnica literaria, pues la sensibilidad humana capta situaciones de belleza que se le presentan a los sentidos y que en aquel momento está en la disposición emotiva de entenderla y comprenderla.

Algunos escritores han emitido definiciones sobre el concepto de análisis literario, entre ellas encontramos la de Moisés Jiménez Alarcón, quien manifiesta que "El análisis literario es la aplicación de diversos conocimientos al estudio de una obra literaria, descomposición y examen de sus elementos, descubrimiento de sus valores: estéticos, lingüísticos, filosóficos, etc."

Para Roberto Petsch "El análisis literario es la curiosidad de saber cómo está hecho, que es; en cierto sentido resulta una autopsia".

Como se puede observar, los distintos estudiosos de la materia llegan a la conclusión que se manifiesta en los primeros párrafos, o sea que de una forma o de otra, tratan de comprender el mensaje del escritor y los elementos que le sirvieron para poder transmitir dicho mensaje.

2.- ELEMENTOS DE ESTRUCTURA.

Como se ha mencionado en el punto anterior, a través del análisis literario tratamos de llegar al mensaje del escritor en el estudio de este mensaje encontramos dos elementos importantes que son: El Fondo y La Forma.

Antes de iniciar el análisis sobre el fondo y la forma, mencionaremos algunos otros elementos importantes que se deben considerar al analizar una obra y éstos son:

- Datos de la Obra:

Es importante tomar en cuenta el título de la obra, el subtítulo si lo tiene, asimismo mencionar si el título ha sufrido algunas variaciones a través del tiempo, mencionar el nombre de la Casa Editora y el año en que fue editada la obra.

- Datos del Autor:

A este respecto, debe mencionarse el nombre del Autor o el seudónimo de éste si lo tuviere, si es obra anónima, si se cuenta con antecedentes que nos lleven a la conclusión de que dicha obra se debe atribuir a alguien. También es necesario mencionar algunos datos de los autores, tales como sus antecedentes literarios o algunas otras obras de importancia que haya escrito.

- Análisis Externo.:

a.- Estructura Formal.- A este respecto debe mencionarse si la obra está dividida en partes, capítulos, libros rapsodias, cantos, etc. De la simple observación de la obra nos damos cuenta en forma inmediata como está

dividida la estructura formal de la misma.

b.- Figuras de Lenguaje.- Siendo la literatura una de las bellas artes, el escritor trata de presentar su obra empleando el lenguaje más bello que puede encontrar o bien simple, para poderse expresar, esto dependiendo del tipo de obra que esté realizando, pues al escribir un poema frecuente que el escritor emplee las figuras de dicitivo (epiteto, repetición, retuécano, elipsis, aliteración, etc.). De significación o Tropos (metáfora, sinegdoque, metonimia, etc.), o bien figuras de pensamiento (paradoja, antítesis, hipérbole, prosopopeya, ironía, etc.), pues a través de la obra se pretende manifestar la belleza de las palabras. Ahora bien, si se pretende escribir una obra de tipo didáctico, entonces el escritor emplea el lenguaje más sencillo y fácil de comprender con el objeto de poder transmitir en forma adecuada lo que se pretende enseñar y que es el objeto de la obra.

c.- Estilo.- Podríamos definir el estilo como la forma personal que tiene cada escritor para la elaboración de una obra literaria. Ortega y Gasset lo define como una serie de actos selectivos que el escritor ejecuta, dándole forma y nomía a la obra.

d.- Punto de Vista.- Es el punto desde el cual la obra puede ser observada para identificar algunos rasgos del escritor. Todos los escritores dentro de sus obras presentan algunos rasgos personales, ya sea en la administración del tiempo de la obra o bien en el empleo del material para la realización de esta obra. Al hablar del empleo

material, incluimos en esto la forma de como utilizan los personajes o bien de como se narra la obra, en primera o segunda persona. Se habla de primera persona cuando el protagonista toma parte activa en el desarrollo de la obra y es en segunda persona cuando ese protagonista se desliga de lo que ocurre en el transcurso de la obra.

D.- Análisis Interno. (Contenido)

Al realizar el análisis interno de una obra, estamos refiriéndonos al contenido de la misma o bien al fondo de ésta. El fondo nos lleva a conocer el mensaje del escritor, por lo que analizaremos cada una de las partes que lo forman.

a.- Tema.- El tema es la materia del texto del que trata la obra, que en un momento dado puede ser real o imaginario. Es la idea central de una obra literaria; es el concepto general que nos formamos al leer la obra y que el autor a través de los personajes nos puede transmitir estados emotivos ya sea de amor, de odio, de celos, de soledad, o bien el deseo de subsistir.

b.- Asunto.- El asunto, al observar una obra, lo encontramos en la observación particular de los personajes puede ser de orden sentimental, social o estético, para algunos autores del asunto es la base histórica que tiene una obra y que le da valor y originalidad a la misma.

c.- Argumento.- El argumento es el resumen de lo narrado

pretende sintetizar la historia de una obra literaria, portando únicamente los hechos principales.

d.- Acción.- La acción nos sitúa siempre en un espacio y tiempo, pues es un cómputo de hechos que se van presentando en forma real o psicológica y que se entreteje evolucionando de lo próspero a lo adverso o viceversa.

e.- Relación Espacial.- Es la serie de lugares en que se ven los personajes y que desarrolla la acción. Estos lugares los conoce el lector a través de la narración que nos hace el autor y así nos puede ubicar en una céntrica calle de alguna ciudad importante o bien a las orillas de un tranquilo lago.

f.- Relación Temporal.- Esta es la forma en que transcurre el tiempo dentro de la obra, puede manejarse de época, almanaque, de reloj, de estaciones del año; algunos autores manejan a la perfección el tiempo cronológico detallando momento a momento lo que va sucediendo en el transcurso de la obra, algunos otros manejan el tiempo histórico hablando de un pasado inmediato y de como se sucedieron los hechos que están narrando. Podemos mencionar que existen dos formas de medir el tiempo dentro de una obra puede ser el tiempo objetivo o cronológico que es el que se refiere a los días, meses o años que van transcurriendo al cabo de la obra y el tiempo subjetivo que es el que existe únicamente en la mente del escritor y que a través de este tiempo puede retroceder cronológicamente todo lo que desee, con el objeto de elaborar su obra.

g.- Personajes.- La mayor parte de los escritores definen

personaje o personajes como un ser literario que dotado de vida propia, se manifiesta por su presencia, - con sólo presentarse revela su conducta y da a conocer su carácter. Tradicionalmente los personajes se han clasificado en principales o secundarios. Al analizar una obra literaria es conveniente observar el origen, función o jerarquía de los personajes. También se debe observar si el personaje es creado por el autor o si ya tenía vida propia, algunos personajes no son humanos (la selva, la libertad, el mar, etc.), según el papel que desempeñe en la obra pueden ser: Protagonistas o Antagonistas. En la psicología de los personajes se analiza; cualidades, defectos, carácter, temperamento, conducta de la obra etc.

E.- Análisis Interno.- Estructura.- (Forma)

Entendemos por forma sobre todo los elementos de que el autor se vale para llevar a cabo su obra literaria, a continuación señalamos algunos de los más importantes.

a.- Plan.- El plan puede existir antes de que la obra sea estructurada o bien puede irse adecuando a ella. El plan es la forma como el escritor pretende llegar a su objetivo, empleando para tal efecto todos los elementos materiales necesarios y ordenándolos en forma adecuada.

b.- Partes y Secuencia.- Habiendo elaborado el plan respectivo, el autor puede ir integrando cada una de las partes hasta formar un todo. Esta idea se refiere a la ordenación interna de pensamientos, emociones, he-

chos, seres, cosas (forma interior o de estructura) y su expresión (forma exterior, vocabulario y estilo). El orden resulta del fondo mismo de las cosas, de la disposición adecuada de elementos para manejar un tema determinado.

- c.- Forma Rítmica.- Esta se refiere a la forma como puede ser escrita una obra literaria; Prosa y Verso. La prosa es la forma natural de expresión literaria, evita la regularidad métrica y la regularidad del acento, es lo que comúnmente se conoce como escribir a renglón seguido. El verso es el conjunto de palabras que se escriben en una sola línea de una composición poética; también se le conoce como la unidad mínima que constituye una estrofa.
- d.- Vocabulario o Léxico.- Al realizar un análisis interno al fondo de una obra literaria se puede observar como expresan los contenidos de la misma, analizando el vocabulario utilizado, este elemento es muy importante, pues nos da a conocer la madurez del idioma y el progreso cultural de un pueblo, conociendo además sus modismos o regionalismos.

El lenguaje que emplee el autor puede ser erudito o popular, simple o con rebuscamiento.

3.- LA TÉCNICA LITERARIA.

La Técnica Literaria es la forma o procedimiento que emplea el autor para desarrollar su obra, entre ellas podemos señalar las siguientes:

- a.- Narración.- Este procedimiento consiste en contar sucesos tomando como factor determinante el tiempo; se puede observar que acontecimientos ubica el autor en primer plano, si posterga, si es lento o acelerado, si sigue un orden sistemático o inicia con el clímax; si narra hechos verosímiles o totalmente falsos; si es superficial o le da toques significativos a la obra.
- b.- Descripción.- Tiene como finalidad provocar en nuestra imaginación una impresión profunda y conmovedora, equivalente a la impresión sensible, se describe no sólo a través de la vista sino a través de todos los sentidos. La descripción literaria tiende a conocer lo que se ve generalmente por esquemas memorizados o por recuerdos. Las descripciones pueden ser inmóviles, semiestáticas o dinámicas.
- c.- Diálogo.- El procedimiento dialogal puede ser directo si ocurre sólo entre dos personas, sin participación del narrador, también es indirecto si se incorpora al diálogo el discurso del narrador. Esta forma es común sobre todo en la gramática, los personajes hablan sobre algún tema en particular, a través del diálogo el lector se da cuenta de la secuencia de la acción.
- d.- Monólogo.- Se presenta cuando el personaje habla de una

época determinada, sin esperar respuesta de otro personaje, es decir, cuando piensa en voz alta, recordando y justificando situaciones de su vida en relación con otro personaje a que él se refiere en el relato o que interviene directamente en la narración. Se habla de un monólogo interior cuando se observa que el personaje está pensando pero en forma organizada para la comunicación, como si hablara para sí mismo.

e.- Soliloquio.- Es cuando un personaje piensa en voz alta sin interesarle la forma. (el personaje se pregunta y contesta a sí mismo).

f.- Autor Omnisciente.- Es cuando el autor sin intervenir directamente en la obra mueve todos los hilos de los personajes y los hace aparecer en acción hacia el objetivo deseado, en este caso llega al climax del protagonista de la obra.

Dentro de la Técnica Literaria se pueden observar algunas otras formas como es el uso que hace el escritor de las personas dentro de su obra.

a.- El uso de la Primera Persona.- Se dice que un autor narra en la primera persona en las obras autobiográficas, es decir, cuando el creador narra al lector su vida, sus peripecias y sus desdichas.

La Literatura Picaresca género aparecido en España en los siglos XVI y XVII, tiene como característica principal ser autobiográfica, ejemplo: "El Lazarillo de Tormes".

b.- El Uso de la Tercera Persona.- Es el más común en este tipo de narración, la acción es narrada desde afuera,

decir, el autor deja a los personajes que hablen por sí mismos, aunque siempre está la presencia del narrador.

4.- ANALIZA LAS SIGUIENTES COMPOSICIONES.

Ya hemos estudiado los aspectos de la obra literaria. Ahora efectúa el análisis de las siguientes fábulas y composiciones que van a continuación:

EL DIAMANTE

José Rosas Moreno (Mexicano)

1838-1883

Triste, opaco, sin brillar	Así el hombre no educado,
un diamante no pulido,	cual piedra desconocida,
encontrábase perdido	suele encontrarse en la vida
en el valle del Palmar.	triste, sin luz, despreciado;
Vióle un joyero al pasar	más si a estudiar consagrado
y a su taller le llevó;	busca el saber con anhelo,
cuidadoso le labró,	tómase en dicha su duelo;
y hermoso entonces, luciente,	la educación lo embellece,
magnífico y esplendente	y en su alma que resplandece
la luz del sol reflejó	refleja la luz del cielo.

EL LEÑADOR Y EL SANDALO

José Moreno Rosas

Un leñador el tronco destrozaba
de un sándalo oloroso,
y el árbol generoso
el hacha con su esencia perfumaba.
Imitad un ejemplo tan hermoso,

que el alma noble y pura,
de la virtud divina resplandece,
cifra en el bien su gloria y su ventura
y hasta en cambio del mal el bien ofrece.

TODOS TENEMOS HAMBRE

Amado Nervo (Mexicano)

1870-1919

Bien sabes que todos tenemos hambre, hambre de pan, hambre
amor, hambre de conocimiento, hambre de paz...

Este mundo es un mundo de hambrientos.

El hambre de pan, melodramática, soflamera, ostentosa, es
que más nos conmueve, pero no es la más digna de conmovernos.
¿Qué me dices del hambre de amor? ¿Qué me dices de aquél que
quiere que le quieran y pasa por la vida viendo en todas partes
tes mujeres hermosas, sin que ninguna le dé una migaja de
riño?

¿Pues y el hambre de conocimiento?

¿El hambre del pobre espíritu que ansía saber y choca brutalmente
mente contra el zócalo de granito de la Esfinge?

¿Y el hambre de paz que atormenta al peregrino inquieto, obli-
gado a desgarrarse los pies y el corazón en los caminos?

Todos tenemos hambre, sí, y todos, por lo tanto, podemos ha-
cer caridad.

Aprende a conocer el hambre del que te habla... en el con-
to de que, fuera del hambre de pan, todos se esconden. Cuan-
to más inmensas, más escondidas.

ASONANCIAS

Salvador Díaz Mirón (Mexicano)

1853-1928

Sabedlo, soberanos y vasallos,
próceres y mendigos;
nadie tendrá derecho a lo superfluo
mientras alguien carezca de lo estricto.

Lo que llamamos "caridad", y ahora
es sólo un móvil íntimo,
será un porvenir lejano o próximo
el resultado del deber escrito.

Y la Equidad se sentará en el trono
de que huya el Egoísmo,
y a la ley del embudo, que hoy impera,
sucederá la ley del equilibrio.

UNIDAD 4

EJERCICIOS DE EVALUACION

¿Cómo define el concepto Análisis Literario, Moisés Jiménez de Alarcón?

Según Roberto Petsch, ¿qué es el Análisis Literario?

¿En qué consiste un Análisis Literario?

¿Cuáles son los dos elementos importantes que se encuentran en un análisis literario?

¿Cuáles son otros elementos que se deben considerar al analizar una obra?

¿Cuáles son los Datos de la Obra en un análisis literario?

¿Cuáles son los datos del autor, que se consideran en un análisis literario?

¿Cuáles son los elementos del análisis externo?

¿A qué se llama estructura formal de una obra?

¿Cómo nos damos cuenta de la estructura formal?

¿Porqué son importantes las figuras del lenguaje en una obra literaria?

En una obra didáctica, ¿Cuál es el lenguaje que se utiliza?

¿Cómo se define el estilo?

¿Qué entendemos por punto de vista?

Al hablar de empleo del material, ¿Qué se incluye para establecer el punto de vista en el análisis de una obra?

¿Cuáles son los elementos que se consideran en un análisis interno del contenido de una obra?

¿Qué entendemos por Tema en el análisis de una obra?

¿Qué entendemos por Asunto en el análisis de una obra literaria?

¿Qué entendemos por Argumento en una obra literaria?

¿Qué se entiende por Acción de una obra?

¿Cómo se identifica la Relación Espacial en una obra literaria?

¿Qué se entiende por Relación Temporal, de una obra literaria?

¿Cuáles son las dos formas de medir el tiempo dentro de una obra literaria?

¿Cómo definen los escritores al personaje o personajes en una obra literaria?

¿Cuál es la clasificación que tradicionalmente se ha dado a los personajes?

¿Qué es conveniente observar de los personajes, al analizar una obra literaria?

¿Cuáles son los elementos de que se vale el autor para dar forma (estructura) y llevar a cabo su obra literaria?

¿Qué se entiende por Plan del escritor?

¿A qué se refiere la idea de Partes y Secuencias, en una obra literaria?

¿A qué se refiere cuando hablamos de Forma Rítmica en una obra literaria?

Al analizar el vocabulario o léxico de una obra literaria ¿Qué conocemos?

¿Cómo puede ser el lenguaje que emplea el autor en una obra literaria?

¿Qué entendemos por Técnica Literaria?

¿Cuáles son los procedimientos que utiliza el autor para desarrollar su obra literaria?

¿En qué consiste la narración?

¿Qué podemos observar en la narración de una obra literaria?

¿Qué finalidad tiene una descripción en una obra literaria?

¿Cómo pueden ser las descripciones?

¿Cómo puede ser el procedimiento dialogal en una obra literaria?

¿Cuándo se presenta el Monólogo en una obra literaria?

¿A qué se refiere un Monólogo interior?

¿A qué se le llama Soliloquio?

¿Cuándo entendemos que es el Autor Omnisciente en una obra literaria?

¿Qué podemos observar respecto al uso que hace de las personas el escritor en una obra literaria?

¿En qué obras se utiliza la primera persona?

¿Cómo se utiliza la tercera persona en las obras literarias?

DIRECCIÓN GENERAL

UNIDAD 5

ORIGEN Y CARACTERÍSTICAS DE LOS MOVIMIENTOS LITERARIOS: EL RENACIMIENTO, EL ROMANTICISMO Y EL REALISMO

OBJETIVO PARTICULAR:

Tiempo : 18 Frecuencias

Al término de la unidad, el alumno:

Conocerá mediante el análisis de determinadas obras, las características de los movimientos literarios y los relacionará con el contexto social en que surgen:

- a. Renacimiento
- b. Romanticismo
- c. Realismo.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS:

- 5.1 Describirá el origen y características de los movimientos literarios
- 5.2 Identificará los diversos movimientos literarios.
- 5.3 Analizará algunas obras literarias más representativas de cada uno de los movimientos.
- 5.4 Distinguirá las características de los movimientos literarios a través de las obras analizadas.
- 5.5 Explicará como surgen los movimientos literarios dentro de la evolución histórica de la literatura.
- 5.6 Interpretará los fenómenos sociales que se reflejan en las diversas obras que identifican a cada uno de los movimientos literarios.
- 5.7 Relacionará las obras leídas, representativas en cada movimiento literario, con su contexto socio-histórico cultural.

¿A qué se le llama Soliloquio?

¿Cuándo entendemos que es el Autor Omnisciente en una obra literaria?

¿Qué podemos observar respecto al uso que hace de las personas el escritor en una obra literaria?

¿En qué obras se utiliza la primera persona?

¿Cómo se utiliza la tercera persona en las obras literarias?

DIRECCIÓN GENERAL

UNIDAD 5

ORIGEN Y CARACTERÍSTICAS DE LOS MOVIMIENTOS LITERARIOS: EL RENACIMIENTO, EL ROMANTICISMO Y EL REALISMO

OBJETIVO PARTICULAR:

Tiempo : 18 Frecuencias

Al término de la unidad, el alumno:

Conocerá mediante el análisis de determinadas obras, las características de los movimientos literarios y los relacionará con el contexto social en que surgen:

- a. Renacimiento
- b. Romanticismo
- c. Realismo.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS:

- 5.1 Describirá el origen y características de los movimientos literarios
- 5.2 Identificará los diversos movimientos literarios.
- 5.3 Analizará algunas obras literarias más representativas de cada uno de los movimientos.
- 5.4 Distinguirá las características de los movimientos literarios a través de las obras analizadas.
- 5.5 Explicará como surgen los movimientos literarios dentro de la evolución histórica de la literatura.
- 5.6 Interpretará los fenómenos sociales que se reflejan en las diversas obras que identifican a cada uno de los movimientos literarios.
- 5.7 Relacionará las obras leídas, representativas en cada movimiento literario, con su contexto socio-histórico cultural.

ORIGEN Y CARACTERISTICAS DE LOS MOVIMIENTOS LITERARIOS
EL RENACIMIENTO, EL ROMANTICISMO Y EL REALISMO

1. Origen de los Movimientos Literarios.

Siendo el hombre el creador de las bellas artes, éstas no pueden sustraerse a la época, el lugar y el tiempo en que son creadas y así se convierten en un reflejo del pensar y del sentir del hombre, quien muchas veces coincide con otros en este fenómeno de creación, originando un estilo común y es cuando se habla de algún movimiento o corriente artística determinada.

La literatura, como ya la hemos expresado en capítulos anteriores, es la más importante de las bellas artes, ya que siendo la palabra su elemento principal, también en ella encontramos grupos de escritores y literatos afines en la forma, en el tiempo o en el pensar, formando lo que conocemos como escuelas o épocas literarias.

Se habla de época literaria, cuando durante cierto lapso las obras literarias que se producen poseen una temática común y recursos literarios semejantes.

La historia de la literatura considera como primera época la llamada Clasicismo y cuyo período comprende los autores de la época antigua de Grecia y Roma. Así también mencionaremos, que durante el siglo XVIII, aparece una tendencia literaria que pretendía dar vida nuevamente a los clásicos y a este movimiento literario se le llamó Neoclasicismo.

2. La Literatura Clásica.

En esta época aparecen las famosas obras del poeta Homero, que son la Iliada y la Odisea, de las cuales se le presentó un fragmento en la Unidad 3 de este libro, ya que Homero es conocido

como "El Padre de la Poesía" pues es el más grande y antiguo poeta de los griegos. Se supone que nació unos 900 años antes de la era cristiana. Varias ciudades se disputan ser la cuna de este célebre autor, aunque los investigadores han llegado a la conclusión de que nació en el pueblo de Esmirna.

En la lírica griega sobresalen entre otros la poetisa Safo, quien nació en Lesbos, escribía versos sobre el amor y sus famosas estrofas de versos endecasílabos son conocidas como odas sáficas.

Anacreonte es un poeta cuya temática es alegre y sin maldad, celebra el vino y todos los placeres fáciles, es famosa su poesía anacreontica.

Píndaro es el poeta nacido en Tebas, conocido como "El Divino" y quien se inclina por exaltar en su poesía los valores de la función físico-social del deportista y la elevación del héroe nacional, de él se conocen sus epinicios (celebración de victorias atléticas). Los epinicios constan de tres elementos: un elogio al vencedor, una narración mística y consejos morales.

La poesía dramática de los griegos nace en los ritos celebrados en honor de Dionisios (Dios del vino), basándose en mitos sencillos y alegres, donde se entonaban cantos y se danzaba al compás de una flauta. Un grupo de personas formaban el coro que acompañaba en todo momento las representaciones de este tipo de obras. Los escritores trágicos más importantes son: Esquilo, Sófocles y Eurípides.

Una de las obras más importantes de Esquilo es Prometeo Encadenado, en la que plantea el conflicto suscitado entre Prometeo y Júpiter, porque aquél compadecido de los hombres, les dá a conocer el fuego y Júpiter lo condena a vivir encadenado a una ro-

ca en la cima de la montaña. Esquilo es considerado como el padre de la Tragedia ya que en las representaciones teatrales minuye la importancia del coro para incrementar la del diálogo de los actores. Esquilo nació en Eleusis, población cercana a Atenas y vivió durante los años 525 a 456 AC.

Sófocles nacido en Colona, cerca de Atenas, realiza innovaciones en la tragedia como la de introducir un tercer actor, reducir los miembros del coro a sólo 15, e inventar la escenografía. En todos sus dramas Sófocles se muestra religioso, apodándose sus obras principalmente en la leyenda heroica. Algunas de estas son: Antígona, Edipo Rey, Edipo en Colona, Electra, Ayax y otras.

Eurípides es el último de los trágicos Griegos, nació en el año 480 AC. en Salamina. Reduce aún más las intervenciones del coro y su rasgo peculiar en su estilo es presentar a la mujer como personaje principal y la abundancia de sentencias filosóficas.

Esquilo presenta una mujer majestuosa llena de virtudes y destellos eróticos, así nos la presenta en sus obras: Medea, Las Troyanas, Hécuba, Andromaca, Casandra, Elena, etc.

Aristófanes es el comediógrafo más importante de la antigua Grecia, ya que frente a la gravedad de la tragedia nos presenta su estilo satírico de la comedia. Encierra en sus obras lecturas de carácter patrio pero también crudos relatos, alusiones picarescas, burlas soeces, etc.

En algunas de sus comedias se mofa de los políticos y de otras de los filósofos y escritores, así encontramos que, en Las Avispas, censura las malas artes políticas de los demagogos que sólo sirven para inclinar a los atenienses hacia los ple-

tos y conflictos. En Lisistrata presenta a una mujer que induce a las demás a obligar a sus esposos a mantener la paz negándose a toda relación matrimonial si ellos apoyan la guerra. Para muchos su mejor obra es Las Aves, donde dos aburridos atenienses convencen a los pájaros a que funden una ciudad entre el cielo y la tierra, cuyos habitantes deberán ser seleccionados, el conflicto surge cuando los dioses se enteran que los hombres adoran a las aves, pero se resuelve con un pacto entre ellas y los dioses.

A continuación describimos algunas de las características de los movimientos literarios que han adquirido mayor importancia dentro de la literatura universal.

3. Características de los Movimientos Literarios

Los movimientos literarios presentan dentro de su desenvolvimiento un proceso de tres etapas: Iniciación, Esplendor y desaparición. Es necesario precisar que entre un movimiento y otro existe comúnmente un período de transición, que evita un rompimiento brusco o violento, permitiendo de esta manera un enlace de continuidad o contradicción que caracteriza a cada uno de ellos. Si observamos los movimientos literarios que han surgido a través del tiempo, podríamos encontrar que mientras que algunos de ellos se preocupan por fijar reglamentos y principios que conduzcan al hecho literario sobre un orden determinado, existen otros que, por el contrario, evitan al máximo la observancia de estas reglas, principios o estatutos, creando una reacción literaria en favor de la libertad creadora.

De lo anterior, nos da pleno testimonio la época Neoclásica, con sus reglas y principios a la que sucedió un romanticismo que

pregonaba no solamente la libertad en las artes, sino en la ciencia y en la vida. Más tarde, apareció un realismo que día describir la vida tal como es y no como la planteaban los románticos a través de sus sueños o ideales.

La literatura contemporánea no permite hablar de estilos o de escuelas literarias, ya que ahora el que prevalece es la individualidad y cada quien pretende aportar algo personal a la literatura.

4. El Renacimiento.

Se conoce como renacimiento el movimiento cultural que cae el término de la edad media y se inicia en Italia a fines del siglo XIV para propagarse por las demás ciudades europeas dejando de ser poco a poco, sociedades agrícolas, para transformarse en estudios dedicados al comercio y a la artesanía.

La época renacentista deja atrás el poder económico político de los señores feudales y de la iglesia católica. Se caracteriza por un desmedido afán por el estudio; difusión e imitación de los pensadores y artistas greco-latinos. Sus principales precusores son Petrarca y Boccaccio.

El renacimiento resurge las formas clásicas en toda su plenitud y la aceptación de una nueva manera de ver la vida. Este proceso sucedió en el curso de la historia y nos es dado definir sus límites en el tiempo y en el espacio. Primero lo encontramos en Italia, adelantada en más de un siglo a los demás países de Europa; luego, con caracteres específicos dentro de un esquema general en otros países.

El renacimiento queda definitivamente constituido en toda Europa a principios del siglo XVI. Entre los acontecimientos

que propiciaron su advenimiento cuentan, el humanismo iniciado por Petrarca; la llegada a Italia de una pléyade de sabios fugitivos de Bizancio al caer Constantinopla en manos de los turcos; la invención de la imprenta, que permite difundir la cultura y todos los acontecimientos importantes de la época, como descubrimientos geográficos y científicos.

Lo fundamental de esta nueva tendencia es la valoración del mundo y del hombre, tomando a éste, como tema central de su obra; se exaltó a la mujer y al amor, se lloran al dolor y a la muerte; se dibujan figuras pastoriles, caballerezcas, erreras, etc..., se va desde las bajas pasiones hasta lo sublimado y sentimental, todo esto precedido por el gusto y adoración a la antigüedad clásica greco-latina.

Algunos rasgos del Renacimiento.

El renacimiento ofrece algunos rasgos generales que se dan mayor o menor relieve en todas las naciones a donde llegó su influjo. Algunos de ellos son:

Veneración de lo antiguo.

El hombre renacentista mira con admiración y asombro la antigüedad clásica. Al comparar los productos literarios en lengua con los de Grecia y Roma, descubre en estos una manifiesta superioridad. De la simple superioridad pasa al estudio de las culturas antiguas, después a la imitación y finalmente quiere imitar y vivir dentro de la espiritualidad clásica.

Ruptura con la tradición.

El hombre del renacimiento vuelve la espalda a la Edad Media. Tiene la sensación de haber pasado por una zona de tinieblas para salir a la luz. Todo el arte medieval que es lo tosco, grose

ro, despreciable, pretende, saltando una fosa de un milenio, lanzar el arte y hasta la vida con el arte de la antigüedad pagana. En algunos pueblos, Francia e Italia, la ruptura es bastante completa de momento. En otros, España e Inglaterra, nunca llega a realizarse. Coexisten allí sin obstruirse, arte nuevo y arte viejo.

c) Independencia de la razón.

La mente humana busca liberarse de trabas dogmáticas. Ateología sucede la filosofía y el estudio de las ciencias; al método deductivo el inductivo; al testimonio de la autoridad testimonios de los sentidos y de la razón. La ciencia se seculariza; la cultura pasa de los eclesiásticos a los laicos y de ser la Iglesia la monopolizadora del saber.

d) Antropocentrismo.

Se impone una afirmación del individualismo humano. que estima lo suficientemente fuerte para llegar por sí solo al conocimiento de la verdad.

El hombre medieval, trascendiendo la vida terrena, tendía lo alto. Dios era el centro de su vida. Ahora el hombre se constituye en centro de sí mismo y del universo. Nace la verdadera psicología. Y como el hombre vive inmerso en la naturaleza, sobre los fenómenos naturales se proyecta su mirada buscándole una explicación. No tardarán en formularse nuevas teorías tendidas a revolucionar la fuerza del cosmos.

El anhelo de vivir como el hombre antiguo acarrea una actitud pagana ante la existencia, que cristaliza en una incitación a gozar de los placeres que la breve vida puede procrearnos.

B. Renacimiento y Literatura.

La aceptación de los modelos clásicos llevó a intentar el logro de una armoniosa belleza formal, relegando a segundo plano los propósitos didácticos del arte medieval.

Se rehabilitan los temas mitológicos y pastoriles. La mitología pagana invade de nuevo a Europa y la literatura bucólica refleja un mundo de perfecta felicidad y armonía.

Se renuevan las formas. Nacen esquemas métricos y resucitan los viejos géneros. La epopeya renacentista nada tiene que ver con la medieval; es un calco de Virgilio. Algo semejante cabe decir del teatro, imitación de Plauto y Terencio.

Las opiniones literarias de Aristóteles y Horacio se convirtieron en normas intangibles; algunos países tardarán siglos en liberarse de las tutelas clásicas.

Junto al de los clásicos, fue incommensurable el influjo de Petrarca.

El Renacimiento en España.

En España no se opera ruptura tajante con el pasado. Se funde con el nuevo espíritu las corrientes medievales y se llega a cabo una perfecta síntesis entre Renacimiento y tradición.

No se acatan dócilmente los preceptos de la antigüedad. Se prescindir con frecuencia de las normas clásicas del arte y se da rienda suelta a la expresión libre y espontánea del sentimiento artístico.

Frente a la tendencia clasicista mantiene su vigencia la particular y local. De ahí que tampoco en esa época falle una de las características esenciales de la literatura española; la coexistencia de dos direcciones, la realista y la idealista.

En España se dá, durante la primera mitad del siglo XVI, período de importación de las formas literarias de la ideología filosófica que caracteriza el Renacimiento Europeo. Todas las ideas y todas las formas irrumpen tumultuosamente con impetu adolescente, en la Península, de los días del Emperador Carlos

El otro medio siglo es de asimilación. Las fórmulas importadas se funden al espíritu español, que acepta y hace suyas unas, mientras que rechaza otras. Con la Contra-Reforma el Renacimiento adquiere un carácter nacional y la vida española un tono de grave religiosidad.

El siglo XVII, plenamente asimiladas las formas importadas será de plenitud.

Precusores del Renacimiento fueron: Dante, Petrarca, Boccaccio y Chaucer, Boyardo, Ariosto, Tasso, Boscán, Fray Luis de León, Du Bellay, Cervantes, Rabelais, Maquiavelo, Shakespeare, Ben Jonson y otros.

De esta época, son las obras que se te dan a continuación complementándolas con algunos datos biográficos de estos autores.

Miguel de Cervantes Saavedra.

Es considerado como una de las figuras más relevantes de la literatura española, cultivador de todos los géneros, su producción novelística fué más importante que la de los demás autores de su época. Nació en Alcalá de Henares, (1547-1616) donde comenzó sus estudios, continuando más tarde en Sevilla y Madrid. Fué camarero del Cardenal Aquaviva y después soldado de múltiples batallas. En la Batalla de Lepanto recibió tres heridas, perdió un brazo de un arcabuzazo, ésto le valió el pseudónimo del Manco de Lepanto. Muchas veces estuvo recluido en prisión

y precisamente en uno de sus cautiverios escribió su obra inmortal "El Quijote". La primera de sus novelas es la Galatea, de carácter pastoril; en 1605 escribió la primera parte de "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha", esta novela marca el fin de las novelas de caballería que durante la época habían tenido mucho arraigo dentro de la literatura española. En 1613 escribió las Novelas Ejemplares; en 1614 escribió Viaje al Parnaso; en 1615 la segunda parte del Quijote y en 1617 los Trabajos de Persiles y Segismunda, su obra póstuma.

A continuación, se incluye "La Gitanilla", obra que corresponde a una de sus Novelas Ejemplares y que es una de sus obras más leídas hasta nuestros días.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



LA GITANILLA

PARECE QUE los gitanos y gitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, crianse con ladrones, estudian para ladrones, y finalmente, salen con ser ladrones corrientes y molientes a todo ruedo, y la gana de hurtar y el hurtar son en ellos como accidentes inseparables que no se quitan sino con la muerte. Una pues, de esta nación, gitana vieja, que podía ser jubilada en la ciencia de Caco, crió una muchacha en nombre de nieta suya, a quien puso nombre Preciosa, y a quien enseñó todas sus gitanerías, y modos de embebecos, y trazas de hurtar. Salió la tal Preciosa, la más única bailadora que se hallaba en todo el gitanismo, y la más hermosa y discreta que pudiera hallarse, no entre los gitanos, sino entre cuantas hermosas y discretas pudiera pregonar la fama. Ni los soles, ni los aires, ni todas las inclemencias del cielo, a quien más que otras gentes están sujetos los gitanos, pudieron deslustrar su rostro ni curtir las manos, y lo que es más, que la crianza tosca en que se criaba no descubría en ella sino ser nacida de mayores prendas que de gitana, porque era en extremo cortés y bien razonada. Y con todo esto era algo desenvuelta, pero no de modo que descubriese algún género de deshonestidad; antes, con ser aguda, era tan honesta, que en su presencia no osaba alguna gitana, vieja ni moza, cantar cantares lascivos ni decir palabras no buenas, y finalmente la abuela conoció el tesoro que en la nieta tenía, y así determinó el águila vieja sacar a volar su aguilucho, y enseñarle a vivir por sus uñas.

Salió Preciosa rica de villancicos,

de coplas, seguidillas y zarabandas, y de otros versos, especialmente romances, que los cantaba con especial donaire; porque su taimada abuela echó de ver que tales juguetes y gracias, en los pocos años en la mucha hermosura de su nieta habían de ser felicísimos atractivos e incentivos para acrecentar su codicia; y así, se los procuró y buscó por todas las vías que pudo, y faltó poeta que se los diese; y también hay poetas que se acordan con gitanos, y les venden obras, como los hay para ciegos, que les fingien milagros y van a la parte de la ganancia. De todo hay en el mundo, y esto de la hambre tal que hace arrojar los ingenios a cosas que no están en el mapa.

Crióse Preciosa en diversas partes de Castilla, y a los quince años de su edad su abuela putativa la llevó a la Corte y a su antiguo rancho, es adonde ordinariamente le traen los gitanos, en los campos de San Bárbara, pensando en la Corte vender su mercadería, donde toda la compra y todo se vende. Y la mera entrada que hizo Preciosa en Madrid fue un día de Santa Ana, trona y abogada de la villa, con danza en que iban ocho gitanas, cuatro ancianas y cuatro muchachas, y un gitano, gran bailarín, que las guiaba; y aunque todas iban bien piadas y bien aderezadas, el asistente Preciosa era tal que poco a poco enamorando los ojos de cuanto miraban. De entre el son del tamborín y castañetas y fuga del viento salió un rumor que encarecía la belleza y donaire de la Gitana, y corrían los muchachos a verla, los hombres a mirarla; pero ellos no oyeron cantar, por ser la

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

cantada, allí fue ello, allí sí que cobró aliento la fama de la Gitanilla, y de común consentimiento de los diputados de la fiesta, desde luego le señalaron el premio y joya de la mejor danza; y cuando llegaron a hacerla en la iglesia de Santa María delante de la imagen de Santa Ana, después de haber bailado todas, tomó Preciosa unas sonajas, al son de las cuales, dando en redondo largas y ligerísimas vueltas, cantó el romance siguiente:

Y ahora a su lado
a Dios el más junto
gozáis de la alteza
que apenas barrunto.

El cantar de Preciosa fue para admirar a cuantos la escuchaban. Unos decían: «¡Dios te bendiga la muchacha!» Otros: «¡Lástima es que esta mozuela sea gitana! En verdad, en verdad que merecía ser hija de un gran señor». Otros había más groseros, que decían: «¡Dejen crecer a la rapaza, que ella hará de las suyas! ¡A fe que se va añudando en ella gentil red barredera para pescar más corazones!» Otro más humano, más basto y más modorro, viéndola andar tan ligera en el baile, le dijo: «¡A ello, hija; a ello! ¡Andad, amores, y pisad el polvito a tan menudito!»

Y ella respondió, sin dejar el baile: — ¡Y pisárelo yo a tan menudito! Acabáronse las vísperas y la fiesta de Santa Ana, y quedó Preciosa algo cansada. Pero tan celebrada de hermosa, de aguda y de discreta y bailadora, que a Corrillos se hablaba de ella en toda la Corte.

De allí a quince días volvió a Madrid con otras tres muchachas, con sonajas y con un baile nuevo, todas apercebidas de romances, y de cantarcillos alegres, pero todos honestos; que no consentía Preciosa que las que fuesen en su compañía cantasen cantares descompuestos, ni ella los cantó jamás, y muchos miraron en ello, y la tuvieron en mucho.

Nunca se apartaba de ella la gitana vieja, hecha su Argos, temerosa no se la despabilasen y traspusiesen. Llamábala nieta, y ella la tenía por abuela.

Pusiéronse a bailar a la sombra en la calle de Toledo, y de los que las venían siguiéndolo se hizo luego un gran corro. Y en tanto que bailaban, la vieja pedía limosna a los circunstantes, y llovían en ella ochavos y cuartos como piedras a tablado. Que también la hermosura tiene fuerza de despertar la caridad dormida.

Arbol preciosísimo,
que tardó en dar fruto
años que pudieron
cubrirle de luto,

y hacer los deseos
del consorte puros,
contra su esperanza
no muy bien seguros:

de cuyo tardarse
nació aquel disgusto
que lanzó del templo
al varón más justo:

santa tierra estéril,
que al cabo produjo
toda la abundancia
que sustenta el mundo;

casa de moneda
do se forjó el cuño
que dio Dios la forma,
que como hombre tuvo;

madre de una hija,
en quien quiso y pudo
mostrar Dios grandezas
sobre humano curso.

Por vos y por ella
sois, Ana, el refugio,
do van por remedio
nuestros infortunios.

En cierta manera
tenéis, no lo dudo,
sobre el nieto imperio
piadoso y justo.

A ser comunera
del alcázar sumo,
fueran mil parientes
con voz de consuno.

¡Qué hija, y qué nieto,
y qué yerno! Al punto
a ser causa justa,
cantárades triunfos.

Pero vos humilde
fuisteis el estudio,
donde vuestra hija
hizo humildes cursos.

Acabado el baile, dijo Preciosa:
—Si me dan cuatro cuartos, les cantaré un romance yo sola, lindísimo en extremo, que trata de cuando la reina Nuestra Señora Margarita salió a misa de parida en Valladolid y fue a San Llorente. Dígoles que es famoso, y compuesto por un poeta de los del número, como capitán de batallón.

Apenas hubo dicho esto, cuando casi todos los que en la rueda estaban dijeron a voces:

—Cántale, Preciosa, y ves aquí mis cuatro cuartos.

Y así granizaron sobre ella cuartos, que la vieja no se daba manos a recogerlos. Hecho, pues, su agosto, y su vendimia, repicó Preciosa sus sonajás, y al tono correntío y loquesco cantó el siguiente romance:

Salió a misa de parida
la mayor reina de Europa,
en el valor y en el nombre
rica y admirable joya.

Como los ojos se lleva,
se lleva las almas todas
de cuantos miran y admiran
su devoción y su pompa.

Y para mostrar que es parte
del cielo en la Tierra toda,
a un lado lleva el sol de Austria,
al otro la tierna aurora.

A sus espaldas la sigue
un lucero que a deshora
salió la noche del día
que el cielo y la Tierra lloran.

Y si en el cielo hay estrellas
que lucientes carros forman,
en otros carros su cielo
vivas estrellas adornan.

Aquí el anciano Saturno
la barba pule y remoja,
y aunque tardo, va ligero;
que el placer cura la gota.

El dios parlero va en lenguas
lisonjeras y amorosas,
y Cupido en cifras varias,
que rubíes y perlas bordan.

Allí va el furioso Marte
en la persona curiosa
de más de un gallardo joven
que de su sombra se asombra.

Junto a la casa del sol
va Júpiter; que no hay cosa
difícil a la privanza
fundada en prudentes obras.

Va la luna en las mejillas
de una y otra humana diosa,
Venus casta en la belleza
de las que este cielo forman.

Pequeñuelos Ganimedes
cruzan, van, vuelven y tornan
por el cinto tachonado
de esta esfera milagrosa.

Y para que todo admire
y todo asombre, no hay cosa
que de liberal no pase
hasta el extremo de pródiga.

Milán con sus ricas telas
allí va en vista curiosa,
las Indias con sus diamantes,
y Arabia con sus aromas.

Con los mal intencionados
va la envidia mordedora,
y la bondad en los pechos
de la lealtad española.

La alegría universal
huyendo de la congoja,
calles y plazas discurre,
descompuesta y casi loca.

A mil mudas bendiciones
abre el silencio la boca,
y repiten los muchachos
lo que los hombres entonan.

Cuál dice: —Fecunda vid,
crece, sube, abraza y toca
el olmo felice tuyo,
que mil siglos te haga sombra,

para gloria de ti misma,
para bien de España y honra,
para arrimo de la Iglesia,
para asombro de Mahoma.

Otra lengua clama y dice:
—Vivas, oh blanca paloma,
que nos has de dar por crías
águilas de dos coronas,

para ahuyentar de los aires,
las de rapiña furiosas,
para cubrir con sus alas
a las virtudes medrosas.

Otra más discreta y grave,
más aguda y más curiosa
dice, vertiendo alegría
por los ojos y la boca:

—Esta perla que nos diste,
nácar de Austria, única y sola,
¡qué de máquinas que rompe!
¡Qué de designios que corta!

¡Qué de esperanzas que infunde!
¡Qué de deseos malogra!
¡Qué de temores aumenta!
¡Qué de preñados aborta!

En esto se llegó al templo
del fénix santo que en Roma
fue abrasado, y quedó vivo
en la fama y en la gloria.

A la imagen de la vida,

a la del cielo Señora,
a la que por ser humilde,
las estrellas pisa ahora;
a la Madre y Virgen junto,

a la Hija y a la Esposa
de Dios, hincada de hinojos,
Margarita así razona:
—Lo que me has dado te doy,

mano siempre dadivosa;
que a do falta el favor tuyo
siempre la miseria sobra.

Las primicias de mis frutos
te ofrezco, Virgen hermosa:
tales cuales son las mira,
recibe, ampara y mejora.

A su padre te encomiendo;
que humano Atlante se encorva
al peso de tantos reinos
y de climas tan remotas.

Sé que el corazón del rey
en las manos de Dios mora,
y sé que puedes con Dios
cuanto quieres piadosa.

Acabada esta oración,
otra semejante entonan
himnos y voces que muestran
que está en el suelo la gloria.

Acabados los oficios,
con reales ceremonias
volvió a su punto este cielo
y esfera maravillosa.

Apenas acabó Preciosa su romance, cuando del ilustre auditorio y grave senado que la oía, de muchas se formó una voz sola que dijo:

—Torna a cantar, Preciosica, que no faltarán cuartos como tierra.

Más de doscientas personas estaban mirando el baile y escuchando el canto de las gitanas, y en la fuga de él acertó a pasar por allí uno de los tenientes de la villa, y viendo tanta gente junta, preguntó qué era, y fuéle respondido que estaban escuchando a la gitanilla hermosa que cantaba.

Llegóse el teniente, que era curioso, y escuchó un rato, y por no ir contra su gravedad, no escuchó el romance hasta el fin. Y habiéndole parecido por todo extremo bien la Gitanilla, mandó a un paje suyo dijese a la gitana vieja que al anochecer fuese a su casa con las gitanillas; que quería que las oyese doña Clara su mujer. Hizolo así el paje, y la vieja dijo que sí iría.

Acabaron el baile y el canto, y mudaron lugar. Y en esto llegó un paje muy bien aderezado a Preciosa, y dándole un papel doblado, le dijo:

—Preciosica, canta el romance que aquí va, porque es muy bueno, y yo te daré otros de cuando en cuando, con que cobres fama de la mejor romancera del mundo.

—Eso aprenderé yo de muy buena gana —respondió Preciosa—. Y mire, señor, que no me deje de dar los romances que dice, con tal condición, que sean honestos; y si quiere que se los pague, concertémonos por docenas, y docena cantada docena pagada; porque pensar que le tengo de pagar adelantado, es pensar lo imposible.

—Para papel siquiera que me dé la señora Preciosa —dijo el paje—, estaré contento. Y más, que el romance que no saliere bueno y honesto no ha de entrar en cuenta.

—A la mía quede el escogerlos —respondió Preciosa.

Y con esto se fueron la calle adelante, y desde una reja llamaron unos catalleros a las gitanas.

Asomóse Preciosa a la reja, que era baja, y vio en una sala muy bien aderezada y muy fresca muchos caballeros que, unos paseándose y otros jugando a diversos juegos, se entretenían.

—¿Quiérenme dar barato, señores? —dijo Preciosa, que, como gitana, hablaba ceceoso, y esto es artificio en ellas, que no naturaleza.

A la voz de Preciosa, y a su rostro, dejaron los que jugaban el juego, y el paseo los paseantes, y los unos y los otros acudieron a la reja por verla, que ya tenían noticia de ella, y dijeron:

—Entren, entren las gitanillas, que aquí les daremos barato.

—Caro sería ello —respondió Preciosa—, si nos pellizcasen.

—No, a fe de caballeros —respondió uno—; bien puedes entrar, niña, segura que nadie te tocará a la vira de tu zapato; no, por el hábito que traigo en el pecho.

Y púsose la mano sobre uno de Calatrava.

—Si tú quieres entrar, Preciosa —dijo una de las tres gitanillas que iban con ella—, entra enhorabuena, que yo no entraré adonde hay tantos hombres.

—Mira, Cristina —respondió Preciosa—, de lo que te has de guardar es de un hombre solo y a solas, y no de tantos juntos; porque antes el ser muchos quita el miedo y el recelo de ser ofendidas. Advierte, Cristinica, y está cierta de una cosa: que la mujer que se determina a ser honrada, entre un ejército de soldados lo puede ser. Verdad es que es bueno huir de las ocasiones; pero han de ser de las secretas y no de las públicas.

—Entremos, Preciosa —dijo Cristina—, que tú sabes más que un sabio.

Animólas la gitana vieja, y entraron. Y apenas hubo entrado Preciosa, cuando el caballero del hábito vio el papel que traía en el seno, y llegándose a ella, se lo tomó, y dijo Preciosa:

—Y no me lo tome, señor, que es un romance que me acaban de dar ahora, que aún no le he leído.

—Y ¿sabes tú leer, hija? —dijo uno.

—Y escribir —respondió la vieja—, que a mi nieta la he criado yo como si fuera hija de un letrado.

Abrió el caballero el papel, y vio que venía dentro de él un escudo de oro, y dijo:

—En verdad, Preciosa, que trae esta carta el porte dentro. Toma este escudo que en el romance viene.

—Basta —dijo Preciosa—, que me ha tratado de pobre el poeta. Pues cierto que es más milagro darme a mí un poeta un escudo que yo recibirle. Si con esta añadidura han de venir sus romances, traslade todo el «Romancero general», y envíemelos uno a uno, que yo les tentaré el pulso, y si vinieren duros, seré yo blanda en recibirlos.

Admirados quedaron los que oían

a la gitanica, así de su discreción como del donaire con que hablaba.

—Lea, señor —dijo ella—, en alto. Veremos si es tan discreto poeta, como es liberal.

Y el caballero leyó así:

Gitanica, que de hermosa te pueden dar parabienes, por lo que de piedra tienes te llama el mundo Preciosa.

De esta verdad me aseguro esto, como en ti verás; que no se apartan jamás la esquivéz y la hermosura.

Si como en valor subido, vas creciendo en arrogancia no le arriendo la ganancia a la edad en que has nacido.

Que un basilisco se cría en ti que mata mirando, y un imperio que, aunque blanco nos parezca tiranía.

Entre pobres y aduares ¿cómo nació tal belleza? ¿o cómo crió tal pieza el humilde Manzanares?

Por esto será famoso al par del Tajo dorado y por Preciosa preciado más que el Ganges caudaloso.

Dices la buena ventura, y dasla mala continuo; que no van por un camino tu intención y tu hermosura.

Porque en el peligro fuerte de mirarte o contemplarte, tu intención va a desculpate, y tu hermosura a dar muerte.

Dicen que son hechiceras todas las de tu nación; pero tus hechizos son de más fuerzas y más veras; pues por llevar los despojos de todos cuantos te ven,

haces, ¡oh niña!, que estén los hechizos en tus ojos.

En sus fuerzas te adelantas, pues bailando nos admiras, y nos matas, si nos miras, y nos encantas, si cantas.

De cien mil modos hechizas, hables, calles, cantes, mires, o te acerques, o retires, el fuego de amor atizas.

Sobre el más exento pecho tienes mando y señorío, de lo que es testigo el mío, de tu imperio satisfecho.

Preciosa joya de amor, esto humildemente escribe

el que por ti muere y vive pobre, aunque humilde amador.

—En pobre acaba el último verso —dijo a esta sazón Preciosa—. ¡Mala señal! Nunca los enamorados han de decir que son pobres, porque a los principios, a mi parecer, la pobreza es muy enemiga del amor.

—¿Quién te enseña eso, rapaza? —dijo uno.

—¿Quién me lo ha de enseñar? —respondió Preciosa—. ¿No tengo yo mi alma en mi cuerpo? ¿No tengo ya quince años? Y no soy manca, ni ronca, ni estropeada del entendimiento. Los ingenios de las gitanas van por otro norte que los de las demás gentes. Siempre se adelantan a sus años. No hay gitano necio, ni gitana lerdá. Que como el sustentar su vida consiste en ser agudos, astutos y embusteros, despabilan el ingenio a cada paso, y no dejan que críe moho en ninguna manera. ¿Ven estas muchachas mis compañeras, que están callando, y parecen bobas? Pues éntrenles el dedo en la boca y tíenténlas las cordales, y verán lo que verán. No hay muchacha de doce, que no sepa lo que de veinticinco, porque tienen por maestros y preceptores al diablo y al uso, que les enseña en una hora lo que habían de aprender en un año.

Con esto que la Gitanilla decía, tenía suspensos a los oyentes, y los que jugaban le dieron barato, y aun los que no jugaban. Cogió la hucha de la vieja treinta reales, y más rica y más alegre que una Pascua de Flores, antecogió sus corderas y fuese en casa del señor teniente, quedando que otro día volvería con su manada a dar contento a aquellos tan liberales señores.

Ya tenía aviso la señora doña Clara, mujer del señor teniente, cómo habían de ir a su casa las gitanillas, y estábanlas esperando como el agua de mayo ella y sus doncellas y dueñas, con las de otra señora vecina suya, que todas se juntaron para ver a Preciosa.

Y apenas hubieron entrado las gitanas, cuando entre las demás resplandeció Preciosa como la luz de una antorcha entre otras luces menores. Y así corrieron todas a ella: unas la abrazaban, otras la miraban, éstas la bendecían, aquéllas la alababan.

Doña Clara decía:

—¡Este sí que se puede decir bello de oro! ¡Éstos sí que son ojos de esmeraldas!

La señora su vecina la desmenuzaba toda, y hacía pepitoria de todos sus miembros y coyunturas. Y llegando a alabar un pequeño hoyo que Preciosa tenía en la barba, dijo:

—¡Ay, qué hoyo! En este hoyo han de tropezar cuantos ojos le miraren.

Oyó esto un escudero de brazo de la señora doña Clara, que allí estaba, de luenga barba y largos años, y dijo:

—¿Ése llama vuesa merced hoyo, señora mía? ¡Pues yo sé poco de hoyos, o ése no es hoyo, sino sepultura de deseos vivos! ¡Por Dios! ¡Tan linda es la Gitanilla, que hecha de plata o de alcorza no podría ser mejor! ¿Sabes decir la buena ventura, niña?

—De tres o cuatro maneras —respondió Preciosa.

—Y ¿eso más? —dijo doña Clara—. Por vida del teniente mi señor, que me la has de decir, niña de oro, y niña de plata, y niña de perlas, y niña de carbuncos, y niña del cielo, que es lo más que puedo decir.

—Denle, denle la palma de la mano a la niña, y con qué haga la cruz —dijo la vieja—, y verán qué de cosas les dice. Que sabe más que un doctor de melecina.

Echó mano a la faltriquera la señora teniente, y halló que no tenía blanca. Pidió un cuarto a sus criadas, y ninguna le tuvo, ni la señora vecina tampoco.

Lo cual, visto por Preciosa, dijo:

—Todas las cruces en cuanto cruces son buenas, pero las de pla-

ta o de oro son mejores. Y el señalar la cruz en la palma de la mano con moneda de cobre, sepan vuesas mercedes que menoscaba la buena-ventura, a lo menos la mía; y así tengo afición a hacer la cruz primera con algún escudo de oro, o con algún real de a ocho, o por lo menos de a cuatro. Que soy como los sacristanes: que, cuando hay buena ofrenda, se regocijan.

—Donaire tienes, niña, por tu vida —dijo la señora vecina.

Y volviéndose al escudero le dijo: —Vos, señor Contreras, ¿tendréis a mano algún real de a cuatro? Dádmelo, que en viniendo el doctor mi marido os le volveré.

—Sí tengo —respondió Contreras—; pero téngole empeñado en veintidós maravedies que cené anoche. Démelos; que yo iré por él en volandas.

—No tenemos entre todas un cuarto —dijo doña Clara—, ¿y pedís veintidós maravedies? Andad, Contreras, que siempre fuistes impertinente.

Una doncella de las presentes, viendo la esterilidad de la casa, dijo a Preciosa:

—Niña, ¿hará algo al caso que se haga la cruz con un dedal de plata?

—Antes —respondió Preciosa— se hacen las cruces mejores del mundo con dedales de plata, como sean muchos.

—Uno tengo yo —replicó la doncella—; si éste basta, hèle aquí, con condición que también se me ha de decir a mí la buena-ventura.

—¡Por un dedal tantas buena-venturas! —dijo la gitana vieja—. Nieta, acaba presto; que se hace noche.

Tomó Preciosa el dedal, y la mano de la señora teniente, y dijo:

Hermosita, hermosa,
la de las manos de plata,
más te quiere tu marido
que al rey de las Alpujarras.
Eres paloma sin hiel;
pero a veces eres brava

como leona de Orán,
o como tigre de Ocaña.
Pero en un tras, en un tris,
el enojo se te pasa,
y quedas como alfeñique,
o como cordera mansa.

Riñes mucho, y comes poco;
algo celosita andas;
que es jugueteón el teniente,
y quiere arrimar la vara.

Cuando doncella te quisio,
uno de una buena cara;
que mal hayan los terceros,
que los gustos desbaratan.

Si a dicha tú fueras monja,
hoy tu convento mandarás,
porque tienes de abadesa
más de cuatrocientas rayas.

No te lo quiero decir;
pero poco importa; vaya:
enviadarás, y otra vez,
y otras dos, serás casada.

No llores, señora mía,
que no siempre las gitanas
decimos el Evangelio;
no llores, señora; acaba.

Como te mueras primero
que el señor teniente, basta
para remediar el daño
de la viudez que amenaza.

Has de heredar, y muy presto,
hacienda en mucha abundancia;
tendrás un hijo canónigo;
la Iglesia no se señala.

De Toledo no es posible.
Una hija rubia y blanca
tendrás que si es religiosa,
también vendrá a ser prelada.

Si tu esposo no se muere
dentro de cuatro semanas,
verásle corregidor
de Burgos o Salamanca.

Un lunar tienes: ¡qué lindo!
¡Ay, Jesús, qué luna clara!
¡Qué sol, que allá en los antipodas
oscuros valles aclara!

Más de dos ciegos por verle
dieran más de cuatro blancas.
Ahora sí es la risica...

Ay, ¡que bien haya esa gracia!
Guárdate de las caídas,
principalmente de espaldas;
que suelen ser peligrosas
en las principales damas.

Cosas hay más que decirte.
Si para el viernes me aguardas,
las oírás; que son de gusto,
y algunas hay de desgracias.

Aeabó su buena-ventura Preciosa,
y con ella encendió el deseo de

das las circunstancias en querer saber la suya, y así se lo rogaron todas; pero ella las remitió para el viernes venidero, prometiéndoles que tendrían reales de plata para hacer las cruces.

En esto vino el señor teniente, a quien contaron maravillas de la Gitanilla. Él las hizo bailar un poco, y confirmó por verdaderas y bien dadas las alabanzas que a Preciosa habían dado; y poniendo la mano en la faltriquera, hizo señal de querer darle algo; y habiéndola espulgado y sacudido, y rascado muchas veces, al cabo sacó la mano vacía, y dijo:

—¡Por Dios que no tengo blanca! Dadle vos, doña Clara, un real a Preciosa, que yo os le daré después.

—¡Bueno es eso, señor, por cierto! Sí, ahí está el real de manifiesto. No hemos tenido entre todas nosotros un cuarto para hacer la señal de la cruz, ¿y quiere que tengamos un real?

—Pues dadle alguna valoncica vuestra, o alguna cosita, que otro día nos volverá a ver Preciosa, y la regalaremos mejor.

A lo cual dijo doña Clara:

—Pues porque otra vez venga, no quiero dar nada ahora a Preciosa.

—Antes si no me dan nada —dijo Preciosa—, nunca más volveré acá. Mas, si, volveré a servir a tan principales señores; pero traeré tragado que no me han de dar nada, y ahorrareme la fatiga del esperarle. Coheche vuesa merced, señor teniente; coheche y tendrá dineros, y no haga usos nuevos, que morirá de hambre. Mire, señora: por ahí he oído decir (y aunque moza, entiendo que no son buenos dichos) que de los oficios se ha de sacar dinero para pagar las condenaciones de las residencias y para pretender otros cargos.

—Así lo dicen y lo hacen los desalmados —replicó el teniente—; pero el juez que da buena residencia, no tendrá que pagar condena-

ción alguna, y el haber usado bien su oficio, será el valedor para que le den otro.

—Habla vuesa merced muy a lo santo, señor teniente —respondió Preciosa—; ándese a eso y cortarémole de los harapos para reliquias.

—Mucho sabes, Preciosa —dijo el teniente—. Calla, que yo daré traza que Sus Majestades te vean, porque eres pieza de reyes.

—Querránme para truhana —respondió Preciosa—, y yo no lo sabré ser, y todo irá perdido. Si me quisiesen para discreta, aún me llevarían; pero en algunos palacios más medran los truhanes que los discretos. Yo me hallo bien con ser gitana y pobre, y corra la suerte por donde el cielo quisiere.

—Ea, niña —dijo la gitana vieja—, no hables más, que has hablado mucho, y sabes más de lo que yo te he enseñado. No te asotiles tanto, que te despuntarás. Habla de aquello que tus años permiten y no te metas en altanerías; que no ha ninguna que no amenace caída.

—El diablo tienen estas gitanas en el cuerpo —dijo a esta sazón el teniente.

Despidiéronse las gitanas, y al irse dijo la doncella del dedal:

—Preciosa, dime la buena-ventura, o vuélveme mi dedal; que no me queda con qué hacer labor.

—Señora doncella —respondió Preciosa—, haga cuenta que se la he dicho, y provéase de otro dedal, o no haga vainillas hasta el viernes, que yo volveré y le diré más venturas y aventuras que las que tiene un libro de caballerías.

Fuéronse, y juntáronse con las muchas labradoras que a la hora de las Avemarías suelen salir de Madrid para volverse a sus aldeas, y entre otras vuelven muchas, con quien siempre se acompañaban las gitanas, y volvían seguras. Porque la gitana vieja vivía en continuo temor no le salteasen a su Preciosa.

Sucedió, pues, que la mañana de un día que volvían a Madrid a coger

la garrama con las demás gitanillas, en un valle pequeño que está obra de quinientos pasos antes que se llegue a la villa, vieron un mancebo gallardo y ricamente aderezado de camino. La espada y daga que traía eran, como decir se suele, una ascua de oro; sombrero con rico cintillo y con plumas de diversos colores adornado. Repararon las gitanas en viéndole, y pusieronle a mirar muy despacio, admiradas de que a tales horas un tan hermoso mancebo estuviese en tal lugar, a pie y solo. Él se llegó a ellas y hablando con la gitana mayor, le dijo:

—Por vida vuestra, amiga, que me hagáis placer que vos y Preciosa me oyáis aquí aparte dos palabras, que serán de vuestro provecho.

—Como no nos desviemos mucho, ni nos tardemos mucho, sea en buena hora —respondió la vieja.

Y llamando a Preciosa, se desviaron de las otras obra de veinte pasos, y así en pie como estaban, el mancebo les dijo:

—Yo vengo de manera rendido a la discreción y belleza de Preciosa, que después de haberme hecho mucha fuerza para excusar llegar a este punto, al cabo he quedado más rendido y más imposibilitado de excusarlo. Yo, señoras mías —que siempre os he de dar este nombre, si el cielo mi pretensión favorece—, soy caballero, como lo puede mostrar este hábito —y apartando el herreruelo, descubrió en el pecho uno de los más calificados que hay en España—. Soy hijo de fulano —que por buenos respetos aquí no se declara su nombre—. Estoy debajo de su tutela y amparo. Soy hijo único, y el que espera un razonable mayorazgo. Mi padre está aquí en la Corte pretendiendo un cargo, y ya está consultado, y tiene casi ciertas esperanzas de salir con él. Y con ser de la calidad y nobleza que os he referido, y de la que casi se os debe ya de ir trasluciendo, con todo eso, quisiera ser un gran señor para levantar a mi grandeza la humildad

de Preciosa, haciéndola mi igual a mi señora. Yo no la pretendo burlarla, ni en las veras del amor que la tengo puede haber género de burla alguna. Sólo quiero servir del modo que ella más gustare; voluntad es la mía. Para con ella es de cera mi alma, donde puedo imprimir lo que quisiere, y para conservarlo y guardarlo no será como impreso en cera, sino como esculpido en mármoles, cuya dureza se opone a la duración de los tiempos. Si creéis esta verdad, no admitiré ningún desmayo mi esperanza; pero si no me creéis, siempre me tendré temeroso vuestra duda. Mi nombre es éste —y dijose—. El de mi padre ya os le he dicho. La casa donde vive es en tal calle, y tiene tales y tales señas; vecinos tiene, a quien podréis informaros, y aun los que no son vecinos también, que no es tan oscura la calidad y nombre de mi padre y el mío, que no le sepan en los patios de Palacio y aun en toda la Corte. Cien escudos traigo aquí en oro para darme en arras y señal de lo que pretendo; porque no ha de negar la hacienda el que da el alma.

En tanto que el caballero estaba así, le estaba mirando Preciosa atentamente, y sin duda que no le hubieron de parecer mal ni sus razones ni su talle; y volviéndose a la vieja, dijo:

—Perdóneme, abuela, de que tome licencia para responder a este tan enamorado señor.

—Responde lo que quisieres, hija —respondió la vieja—, que sé que tienes discreción para todo. Y Preciosa dijo:

—Yo, señor caballero, aunque soy gitana, pobre y humildemente criada, tengo un cierto espíritu místico acá dentro, que a grandes cosas me lleva. A mí, ni me dan ven promesas, ni me desmoronan dadas, ni me inclinan sumisión, ni me espantan finezas enamoradas, y aunque de quince años —que según la cuenta de mi abuela, p

este San Miguel los haré—, soy ya vieja en los pensamientos y alcanzo más de aquello que mi edad promete, más por mi buen natural que por la experiencia. Pero con lo uno o con lo otro sé que las pasiones amorosas en los recién enamorados son como ímpetus indiscretos que hacen salir a la voluntad de sus quicios, la cual, atropellando inconvenientes, desatinadamente se arroja tras su deseo, y pensando dar con la gloria de sus ojos, da con el infierno de sus pesadumbres. Si alcanza lo que desea, mengua el deseo con la posesión de la cosa deseada, y quizá abriéndose entonces los ojos del entendimiento, se ve ser bien que se aborrezca lo que antes se adoraba. Este temor engendra en mí un recato tal, que ningunas palabras creo y de muchas obras dudo. Una sola joya tengo, que la estimo en más que a la vida, que es la de mi entereza y virginidad, y no la tengo de vender a precio de promesas ni dadas, porque, en fin, será vendida; y si puede ser comprada, será de muy poca estima: ni me la han de llevar trazas ni embelecidos; antes pienso irme con ella a la sepultura, y quizá al cielo, que ponerla en peligro que quimeras y fantasías soñadas la embistan o manoseen. Flor es la de la virginidad que, a ser posible, aun con la imaginación no había de dejar ofenderse. Cortada la rosa del rosal, ¡con qué brevedad y facilidad se marchita! Éste la toca, aquél la huele, el otro la deshoja, y, finalmente, entre las manos rústicas se deshace. Si vos, señor, por sola esta prenda venís, no la habéis de llevar sino atada con las ligaduras y lazos del matrimonio. Que si la virginidad se ha de inclinar, ha de ser a este santo yugo; que entonces no sería perderla, sino emplearla en ferias que felices ganancias prometen. Si quisieredes ser mi esposo, yo lo seré vuestra; pero han de preceder muchas condiciones y averiguaciones primero. Primero tengo de saber si sois

el que decís. Luego, hallando esta verdad, habéis de dejar la casa de vuestros padres y la habéis de trocar con nuestros ranchos, y tomando el traje de gitano, habéis de cursar dos años en nuestras escuelas, en el cual tiempo me satisfaré yo de vuestra condición y vos de la mía; al cabo del cual, si vos os contentáredes de mí, y yo de vos, me entregaré por vuestra esposa; pero hasta entonces tengo que ser vuestra hermana en el trato y vuestra humilde en serviros. Y habéis de considerar que en el tiempo de este noviciado podría ser que cobráredes la vista, que ahora debéis de tener perdida, o, por lo menos, turbada, y viédeses que os convenía huir de lo que ahora seguís con tanto ahinco; y cobrando la libertad perdida, con un buen arrepentimiento se perdona cualquier culpa. Si, con estas condiciones queréis entrar a ser soldado de nuestra milicia, en vuestra mano está, pues faltando alguna de ellas no habéis de tocar un dedo de la mía.

Pasmóse el mozo a las razones de Preciosa, y púsose como embelecado, mirando al suelo, dando muestras que consideraba lo que responder debía.

Viendo lo cual Preciosa, tornó a decirle:

—No es este caso de tan poco momento, que en los que aquí nos ofrece el tiempo pueda ni deba resolverse. Volveos, señor, a la villa, y considerad despacio lo que viéredes que más os convenga, y en este mismo lugar me podéis hablar todas las fiestas que quisieredes, al ir o venir de Madrid.

A lo cual respondió el gentil hombre:

—Cuando el cielo me dispuso para quererte, Preciosa mía, determiné de hacer por ti cuanto tu voluntad acertase a pedirme, aunque nunca cupo en mi pensamiento que me habías de pedir lo que me pides; pero, pues es tu gusto que el mío al tuyo se ajuste y acomode, cuenta-

me por gitano, desde luego, y haz de mí todas las experiencias que más quisieres; que siempre me has de hallar el mismo que ahora te significo. Mira cuándo quieres que mude el traje, que yo querría que fuese luego; que con ocasión de ir a Flandes engañaré a mis padres y sacaré dineros para gastar algunos días, y serán hasta ocho los que podré tardar en acomodar mi partida. A los que fueren conmigo, yo les sabré engañar de modo que salga con mi determinación. Lo que te pido es, si es que ya puedo tener atrevimiento de pedirte y suplicarte algo, que si no es hoy donde te puedes informar de mi calidad y la de mis padres, que no vayas más a Madrid, porque no querría que alguna de las demasiadas ocasiones que allí puede ofrecerse me salteasen la buena ventura que tanto me cuesta.

—Eso no, señor galán —respondió Preciosa—. Sepa que conmigo ha de andar siempre la libertad desenfadada, sin que la ahogue ni turbe la pesadumbre de los celos; y entienda que no la tomaré tan demasiada que no se eche de ver, desde bien lejos, que llega mi honestidad a mi desenvoltura. Y en el primer cargo en que quiero estaros es en el de la confianza que habéis de hacer de mí. Y mirad que los amantes que entran pidiendo celos, o son simples o confiados.

—Satanás tienes en tu pecho, muchacha —dijo a esta sazón la gitana vieja—. ¡Mira que dices cosas que no las dirá un colegial de Salamanca! Tú sabes de amor, tú sabes de celos, tú de confianzas: ¿cómo es esto? Que me tienes loca, y te estoy escuchando como a una persona espiritada, que habla latín sin saberlo.

—Calle, abuela —respondió Preciosa—, y sepa que todas las cosas que me oye son nonada y son de burlas, para las muchas que de más veras me quedan en el pecho.

Todo cuanto Preciosa decía, y

toda la discreción que mostraba, era añadir leña al fuego que ardía en el pecho del enamorado caballero. Finalmente, quedaron en que de allí a ocho días se verían en aquel mismo lugar, donde él vendría a dar cuenta del término en que sus negocios estaban, y ellas habrían tenido tiempo de informarse de la verdad que les había dicho.

Sacó el mozo una bolsilla de brocado, donde dijo que iban cien escudos de oro, y dióselos a la vieja; pero no quería Preciosa que los tomase en ninguna manera; a quien la gitana dijo:

—Calla, niña; que la mejor señal que este señor ha dado de estar rendido, es haber entregado las armas en señal de rendimiento. Y el dar, en cualquiera ocasión que sea, siempre fue indicio de generoso pecho. Y acuérdate de aquel refrán que dice: «al cielo rogando, y con el mazo dando». Y más, que no quiero yo que por mí pierdan las gitanas el nombre que por luengos siglos tienen adquirido de codiciosas y aprovechadas. ¿Cien escudos quieres tú que deseche, Preciosa, y de oro en oro, que pueden andar cosidos en la alforza de una saya que no valga dos reales, y tenerlos allí como quien tiene un juro sobre las hierbas de Extremadura? Y si alguno de nuestros hijos, nietos o parientes cayere, por alguna desgracia, en manos de la justicia, ¿habrá favor tan bueno que llegue a la oreja del juez y del escribano, como de estos escudos, si llegan a sus bolsas? Tres veces, por tres delitos diferentes, me he visto casi puesta en el asno para ser azotada, y de la una me libró un jarro de plata, y de la otra una sarta de perlas, y de la otra cuarenta reales de a ocho, que había trocado por cuartos, dando veinte reales más por el cambio. Mira, niña, que andamos en oficio muy peligroso y lleno de tropiezos y de ocasiones forzosas, y no hay defensas que más presto nos amparen y socorran como las

armas invencibles del gran Filipo: no hay que pasar adelante de su *plus ultra*. Por un doblón de dos caras se nos muestra alegre la triste del procurador y de todos los ministros de la muerte, que son arpías de nosotras las pobres gitanas, y más precian pelarnos y desollarnos a nosotras, que a un salteador de caminos; jamás, por más rotas y desastradas que nos vean, nos tienen por pobres; que dicen que somos como los jubones de los gabachos de Belmonte: rotos y grasientos, y llenos de doblones.

—Por vida suya, abuela, que no diga más; que lleva término de alegar tantas leyes en favor de quedarse con el dinero, que agote las de los emperadores. Quédese con ellos y buen provecho le hagan, y plega a Dios que los entierre en sepultura donde jamás tornen a ver la claridad del sol, ni haya necesidad que la vean. A estas nuestras compañeras será forzoso darles algo, que ha mucho que nos esperan y ya deben estar enfadadas.

—Así verán ellas —replicó la vieja— moneda de éstas, como ven al turco ahora. Este buen señor verá si le ha quedado alguna moneda de plata, o cuartos, y los repartirá entre ellas, que con poco quedarán contentas.

—Si traigo —dijo el galán.

Y sacó de la faltriquera tres reales de a ocho, que repartió entre las tres gitanillas, con que quedaron más alegres y más satisfechas que suele quedar un autor de comedias cuando, en competencia de otro, le suelen retular por las esquinas: *victor, victor*.

En resolución, concertaron, como se ha dicho, la venida de allí a ocho días, y que se había de llamar, cuando fuese gitano, Andrés Caballero, porque también había gitanos entre ellos de este apellido.

No tuvo atrevimiento Andrés —que así le llamaremos de aquí adelante— de abrazar a Preciosa; antes enviándole con la vista el

alma, sin ella, si así decirse puede, las dejó y se entró en Madrid, y ellas, contentísimas, hicieron lo mismo. Preciosa, algo aficionada, más con benevolencia que con amor, de la gallarda disposición de Andrés, ya deseaba informarse si era el que había dicho. Entró en Madrid, y a pocas calles andadas encontró con el paje poeta de las coplas y el escudo.

Y cuando él la vio, se llegó a ella diciendo:

—Vengas en buen hora, Preciosa. ¿Leiste por ventura las coplas que te di el otro día?

A lo que Preciosa respondió:

—Primero que le responda palabra, me ha de decir una verdad, por vida de lo que más quiere.

—Conjuro es ése —respondió el paje— que aunque el decirla me costase la vida, no la negaré en ninguna manera.

—Pues la verdad que quiero que me diga —dijo Preciosa— es si por ventura es poeta.

—A serlo —replicó el paje—, forzosamente había de ser por ventura; pero has de saber, Preciosa, que ese nombre de poeta muy pocos le merecen, y así, yo no lo soy, sino un aficionado a la poesía; y para lo que he menester, no voy a pedir ni a buscar versos ajenos. Los que te di son míos, y éstos que te doy ahora también, mas no por esto soy poeta, ni Dios lo quiera.

—¿Tan malo es ser poeta? —replicó Preciosa.

—No es malo —dijo el paje—; pero el ser poeta a solas no lo tengo por muy bueno. Hase de usar de la poesía como de una joya preciosísima, cuyo dueño no la trae cada día, ni la muestra a todas gentes, ni a cada paso, sino cuando convenga y sea razón que la muestre. Lo poesía es una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada, y que se contiene en los límites de la discreción más alta. Es amiga de la soledad; las fuentes la entretienen; los prados

la consuelan; los árboles la desenojan; las flores la alegran; y, finalmente, deleita y enseña a cuantos con ella comunican.

—Con todo eso —respondió Preciosa—, he oído decir que es pobrísima y que tiene algo de mendiga.

—Antes es al revés —dijo el paje—, porque no hay poeta que no sea rico, pues todos viven contentos con su estado, filosofía que la alcanzan pocos. Pero, ¿qué te ha movido, Preciosa, a hacer esta pregunta?

—Hame movido —respondió Preciosa—, porque como yo tengo a todos o los más poetas por pobres, causóme maravilla aquel escudo de oro que me distes entre vuestros versos envuelto; mas ahora que sé que no sois poeta, sino aficionado de la poesía, podría ser que fuédes rico, aunque lo dudo, a causa que por aquella parte que os toca de hacer coplas, se ha de desaguar cuanta hacienda tuviéredes. Que no hay poeta, según dicen, que sepa conservar la hacienda que tiene, ni granjear la que no tiene.

—Pues yo no soy de éstos —replicó el paje—. Versos hago, y no soy rico ni pobre; y sin sentirlo ni descontarlo, como hacen los genoveses sus convites, bien puedo dar un escudo, y dos, a quien yo quisiere. Tomad, preciosa perla, este segundo papel y este escudo segundo que va en él, sin que os pongáis a pensar si soy poeta o no: sólo quiero que penséis y creáis que quien os da esto quisiera tener para daros las riquezas de Midas.

Y en esto le dio un papel, y tentándole Preciosa, halló que dentro venía el escudo, y dijo:

—Este papel ha de vivir muchos años, porque trae dos almas consigo: una la del escudo, y otra la de los versos, que siempre vienen llenos de almas y corazones. Pero sepa el señor paje que no quiero tantas almas conmigo, y si no saca la una, no haya miedo que reciba

la otra. Por poeta le quiero y no por dadivoso, y de esta manera tendremos amistad que dure; pues más aína puede faltar un escudo, por fuerte que sea, que la hechura de un romance.

—Pues así es —replicó el paje—, que quieres, Preciosa, que yo sea pobre por fuerza, no deseches el alma que en este papel te envío, y vuélveme el escudo; que como le toques con la mano le tendré por reliquia mientras la vida me durare.

Sacó Preciosa el escudo del papel, y quedóse con el papel, y no le quiso leer en la calle.

El paje se despidió y se fue contentísimo, creyendo que ya Preciosa quedaba rendida, pues con tanta afabilidad le había hablado.

Y como ella llevaba puesta la mira en buscar la casa del padre de Andrés, sin querer detenerse a bañlar en ninguna parte, en poco espacio se puso en la calle do estaba, que ella muy bien sabía; y habiendo andado hasta la mitad, alzó los ojos a unos balcones de hierro dorados, que le habían dado por señas, y vio en ellos a un caballero de hasta edad de cincuenta años, con un hábito de cruz colorado en los pechos, de venerable gravedad y presencia. El cual apenas también hubo visto a la Gitanilla, cuando dijo:

—Subid niñas, que aquí os darán limosna.

A esta voz acudieron al balcón otros tres caballeros, y entre ellos vino el enamorado Andrés, que cuando vio a Preciosa, perdió la color y estuvo a punto de perder los sentidos: tanto fue el sobresalto que recibió con su vista.

Subieron las gitanillas todas, sino la grande, que se quedó abajo para informarse de los criados de las verdades de Andrés.

Al entrar las gitanillas en la sala, estaba diciendo el caballero anciano a los demás:

—Esta debe ser, sin duda, la Gi-

tanilla hermosa que dicen que anda por Madrid.

—Ella es —respondió Andrés—, y sin duda es la más hermosa criatura que se ha visto.

—Así lo dicen —dijo Preciosa que lo oyó todo en entrando—; pero en verdad que se deben de engañar en la mitad del justo precio. Bonita, bien creo que lo soy, pero tan hermosa como dicen, ni por pienso.

—¡Por vida de don Juanico, mi hijo —dijo el anciano—, que aún sois más hermosa de lo que dicen, linda gitana!

—Y ¿quién es don Juanico, su hijo? —preguntó Preciosa.

—Esc galán que está a vuestro lado —respondió el caballero.

—En verdad que pensé —dijo Preciosa— que juraba vuestra merced por algún niño de dos años. ¡Mirad qué don Juanico, y qué brinco! A mi verdad que pudiera ya estar casado, y que, según tiene unas rayas en la frente, no pasarán tres años sin que lo esté, y muy a su gusto, si es que desde aquí allá no se le pierde, o se le trueca.

—Basta —dijo uno de los presentes—. Que sabe la gitanilla de rayas.

En esto las tres gitanillas que iban con Preciosa, todas tres se armaron a un rincón de la sala, y cosiéndose las bocas unas con otras, se juntaron para no ser oídas.

Dijo la Cristina:

—Muchachas, éste es el caballero que nos dio esta mañana los tres reales de a ocho.

—Así es la verdad —respondieron ellas—; pero no se lo mentemos, ni digamos nada si él no nos lo mienta: ¿qué sabemos si quiere encubrirse?

En tanto que esto entre las tres pasaba, respondió Preciosa a lo de las rayas:

—Lo que veo con los ojos, con el dedo lo adivino. Yo sé del señor don Juanico, sin rayas, que es algo enamorado, impetuoso y ace-

lerado, y gran prometedor de cosas que parecen imposibles; y plegue a Dios que no sea mentiroso, que sería lo peor de todo. Un viaje ha de hacer ahora muy lejos de aquí, y uno piensa el bayo, y otro el que le ensilla; el hombre propone y Dios dispone: quizá pensará que va a Oñez y dará en Gamboa.

A esto respondió don Juan:

—En verdad gitanica que has acertado en muchas cosas de mi condición; pero en lo de ser mentiroso vas muy fuera de la verdad, porque me precio de decirla en todo acontecimiento. En lo del viaje largo has acertado, pues, sin duda, siendo Dios servido, dentro de cuatro o cinco días me partiré a Flandes, aunque tú me amenazas que he de torcer el camino, y no querría que en él me sucediese algún desmán que lo estorbare.

—Calle, señorito —respondió Preciosa—, y encomiéndose a Dios; que todo se hará bien. Y sepa que yo no sé nada de lo que digo, y no es maravilla que como hablo mucho y a bulto, acierte en alguna cosa, y yo querría acertar en persuadirte a que no te partieses, sino que sosegases el pecho, y te estuvieses con tus padres, para darles buena vejez: porque no estoy bien con estas idas y venidas a Flandes, principalmente los mozos de tan tierna edad como la tuya. Déjate crecer un poco, para que puedas llevar los trabajos de la guerra, cuanto más que harta guerra tienes en tu casa; hartos combates amorosos te sobresaltan el pecho. Sosiega, sosiega, alborotado, y mira lo que haces primero que te cases, y danos una limosnita por Dios y por quien tú eres; que en verdad que creo que eres bien nacido. Y si a esto se junta el ser verdadero, yo cantaré la gala al vencimiento de haber acertado en cuanto te he dicho.

—Otra vez te he dicho, niña —respondió el don Juan que había de ser Andrés Caballero—, que en todo aciertas, sino en el té-

mor que tienes que no debo de ser muy verdadero; que en esto te engañas, sin alguna duda; la palabra que yo doy en el campo la cumpliré en la ciudad y dondequiera, sin serme pedida; pues no se puede preciar de caballero quien toca en el vicio de mentiroso. Mi padre te dará limosna por Dios y por mí; que en verdad que esta mañana di cuanto tenía a unas damas, que a ser tan lisonjeras como hermosas, especialmente una de ellas, no me arriendo la ganancia.

Oyendo esto Cristina, con el recato de la otra vez, dijo a las demás gitanas:

—¡Ay, niñas! ¡Que me maten si no lo dice por los tres reales de a ocho que nos dio esta mañana!

—No es así —respondió una de las dos—, porque dijo que eran damas, y nosotras no lo somos; y siendo él tan verdadero como dice, no había de mentir en esto.

—No es mentira de tanta consideración —respondió Cristina— la que se dice sin perjuicio de nadie, y en provecho y crédito del que la dice; pero con todo esto, veo que no nos da nada, ni nos manda bailar.

Subió en esto la gitana vieja, y dijo:

—Nieta, acaba; que es tarde, y hay mucho que hacer y más que decir.

—Y ¿qué hay, abuela? —preguntó Preciosa—. ¿Hay hijo, o hija?

—Hijo, y muy lindo —respondió la vieja—. Ven, Preciosa, y oírás verdaderas maravillas.

—¡Plega a Dios que no muera de sobrepardo! —dijo Preciosa.

—Todo se mirará muy bien —replicó la vieja—; cuanto más que hasta aquí todo ha sido parto derecho, y el infante es como un oro.

—¿Ha parido alguna señora? —preguntó el padre de Andrés Caballero.

—Sí, señor —respondió la gitana—; pero ha sido el parto tan secreto, que no lo sabe sino Preciosa

y yo, y otra persona; y así no podemos decir quién es.

—Ni aquí lo queremos saber —dijo uno de los presentes—; pero desdichada de aquella que en vuestras lenguas deposita un secreto y en vuestra ayuda pone su honra.

—No todas somos malas —respondió Preciosa—. Quizá hay alguna entre nosotras que se precia de secreta y de verdadera tanto cuanto el hombre más estirado que hay en esta sala. Y vámonos, abuela, que aquí nos tienen en poco. ¡Pues en verdad que no somos ladronas ni rogamos a nadie!

—No os enojéis, Preciosa —dijo el padre—; que a lo menos de vos imagino que no se puede presumir cosa mala; que vuestro buen rostro os acredita y sale por fiador de vuestras buenas obras. Por vida de Preciosita que bailéis un poco con vuestras compañeras; que aquí tengo un doblón de oro de a dos caras, que ninguna es como la vuestra, aunque son de dos reyes.

Apenas hubo oído esto la vieja, cuando dijo:

—¡Ea, niñas, haldas en cinta, y dad contento a estos señores!

Tomó las sonajas Preciosa, y dieron sus vueltas, hicieron y deshicieron todos sus lazos, con tanto donaire y desenvoltura, que tras los pies se llevaban los ojos de cuantos las miraban, especialmente los de Andrés, que así se iban entre los pies de Preciosa, como si allí estuvieran el centro de su gloria; pero turbósele la suerte de manera que se la volvió en infierno. Y fue el caso, que en la fuga del baile, se le cayó a Preciosa el papel que le había dado el paje, y apenas hubo caído, cuando le alzó el que no tenía buen concepto de las gitanas, y abriéndole al punto dijo:

—¡Bueno! ¡Sonetico tenemos! Cese el baile, y escúchenle; que según el primer verso, en verdad que no es nada necio!

Pesóle a Preciosa, por no saber lo que en él venía, y rogó que no le

leyesen y que se le volviesen, y todo el ahínco que en esto ponía eran espuelas que apremiaban el deseo de Andrés para oírle.

Finalmente, el caballero le leyó en alta voz, y era éste:

Quando Preciosa el panderete toca
y hierre el dulce son los aires vanos,
perlas son que derrama con las manos,
flores son que despide de la boca.

Suspensa el alma, y la cordura loca,
queda a los dulces actos sobrehumanos,
que de limpios, de honestos y de sanos,
su fama al cielo levantado toca.

Colgadas del menor de sus cabellos
mil almas lleva, y a sus plantas tiene
amor rendidas una y otra flecha.

Ciega y alumbra con sus soles bellos
su imperio amor por ellos le mantiene,
y aun más grandezas de su ser sospecha.

—Por Dios —dijo el que leyó el soneto—, que tiene donaire el poeta que le escribió.

—No es poeta, señor, sino un paje muy galán y muy hombre de bien —dijo Preciosa.

—Mirad lo que habéis dicho Preciosa, y lo que vais a decir; que esas no son alabanzas del paje, sino lanzas que traspasan el corazón de Andrés que las escucha. ¿Queréislo ver, niñas? Pues volved los ojos y veréisle desmayado encima de la silla con un trasudor de muerte. No penséis, doncella, que os ama tan de burla Andrés, que no le hiera y sobresalte el menor de vuestros descuidos. Llegaos a él enhorabuena, y decidle algunas palabras al oído que vayan derechas al corazón y le vuelvan de su desmayo. No, sino andaos a traer sonetos cada día en vuestra alabanza, y veréis cuál os le ponen!

Todo esto pasó así como se ha dicho. Que Andrés, en oyendo el soneto, mil celosas imaginaciones le sobresaltaron. No se desmayó, pero perdió la color de manera que, viéndole, su padre, le dijo:

—¿Qué tienes, don Juan, que

parece que te vas a desmayar, según se te ha mudado el color?

—Espérense —dijo a esta razón Preciosa—. Déjenmele decir unas ciertas palabras al oído, y verán cómo no se desmaya.

Y llegándose a él, le dijo, casi sin mover los labios:

—¡Gentil ánimo para gitano! ¿Cómo podréis, Andrés, sufrir el tormento de toca, pues no podéis llevar el de un papel?

Y haciéndole media docena de cruces sobre el corazón, se apartó dél, y entonces Andrés respiró un poco, y dio a entender que las palabras de Preciosa le habían aprovechado.

Finalmente, el doblón de dos caras se le dieron a Preciosa, y ella dijo a sus compañeras que le trocaría y repartiría con ellas hidalgamente. El padre de Andrés le dijo que le dejase por escrito las palabras que había dicho a don Juan, que le escribió.

Ella dijo que las diría de muy buena gana, y que entendiesen que, aunque parecían cosa de burla, tenían gracia especial para preservar el mal de corazón y los vaguidos de cabeza, y que las palabras eran:

Cabecita, cabecita,
tente en tí, no te resbales,
y apareja dos puntales
de la paciencia bendita.
Solicita
la bonita
confiancica.
No te inclines
a pensamientos ruines;
verás cosas
que toquen en milagrosas,
Dios delante
y San Cristóbal gigante.

—Con la mitad de estas palabras que le digan, y con seis cruces que le hagan sobre el corazón a la persona que tuviere vaguidos de cabeza —dijo Preciosa—, quedará como una manzana.

Quando la gitana vieja oyó el ensalmo y el embuste, quedó pas-

mada, y más lo quedó Andrés, que vio que todo era invención de su agudo ingenio.

Quedáronse con el soneto, porque no quiso pedirle Preciosa, por no dar otro tártago a Andrés; que ya sabía ella, sin ser enseñada, lo que era dar sustos, y martelos y sobresaltos celosos a los rendidos amantes.

Despidiéronse las gitanas, y al irse, dijo Preciosa a don Juan:

—Mire, señor: cualquiera día de esta semana es próspero para partidas, y ninguno es aciago; apresura el irse lo más presto que pudiere; que le aguarda una vida ancha, libre y muy gustosa, si quiere acomodarse a ella.

—No es tan libre la del soldado, a mi parecer —respondió don Juan—, que no tenga más de sujeción que de libertad; pero con todo esto, haré como viere.

—Más veréis de lo que pensáis —respondió Preciosa—, y Dios os lleve y traiga con bien, como vuestra buena presencia merece.

Con estas últimas palabras quedó contento Andrés, y las gitanas se fueron contentísimas.

Trocaron el doblón, repartiéndole entre todas igualmente, aunque la vieja guardiana llevaba siempre parte y media de lo que se juntaba, así por la mayoría, como por ser ella el aguja por quien se guiaban en el maremagno de sus bailes, donaires, y aun de sus embustes.

Llegóse, en fin, el día que Andrés Caballero se apareció una mañana en el primer lugar de su aparecimiento, sobre una mula de alquiler, sin criado alguno; halló en él a Preciosa y a su abuela, de las cuales conocido, le recibieron con mucho gusto. Él les dijo que le guiasen al rancho antes que entrase el día y con él se descubriesen las señas que llevaba, si acaso le buscasen. Ellas, que, como advertidas, vinieron solas, dieron la vuelta, y de allí a poco rato llegaron a sus barracas.

Entró Andrés en una, que era la mayor del rancho, y luego acudieron a verle diez o doce gitanos, todos mozos y todos gallardos y bien hechos, a quien ya la vieja había dado cuenta del nuevo compañero que les había de venir, sin tener necesidad de encomendarles el secreto; que, como ya se ha dicho, ellos le guardan con sagacidad y puntualidad nunca vista.

Echaron luego ojo a la mula, y dijo uno de ellos:

—Esta se podrá vender el jueves en Toledo.

—Eso no —dijo Andrés—, porque no hay mula de alquiler que no sea conocida de todos los mozos de mulas que trajinan por España.

—¡Por Dios, señor Andrés! —dijo uno de los gitanos—. ¡Que aunque la mula tuviera más señales que las que han de preceder al día tremendo, aquí la transformáramos de manera que no la conociera la madre que la parió, ni el dueño que la ha criado!

—Con todo eso —respondió Andrés—, por esta vez se ha de seguir y de tomar el parecer mío. A esta mula se le ha de dar muerte, y ha de ser enterrada donde aún los huesos no parezcan.

—¡Pecado grande! —dijo otro gitano—. ¿A una inocente se ha de quitar la vida? No diga tal el buen Andrés, sino haga una cosa: mírela bien ahora, de manera que se le queden estampadas todas sus señales en la memoria, y déjenmela llevar a mí; y si de aquí a dos horas la conociere, que me lardeen como a negro fugitivo.

—En ninguna manera consentiré —dijo Andrés— que la mula muera, aunque más me aseguren su transformación. Yo temo ser descubierta si a ella no la cubren la tierra. Y si se hace por el provecho que de venderla puede seguirse, no vengo tan desnudo a esta cofradía, que no pueda pagar la entrada más de lo que valen cuatro mulas.

—Pues así lo quiere el señor Andrés Caballero —dijo otro gitano—, muera la sin culpa, y Dios sabe si me pesa, así por su mocedad, pues aun no ha cerrado, cosa no usada entre mulas de alquiler; como porque debe ser andariega, pues no tiene costras en la ijadas, ni llagas, de la espuela.

Dilatóse su muerte hasta la noche, y en lo que quedaba de aquel día se hicieron las ceremonias de la entrada de Andrés a ser gitano, que fueron:

Desembarazaron luego un rancho de los mejores del aduar, y adornáronle de ramos y juncia; y sentándose Andrés sobre un medio alcornoque, pusieronle en las manos un martillo y unas tenazas, y al son de dos guitarras que dos gitanos tañían, le hicieron dar dos cabriolas, luego le desnudaron un brazo, y con una cinta de seda nueva y un garrote le dieron dos vueltas blandamente.

A todo se halló presente Preciosa y otras muchas gitanas viejas y mozas, que las unas con maravilla, otras con amor, le miraban; tal era la gallarda disposición de Andrés, que hasta los gitanos le quedaron aficionadísimos.

Hechas, pues, las referidas ceremonias, un gitano viejo, tomó por la mano a Preciosa, y puesto delante de Andrés, dijo:

—Esta muchacha, que es la flor y la nata de toda la hermosura de las gitanas que sabemos que viven en España, te la entregamos, ya por esposa, o ya por amiga; que en esto puedes hacer lo que fuera más de tu gusto, porque la libre y ancha vida nuestra no está sujeta a melindres ni a muchas ceremonias. Mírala bien, y mira si te agrada, o si ves en ella alguna cosa que te descontente, y si la ves, escoge entre las doncellas que aquí están la que más te contentare, que la que escogieres te daremos; pero has de saber que una vez escogida, no la has de dejar por otra, ni te has de

empachar ni entremeter, ni con las casadas, ni con las doncellas. Nosotros guardamos inviolablemente la ley de la amistad; ninguno solicita la prenda del otro; libres vivimos de la amarga pestilencia de los celos. Entre nosotros, aunque hay muchos incestos, no hay ningún adulterio; y cuando le hay en la mujer propia, o alguna bellaquería en la amiga, no vamos a la justicia a pedir castigo; nosotros somos los jueces y los verdugos de nuestras esposas o amigas; con la misma facilidad las matamos y las enterramos por las montañas y desiertos como si fueran animales nocivos; no hay pariente que las vengue, ni padres que nos pidan su muerte. Con este temor y miedo ellas procuran ser castas, y nosotros, como ya he dicho, vivimos seguros. Pocas cosas tenemos que no sean comunes a todos, excepto la mujer o la amiga, que queremos que cada una sea del que le cupo en suerte.

Entre nosotros así hace divorcio la vejez como la muerte; el que quiere puede dejar la mujer vieja como él sea mozo, y escoger otra que corresponda al gusto de sus años. Con éstas y con otras leyes y estatutos nos conservamos y vivimos alegres; somos señores de los campos, de los sembrados, de las selvas, de los montes, de las fuentes y de los ríos; los montes nos ofrecen leña de balde, los árboles frutas, las viñas uvas, las huertas hortalizas, las fuentes agua, los ríos peces, y los vedados caza, sombras las peñas, aire fresco las queiebras, y casas las cuevas. Para nosotros las inclemencias del cielo son oreos, refrigerios las nieves, baños la lluvia, músicas los truenos, y hachas los relámpagos. Para nosotros son los duros terrenos colchones de blandas plumas; el cuero curtido de nuestros cuerpos nos sirve de arnés impenetrable que nos defiende; a nuestra ligereza no la impiden grillos, ni la detienen barrancos, ni la contrastan paredes; a nuestro

ánimo no le tuercen cordeles, ni le menoscaban garruchas, ni le ahogan tocas, ni le doman potros. Del sí al no, no hacemos diferencia cuando nos conviene: siempre nos preciamos más de mártires que de confesores. Para nosotros se crían las bestias de carga en los campos y se cortan las faltriqueras en las ciudades. No hay águila, ni ninguna otra ave de rapiña, que más presto se abalance a la preta que se le ofrece, que nosotros nos abalanzamos a las ocasiones que algún interés nos señalen. Y, finalmente, tenemos muchas habilidades que felice fin nos prometen: porque en la cárcel cantamos, en el potro callamos, de día trabajamos, y de noche hurtamos, o por mejor decir, avisamos que nadie viva descuidado de mirar dónde pone su hacienda. No nos fatiga el temor de perder la honra, ni nos desvela la ambición de acrecentarla, ni sustentamos bandos, ni madrugamos a dar memoriales, ni a acompañar magnates, ni a solicitar favores. Por dorados techos y suntuosos palacios estimamos estas barracas y móviles ranchos; por cuadros y países de Flandes los que nos da la Naturaleza en esos levantados riscos y nevadas peñas, tendidos prados y espesos bosques que a cada paso a los ojos se nos muestran. Somos astrólogos rústicos, porque como casi siempre dormimos al cielo descubierta, a todas horas sabemos las que son del día y las que son de la noche; vemos cómo arrinconan y barre la aurora las estrellas del cielo, y cómo ella sale con su compañera el alba, alegrando el aire, enfriando el agua y humedeciendo la tierra, y luego, tras ella el sol, *dorando cumbres* —como dijo el otro poeta— y *rizando montes*; ni tememos quedar helados por su ausencia cuando nos hiere a soslayo con sus rayos, ni quedar abrasados cuando con ellos perpendicularmente nos toca; un mismo rostro hacemos al sol que al hielo, a la esterilidad que

a la abundancia. En conclusión, somos gente que vivimos por nuestra industria y pico, y sin entremeternos con el antiguo refrán: «iglesia, o mar, o casa real», tenemos lo que queremos, pues nos contentamos con lo que tenemos. Todo esto os he dicho, generoso mancebo, porque no ignoréis la vida a que habéis venido y el trato que habéis de profesar, el cual os he pintado aquí en borrón; que otras muchas e infinitas cosas iréis descubriendo en él con el tiempo, no menos dignas de consideración que las que habéis oído.

Calló en diciendo esto el elocuente viejo gitano, y el novicio dijo que se holgaba mucho de haber sabido tan loables estatutos, y que él pensaba hacer profesión en aquella orden tan puesta en razón y en políticos fundamentos, y que sólo le pesaba no haber venido más presto en conocimiento de tan alegre vida, y que desde aquel punto renunciaba la profesión de caballero y la vanagloria de su ilustre linaje, y ponía todo debajo del yugo, o por mejor decir, debajo de las leyes con que ellos vivían, pues con tan alta recompensa le satisficían el deseo de servirlos, entregándole a la divina Preciosa, por quien él dejaría coronas e imperios, y sólo los desearía para servirlos. A lo cual respondió Preciosa:

—Puesto que estos señores legisladores han hallado por sus leyes que soy tuya, y que por tuya te me han entregado, yo he hallado por la ley de mi voluntad, que es la más fuerte de todas, que no quiero serlo si no es con las condiciones que antes que aquí vinieses entre los dos concertamos. Dos años has de vivir en nuestra compañía primero que de la mía goces, porque tú no te arrepientas por ligero, ni yo que de engañada por presurosa. Condiciones rompen leyes; las que te he puesto sabes: si las quisieres guardar, podrá ser que sea tuya y seas mío, y donde no, aún no es

muerta la mula, tus vestidos están enteros, y de tu dinero no te falta un ardite; la ausencia que has hecho no ha sido aún de un día; que de lo que dél falta te puedes servir y dar lugar que consideres lo que más te conviene. Estos señores bien pueden entregarte mi cuerpo; pero no mi alma, que es libre, y nació libre, y ha de ser libre en tanto que yo quisiere. Si te quedas, te estimaré en mucho; si te vuelves, no te tendré en menos; porque, a mi parecer, los ímpetus amorosos corren a rienda suelta, hasta que encuentran con la razón o con el desengaño; y no querría yo que fueses tú para conmigo como es el cazador, que en alcanzando la liebre que sigue, la coge, y la deja, para correr tras otra que le huye. Ojos hay engañados que a la primera vista también les parece el oropel como el oro, pero a poco rato bien conocen la diferencia que hay de lo fino a lo falso. Ésta mi hermosura que tú dices que tengo, que la estimas sobre el sol y la encareces sobre el oro, ¿qué sé yo si de cerca te parecerá sombra, y tocada, caerás en que es de alquimia? Dos años te doy de tiempo para que tantes y ponderes lo que será bien que escojas o será justo que deseches; que la prenda que una vez comprada, nadie se puede deshacer de ella sino con la muerte, bien es que haya tiempo, y mucho, para mirarla y remirla, y ver en ella las faltas o las virtudes que tiene; que yo no me rijo por la bárbara e insolente licencia que estos mis parientes se han tomado de dejar las mujeres, o castigarlas, cuando se les antoja; y como yo no pienso hacer cosa que llame al castigo, no quiero tomar compañía que por su gusto me deseché.

—Tienes razón, ¡oh Preciosa! —dijo a este punto Andrés—; y así, si quieres que asegure tus temores y menoscabe tus sospechas jurándote que no saldré un punto de las órdenes que me pusieres, mira

qué juramento quieres que haga, o qué otra seguridad puedo darte; que a todo me hallarás dispuesto.

—Los juramentos y promesas que hace el cautivo por qué le den libertad pocas veces se cumplen con ella —dijo Preciosa—; y así son, según piensó, los del amante; que, por conseguir su deseo, prometerá las alas de Mercurio y los rayos de Júpiter, como me prometió a mí un cierto poeta, y juraba por la laguna Estigia. No quiero juramentos, señor Andrés, ni quiero promesas. Sólo quiero remitirlo todo a la experiencia de este noviciado, y a mí se me quedará el cargo de guardarme, cuando vos lo tuviéredes de ofenderme.

—Sea así —respondió Andrés—. Sola una cosa pido a estos señores y compañeros míos, y es que no me fuercen a que hurte ninguna cosa, por tiempo de un mes siquiera; porque me parece que no he de acertar a ser ladrón si antes no preceden muchas lecciones.

—Calla, hijo —dijo el gitano viejo—, que aquí te industriaremos de manera, que salgas un águila en el oficio. Y cuando le sepas, has de gustar dél de modo, que te comas las manos tras él. ¡Ya es cosa de burla salir vacío por la mañana y volver cargado a la noche al rancho!

—De azotes he visto yo volver algunos de esos vacíos —dijo Andrés.

—No se toman truchas, etcétera —replicó el viejo—. Todas las cosas de esta vida están sujetas a diversos peligros, y las acciones del ladrón, al de las galeras, azotes y horca. Pero no porque corra un navío tormenta, o se anegue, han de dejar los otros de navegar. ¡Bueno sería que porque la guerra come los hombres y los caballos, dejase de haber soldados! Cuanto más, que el que es azotado por justicia entre nosotros, es tener un hábito en las espaldas, que le parece mejor que si le trajese en los pechos, y de los buenos. El toque está en

no acabar acoceando el aire en la flor de nuestra juventud y a los primeros delitos; que el mosqueo de las espaldas, ni el apalear el agua en las galeras, no lo estimamos en un cacao. Hijo Andrés, reposad ahora en el nido debajo de nuestras alas; que a su tiempo os sacaremos a volar, y en parte donde no volváis sin presa, y lo dicho dicho: que os habéis de lamer los dedos tras cada hurto.

—Pues para recompensar —dijo Andrés— lo que yo podría hurtar en este tiempo que se me da de venia, quiero repartir doscientos escudos de oro entre todos los del rancho.

Apenas hubo dicho esto, cuando arremetieron a él muchos gitanos, y levantándole en los brazos y sobre los hombros, le cantaban el «victor», «victor» y «el grande Andrés», añadiendo: «¡Y viva, viva Preciosa, amada prenda suya!»

Las gitanas hicieron lo mismo con Preciosa, no sin envidia de Cristina y otras gitanillas que se hallaron presentes. Que la envidia tan bien se aloja en los aduares de los bárbaros y en las chozas de los pastores como en palacios de príncipes, y esto de ver medrar al vecino que me parece que no tiene más méritos que yo, fatiga.

Hecho esto, comieron lautamente. Repartióse el dinero prometido con equidad y justicia. Renováronse las alabanzas de Andrés: subieron al cielo la hermosura de Preciosa.

Llegó la noche, acostaron la mula, y enterráronla, de modo que quedó seguro Andrés de no ser por ella descubierto; y también enterraron con ella sus alhajas, como fueron silla, freno y cinchas, a uso de los indios, que sepultan con ellos sus más ricas preseas.

De todo lo que había visto y oído, y de los ingenios de los gitanos, quedó admirado Andrés, y con propósito de seguir y conseguir su empresa sin entremeterse nada en sus costumbres, o a lo menos, excusarlo

por todas las vías que pudiese, pensando exentarse de la jurisdicción de obedecerlos en las cosas injustas que le mandasen a costa de su dinero.

Otro día les rogó Andrés que mudasen de sitio y se alejasen de Madrid, porque temía ser conocido si allí estaba. Ellos dijeron que ya tenían determinado irse a los montes de Toledo, y desde allí correr y garramar toda la tierra circunvecina.

Levantaron, pues, el rancho, y diéronle a Andrés una pollina en que fuese; pero él no la quiso, sino irse a pie, sirviendo de lacayo a Preciosa, que sobre otra iba, ella contentísima de ver cómo triunfaba de su gallardo escudero, y él ni más ni menos, de ver junto a sí a la que había hecho señora de su albedrío.

¡Oh poderosa fuerza de éste que llaman dulce dios de la amargura —título que le ha dado la ociosidad y el descuido nuestro—, y con qué veras nos avasallas, y cuán sin respeto nos tratas! Caballero es Andrés, y mozo de muy buen entendimiento, criado casi toda su vida en la Corte y con el regalo de sus ricos padres, y desde ayer acá ha hecho tal mudanza, que engañó a sus criados y a sus amigos, defraudó las esperanzas que sus padres en él tenían, dejó el camino de Flandes, donde había de ejercitar el valor de su persona y acrecentar la honra de su linaje, y se vino a postrarse a los pies de una muchacha, y a ser su lacayo, que, puesto que hermosísima, en fin era gitana: privilegio de la hermosura, que trae al redopelo y por la melena a sus pies a la voluntad más exenta.

De allí a cuatro días llegaron a una aldea a dos leguas de Toledo, donde asentaron su aduar, dando primero algunas prendas de plata al alcalde del pueblo en fianza de que en él ni en todo su término no hurtarían ninguna cosa.

Hecho esto, todas las gitanas viejas y algunas mozas, y los gitanos,

se esparcieron por todos los lugares, o a lo menos apartados por cuatro o cinco leguas de aquel donde habían asentado su real. Fue con ellos Andrés a tomar la primera lección de ladrón; pero, aunque le dieron muchas en aquella salida, ninguna se le asentó; antes correspondiendo a su buena sangre, con cada hurto que sus maestros hacían se le arrancaba a él el alma, y tal vez hubo que pagó de su dinero los hurtos que sus compañeros habían hecho, conmovido de las lágrimas de sus dueños. De lo cual los gitanos se desesperaban, diciéndole que era contravenir a sus estatutos y ordenanzas, que prohibían la entrada a la caridad en sus pechos, la cual, en teniéndola, habían de dejar de ser ladrones, cosa que no les estaba bien en ninguna manera.

Viendo, pues, esto Andrés, dijo que él quería hurtar por sí solo sin ir en compañía de nadie. Porque para huir del peligro tenía ligereza, y para acometerle no le faltaba el ánimo; así que el premio o el castigo de lo que hurtase quería que fuese suyo.

Procuraron los gitanos disuadirle de este propósito, diciéndole que le podrían suceder ocasiones donde fuese necesaria la compañía, así para acometer como para defenderse, y que una persona sola no podía hacer grandes presas.

Pero, por más que dijeron, Andrés quiso ser ladrón solo y señero, con intención de apartarse de la cuadrilla y comprar por su dinero alguna cosa que pudiese decir que la había hurtado, y de este modo cargar lo que menos pudiese sobre su conciencia.

Usando, pues, de esta industria, en menos de un mes trajo más provecho a la compañía que trajeron cuatro de los más estirados ladrones de ella, de que no poco se holgaba Preciosa viendo a su tierno amante tan lindo y tan despejado ladrón; pero con todo eso estaba temerosa de alguna desgracia, que no quisie-

ra verle en afrenta por todo el tesoro de Venecia, obligada a tenerle aquella buena voluntad por los muchos servicios y regalos que su Andrés le hacía.

Poco más de un mes se estuvieron en los términos de Toledo, donde hicieron su agosto, aunque era por el mes de septiembre, y desde allí se entraron en Extremadura, por ser tierra rica y caliente.

Pasaba Andrés con Preciosa honestos, discretos y enamorados coloquios, y ella poco a poco se iba enamorando de la discreción y buen trato de su amante, y él, del mismo modo, si pudiera crecer su amor, fuera creciendo: tal era la honestidad, discreción y belleza de su Preciosa. A doquiera que llegaban, él se llevaba el precio y las apuestas de corredor y de saltar más que ninguno; jugaba a los bolos y a la pelota extremadamente; tiraba la barra con mucha fuerza y singular destreza. Finalmente, en poco tiempo voló su fama por toda Extremadura, y no había lugar donde no se hablase de la gallarda disposición del gitano Andrés Caballero y de sus gracias y habilidades, y al par de esta fama corría la de la hermosura de la Gitanilla, y no había villa, lugar ni aldea donde no los llamasen para regocijar las fiestas votivas suyas, o para otros particulares regocijos. De esta manera iba el aduar rico, próspero y contento, y los amantes gozosos con sólo mirarse.

Sucedió, pues, que teniendo el aduar entre unas encinas, algo apartado del camino real, oyeron una noche, casi a la mitad de ella, ladrar sus perros con mucho ahínco y más de lo que acostumbraban. Salieron algunos gitanos, y con ellos Andrés, a ver a quién ladraban, y vieron que se defendía de ellos un hombre vestido de blanco, a quien tenían dos perros asido de una pierna; llegaron y quitáronle, y uno de los gitanos le dijo:

—¿Quién diablos os trajo por

¿quí, hombre, a tales horas y tan fuera de camino? ¿Venís a hurtar por ventura? Porque en verdad que habéis llegado a buen puerto.

—No vengo a hurtar —respondió el mordido—, ni sé si vengo o no fuera de camino, aunque bien veo que vengo descaminado. Pero decidme, señores, ¿está por aquí alguna venta o lugar donde pueda recogerme esta noche, y curarme de las heridas que vuestros perros me han hecho?

—No hay lugar ni venta donde podamos encaminaros —respondió Andrés—; mas para curar vuestras heridas y alojaros esta noche no os faltará comodidad en nuestros ranchos. Veníos con nosotros; que aunque somos gitanos, no lo parecemos en la caridad.

—Dios la use con vosotros —respondió el hombre—, y llevadme donde quisiéredes, que el dolor de esta pierna me fatiga mucho.

Llegóse a él Andrés, y otro gitano caritativo —que aun entré los demonios hay unos peores que otros, y entre muchos malos suele haber alguno bueno—, y entre los dos le llevaron. Hacía la noche clara con la luna, de manera que pudieron ver que el hombre era mozo, de gentil rostro y talle. Venía vestido todo de lienzo blanco, y atravesada por las espaldas y ceñida a los pechos una como camisa o talega de lienzo. Llegaron a la barraca o toldo de Andrés, y con presteza encendieron lumbre y luz, y acudió luego la abuela de Preciosa a curar el herido, de quien ya le habían dado cuenta. Tomó algunos pelos de los perros, friólos en aceite, y lavando primero con vino dos mordeduras que tenía en la pierna izquierda, le puso los pelos con el aceite en ellas, y encima un poco de romero verde mascado; lióselo muy bien con paños limpios y santiguóle las heridas, y díjole:

—Dormid, amigo, que con el ayuda de Dios no será nada.

En tanto que curaban al herido,

estaba Preciosa delante, y estúvole mirando ahincadamente, y lo mismo hacía él a ella, de modo que Andrés echó de ver en la atención con que el mozo la miraba; pero echólo a que la mucha hermosura de Preciosa se llevaba tras sí los ojos. En resolución, después de curado el mozo le dejaron solo sobre un lecho hecho de heno seco, y por entonces no quisieron preguntarle nada de su camino, ni de otra cosa.

Apenas se apartaron dél cuando Preciosa llamó a Andrés aparte, y le dijo:

—¿Acuérdate, Andrés, de un papel que se me cayó en tu casa cuando bailaba con mis compañeras, que según creo te dio un mal rato?

—Sí acuerdo —respondió Andrés—, y era un soneto en tu alabanza, y no malo.

—Pues has de saber, Andrés —replicó Preciosa—, que el que hizo aquel soneto es ese mozo mordido que dejamos en la choza; y en ninguna manera me engaño, porque me habló en Madrid dos o tres veces, y aun me dio un romance muy bueno. Allí andaba, a mi parecer, como paje; mas no de los ordinarios, sino de los favorecidos de algún príncipe; y en verdad te digo, Andrés, que el mozo es discreto, y bien razonado, y sobremanera honesto, y no sé qué pueda imaginar de esta su venida y en tal traje.

¿Qué puedes imaginar, Preciosa? —respondió Andrés—. Ninguna otra cosa sino que la misma fuerza que a mí me ha hecho gitano le ha hecho a él parecer molinero, y venir a buscarte. ¡Ah, Preciosa, Preciosa, y cómo se va descubriendo que te quieres preciar de tener más de un rendido! Y si esto es así, acábame a mí primero, y luego matarás a este otro, y no quieras sacrificarnos juntos en las aras de tu engaño, por no decir de tu belleza.

—¡Válame Dios —respondió Preciosa—, Andrés, y cuán delicado andas, y cuán de un sutil cabello tienes colgadas tus esperanzas y mi cré-

dito, pues con tanta facilidad te ha penetrado el alma la dura espada de los celos! Dime, Andrés, si en esto hubiera artificio o engaño alguno, ¿no supiera yo callar y encubrir quién era este mozo? ¿Soy tan necia, por ventura, que te había de dar ocasión de poner en duda mi bondad y buen término? Calla, Andrés, por tu vida, y mañana procura sacar del pecho de este tu asombro adónde va, o a lo que viene. Podría ser que estuviese engañada tu sospecha, como yo no lo estoy de que sea el que he dicho. Y para más satisfacción tuya, pues ya he llegado a términos de satisfacerte, de cualquiera manera y con cualquiera intención que este mozo venga, despídele luego y haz que se vaya, pues todos los de nuestra parcialidad te obedecen, y no habrá ninguno que contra tu voluntad le quiera dar acogida en su rancho; y cuando esto así no suceda, yo te doy mi palabra de no salir del mío, ni dejarme ver de sus ojos, ni de todos aquellos que tú quisieres que no me vean. Mira, Andrés, no me pesa a mí de verte celoso; pero pesarme ha mucho si te veo indiscreto.

—Como no me veas loco, Preciosa —respondió Andrés—, cualquiera otra demostración será poca o ninguna para dar a entender adónde llega y cuánto fatiga la amarga y dura presunción de los celos. Pero, con todo eso, yo haré lo que me mandas, y sabré si es que es posible, qué es lo que este señor paje poeta quiere, dónde va, o qué es lo que busca; que podría ser que por algún hilo que sin cuidado nuestro, sacase yo todo el ovillo con que te me viene a enredarme.

—Nunca los celos, a lo que imagino —dijo Preciosa—, dejan el entendimiento libre para que pueda juzgar las cosas como ellas son; siempre miran los celosos con anteojos de allende, que hacen las cosas pequeñas grandes, los enanos gigantes, y las sospechas verdades.

Por vida tuya y por la mía, Andrés, que procedas en esto y en todo lo que tocare a nuestros conciertos cuerda y discretamente; que si así lo hicieres, sé que me has de conceder la palma de honesta y recatada, y de verdadera en todo extremo.

Con esto se despidió de Andrés, y él se quedó esperando el día para tomar la confesión al herido, llena de turbación el alma y de mil contrarias imaginaciones. No podía creer sino que aquel paje había venido allí atraído de la hermosura de Preciosa, porque piensa el ladrón que todos son de su condición. Por otra parte, la satisfacción que Preciosa le había dado le parecía ser de tanta fuerza, que le obligaba a vivir seguro y a dejar en las manos de su bondad toda su ventura.

Llegóse el día, visitó al mordido, preguntóle cómo se llamaba, y adónde iba, y cómo caminaba tan tarde y tan fuera de camino; aunque primero le preguntó cómo estaba, y si se sentía sin dolor de las mordeduras.

A lo cual respondió el mozo que se hallaba mejor y sin dolor alguno, y de manera que podría ponerse en camino. A lo de decir su nombre, y adónde iba, no dijo otra cosa sino que se llamaba Alonso Hurtado, y que iba a Nuestra Señora de la Peña de Francia a un cierto negocio, y que por llegar con brevedad caminaba de noche, y que la pasada había perdido el camino, y acaso había dado con aquel aduar, donde los perros que le guardaban le habían puesto del modo que había visto.

No le pareció a Andrés legítima esta declaración, sino muy hastada, y de nuevo volvieron a hacerle cosquillas en el alma sus sospechas, y así le dijo:

—Hermano, si yo fuera juez, y vos hubiérades caído debajo de mi jurisdicción por algún delito, el cual pidiera que se os hicieran las pre-

guntas que yo os de hecho, la respuesta que heis dado obligara a que os enjardar los cordeles. Yo no quiero aber quién sois, cómo os llamáis, adónde vais; pero adviértoos que si os conviene mentir en este vuestro viaje, mintáis con más apariencia de verdad. Decís que vais a la Peña de Francia, y dejáisla a la mano derecha, más atrás de este lugar donde estamos bien treinta leguas; camináis de noche por llegar presto, y vais fuera de camino por entre bosques y encinares que no tienen sendas apenas, cuanto más caminos. Amigo, levantaos y aprended a mentir, y andad enhorabuena. Pero, por este buen aviso que os doy, ¿no me diréis una verdad? Que si diréis, pues tan mal sabéis mentir. Decidme: ¿sois por ventura uno que yo he visto muchas veces en la Corte, entre paje y caballero, que tenía fama de ser gran poeta, uno que hizo un romance y un soneto a una gitanilla que los días pasados andaba en Madrid, que era tenida por singular en la belleza? Decidmelo, que yo os prometo, por la fe de caballero gitano; de guardaros el secreto que vos viéredes que os conviene. Mirad que el negarme la verdad de que no sois el que digo, no llevaría camino, porque este rostro que yo veo aquí es el que vi en Madrid. Sin duda alguna que la gran fama de vuestro entendimiento me hizo muchas veces que os mirase como a hombre raro e insigne, y así se me quedó en la memoria vuestra figura, que os he venido a conocer por ella, aun puesto en el diferente traje en que estáis ahora del que yo os vi entonces. No os turbéis, ánimaos, y no penséis que habéis llegado a un pueblo de ladrones, sino a un asilo que os sabrá guardar y defender de todo el mundo. Mirad, yo imagino una cosa, y si es así como lo imagino, vos habéis topado con vuestra buena suerte en haber encontrado conmigo. Lo que imagino es que, enamorado de Preciosa —aquella hermosa gitanica a

quien hicisteis los versos—, habéis venido a buscarla, por lo que yo no os tendré en menos, sino en mucho más, que, aunque gitano, la experiencia me ha mostrado adónde se extiende la poderosa fuerza del amor y las transformaciones que hace hacer a los que coge debajo de su jurisdicción y mando. Si esto es así, como creo que sin duda lo es, aquí está la gitanica.

—Sí, aquí está, que yo la vi anoche —dijo el mordido. Razón con que Andrés quedó como difunto, pareciéndole que había salido al cabo con la confirmación de sus sospechas.

—Anoche la vi —tornó a referir el mozo—; pero no me atreví a decirle quién era, porque no me convenía.

—De esta manera —dijo Andrés—, ¿vos sois el poeta que yo he dicho?

—Sí soy —replicó el mancebo—, que no lo puedo ni lo quiero negar. Quizá podría ser que donde he pensado perderme, hubiere venido a ganarme, si es que hay fidelidad en las selvas y buen acogimiento en los montes.

—Hayle sin duda —respondió Andrés—, y entre nosotros los gitanos, el mayor secreto del mundo. Con esta confianza podéis, señor, descubrirme vuestro pecho, que hallaréis en el mío lo que veréis sin doblez alguno. La gitanilla es parienta mía, y está sujeta a lo que quisiere hacer de ella. Si la quisieredes por esposa, yo y todos sus parientes gustaremos de ello; y si por amiga, no usaremos de ningún melindre, con tal que tengáis dineros, porque la codicia por jamás sale de nuestros ranchos.

—Dineros traigo —respondió el mozo—; en estas mangas de camisa que traigo ceñida por el cuerpo viene cuatrocientos escudos de oro.

Este fue otro susto mortal que recibió Andrés, viendo que el traer tanto dinero no era sino para conquistar o comprar su prenda; y con lengua ya turbada dijo:

—Buena cantidad es ésa; no hay sino descubrirla, y manos a la labor, que la muchacha, que no es nada boba, verá cuán bien le está ser vuestra.

—¡Ay, amigo! —dijo a esta sazón el mozo—. Quiero que sepáis que la fuerza que me ha hecho mudar de traje no es la de amor que vos decís, ni de desear a Preciosa, que hermosa tiene Madrid que pueden y saben robar los corazones y rendir las almas tan bien y mejor que las más hermosas gitanas, puesto que confieso que la hermosura de vuestra parienta a todas las que yo he visto se aventaja. Quien me tiene en este traje, a pie y mordido de perros, no es amor, sino desgracia mía.

Con estas razones que el mozo iba diciendo, iba Andrés cobrando los espíritus perdidos, pareciéndole que se encaminaban a otro paradero del que se imaginaba. Y deseoso de salir de aquella confusión, volvió a reforzarle la seguridad con que podía descubrirse.

Y así él prosiguió diciendo:

—Yo estaba en Madrid en casa de un título, a quien servía no como a señor sino como a pariente. Esto tenía un hijo único heredero suyo, el cual, así por el parentesco como por ser ambos de una edad y de una condición misma, me trataba con familiaridad y amistad grande. Sucedió que este caballero se enamoró de una doncella principal, a quien él escogiera de bonísima gana para su esposa; si no tuviera la voluntad sujeta como buen hijo a la de sus padres, que aspiraban a casarle más altamente; pero, con todo eso, la servía a hurtó de todos los ojos que pudieran con las lenguas sacar a la plaza sus deseos. Sólo los míos eran testigos de sus intentos. Y una noche que debía de haber escogido la desgracia para el caso que ahora os diré, pasando los dos por la puerta y calle de esta señora, vimos arrimados a ella dos hombres, al parecer de buen tallo. Quiso reconocerlos mi pariente, y apenas se encaminó

hacia ellos, cuando echaron con mucha ligereza mano a las espadas y a dos broquetes, y se vinieron a nosotros, que hicimos lo mismo, y con iguales armas nos acometimos. Duró poco la pendencia, porque no duró mucho la vida de los dos contrarios, que de dos estocadas que guiaron los celos de mi pariente y la defensa que yo le hacía, las perdieron. caso extraño y pocas veces visto. Triunfando, pues, de lo que no quisieramos, volvimos a casa, y secretamente, tomando todos los dineros que pudimos, nos fuimos a San Jerónimo, esperando el día, que descubriese lo sucedido y las presunciones que se tenían de los matadores. Supimos que de nosotros no había indicio alguno, y aconsejaron los prudentes religiosos que nos volviésemos a casa, y que no diésemos ni despertásemos con nuestra ausencia alguna sospecha contra nosotros; y ya que estábamos determinados de seguir su parecer, nos avisaron que los señores alcaldes de Corte habían preso en su casa a los padres de la doncella y a la misma doncella, y que entre otros criados a quien tomaron la confesión, una criada de la señora dijo cómo mi pariente paseaba a su señora de noche y de día; y que con este indicio habían acudido a buscarnos, y no hallándonos, sino muchas señales de nuestra fuga, se confirmó en toda la Corte ser nosotros los matadores de aquellos dos caballeros, que lo eran, y muy principales. Finalmente, con parecer del conde mi pariente, y del de los religiosos, después de quince días que estuvimos escondidos en el monasterio, mi camarada, en hábito de fraile, con otro fraile se fue la vuelta de Aragón, con intención de pasarse a Italia, y desde allí a Flandes, hasta ver en qué paraba el caso. Yo quise dividir y apartar nuestra fortuna, y que no corriese nuestra suerte por una misma derrota; seguí otro camino diferente del suyo, y en hábito de mozo de fraile, a pie salí con un

religioso, que me dejó en Talavera. Desde allí a aquí he venido solo y fuera de camino hasta que anoche llegué a este encinar, donde me ha sucedido lo que habéis visto. Y si pregunté por el camino de Peña de Francia, fue por responder algo a lo que se me preguntaba; que en verdad que no sé dónde cae la Peña de Francia, puesto que sé que está más arriba de Salamanca.

—Así es verdad —respondió Andrés—, y ya la dejáis a mano derecha, casi veinte leguas de aquí; porque veáis cuán derecho camino llevábades, si allá fuéades.

—El que yo pensaba llevar —replicó el mozo— no es sino a Sevilla; que allí tengo un caballero genovés, grande amigo del conde mi pariente, que suele enviar a Génova gran cantidad de plata, y llevo designio que me acomode con los que la suelen llevar, como uno de ellos, y con esta estratagema seguramente podré pasar hasta Cartagena, y de allí a Italia, porque han de venir dos galeras muy presto a embarcar esta plata. Esta es, buen amigo, mi historia; mirad si puedo decir que nace más de desgracia pura que de amores aguados. Pero si estos señores gitanos quisiesen llevarme en su compañía hasta Sevilla, si es que van allá, yo se lo pagaría muy bien, que me doy a entender que en su compañía iría más seguro, y no con el temor que llevo.

—Sí llevarán —respondió Andrés—; y si no fuéredes en nuestro aduar, porque hasta ahora no sé si va al Andalucía, iréis en otro que creo que habemos de topar dentro de dos días, y con darles algo de lo que lleváis, facilitaréis con ellos otros imposibles mayores.

Dejóle Andrés, y vino a dar cuenta a los demás gitanos de lo que el mozo le había contado y de lo que pretendía, con el ofrecimiento que hacía de la buena paga y recompensa. Todos fueron de parecer que se quedase en el aduar. Sólo Preciosa tuvo el contrario. Y la abuela dijo

que ella no podía ir a Sevilla, ni a sus contornos, a causa que los años pasados había hecho una burla en Sevilla a un gorrero llamado Triguillos, muy conocido en ella, al cual le había hecho meter en una tinaja de agua hasta el cuello, desnudo en carnes, y en la cabeza puesta una corona de ciprés, esperando el filo de la medianoche para salir de la tinaja a cavar y sacar un gran tesoro que ella le había hecho creer que estaba en cierta parte de su casa. Dijo que como oyó el buen gorrero tocar a mattines, por no perder la coyuntura, se dio tanta prisa a salir de la tinaja, que dio con ella y con él en el suelo, y con el golpe y con los cascotes se magulló las carnes, derramóse el agua, y él quedó nadando en ella y dando voces que se anegaba. Acudieron su mujer y sus vecinos con luces y hallaronle haciendo efectos de nadador, soplando y arrastrando la barriga por el suelo, y meneando brazos y piernas con mucha priesa, y diciendo a grandes voces: —¡Socorro, señores que me ahogo!—. Tal le tenía el miedo, que verdaderamente pensó que se ahogaba. Abrazáronse con él, sacáronle de aquel peligro, volvió en sí, contó la burla de la gitana, y con todo eso, cayó en la parte señalada más de un estado en hondo, a pesar de todos cuantos le decían que era embuste mío; y si no se lo estorbara un vecino suyo, que tocaba ya en los cimientos de su casa, él diera con entrambas en el suelo, si le dejaran cavar todo cuanto él quisiera. Súpose este cuento por todo la ciudad, y hasta los muchachos le señalaban con el dedo y contaban su credulidad y mi embuste.

Esto contó la gitana vieja, y esto dio por excusa para no ir a Sevilla. Los gitanos, que ya sabían de Andrés Caballero que el mozo traía dineros en cantidad, con facilidad le acogieron en su compañía y se ofrecieron de guardarle y encubrirle todo el tiempo que él quisiese y determinaron de torcer el camino a

mano izquierda, y entrarse en la Mancha, y en el reino de Murcia, llamaron al mozo y diéronle cuenta de lo que pensaban hacer por él. Él se lo agradeció, y dio cien escudos de oro para que los repartiesen entre todos. Con esta dádiva quedaron más blandos que unas martas. Sólo a Preciosa no contentó mucho la quedada de don Sancho, que así dijo el mozo que se llamaba; pero los gitanos se lo mudaron en el de Clemente, y así le llamaron desde allí adelante. También quedó un poco torcido Andrés, y no bien satisfecho de haberse quedado Clemente, por parecerle que con poco fundamento había dejado sus primeros designios; mas Clemente como si le levara en la intención, entre otras cosas le dijo que se holgaba de ir al reino de Murcia por estar cerca de Cartagena, adonde si viniesen galeras, como él pensaba que habían de venir, pudiese con facilidad pasar a Italia. Finalmente, por traerle más ante los ojos y mirar sus acciones, y escudriñar sus pensamientos, quiso Andrés que fuese Clemente su camarada, y Clemente tuvo esta amistad por gran favor que se le hacía. Andaban siempre juntos, gastaban largo, llovían escudos, corrían, saltaban, bailaban y tiraban de la barra mejor que ninguno de los gitanos, y eran de las gitanas más que medianamente queridos, y de los gitanos en todo extremo respetados.

Dejaron, pues, a Extremadura, y entráronse en la Mancha, y poco a poco fueron caminando al reino de Murcia. En todas las aldeas y lugares que pasaban había desafíos de pelota, de esgrima, de correr, de saltar, de tirar la barra, y de otros ejercicios de fuerza, maña y ligereza, y de todos salían vencedores Andrés y Clemente, como de sólo Andrés queda dicho; y en todo tiempo, que fue más de un mes y medio, nunca tuvo Clemente ocasión, ni él la procuró de hablar a Preciosa, hasta que un día, estando juntos

Andrés y ella, llegó él a la conversación, porque le llamaron, y Preciosa le dijo:

—Desde la vez primera que llegaste a nuestro aduar te conocí, Clemente, y se me vinieron a la memoria los versos que en Madrid me diste; pero no quise decir nada por no saber con qué intención venías a nuestras estancias; y cuando supe tu desgracia me pesó en el alma, y se aseguró mi pecho que estaba sobresaltado, pensando que como había don Juanes en el mundo, y que se mudaban en Andreses, así podía haber don Sanchos que se mudasen en otros nombres. Háblote de esta manera por que Andrés me ha dicho que te ha dado cuenta de quién es, y de la intención con que se ha vuelto gitano —y así era la verdad; que Andrés le había hecho sabidor de toda su historia, por poder comunicar con él sus pensamientos—. Y no pienses que te fue de poco provecho el conocerte, pues por mi respecto y por lo que yo de ti dije, se facilitó el acogerte y admitirte en nuestra compañía, donde plega a Dios te suceda todo el bien que acertares a descarte. Este buen deseo quiero que me pagues en que no afees a Andrés la bajeza de su intento, ni le pintes cuán mal está perseverar en este estado; que puesto que yo imagino que debajo de los candados de mi voluntad está la suya, todavía me pesaría de verle dar muestras, por mínimas que fuesen, de algún arrepentimiento.

A esto respondió Clemente:

—No pienses, Preciosa única, que don Juan con ligereza de ánimo me descubrió quién era: primero le conocí yo, y primero me descubrieron sus ojos sus intentos; primero le dije yo quién era, y primero le adiviné la prisión de su voluntad, que tú señalas; y él, dándome el crédito que era razón que me diese, fió de mi secreto el suyo, y él es buen testigo si alabé su determinación y escogido empleo; que no soy, ¡oh Preciosa!, de tan corto ingenio que no

alcance hasta dónde se extienden las fuerzas de la hermosura, y la tuya, por pasar de los límites de los mayores extremos de belleza, es disculpa bastante de mayores yerros, si es que deben llamarse yerros los que se hacen con tan forzosas causas. Agradécote, señora, lo que en mi crédito dijiste, y yo pienso pagártelo en desear que estos enredos amorosos salgan a fines felices, y que tú goces de tu Andrés y Andrés de su Preciosa, en conformidad y gusto de sus padres, porque de tan hermosa junta veamos en el mundo los más bellos renuevos que pueda formar la bien intencionada Naturaleza. Esto desearé yo, Preciosa, y esto le diré siempre a tu Andrés, y no cosa alguna que le divierta de sus bien colocados pensamientos.

Con tales afectos dijo las razones pasadas Clemente, que estuvo en duda Andrés si las había dicho como enamorado o como comedido; que la infernal enfermedad celosa es tan delicada y de tal manera, que en los átomos del sol se pega, y de los que tocan a la cosa amada se fatiga el amante y se desespera. Pero con todo esto, no tuvo celos confirmados, más fiado de la bondad de Preciosa que de la ventura suya; que siempre los enamorados se tienen por infelices en tanto que no alcanzan lo que desean. En fin, Andrés y Clemente eran camaradas y grandes amigos, asegurándolo todo la buena intención de Clemente y el recato y prudencia de Preciosa, que jamás dio ocasión a que Andrés tuviese de ella celos.

Tenía Clemente sus puntas de poeta, como lo mostró en los versos que dio a Preciosa, y Andrés se picaba un poco, y entrambos eran aficionados a la música. Sucedió, pues, que estando el aduar alojado en un valle cuatro leguas de Murcia, una noche, por entretenerse, sentados los dos, Andrés al pie de un alcornoque, Clemente al de una encina, cada uno con una guitarra, convidados del silencio de la noche,

comenzando Andrés y respondiendo Clemente, cantaron estos versos:

A.—Mira, Clemente, el estrellado
con que esta noche fría ^[velo]
compite con el día,
de luces bellas adornado el cielo;
y en esta semejanza,
si tanto tu divino ingenio alcanza,
aquel rostro figura
donde asiste el extremo de hermosura,

C.—Donde asiste el extremo de her- ^[sura]
y adonde la preciosa
honestidad hermosa
con todo extremo de bondad se apura;
en un sujeto cabe,
que no hay humano ingenio que le
si no toca en divino, ^[alabe]
en alto, en raro, en grave y peregrino.

A.—En alto, en raro, en grave y pe- ^[regrino]
estilo nunca usado,
al cielo levantado,

por dulce al mundo y sin igual ca- ^[mino]
tu nombre, ¡oh Gitanilla!
causando asombro, espanto y mara- ^[villa]
la fama yo quisiera
que le llevara hasta la octava esfera.

C.—Que le llevara hasta la octava ^[esfera]
fuera decente y justo,
dando a los cielos el gusto,
cuando el son de su nombre se oyera,
y en la Tierra causara,
por donde el dulce nombre resonara,
música en los oídos,
paz en las almas, gloria en los senti- ^[dos]

A.—Paz en las almas, gloria en los ^[sentidos]
se siente cuando canta
la sirena, que encanta,
y adormece a los más aperecidos;
y tal es mi Preciosa,
que es lo menos que tiene ser her- ^[mosa]
dulce regalo mío,
corona del donaire, honor del brío.

C.—Corona del donaire, honor del ^[brío]
eres, bella gitana,
frescor de la mañana,
céfiro blando en el ardiente estío,
rayo que con amor ciego
convierte el pecho más de nieve en fue- ^[go]
suerza que así la hace
que blandamente mata y satisface.

Señales iban dando de no acabar tan presto el libre y el cautivo, si no sonara a sus espaldas la voz de Preciosa, que las suyas había escuchado. Suspendiólos el oírlo, y sin moverse prestándola maravillosa atención la escucharon. Ella

sé si de improviso, o si en algún tiempo los versos que cantaba le compusieron—, con extremada gracia, como si para responderles fueran hechos, cantó los siguientes:

En esta empresa amorosa
donde el amor entretengo,
por mayor ventura tengo
ser honesta, que hermosa.

La que es más humilde planta,
si la subida endereza
por gracia o naturaleza
a los cielos se levanta.

En éste mi bajo cobre,
siendo honestidad su esmalte,
no hay buen deseo que falte,
ni riqueza que no sobre.

No me causa alguna pena
no quererme o no estimarme;
que yo pienso fabricarme
mi suerte y ventura buena.

Haga yo lo que en mí es,
que a ser buena me encamine,
y haga el cielo y determine
lo que quisiere después.

Quiero ver si la belleza
tiene tal prerrogativa,
que me encumbre tan arriba
que aspire a mayor alteza.

Si las almas son iguales,
podrá la de un labrador
igualarse por valor
con las que son imperiales.

De la mía lo que siento
me sube al grado mayor,
porque majestad y amor
no tienen un mismo asiento.

Aquí dio fin Preciosa a su canto, y Andrés y Clemente se levantaron a recibirla. Pasaron entre los tres discretas razones, y Preciosa descubrió en las suyas su discreción, su honestidad y su agudeza, de tal manera, que en Clemente halló disculpa la intención de Andrés, que aun hasta entonces no la había hallado, juzgando más a mocedad que a cordura su arrojada determinación.

Aquella mañana se levantó el aduar, y se fueron a alojar en un lugar de la jurisdicción de Murcia, tres leguas de la ciudad, donde le sucedió a Andrés una desgracia que le puso en punto de perder la vida. Y fue que después de haber dado en aquel lugar algunos vasos y prendas

de plata en fianza, como tenían de costumbre, Preciosa y su abuela, y Cristina con otras dos gitanillas, y los dos, Clemente y Andrés, se alojaron en un mesón de una viuda rica, la cual tenía una hija de edad de diecisiete o dieciocho años, algo más desenvuelta que hermosa, y por más señas se llamaba Juana Carducha. Esta, habiendo visto bailar a las gitanas y gitanos, la tomó el diablo, y se enamoró de Andrés tan fuertemente, que propuso de decirsele y tomarle por marido si él quisiese, aunque a todos sus parientes les pesase; y así, buscó coyuntura para decirsele, y hallóla en un corral donde Andrés había entrado a requerir dos pollinos. Llegóse a él, y con priesa por no ser vista le dijo:

—Andrés—que ya sabía su nombre—, yo soy doncella y rica; que mi madre no tiene otro hijo sino a mí, y este mesón es suyo, y amén de esto, tiene muchos majuelos, y otros dos pares de casas. Hasme parecido bien; si me quieres por esposa a ti está. Respóndeme presto, y si eres discreto, quédate, y verás qué vida nos damos.

Admirado quedó Andrés de la resolución de la Carducha, y con la presteza que ella pedía, le respondió:

—Señora doncella, yo estoy apalabrado para casarme, y los gitanos no nos casamos sino con gitanas: guárdela Dios por la merced que me quería hacer, de quien yo no soy digno.

No estuvo en dos dedos de caerse muerta la Carducha con la aceda respuesta de Andrés, a quien replicara si no viera que entraban en el corral otras gitanas. Salióse corrida y asendereada, y de buena gana se vengara si pudiera. Andrés, como discreto, determinó de poner tierra en medio, y desviarse de aquella ocasión que el diablo le ofrecía; que bien leyó en los ojos de la Carducha que sin los lazos matrimoniales se le entregara a toda su voluntad, y no quiso verse pie a pie y solo en

aquella estacada; y así pidió a todos los gitanos que aquella noche se partiesen de aquel lugar. Ellos, que siempre le obedecían, lo pusieron luego por obra, y cobrando sus fianzas aquella tarde, se fueron.

La Carducha, que vio que en irse Andrés se le iba la mitad de su alma, y que no le quedaba tiempo para solicitar el cumplimiento de sus deseos, ordenó de hacer quedar a Andrés por fuerza, ya que de grado no podía; y así, con la industria, sagacidad y secreto que su mal intento le enseñó, puso entre las alhajas de Andrés, que ella conoció por suyas, unos ricos corales y dos patenas de plata con otros brincos suyos, y apenas habían salido del mesón cuando dio voces diciendo que aquellos gitanos le llevaban robadas sus joyas; a cuyas voces acudió la justicia y toda la gente del pueblo.

Los gitanos hicieron alto, y todos juraban que ninguna cosa llevaban hurtada y que ellos harían patente todos los sacos y repuestos de su aduar. De esto se acongojó mucho la gitana vieja, temiendo que aquel escrutinio no se manifestasen los dijes de la Preciosa y los vestidos de Andrés, que ella con gran cuidado y recato guardaba; pero la buena de la Carducha lo remedió con mucha brevedad todo, porque al segundo envoltorio que miraron, dijo que preguntasen cuál era el de aquel gitano gran bailarín; que ella le había visto entrar en su aposento dos veces, y que podría ser que aquél las llevase.

Entendió Andrés que por él lo decía, y riéndose, dijo:

—Señora doncella, ésta es mi recámara y éste es mi pollino. Si vos halláredes en ella ni en él lo que os falta, yo os lo pagaré con las setenas, fuera de sujetarme al castigo que la ley da a los ladrones.

Acudieron luego los ministros de la justicia a desvalijar el pollino, y a pocas vueltas dieron con el hurto: de que quedó tan espantado Andrés

y tan absorto, que no pareció sino estatua, sin voz, de piedra dura.

—¿No sospeché yo bien? —dijo a esta sazón la Carducha—. Mirad con qué buena cara se encubre un ladrón tan grande.

El alcalde, que estaba presente, comenzó a decir mil injurias a Andrés, y a todos los gitanos, llamándolos de públicos ladrones y salteadores de caminos. A todo callaba Andrés; suspenso e imaginativo, y no acababa de caer en la traición de la Carducha. En esto se llegó a él un soldado bizarro, sobrino del alcalde, diciendo:

—¿No veis cuál se ha quedado el gitánico podrido de hurtar? Apostaré yo que hace melindres, y que niega el hurto, con habérsele cogido en las manos; que bien haya quien no os echa en galeras a todos. Mirad si estuviera mejor este bellaco en ellas, sirviendo a Su Majestad, que no andarse bailando de lugar en lugar y hurtando de venta en monte. A fe de soldado que estoy por darle una bofetada que le derribe a mis pies.

Y diciendo esto, sin más ni más alzó la mano, y le dio un bofetón tal, que le hizo volver de su embelamiento y le hizo acordar que no era Andrés Caballero, sino don Juan y caballero. Y arremetiendo al soldado con mucha presteza y más cólera, le arrancó su misma espada de la vaina y se la envainó en el cuerpo, dando con él muerte en tierra.

Aquí fue el gritar del pueblo; aquí el amohinarse el tío Alcalde; aquí el desmayarse Preciosa, y el turbarse Andrés de verla desmayada; aquí el acudir todos a las armas y dar tras el homicida. Creció la confusión, creció la grito, y por acudir Andrés al desmayo de Preciosa, dejó de acudir a su defensa, y quiso la suerte que Clemente no se hallase al desastrado suceso, que con los bagajes había ya salido del pueblo. Finalmente, tantos cargaron sobre Andrés, que le prendieron y

le ahorraron con dos muy gruesas cadenas. Bien quisiera el alcalde ahorcarle luego, si estuviera en su mano; pero hubo de remitirle a Murcia, por ser de su jurisdicción. No le llevaron hasta otro día, y en el que allí estuvo pasó Andrés muchos martirios y vituperios, que el indigno alcalde y sus ministros, y todos los del lugar le hicieron. Prendió el alcalde todos los más gitanos y gitanas que pudo, porque los más hubieron y entre ellos Clemente, que tomó ser cogido y descubierto.

Finalmente, con la sumaria del caso, y con una gran cáfila de gitanos, entraron el alcalde y sus ministros, con otra mucha gente armada, en Murcia, entre los cuales iba Preciosa y el pobre Andrés ceñido de cadenas sobre un macho y con esposas y piedrecas. Salíó toda Murcia a ver los presos, que ya se tenía noticia de la muerte del soldado. Pero la hermosura de Preciosa aquel día fue tanta, que ninguno la miraba que no la bendecía, y llegó la nueva de su belleza a los oídos de la señora corregidora, que por curiosidad de verla hizo que el corregidor su marido mandase que aquella gitánica no entrase en la cárcel, y todos los demás sí, y a Andrés le pusieron en un estrecho calabozo, cuya oscuridad y la falta de la luz de Preciosa le trataron de manera, que bien pensó no salir de allí sino para la sepultura. Llevaron a Preciosa con su abuela, a que la corregidora la viese, y así como la vio, dijo:

—Con razón la alaban de hermosa.

Y llegándola a sí la abrazó tiernamente, y no se hartaba de mirarla, y preguntó a su abuela que qué edad tendría aquella niña.

—Quince años —respondió la gitana— dos meses más o menos.

—Esos tuviera ahora la desdichada de mi Costanza. ¡Ay, amigas! ¡Que esta niña me ha renovado mi desventura! —dijo la corregidora.

Tomó en esto Preciosa las manos

de la corregidora, y besándoselas muchas veces se las bañaba con lágrimas, y le decía:

—Señora mía, el gitano que está preso no tiene culpa, porque fue provocado: llamáronle ladrón, y no lo es; diéronle un bofetón en su rostro, que es tal que en él se descubre la bondad de su ánimo. Por Dios y por quien vos sois, señora, que le hagáis guardar su justicia, y que el señor corregidor no se dé prisa a ejecutar en él el castigo con que las leyes le amenazan; y si algún agrado es ha dado mi hermosura, entretenedla con entretener el preso, porque en el fin de su vida está el de la mía. Él ha de ser mi esposo, y justos y honestos impedimentos han estorbado que aun hasta ahora no nos habemos dado las manos. Si dineros fueren menester para alcanzar perdón de la parte, todo nuestro aduar se venderá en pública almoneda, y se dará aún más de lo que pidieren. Señora mía, si sabéis qué es amor, y algún tiempo le tuvistes, y ahora le tenéis a vuestro esposo, doleos de mí, que amo tierna y honestamente al mío.

En todo el tiempo que esto decía, nunca la dejó las manos ni apartó los ojos de mirarla atentísimamente, derramando amargas y piadosas lágrimas en mucha abundancia. Asimismo la corregidora la tenía a ella asida de las suyas, mirándola, ni más ni menos con no menor ahínco, y con no más pocas lágrimas. Estando en esto entró el corregidor, y hallando a su mujer y a Preciosa tan llorosas y tan encadenadas, quedó suspenso así de su llanto como de la hermosura. Preguntó la causa de aquel sentimiento, y la respuesta que dio Preciosa fue soltar las manos de la corregidora y asirse de los pies del corregidor, diciéndole:

—¡Señor, misericordia, misericordia! Si mi esposo muere, yo soy muerta. El no tiene culpa; pero si la tiene, déseme a mí la pena. Y si esto no puede ser, a lo menos entreténgase el pleito en tanto que se

procuran y buscan los medios posibles para su remedio. Que podrá ser que al que no pecó de malicia le enviase el cielo la salud de gracia.

Con nueva suspensión quedó el corregidor de oír las discretas razones de la Gitanilla, y que ya, si no fuera por no dar indicios de flaqueza, le acompañara en sus lágrimas. En tanto que esto pasaba, estaba la gitana vieja considerando grandes, muchas y diversas cosas, y al cabo de toda esta suspensión e imaginación, dijo:

—Espérenme vuestras mercedes, señores míos, un poco; que yo haré que estos llantos se conviertan en risa, aunque a mí me cueste la vida.

Y así, con ligero paso se salió de donde estaba, dejando a los presentes confusos con lo que dicho había. En tanto, pues, que ella volvía, nunca dejó Preciosa las lágrimas ni los ruegos de que se entretuviese la causa de su esposo, con intención de avisar a su padre, que viniese a entender en ella. Volvió la gitana con un pequeño cofre debajo del brazo, y dijo al corregidor que con su mujer y ella se entrasen en un aposento, que tenía grandes cosas que decirles en secreto. El corregidor, creyendo que algunos hurtos de los gitanos quería descubrirle, por tenerle propicio en el pleito del preso, al momento se retiró con ella y con su mujer en su recámara, adonde la gitana, hincándose de rodillas ante los dos, les dijo:

—Si las buenas nuevas que os quiero dar, señores, no merecieren alcanzar en albricias el perdón de un gran pecado mío, aquí estoy para recibir el castigo que quisieredes darme; pero antes que le confiese, quiero que me digáis, señores, primero, si conocéis estas joyas.

Y descubriendo un cofrecito donde venían las de Preciosa, se le puso en las manos al corregidor, y en abriéndole, vio aquellos dijes preciosos; pero no cayó en lo que podían significar. Mirólos también la

corregidora, pero tampoco dio en la cuenta. Sólo dijo:

—Estos son adornos de alguna pequeña criatura.

—Así es la verdad —dijo la gitana—; y de qué criatura sean lo dice ese escrito que está en ese papel doblado.

Abrióle con prisa el corregidor, y leyó que decía:

“Llamábase la niña doña Costanza de Acevedo y de Meneses. Su madre doña Guiomar de Meneses, y su padre, don Fernando de Acevedo, caballero del hábito de Calatrava. Desapareció día de la Ascensión del Señor, a las ocho de la mañana, del año de mil y quinientos y noventa y cinco. Traía la niña puestos estos brincos que en este cofre están guardados”.

Apenas hubo oído la corregidora las razones del papel, cuando reconoció los brincos, se los puso a la boca, y dándole infinitos besos, se cayó desmayada. Acudió el corregidor a ella, antes que a preguntar a la gitana por su hija, y habiendo vuelto en sí, dijo:

—Mujer buena, antes ángel que gitana, ¿adónde está el dueño, digo la criatura cuyos eran estos dijes?

—¿Adónde, señora? —respondió la gitana—. En vuestra casa la tenéis: aquella gitana que os sacó las lágrimas de los ojos es su dueño, y es sin duda alguna vuestra hija, que yo la hurté en Madrid de vuestra casa el día y hora que ese papel dice.

Oyendo esto la turbada señora, soltó los chapines, y desalada y corriendo salió a la sala adonde había dejado a Preciosa, y hallóla rodeada de sus doncellas y criadas, todavía llorando. Arremetió a ella, y sin decirle nada, con gran prisa le desabrochó el pecho, y miró si tenía debajo de la teta izquierda una señal pequeña a modo de lunar blanco como que había nacido, y hallóle ya grande; que con el tiempo se había dilata-

tado. Luego con la misma celeridad la descalzó, y descubrió un pie de nieve y de marfil hecho a torno, y vio en él lo que buscaba; que era que los dos dedos últimos del pie derecho se trababan el uno con el otro por medio de un poquito de carne, la cual cuando niña, nunca se la habían querido cortar, por no darle pesadumbre. El pecho, los dedos, los brincos, el día señalado del hurto, la confesión de la gitana, y el sobresalto y alegría que habían recibido sus padres cuando la vieron, con toda verdad confirmaron en el alma de la corregidora ser Preciosa su hija; y así, cogiéndola en sus brazos, se volvió con ella adonde el corregidor y la gitana estaban.

Iba Preciosa confusa, que no sabía a qué efecto se habían hecho con ella aquellas diligencias, y más viéndose llevar en brazos de la corregidora, y que le daba de un beso hasta ciento. Llegó, en fin, con la preciosa carga doña Guiomar a la presencia de su marido, y trasladándola de sus brazos a los del corregidor, le dijo:

—Recibid, señor, a vuestra hija Costanza; que ésta es sin duda. No lo dudéis, señor, en ningún modo; que la señal de los dedos juntos y la del pecho he visto, y más, que a mí me lo está diciendo el alma desde el instante que mis ojos la vieron.

—No lo dudo —respondió el corregidor, teniendo en sus brazos a Preciosa—, que los mismos efectos han pasado por la mía que por la vuestra. Y más que tantas puntualidades juntas, ¿cómo podían suceder si no fuera por milagro?

Toda la gente de casa andaba absorta, preguntando unos a otros qué sería aquello, y todos daban bien lejos del blanco; que ¿quién había de imaginar que la Gitanilla era hija de sus señores?

El corregidor dijo a su mujer, y a su hija, y a la gitana vieja, que aquel caso estuviese secreto hasta que él le descubriese; y asimismo dijo a la vieja que él la perdonaba

el agravio que le había hecho en hurtarle el alma, pues la recompensa de habérsela vuelto mayores albricias merecía, y que sólo le pesaba de que sabiendo ella la calidad de Preciosa, la hubiese desposado con un gitano, y más con un ladrón y homicida.

—¡Ay —dijo a esto Preciosa—, señor mío, que ni gitano es, ni ladrón, puesto que es matador! Pero fué del que le quitó la honra, y no pudo hacer menos de mostrar quién era, y matarle.

—¿Cómo que no es gitano, hija mía? —dijo doña Guiomar.

Entonces la gitana vieja contó brevemente la historia de Andrés Caballero, y que era hijo de don Francisco de Cárcamo, caballero del hábito de Santiago, y que se llamaba don Juan Cárcamo, asimismo del mismo hábito cuyos vestidos ella tenía, cuando los mudó en los de gitano. Contó también el concierto que entre Preciosa y don Juan estaba hecho de guardar dos años de aprobación para desposarse o no. Puso en su punto la honestidad de entrambos y la agradable condición de don Juan.

Tanto se admiraron de esto como del hallazgo de su hija, y mandó el corregidor a la gitana que fuese por los vestidos de don Juan. Ella lo hizo así, y volvió con otro gitano que los trajo.

En tanto que ella iba y volvía, hicieron sus padres a Preciosa cien mil preguntas, a que respondió con tanta discreción y gracia, que aunque no la hubieran reconocido por hija, los enamorara. Preguntáronla si tenía alguna afición a don Juan. Respondió que no más de aquella que le obligaba a ser agradecida a quien se había querido humillar a ser gitano por ella; pero que ya no se extendería a más el agradecimiento de aquello que sus señores padres quisiesen.

—Calla, hija Preciosa —dijo su padre—, que este nombre de Preciosa quiero que se te quede en me-

moria de tu pérdida y de tu hallazgo; que yo como tu padre, tomo a cargo el ponerte en estado que no desdiga de quien eres.

Suspiró oyendo esto Preciosa, y su madre, como era discreta, entendió que suspiraba de enamorada de don Juan, y dijo a su marido:

—Señor, siendo tan principal don Juan de Cárcamo como lo es, queriendo tanto a nuestra hija, no nos estaría mal dársela por esposa.

Y él respondió:

—Aun hoy la hemos hallado. ¿y ya queréis que la perdamos? Goce, mosla algún tiempo; que, en casándola, no será nuestra, sino de su marido.

—Razón tenéis, señor —respondió ella—; pero dad orden de sacar a don Juan, que debe de estar en algún calabozo.

—Si estará —dijo Preciosa—, que a un ladrón, matador, y sobre todo gitano, no le habrán dado mejor estancia.

—Yo quiero ir a verle, como que le voy a tomar la confesión —respondió el corregidor—, y de nuevo os encargo, señora, que nadie sepa esta historia hasta que yo lo quiera.

Y abrazando a Preciosa, fue luego a la cárcel y entró en el calabozo donde don Juan estaba, y no quiso que nadie entrase con él. Hallóle con entrambos pies en un cepo, y con las esposas a las manos, y que aun no le habían quitado el piede-amigo. Era la estancia oscura, pero hizo que por arriba abriesen una lumbrera, por donde entraba luz, aunque muy escasa, y así como le vio, le dijo:

—¿Cómo está la buena pieza? ¿Que así tuviera yo atraillados cuantos gitanos hay en España, para acabar con ellos en un día, como Nerón quisiera con Roma, sin dar más de un golpe! Sabed, ladrón puntoso, que yo soy el corregidor de esta ciudad, y vengo a saber, de mí a vos, si es verdad que es vuestra esposa una gitanilla que viene con vosotros.

Oyendo esto Andrés, imaginó que el corregidor se debía de haber enamorado de Preciosa; que los celos son de cuerpos suiles y se entran por otros cuerpos sin romperlos, apartarlos ni dividirlos. Pero, con todo esto, respondió:

—Si ella ha dicho que yo soy su esposo, es mucha verdad; y así ha dicho que no lo soy, también ha dicho verdad; porque no es posible que Preciosa diga mentira.

—¿Tan verdadera es? —respondió el corregidor—. No es poco serlo para ser gitana. Ahora bien, mancebo, ella ha dicho que es vuestra esposa; pero que nunca os ha dado la mano. Ha sabido que, según es vuestra culpa, habéis de morir por ella, y hame pedido que antes de vuestra muerte la despose con vos, porque se quiere honrar con quedar viuda de un tan gran ladrón como vos.

—Pues hágalo vuesa merced, señor corregidor, como ella lo suplica; que como yo me despose con ella, iré contento a la otra vida como parta de ésta con nombre de ser suyo.

—Mucho la debéis de querer —dijo el corregidor.

—Tanto —respondió el preso—, que a poderlo decir, no fuera nada. En efecto señor corregidor, mi causa se concluya; yo maté al que me quiso quitar la honra; yo adoro a esa gitana; moriré contento si muero en su gracia, y sé que no nos ha de faltar la de Dios, pues entrambos habremos guardado, honestamente y con puntualidad lo que nos prometimos.

—Pues esta noche enviaré por vos —dijo el corregidor—, y en mi casa os depositaré con Preciosita, y mañana a mediodía estaréis en la horca; con lo que yo habré cumplido con lo que pide la justicia y con el deseo de entrambos.

Agradecióselo Andrés, y el corregidor volvió a su casa y dio cuenta a su mujer de lo que con don Juan

había pasado, y de otras cosas que pensaba hacer.

En el tiempo que él faltó dio cuenta Preciosa a su madre de todo el discurso de su vida, y de cómo siempre había creído ser gitana y ser nieta de aquella vieja; pero que siempre se había estimado en mucho más de lo que de ser gitana se esperaba.

Preguntóle su madre que le dijese la verdad, si quería bien a don Juan de Cárcamo. Ella, con vergüenza y con los ojos en el suelo, le dijo que por haberse considerado gitana, y que mejoraba su suerte con casarse con un caballero de hábito y tan principal como don Juan de Cárcamo, y por haber visto por experiencia su buena condición y honesto trato, alguna vez le había mirado con ojos aficionados; pero que, en resolución, ya había dicho que no tenía otra voluntad de aquella que ellos quisiesen.

Llegóse la noche, y siendo casi las diez sacaron a Andrés de la cárcel, sin las esposas y el piede-amigo; pero no sin una gran cadena que, desde los pies, todo el cuerpo le ceñía. Llegó de este modo, sin ser visto de nadie, sino de los que le traían, en casa del corregidor, y con silencio y récato le entraron en un aposento, donde le dejaron solo. De allí a un rato entró un clérigo, y le dijo que se confesase, porque había de morir otro día.

A lo cual respondió Andrés:

—De muy buena gana me confesaré; pero, ¿cómo no me desposan primero? Y si me han de desposar, por cierto que es muy malo el tálamo que me espera.

Doña Guiomar, que todo esto sabía, dijo a su marido que eran demasiados los sustos que a don Juan daba; que los moderase, porque podría ser perdiere la vida con ellos. Parecióle buen consejo al corregidor, y así, entró a llamar al que le confesaba, y díjole que primero habían de desposar al gitano con Preciosa la gitana, y que después se

confesaría, y que se encomendase a Dios de todo corazón, que muchas veces suele llover sus misericordias en el tiempo que están más secas las esperanzas.

En efecto, Andrés salió a una sala donde estaba solamente doña Guiomar, el corregidor, Preciosa y otros dos criados de casa. Pero cuando Preciosa vio a don Juan ceñido y aherrojado con tan gran cadena, descolorido el rostro y los ojos con muestra de haber llorado, se le cubrió el corazón y se arrojó al brazo de su madre, que junto a ella estaba, la cual, abrazándola consigo le dijo:

—Vuelve en ti, niña; que todo lo que ves ha de redundar en tu gusto y provecho.

Ella, que estaba ignorante de aquello, no sabía cómo consolarse, y la gitana vieja estaba turbada, y los circunstantes, colgados del fin de aquel caso.

El corregidor dijo:

—Señor teniente cura, este gitano y esta gitana son los que vuesa merced ha de desposar.

—Eso no podré ya hacer si no preceden primero las circunstancias que para tal caso se requieren. ¿Dónde se han hecho las amonestaciones? ¿Adónde está la licencia de mi superior, para que con ellas se haga el desposorio?

—Inadvertencia ha sido mía —respondió el corregidor—; pero yo haré que el vicario la dé.

—Pues hasta que la vea —respondió el teniente cura—, estos señores perdonen.

Y sin replicar más palabra, porque no sucediese algún escándalo, se salió de casa, y los dejó a todos confusos.

—El padre ha hecho muy bien —dijo a esta sazón el corregidor—, y podría ser fuese providencia del cielo ésta, para que el suplicio de Andrés se dilate, porque en efecto él se ha de desposar con Preciosa, y han de preceder primero las amonestaciones, donde se dará tiempo

al tiempo, que suele dar dulce salida a muchas amargas dificultades; y con todo esto, quería saber de Andrés, si la suerte encaminase sus sucesos de manera que sin estos sustos y sobresaltos se hallase esposo de Preciosa, si se tendría por dichoso, ya siendo Andrés Caballero, o ya don Juan de Cárcamo.

Así como oyó Andrés nombrarse por su nombre, dijo:

—Pues Preciosa no ha querido contenerse en los límites del silencio, y ha descubierto quién soy, aunque esa buena dicha me hallara hecho monarca del mundo, la tuviera en tanto que pusiera término a mis deseos, sin osar desear otro bien sino el del cielo.

—Pues por ese buen ánimo que habéis mostrado, señor don Juan de Cárcamo, a su tiempo haré que Preciosa sea vuestra legítima consorte, y ahora os la doy y entrego en esperanza, por la más rica joya de mi casa, y de mi vida, y de mi alma, y estimadla en lo que decís, porque en ella os doy a doña Costanza de Acevedo y Meneses, mi única hija, la cual, si os iguala en el amor, no os desdice nada en el linaje.

Atónito quedó Andrés viendo el amor que le mostraban, y en breves razones doña Guiomar contó la pérdida de su hija, y su hallazgo, con las certísimas señas que la gitana vieja había dado de su hurto, con que acabó don Juan de quedar atónito y suspenso, pero alegre sobre todo encarecimiento. Abrazó a sus suegros, llamólos padres y señores suyos; besó las manos a Preciosa, que con lágrimas le pedía las suyas.

Rompióse el secreto, salió la nueva del caso con la salida de los criados que habían estado presentes. El cual sabido por el alcalde, tío del muerto, vio tomados los caminos de su venganza, pues no había de tener lugar el rigor de la justicia para ejecutarla en el yerno del corregidor.

Vistióse don Juan los vestidos de camino que allí había traído la gitana; volviéronse las prisiones y ca-

denas de hierro en libertad y cadenas de oro; la tristeza de los gitanos presos, en alegría, pues otro día los dieron en fiado. Recibió el tío del muerto la promesa de dos mil ducados, que le hicieron porque bajase de la querrela y perdonase a don Juan; el cual, no olvidándose de su camarada Clemente, le hizo buscar; pero no le hallaron ni supieron del hasta que desde allí a cuatro días tuvo nuevas ciertas que se había embarcado en una de dos galeras de Génova que estaban en el puerto de Cartagena y ya se habían partido.

Dijo el corregidor a don Juan que tenía por nueva cierto que su padre don Francisco de Cárcamo estaba proveído por corregidor de aquella ciudad, y que sería bien esperarle, para que con su beneplácito y consentimiento se hiciesen las bodas.

Don Juan dijo que no saldría de lo que él ordenase. Pero que, antes todas las cosas, se había de desposar con Preciosa.

Concedió licencia el arzobispo para que con sola una amonestación se hiciese. Hizo fiestas la ciudad, por ser muy bienquisto el corregidor, con luminarias, toros y cañas el día del desposorio; quedando la gitana vieja en casa, que no se quiso apartar de su nieta Preciosa.

Hicieron las nuevas a la Corte, del caso y casamiento de la Gitanilla; supo don Francisco de Cárcamo su hijo el gitano, y ser la Preciosa la gitanilla que él había visto, cuya hermosura disculpó con él la liviandad de su hijo, que ya le tenía por perdido, por saber que no había ido a Flandes. Y más, porque vio cuán bien le estaba el casarse con hija de tan gran caballero y tan rico como era don Fernando de Acevedo. Dijo priesa a su partida por llegar presto a ver sus hijos, y dentro de veinte días ya estaba en Murcia, con cuya llegada se renovaron los gustos, se hicieron las bodas, se contaron las

vidas; y los poetas de la ciudad, que hay algunos y muy buenos, tomaron a cargo celebrar el extraño caso, juntamente con la sin igual belleza de la Gitanilla. Y de tal manera escribió el famoso licenciado Pozo, que en sus versos durará la fama de la Preciosa mientras los siglos duraren.

Olvidábaseme de decir cómo la enamorada mesonera descubrió a la justicia no ser verdad lo del hurto de Andrés el gitano, y confesó su amor y su culpa, a quien no respondió pena alguna, porque en la alegría del hallazgo de los desposados se enterró la venganza y resucitó la clemencia.

FIN DE
«LA GITANILLA»

William Shakespeare.-

Nació en Stratford-on-Avon, (1564-1616) su padre era un hombre de clase media y su madre una mujer adinerada; desde joven tuvo que sostenerse y trabajar, se casó a los 18 años Ana Hathaway con quien procreó tres hijos. En un principio le ve en Londres como actor, pero es como empresario y como actor teatral cuando alcanza prosperidad. Este famoso poeta inglés tuvo muchas amistades y fue protegido por gente noble y rica. La reina Isabel se interesa en él y es en esta época cuando se construyen varios teatros en Londres. La Cortina, El Swan, El Globo; a este último se vincula el recuerdo de Shakespeare. Con lo que ganó vivió decorosamente y se compró la mejor casa de Stratford. Jacobo I lo colocó bajo la protección de la corona, calificándolos a él y a otros poetas como "señores del rey"

El talento de Shakespeare fue inmenso, sus concepciones son tan originales, intensas y grandiosas que no se parecen a ninguna otra, ni antigua ni moderna. Hubo muchos poetas y dramaturgos contemporáneos a Shakespeare, pero él los vence a todos en el conjunto de su producción. Con maestría insuperable supo mezclar el horror con la ternura y los tipos groseros, vulgares, con los personajes delicados o terribles. Su teatro tiene la misma intensidad del mundo.

Se menciona generalmente cuatro etapas en la obra Shakespeareana. A la primera pertenecen obras sencillas, con un tono de ligereza, de alegría y de vitalidad; trabajos de amor y de honor. La comedia de las equivocaciones, Los Dos Hidalgos de Verona, El Sueño de Una Noche de Verano y Ricardo III. A la

segunda etapa pertenecen obras llenas de equilibrio, se observa el patriotismo y el amor, en esta época, Romeo y Julieta, Ricardo II, Enrique IV, El Mercader de Venecia, Mucho Ruido y Pocas Nueces y Las Alegres Comadres de Windsor. La tercera es la etapa sombría y pesimista; los dramas son lúgubres y los personajes casi locos, en los temas sólo se observan traiciones, muertes y catástrofes: Julio César, Hamlet, Otelo, Macbeth, El Rey Lear, Antonio y Cleopatra, Coriolano, y Pericles. En la cuarta etapa vuelve la calma y la serenidad, se observan obras llenas de perdón e indulgencia a la humanidad, aquí la experiencia teatral del autor llega a lo máximo, Cimbalino, El Cuento de Invierno, La Tempestad y Enrique VIII.

La grandeza de Shakespeare es muy humana, ya que sabe percibir y expresar la intimidad psicológica de sus personajes; domina la técnica teatral para mantener en tensión constante la atención del público y logró un frágil equilibrio entre lo cómico y lo trágico.

Para su análisis literario y al mismo tiempo para que observes los posibles elementos renacentistas que hay en Shakespeare, a continuación encontrarán para su lectura la obra de Romeo y Julieta, que para muchos críticos es la mejor de este dramaturgo. Interpreta algunos aspectos sociales que se reflejan en esta obra.

Romeo y Julieta

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Una plaza de Verona

(SANSON y GREGORIO con espadas y broqueles)

SANSON.—A fe mía, Gregorio, que no hay por qué bajar la cabeza.

GREGORIO.—Eso sería convertirnos en bestias de carga.

SANSON.—Quería decirte que, si nos hostigan, debemos responder.

GREGORIO.—Sí: soltar la albarda.

SANSON.—Yo, si me pican, fácilmente salto.

GREGORIO.—Pero no es fácil picarte para que saltes.

SANSON.—Basta cualquier gozquejo de casa de los Montescos para hacerme saltar.

GREGORIO.—Quien salta, se va. El verdadero valor está en quedarse firme en su puesto. Eso que llamas saltar es huir.

SANSON.—Los perros de esa casa me hacen saltar primero y me paran después. Cuando topo de manos a boca con hembra o varón de casa de los Montescos, pongo pies en pared.

GREGORIO.—¡Necedad insigne! Si pones pies en pared, te caerás de espaldas.

SANSON.—Cierto, y es condición propia de los débiles. Los Montescos al medio de la calle, y sus mozas a la acera.

GREGORIO.—Esa discordia es de nuestros amos. Los criados no tenemos que intervenir en ella.

SANSON.—Lo mismo da. Seré un tirano. Acabaré primero con los hombres y luego con las mujeres.

GREGORIO.—¿Qué quieres decir?

SANSON.—Lo que tú quieras. Sé que no soy rana.

GREGORIO.—No eres ni pescado ni carne. Saca tu espada, que aquí vienen dos criados de casa Montesco.

SANSON.—Ya está fuera la espada: entra tú en lid, y yo te defenderé.

GREGORIO.—¿Por qué huyes, volviendo las espaldas?

SANSON.—Por no asustarte.

GREGORIO.—¿Tú asustarme a mí?

SANSON.—Procedamos legalmente. Déjalos empezar a ellos.

GREGORIO.—Les haré una mueca pasar, y veremos cómo lo toman.

SANSON.—Veremos si se atreven. Yo me chuparé el dedo, y buena vergüenza será la suya si lo tola. (Abraham y Baltasar.)

ABRAHAM.—Hidalgo, ¿os estáis chupando el dedo porque nosotros pasamos?

SANSON.—Hidalgo, es verdad que me chupo el dedo.

ABRAHAM.—Hidalgo, ¿os chupáis el dedo porque nosotros pasamos?

SANSON (a Gregorio).—¿Estás dentro de la ley, diciendo que?

GREGORIO (A Sansón).—No por el momento.

SANSON.—Hidalgo, no me chupas el dedo porque vosotros pasamos, pero la verdad es que me lo chupo.

GREGORIO.—¿Queréis armar discordia, hidalgo?

ABRAHAM.—Ni por pienso, señor mío.

SANSON.—Si queréis armarla, aquí estoy a vuestras órdenes. Mi amo es tan bueno como el vuestro.

ABRAHAM.—Pero mejor, imposible.

SANSON.—Está bien, hidalgo.

GREGORIO (A Sansón).—Dile que el nuestro es mejor, porque aquí se acerca un pariente de mi amo.

SANSON.—Es mejor el nuestro, hidalgo.

ABRAHAM.—Mentira.

SANSON.—Si sois hombre, sacad vuestro acero, Gregorio: acuérdate de tu sabia estocada. (Pelean.) (Llegan Benvolio y Teobaldo.)

BENVOLIO.—Envainad, majaderos. Estáis peleando, sin saber por qué.

TEOBALDO.—¿Por qué desnudáis los aceros? Benvolio, ¿quieres ver tu muerte?

BENVOLIO.—Los estoy poniendo en paz. Envaina tú, y no busques quimeras.

TEOBALDO.—¿Hablarle de paz, cuando tengo el acero en la mano! Más odiosa me es tal palabra que el infierno mismo, más que Montesco, más que tú. Ven, cobardo. (Reúne gente de uno y otro bando. Trábase la ríña.)

CIUDADANOS.—Venid con palos, con picas, con hachas. ¡Mueran Capuleto y Montescos! (Entran Capuleto y la señora de Capuleto.)

CAPULETO.—¿Qué voces son éstas? Dadme mi espada.

SEÑORA.—¿Qué espada? Lo que te conviene es una muleta.

CAPULETO.—Mi espada, mi espada, que Montesco viene blandiendo contra mí la suya tan vieja como la mía. (Entran Montesco y su mujer.)

MONTESCO.—¡Capuleto infame, déjame pasar, aparta!

SEÑORA.—No te dejaré dar un paso más. (Entra el príncipe con su séquito.)

PRÍNCIPE.—¡Rebeldes, enemigos de la paz, derramadores de sangre humana! ¿No queréis oír? Huma-

nas fieras que apagáis en la fuente sangrienta de vuestras venas el ardor de vuestras iras, arrojad en seguida a tierra las armas fratricidas, y escuchad mi sentencia. Tres veces, por vanas quimeras y fútiles motivos, habéis ensangrentado las calles de Verona, haciendo a sus habitantes, aun los más graves e ilustres, empuñar las empuñadas alabardas, y cargar con el hierro sus manos envejecidas por la paz. Si volvéis a turbar el sosiego de nuestra ciudad, me responderéis con vuestras cabezas. Basta por ahora; retiraos todos. Tú, Capuleto, veadrás conmigo. Tú, Montesco, irás a buscarme dentro de poco a la Audiencia, donde te hablaré más largamente. Pena de muerte a quien permanezca aquí. (Vase.)

MONTESCO.—¿Quién ha vuelto a comenzar la antigua discordia? ¿Estabas tú cuando principió, sobrino mío?

BENVOLIO.—Los criados de tu enemigo estaban ya lidiando con los nuestros cuando llegué, y fueron inútiles mis esfuerzos para separarlos. Teobaldo, se arrojó sobre mí, blandiendo el hierro que azotaba el aire despreciador de sus furiosos. Al ruido de las estocadas acorre gente de una parte y otra, hasta que el Príncipe separó a unos y otros.

SEÑORA DE MONTESCO.—Y has asistido a Romeo? ¿Cuánto me alegró de que no se hallara presente!

BENVOLIO.—Sólo faltaba una hora para que el sol amaneciera por las doradas puertas del Oriente, cuando salí a pasear, solo con mis cuidados, al bosque de sicomoros que crece al poniente de la ciudad. Allí estaba tu hijo. Apenas le vi me dirigí a él, pero se internó en lo más profundo del bosque. Y como yo sé que en ciertos casos la compañía estorba, seguí mi camino y mis cavilaciones, huyendo de él con tanto gusto como él de mí.

SEÑORA DE MONTESCO.—Dicen que va allí con frecuencia a juntar su llanto con el rocío de la mañana y contar a las nubes sus querelas. y apenas el sol, alegría del mundo, descorre los sombríos pabellones del tálamo de la aurora, huye Romeo de la luz y torna a casa, se encierra sombrío en su cámara, y para esquivar la luz del día, crea artificialmente una noche. Mucho me apena su estado, y sería un dolor que su razón no llegase a dominar sus caprichos.

BENVOLIO.—¿Sospecháis la causa, tío?

MONTESCO.—No la sé ni puedo indagarla.

BENVOLIO.—¿No has podido arrancarle ninguna explicación?

MONTESCO.—Ni yo, ni nadie. No sé si pienso bien o mal, pero él es el único consejero de sí mismo. Guarda con avaricia su secreto y se consume en él, como el germen herido por el gusano antes de desarrollarse y encantar al sol con su hermosura. Cuando yo sepa la causa de su mal, procuraré poner remedio.

BENVOLIO.—Aquí está. O me engaña el cariño que le tengo, o voy a saber pronto la causa de su mal.

MONTESCO.—¡Oh, si pudieses con habilidad descubrir el secreto! Ven, esposa. (*Entra Romeo.*)

BENVOLIO.—Muy madrugador estás.

ROMEO.—¿Tan joven está el día?

BENVOLIO.—Aún no han dado las nueve.

ROMEO.—¡Tristes horas, cuán lentamente camináis! ¿No era mi padre quien salía ahora de aquí?

BENVOLIO.—Sí por cierto. Pero ¿qué dolores son los que alargan tanto las horas de Romeo?

ROMEO.—El carecer de lo que las haría cortas.

BENVOLIO.—¿Cuestión de amores?

ROMEO.—Desvíos.

BENVOLIO.—¿De amores?

ROMEO.—Mi alma padece el implacable rigor de sus desdenes.

BENVOLIO.—¿Por qué el amor que nace de tan débiles principios, impera luego con tanta tiranía?

ROMEO.—¿Por qué, si pintan ciego al amor, sabe elegir tan extrañas sendas a su albedrío? ¿Dónde vamos a comer hoy? ¡Válgame Dios! Cuéntame lo que ha pasado. Pero no, ya lo sé. Hemos encontrado el amor junto al odio; amor discordante, odio amante; rara confusión de la naturaleza, caos sin forma, materia grave a la vez que ligera, fuerte y débil, humo y plomo, fuego helado, salud que fallece, sueño que vela, esencia incógnita. No puedo acostumbrarme a tal amor. ¿Te ríes? ¡Vive Dios!...

BENVOLIO.—No, primo. No me río, antes lloro.

ROMEO.—¿De qué, alma generosa?

BENVOLIO.—De tu desesperación.

ROMEO.—Es prenda del amor. Se agrava el peso de mis penas, sabiendo que tú también las sientes. Amor es fuego aventado por el aura de un suspiro; fuego que arde y centellea en los ojos del amante. O más bien es torrente desbordado que las lágrimas acrecen. ¿Qué más podré decir de él? Diré que es locura sabia, hiel que emponzoña, dulzura embriagadora. Quédate adiós, primo.

BENVOLIO.—Quiero ir contigo. Me enojaré si me dejas así, y no te enojas.

ROMEO.—Calla, que el verdadero Romeo debe andar en otra parte.

BENVOLIO.—Dime el nombre de tu amada.

ROMEO.—¿Quieres oír gemidos?

BENVOLIO.—¡Gemidos! ¡Dona es idea! Dime formalmente quién es.

ROMEO.—¿Dime formalmente?...

¡Oh, qué frase tan cruel! Decid que haga testamento al que está padeciendo horriblemente. Primo, estoy enamorado de una mujer.

BENVOLIO.—Hasta ahí ya lo comprendo.

ROMEO.—Has acertado. Estoy enamorado de una mujer hermosa.

BENVOLIO.—¿Y será fácil dar en ese blanco tan hermoso?

ROMEO.—Vanos serían mis tiros, porque ella, tan casta como Diana la cazadora, burlará todas las pueriles flechas del rapaz alado. Su recato la sirve de armadura. Huye de las palabras de amor, evita el encuentro de otros ojos, no la rinde el oro. Es rica, porque es hermosa. Pobre, porque cuando muera, sólo quedarán despojos de su perfección soberana.

BENVOLIO.—¿Está ligada a Dios por algún voto de castidad?

ROMEO.—No es ahorro el suyo, es desperdicio, porque esconde avaramente su belleza, y priva de ella al mundo. Es tan discreta y tan hermosa, que no debiera complacerse en mi tormento, pero abo-

trece el amor, y ese voto es la causa de mi muerte.

BENVOLIO.—Déjate de pensar en ella.

ROMEO.—Enséñame a dejar de pensar.

BENVOLIO.—Haste libre. Fíjate en otras.

ROMEO.—Así brillará más y más su hermosura. Con el negro antifaz resalta más la blancura de la tez. Nunca olvida el don de la vista quien una vez la perdió. La belleza de una dama medianamente bella sólo sería un libro donde leer que era mayor la perfección de mi adorada. ¡Adiós! No sabes enseñarme a olvidar.

BENVOLIO.—Me comprometo a destruir tu opinión.

ESCENA II

Calle

(CAPULETO, PARIS y un CRIADO)

CAPULETO.—La misma orden que a mí obliga a Montesco, y a nuestra edad no debía ser difícil vivir en paz.

PARIS.—Los dos sois iguales en nobleza, y no debierais estar discordes. ¿Qué respondéis a mi petición?

CAPULETO.—Ya he respondido. Mi hija acaba de llegar al mundo. Aún no tiene más que catorce años, y no estará madura para el matrimonio, hasta que pasen lo menos dos veranos.

PARIS.—Otras hay más jóvenes y que son ya madres.

CAPULETO.—Los árboles demasiado tempranos no prosperan. Yo he confiado mis esperanzas a la tierra y ellas florecerán. De todas suertes, Paris, consulta tú su voluntad. Si ella consiente, yo consentiré también. No pienso oponerme a que elija con toda libertad entre los de su clase. Esa noche,

según costumbre inmemorial, recibo en casa a mis amigos, uno de ellos vos. Deseo que piséis esta noche el modesto umbral de mi casa, donde veréis brillar humanas estrellas. Vos, como joven lozano, que no holláis como yo las pisadas del invierno frío, disfrutaréis de todo. Allí oiréis un coro de hermosas doncellas. Oídlas, vedlas, y elegid entre todas la más perfecta. Quizá después de maduro examen, os parecerá mi hija una de tantas. Tú (*al criado*) vete recorriendo las calles de Verona, y a todos aquellos cuyos nombres verás escritos en este papel, invítalos para esta noche en mi casa. (*Vanse Capuleto y Paris.*)

CRIADO.—¡Pues es fácil encontrarlos a todos! El zapatero está condenado a usar la vara, el sastre la horma, el pintor el pincel, el pescador las redes, y yo a buscar a todos aquellos cuyos nombres es-

tán escritos aquí, sin saber qué nombres son los que aquí están escritos. Denme su favor los sabios. Vamos.

(BENVOLIO y ROMEO)

BENVOLIO.—No digas eso. Un fuego apaga otro, un dolor mata otro dolor, a una pena antigua otra nueva. Un nuevo amor puede curarte del antiguo.

ROMEO.—Curarán las hojas del plátano.

BENVOLIO.—¿Y qué curarán?

ROMEO.—Las desolladuras.

BENVOLIO.—¿Estás loco?

ROMEO.—¡Loco! Estoy atado de pies y manos como los locos, encerrado en cárcel asperísima, hambriento, azotado y atormentado. (Al criado.) Buenos días, hombre.

CRiado.—Buenos días. ¿Sabéis leer, hidalgo?

ROMEO.—Ciertamente que sí.

CRiado.—¡Raro alarde! ¿Sabéis leer sin haberlo aprendido? ¿Sabréis leer lo que ahí dice?

ROMEO.—Si el concepto es claro y la letra también.

CRiado.—¿De verdad? Dios os guarde.

ROMEO.—Espera, que probaré a leerlo. "El señor Martín, y su mujer e hijas, el conde Anselmo y sus hermanas, la viuda de Viturbio, el señor Plasencio y sus sobrinas, Mercurio y su hermano Valentín, mi tío Capuleto con su mujer e hijas, Rosalía mi sobrina, Livia,

Valencio y su primo Teobaldo, Lucía y la hermosa Elena." ¡Lucida reunión! ¿Y dónde es la fiesta?

CRiado.—Allí.

ROMEO.—¿Dónde?

CRiado.—En mi casa, a cenar.

ROMEO.—¿En qué casa?

CRiado.—En la de mi amo.

ROMEO.—Lo primero que debí preguntarte es su nombre.

CRiado.—Os lo diré sin ambages. Se llama Capuleto y es generoso y rico. Si no sois Montesco, podéis ir a beber a la fiesta. Id, os lo ruego. (Vase.)

BENVOLIO.—Rosalía a quien adoras, asistirá a esta fiesta con todas las bellezas de Verona. Allí podrás verla y compararla con otra que yo te enseñaré, y el cisne te parecerá grajo.

ROMEO.—No permite tan indigna traición la santidad de mi amor. Ardan mis verdaderas lágrimas, ardan mis ojos (que antes se ahogaban) si tal herejía cometen. ¿Puede haber otra más hermosa que ella? No la ha visto desde la creación del mundo, el sol que lo ve todo.

BENVOLIO.—Tus ojos no ven más que lo que les halaga. Vas a pesar ahora en tu balanza a una mujer más bella que ésa, y verás cómo tu señora pierde de los quilates de su peso, cotejada con ella.

ROMEO.—Iré, pero no quiero ver tal cosa, sino gozarme en la contemplación de mi cielo.

ESCENA III

En casa de Capuleto

(La señora de CAPULETO y el AMA)

SEÑORA.—Ama, ¿dónde está mi hija?

AMA.—Sea en mi ayuda mi probada paciencia de doce años. Ya la llamé. Cordero, Mariposa. Válgame Dios. ¿Dónde estará esta niña? Julieta...

JULIETA.—¿Quién me llama?

AMA.—Tu madre.

JULIETA.—Señora, aquí estoy. Dime qué sucede.

SEÑORA.—Sucede que... Ama, déjanos a solas un rato. Pero no,

quédate. Deseo que oigas nuestra conversación. Mi hija está en una edad decisiva.

AMA.—Ya lo creo. No me acuerdo qué edad tiene exactamente.

SEÑORA.—Todavía no ha cumplido los catorce.

AMA.—Apostaría catorce dientes (¡ay de mí, no tengo más que cuatro!) a que no son catorce.

¿Cuándo llega el día de los Ángeles?

SEÑORA.—Dentro de dos semanas.

AMA.—Sean pares o nones, ese día en anocheciendo, cumple Julieta años. ¡Válgame Dios! La misma edad tendrían ella y mi Susana. Bien, Susana ya está con Dios, no merecía yo tanta dicha. Pues como iba diciendo, cumplirá catorce años la tarde de los Ángeles. ¡Vaya si los cumplirá! Me acuerdo bien. Hace once años, cuando el terremoto, la quitamos el pecho. Jamás confundo aquel día con ningún otro del año. Debajo del palomar, sentada al sol, unté mi pecho con acíbar. Vos y mi amo estabais en Mantua. ¡Me acuerdo tan bien! Pues como digo, la tonta de ella, apenas probó el pecho y lo halló tan amargo, ¡qué furiosa se puso contra mí! ¡Temblaba el palomar! Once años van de esto. Ya se tenía en pie, ya cortía... tropezando a veces. Por cierto que el día antes se había hecho un chichón en la frente, y mi marido (¡Dios le tenga en gloria!) con qué gracia levantó a la niña, y le dijo: "Vaya, ¿te has caído de frente? No caerás así cuando te entre el juicio. ¿Verdad, Julieta?"

Sí, respondió la inocente limpiándose las lágrimas. El tiempo hace verdades las burlas. Mil años que viviera, me acordaría de esto. "¿No es verdad, Julieta?" y ella lloraba y decía que sí.

SEÑORA.—Basta ya. Cállate, por favor te lo pido.

AMA.—Me callaré, señora; pero no

puedo menos de reírme, acordándome que dijo sí, y creo que tenía en la frente un chichón tamaño como un huevo, y lloraba que no había consuelo para ella.

JULIETA.—Cállate ya; te lo suplico.

AMA.—Bueno, me callaré. Dios te favorezca, porque eres la niña más hermosa que he criado nunca. ¿Qué grande sería mi placer en verla casada!

JULIETA.—Aún no he pensado en tanta honra.

AMA.—¡Honra! Pues si no fuera por haberte criado yo a mis pechos, te diría que habías mamado leche de discreción y sabiduría.

SEÑORA.—Ya puedes pensar en casarte. Hay en Verona madres de familia menores que tú, y yo misma lo era cuando apenas tenía tu edad. En dos palabras, aspira a tu mano el gallardo Paris.

AMA.—¡Niña mía! ¡Vaya un pretendiente! Si parece de cera.

SEÑORA.—No tiene flor más linda la primavera de Verona.

AMA.—¡Eso una flor! Si que es flor, ciertamente.

SEÑORA.—Quiero saber si le amarás. Esta noche ha de venir. Verás escrito en su cara todo el amor que te profesa. Fíjate en su rostro y en la armonía de sus facciones. Sus ojos servirán de comentario a lo que haya de confuso en el libro de su persona. Este libro de amor, desencuadernado todavía, merece una espléndida cubierta. La mar se ha hecho para el pez. Toda belleza gana en contener otra belleza. Los áureos broches del libro esmaltan la áurea narración. Todo lo que él tenga, será tuyo. Nada perderás en ser su mujer.

AMA.—¿Nada? Disparate será el pensarlo.

SEÑORA.—Di si podrás llegar a amar a Paris.

JULIETA.—Lo pensaré, si es que el ver predispone a amar. Pero el dar-

ROMEO Y JULIETA.—ACTO PRIMERO.—ESCENA IV

do de mis ojos sólo tendrá la fuerza que le preste la obediencia. *(Entra un criado.)*

CRÍADO.—Los huéspedes se acercan. La cena está pronta. Os llaman. La señorita hace falta. En la cocina están diciendo mil pestes del

ama. Todo está dispuesto. Os suplico que vengais en seguida.

SEÑORA.—Vámonos tras ti, Julieta. El Conde nos espera.

AMA.—Niña, piensa bien lo que haces.

ESCENA IV

Calle

(ROMEO, MERCUTIO, BENVOLIO y máscaras con teas encendidas)

ROMEO.—¿Pronunciaremos el discurso que traíamos compuesto, o entraremos sin preliminares?

BENVOLIO.—Nada de rodeos. Para nada nos hace falta un Amorcillo de latón con venda por pañuelo, y con arco, espanta pájaros de doncellas. Para nada repetir con el apuntador, en voz medrosa, un prólogo inútil. Mídanos por el compás que quieran, y hagamos nosotros unas cuantas mudanzas de baile.

ROMEO.—Dadme una tea. No quiero bailar. El que está a oscuras necesita luz.

MERCUTIO.—Nada de eso, Romeo; tienes que bailar.

ROMEO.—No por cierto. Vosotros lleváis zapatos de baile, y yo estoy como tres en un zapato, sin poder moverme.

MERCUTIO.—Pídele sus alas al Amor, y con ellas te levantarás de la tierra.

ROMEO.—Sus flechas me han herido de tal modo, que ni siquiera sus plumas bastan para levantarme. Me ha atado de tal suerte, que no puedo pasar la raya de mis dolores. La pesadumbre me ahoga.

MERCUTIO.—No has debido cargar con tanto peso al amor, que es muy delicado.

ROMEO.—¡Delicado el amor! Antes duro y fuerte y punzante como el cardo.

MERCUTIO.—Si es duro, sé tú duro con él. Si te hiere, hiérele tú, y

verás cómo se da por vencido. Dadme un antifaz para cubrir mi rostro. ¡Una máscara sobre otra máscara!

BENVOLIO.—Llamad a la puerta, y cuando estemos dentro, cada uno baile como pueda.

ROMEO.—¡Una antorcha! Yo, imitando la frase de mi abuelo, seré quien lleve la luz en esta empresa, porque el gato escaldado huye del agua.

MERCUTIO.—De noche todos los gatos son pardos, como decía muy bien el Condestable. Nosotros te Si haces esto te salvaremos de tus miras. La luz se extingue.

ROMEO.—No por cierto.

MERCUTIO.—Mientras andamos en vanas palabras, se gastan las antorchas. Entiende tú bien lo que quiero decir.

ROMEO.—¿Tienes ganas de entrar en el baile? ¿Crees que eso tiene sentido?

MERCUTIO.—¿Y lo dudas?

ROMEO.—Tuve anoche un sueño.

MERCUTIO.—Y yo otro esta noche.

ROMEO.—¿Y a qué se reduce tu sueño?

MERCUTIO.—Comprendí la diferencia que hay del sueño a la realidad.

ROMEO.—En la cama fácilmente se sueña.

MERCUTIO.—Sin duda te ha visitado la reina Mab, nodriza de las hadas. Es tan pequeña como el ágata que brilla en el anillo de un re-

gidor. Su carroza va arrastrada por caballos leves como átomos, y sus radios son patas de tarántula, las correas son de gusano de seda, los frenos de rayos de luna: huesos de grillo e hilo de araña forman el látigo; y un mosquito de oscura librea, dos veces más pequeño que el insecto que la aguja sutil extrae del dedo de ociosa dama, guía el espléndido equipaje. Una cáscara de avellana forma el coche elaborado por la ardilla, eterna carpintera de las hadas. En ese carro discurre de noche y día por cabezas enamoradas, y les hace concebir vanos deseos, y anda por las cabezas de los cortesanos, y les inspira vanas cortesías. Corre por los dedos de los abogados, y sueñan con procesos. Recorre los labios de las damas, y sueñan con besos. Anda por las narices de los pretendientes, y sueñan que han alcanzado un empleo. Azota con la punta de un rabo de puerco las orejas del cura, produciendo en ellas sabroso cosquilleo, indicio cierto de beneficio o canonjía cercana. Se adhiere al cuello del soldado, y le hace soñar que vence y triunfa de sus enemigos y los degüella con su tru-

culento acero toledano, hasta que oyendo los sonos del cercano atambor, se despierta sobresaltado, reza un padre nuestro, y vuelve a dormirse. La reina Mab es quien enreda de noche las crines de los caballos, y enmaraña el pelo de los duendes, e infecta el lecho de la cándida virgen, y despierta en ella por primera vez impuros pensamientos.

ROMEO.—Basta, Mercutio. No prosigas en esa charla impertinente.

MERCUTIO.—De sueños voy hablando, fantasmas de la imaginación dormida, que en su vuelo excede la ligereza de los aires, y es más mudable que el viento.

BENVOLIO.—Tú sí que estás arrojando vientos y humo por esa boca. Ya nos espera la cena, y no es cosa de llegar tarde.

ROMEO.—Demasiado temprano llegaréis. Témoste que las estrellas están de mal talante, y que mi mala suerte va a empezarse en este banquete, hasta que llegue la negra muerte a cortar esta inútil existencia. Pero en fin, el piloto de mi nave sabrá guiarla. Adelante, amigos míos.

BENVOLIO.—A son de tambores.

ESCENA V

Sala en casa de Capuleto

(MÚSICOS y CRIADOS)

CRÍADO 1º.—¿Dónde anda Cacerola, que ni limpia un plato, ni nos ayuda en nada?

CRÍADO 2º.—¿Qué pena me da ver la cortesía en tan pocas manos, y éstas sucias!

CRÍADO 1º.—Fuera los bancos, fuera el aparador. No perdáis de vista la plata. Guardadme un pedazo del pastel. Decid al portero que deje entrar a Elena y a Susana la molinera. ¡Cacerola!

CRÍADO 2º.—Aquí estoy, compañero. **CRÍADO 1º.**—Todos te llaman a comparecer en la sala.

CRÍADO 2º.—No puedo estar en dos partes al mismo tiempo. Compañeros, acabad pronto, y el que quede sano, que cargue con todo. *(Entran Capuleto, su mujer, Julieta, Teobaldo, y convidados con máscaras.)*

CAPULETO.—Celebro vuestra venida. Os invitan al baile los ligeros pies

de estas damas. A la danza, jóvenes. ¿Quién se resiste a tan imperiosa tentación? Ni siquiera la que por melindre dice que tiene callos. Bien venidos seáis. En otro tiempo también yo gustaba de enmascararme, y decir al oído de las hermosas secretos que a veces no les desagradaban. Pero el tiempo llevó consigo tales flores. Celebro vuestra venida. Comience la música. ¡Que pasen delante las muchachas! (*Comienza el baile.*) ¡Luz, más luz! ¡Fuera las mesas! Nada de fuego, que harto calor hace. ¡Cómo te agrada el baile, pica-rillo! Una silla a mi primo, que nosotros no estamos para danzas. ¿Cuándo hemos dejado la máscara?

EL PRIMO DE CAPULETO.—¡Dios mío! Hace más de 30 años.

CAPULETO.—No tanto, primo. Si fue cuando la boda de Lucencio. Por Pentecostés hará 25 años.

EL PRIMO DE CAPULETO.—Más tiempo hace, porque su hijo ha cumplido los treinta.

CAPULETO.—¿Cómo, si, hace dos años, aún no había llegado a la mayor edad?

ROMEO.—(*A su criado.*) ¿Dime, qué dama es la que enriquece la mano de ese galán con tal tesoro?

CRÍADO.—No la conozco.

ROMEO.—El brillo de su rostro afrenta al del sol. No merece la tierra tan soberano prodigio. Parece entre las otras como paloma entre grajos. Cuando el baile acabe, me acercaré a ella, y estrecharé su mano con la mía. No fue verdadero mi antiguo amor, que nunca belleza como ésta vieron mis ojos.

TEOBALDO.—Por la voz parece Montesco. (*Al criado.*) Tráeme la espada. ¿Cómo se atreverá ese malvado a venir con máscara a perturbar nuestra fiesta? Juro por los huesos de mi linaje que sin cargo de conciencia le voy a quitar la vida.

CAPULETO.—¿Por qué tanta ira, sobrino mío?

TEOBALDO.—Sin duda es un Montesco, enemigo jurado de mi casa, que ha venido aquí para burlarse de nuestra fiesta.

CAPULETO.—¿Es Romeo?

TEOBALDO.—El infame Romeo.

CAPULETO.—No más, sobrino. Es un perfecto caballero, y todo Verona se hace lenguas de su virtud, y aunque me dieras cuantas riquezas hay en la ciudad, nunca le ofendería en mi propia casa. Así lo pienso. Si en algo me estimas, ponle alegre semblante, que esa indignación y esa mirada torva no cuadran bien en una fiesta.

TEOBALDO.—Cuadra, cuando se introduce en nuestra casa tan ruin huésped. ¡No lo consentiré!

CAPULETO.—Si lo consentirás. Te lo mando. Yo sólo tengo autoridad aquí. ¡Pues no faltaba más! ¡Favor divino! ¡Maltratar a mis huéspedes dentro de mi propia casa! ¡Armar quimera con ellos, sólo por echárselas de valiente!

TEOBALDO.—Tío, esto es una afrenta para nuestro linaje.

CAPULETO.—Lejos, lejos de aquí. Eres un rapaz incorregible. Cara te va a costar la desobediencia. ¡Ea, basta ya! Manos quedas... Traed luces... Yo te haré estar quedo. ¡Pues esto sólo faltaba! ¡A bailar, niñas!

TEOBALDO.—Mis carnes se estremecen en la dura batalla de mi repentino furor y mi ira comprimida. Me voy, porque esta injuria que hoy paso, ha de traer amargas hieles.

ROMEO.—(*Cogiendo la mano de Julieta.*) Si con mi mano he profanado tan divino altar, perdonadme. Mi boca borrará la mancha, cual peregrino ruboroso, con un beso.

JULIETA.—El peregrino ha errado la senda aunque parece devoto. El palmero sólo ha de besar manos de santo.

ROMEO.—¿Y no tiene labios el santo lo mismo que el romero?

JULIETA.—Los labios del peregrino son para rezar.

ROMEO.—¡Oh, qué santa! Truequen pues de oficio mis manos y mis labios. Rece el labio y concededme lo que pido.

JULIETA.—El santo oye con serenidad las súplicas.

ROMEO.—Pues oídme serena mientras mis labios rezan, y los vuestros me purifican. (*La besa.*)

JULIETA.—En mis labios queda la marca de vuestro pecado.

ROMEO.—¿Del pecado de mis labios? Ellos se arrepentirán con otro beso. (*Torna a besarla.*)

JULIETA.—Besáis muy santamente.

AMA.—Tu madre te llama.

ROMEO.—¿Quién es su madre?

AMA.—La señora de esta casa, dama tan sabia como virtuosa. Yo crié a su hija, con quien ahora poco estabais hablando. Mucho dinero necesita quien haya de casarse con ella.

ROMEO.—¿Con que es Capuleto? ¡Hado enemigo!

BENVOLIO.—Vámonos, que se acaba la fiesta.

ROMEO.—Harta verdad es, y bien lo siento.

CAPULETO.—No os vayáis tan pronto, amigos. Aún os espera una parca cena. ¿Os vais? Tengo que daros a todos las gracias. Buenas noches, hidalgos. ¡Luces, luces, aquí! Vámonos a acostar. Ya es muy tarde, primo mío. Vámonos a dormir. (*Quedan solas Julieta y el Ama.*)

JULIETA.—Ama, ¿sabes quién es este mancebo?

AMA.—El mayorazgo de Fiter.

JULIETA.—¿Y aquel otro que sale?

AMA.—El joven Petrucio, si no me equivoco.

JULIETA.—¿Y el que va detrás... aquel que no quiere bailar?

AMA.—Lo ignoro.

JULIETA.—Pues trata de saberlo. Y si es casado, el sepulcro será mi lecho de bodas.

AMA.—Es Montesco, se llama Romeo, único heredero de esa infame estirpe.

JULIETA.—¡Amor nacido del odio, harto pronto te he visto, sin conocerte! ¡Harto tarde te he conocido! Quiere mi negra suerte que consagre mi amor al único hombre a quien debo aborrecer.

AMA.—¿Qué estás diciendo?

JULIETA.—Versos, que me dijo uno bailando.

AMA.—Te están llamando. Ya va. No te detengas, que ya se han ido todos los huéspedes.

EL CORO.—Ved cómo muere en el pecho de Romeo la pasión antigua, y cómo la sustituye una pasión nueva. Julieta viene a eclipsar con su lumbre a la belleza que mataba de amores a Romeo. Él, tan amado como amante, busca en una raza enemiga su ventura. Ella ve pendiente de enemigo anzuelo el cebo sabroso del amor. Ni él ni ella pueden declarar su anhelo. Pero la pasión buscará medios y ocasión de manifestarse.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

Plaza pública, cerca del jardín de Capuleto

(ROMEO, BENVOLIO y MERCUTIO)

ROMEO.—¿Cómo me he de ir de aquí, si mi corazón queda en esas tapias, y mi cuerpo inerte viene a buscar su centro?

BENVOLIO.—¡Romeo, primo mío!

MERCUTIO.—Sin duda habrá recordado el juicio e idose a acostar.

BENVOLIO.—Para acá viene: le he distinguido a lo lejos saltando la tapia de una huerta. Dadle voces, Mercutio.

MERCUTIO.—Le voy a exorcizar como si fuera el diablo. ¡Romeo, amante insensato, esclavo de la pasión! Ven en forma de suspiro amoroso: respóndeme con un verso solo en que aconsonen bienes con desdenes, y donde echés un requiebro a la madre del Amor y al niño ciego, que hirió con sus dardos al rey Cofetua, y le hizo enamorarse de una pobre zagala. ¿Ves? no me contesta ni da señales de vida. Conjúrote por los radiantes ojos, y por la despejada frente, y por los róseos labios, y por el breve pie y los llenos mus-

los de Rosalia, que te aparezcas en tu verdadera forma.

BENVOLIO.—Se va a enfadar, si te oye.

MERCUTIO.—Verás como no: se enfadaría, si me empeñase en encerrar a un demonio en el círculo de su dama, para que ella le conjurase; pero ahora veréis cómo no se enfada con tan santa y justa invocación, como es la del nombre de su amada.

BENVOLIO.—Sígueme: se habrá escondido en esas ramas para pasar la noche. El amor, como es ciego, busca tinieblas.

MERCUTIO.—Si fuera ciego, erraría casi siempre sus tiros. Buenas noches, Romeo. Voyme a acostar, porque la yerba está demasiada fría para dormir. ¿Vámonos ya?

BENVOLIO.—Vamos, ¿a qué empeñarnos en buscar al que no quiere ser encontrado?

* Suprime un juego de palabras semi-oscuro, y no de fácil traducción en castellano.

ESCENA II

Jardín de Capuleto

ROMEO.—¿Qué bien se burla del dolor ajeno quien nunca sintió dolores...! (Pónese Julieta a la ventana.) ¿Pero qué luz es la que asoma por allí? ¿El sol que sale ya

por los balcones de oriente? Sal, hermoso sol, y mata de envidia con tus rayos a la luna, que está pálida y ojeriza porque vence tu hermosura cualquier ninfa de tu

SHAKESPEARE

coro. Por eso se viste de amarillo color. ¡Qué necio el que se arree con sus galas marchitas! ¡Es mi vida, es mi amor el que aparece! ¿Cómo podría yo decirle que es señora de mi alma? Nada me dijo. Pero ¿qué importa? Sus ojos hablarán, y yo responderé. ¡Pero qué atrevimiento es el mío, si no me dijo nada! Los dos más hermosos luminares del cielo la suplican que les sustituya durante su ausencia. Si sus ojos resplandecieran como astros en el cielo, bastaría su luz para ahogar los restantes como el brillo del sol mata el de una anorcha. ¡Tal torrente de luz brotaría de sus ojos, que haría despertar a las aves a media noche, y entonar su canción como si hubiese venido la aurora! Ahora pone la mano en la mejilla. ¿Quién pudiera tocarla como el guante que la cubre?

JULIETA.—¡Av de mí!

ROMEO.—¡Habló! Vuelvo a sentir su voz. ¡Ángel de amores que en medio de la noche te me apareces, cual nuncio de los cielos a la atónita vista de los mortales, que deslumbrados le miran traspasar con vuelo rapidísimo las esferas, y mecerse en las alas de las nubes!

JULIETA.—¡Romeo, Romeo! ¿Por qué eres tú Romeo? ¿Por qué no reniegas del nombre de tu padre y de tu madre? Y si no tienes valor para tanto, ámame, y no me tendré por Capuleto.

ROMEO.—¿Qué hago, seguirla oyendo o hablar?

JULIETA.—No eres tú mi enemigo. Es el nombre de Montesco, que llevas. ¿Y qué quiere decir Montesco? No es pie ni mano ni brazo, ni semblante ni pedazo alguno de la naturaleza humana. ¿Por qué no tomas otro nombre? La rosa no dejaría de ser rosa, y de esparcir su aroma, aunque se llamase de otro modo. De igual suerte, mi querido Romeo, aunque tuviese otro nombre, conservaría todas las buenas cualidades de su

alma, que no le vienen por herencia. Deja tú nombre, Romeo, y en cambio de tu nombre que no es cosa alguna sustancial, toma toda mi alma.

ROMEO.—Si de tu palabra me apodero, llámame tu amante, y creeré que me he bautizado de nuevo, y que he perdido el nombre de Romeo.

JULIETA.—¿Y quién eres tú que, en medio de las sombras de la noche, vienes a sorprender mis secretos?

ROMEO.—No sé de cierto mi nombre, porque tú aborreces ese nombre, amada mía, y si yo pudiera, lo arrancaría de mi pecho.

JULIETA.—Pocas palabras son las que aún he oído de esa boca, y sin embargo te reconozco. ¿No eres Romeo? ¿No eres de la familia de los Montescos?

ROMEO.—No seré ni una cosa ni otra, ángel mío, si cualquiera de las dos te enfada.

JULIETA.—¿Cómo has llegado hasta aquí, y para qué? Las paredes de esta puerta son altas y difíciles de escalar, y aquí podrías tropezar con la muerte, siendo quien eres, si alguno de mis parientes te hallase.

ROMEO.—Las paredes salté con las alas que me dio el amor, ante quien no resisten aun los muros de roca. Ni siquiera a tus parientes temo.

JULIETA.—Si te encuentran, te matarán.

ROMEO.—Más homicidas son tus ojos, diosa mía, que las espadas de veinte parientes tuyos. Mírame sin enojos, y mi cuerpo se hará invulnerable.

JULIETA.—Yo daría un mundo porque no te descubrieran.

ROMEO.—De ellos me defiende el velo tenebroso de la noche. Más quiero morir a sus manos, amándome tú, que esquivarlos y salvarme de ellos, cuando me falte tu amor.

JULIETA.—¿Y quien te guió aquí?

ROMEO.—El amor que me dijo dónde vivías. De él me aconsejé, él guió mis ojos que yo le había entregado. Sin ser nauchero, te juro que navegaría hasta la playa más remota de los mares por conquistar joya tan preciada.

JULIETA.—Si el manto de la noche no me cubriera, el rubor de virgen subiría a mis mejillas, recordando las palabras que esta noche me has oído. En vano quisiera corregirlas o desmentirlas... ¡Resistencias vanas! ¿Me amas? Sé que me dirás que sí, y que yo lo creeré. Y sin embargo, podrías faltar a tu juramento, porque dicen que Jove se ríe de los perjuros de los amantes. Si me amas de veras, Romeo, dílo con sinceridad, y si me tienes por fácil y rendida al primer ruego, dímelo también, para que me ponga esquivada y ceñuda, y así tengas que rogarme. Mucho te quiero, Montesco, mucho, y no me tengas por liviana, antes he de ser más firme y constante que aquellas que parecen desdenosas porque son astutas. Te confesaré que más disimulo hubiera guardado contigo, si no me hubieses oído aquellas palabras que, sin pensarlo yo, te revelaron todo el ardor de mi corazón. Perdóname, y no juzgues ligereza en rendirme tan pronto. La soledad de la noche lo ha hecho.

ROMEO.—Júrote, amada mía, por los rayos de la luna que platean la copa de estos árboles...

JULIETA.—No jures por la luna, que en su rápido movimiento cambia de aspecto cada mes. No vayas a imitar su inconstancia.

ROMEO.—¿Pues por quién juraré?

JULIETA.—No hagas ningún juramento. Si acaso, jura por ti mismo, por tu persona que es el dios que adoro y en quien he de creer.

ROMEO.—¡Ojalá que el fuego de mi amor...!

JULIETA.—No jures. Aunque me lleve de alegría el verte, no quiero esta noche oír tales promesas que

parecen violentas y demasiado rápidas. Son como el rayo que se extingue, apenas aparece. Aléjate ahora: quizá cuando vuelvas haya llegado a abrirse, animado por las brisas del estío, el capullo de esta flor. Adiós, ¡y ojalá aliente tu pecho en tan dulce calma como el mío!

ROMEO.—¿Y no me das más consuelo que ése?

JULIETA.—¿Y qué otro puedo darte esta noche?

ROMEO.—Tu fe por la mía.

JULIETA.—Antes te la di que tú acertaras a pedírmela. Lo que siento es no poder dártela otra vez.

ROMEO.—¿Pues qué? ¿Otra vez quisieras quitármela?

JULIETA.—Sí, para dártela otra vez, aunque esto fuera codicia de un bien que tengo ya. Pero mi afán de dártelo todo es tan profundo y tan sin límite como los abismos de la mar. ¡Cuanto más te doy, más quisiera darte!... Pero oigo ruido dentro. ¡Adiós! no engañes mi esperanza... Ama, allá voy... Guárdame fidelidad, Montesco mío. Espera un instante, que volveré en seguida.

ROMEO.—¡Noche, deliciosa noche! Sólo temo que, por ser de noche, no pase todo esto de un delicioso sueño.

JULIETA.—(Asomada otra vez a la ventana.) Sólo te diré dos palabras. Si el fin de tu amor es honrado, si quieres casarte, avisa mañana al mensajero que te enviaré, de cómo y cuándo quieres celebrar la sagrada ceremonia. Yo te sacrificaré mi vida e iré en pos de ti por el mundo.

AMA.—(Llamando dentro.) ¡Julieta!

JULIETA.—Ya voy. Pero si son torcidas tus intenciones, suplicote que...

AMA.—¡Julieta!

JULIETA.—Ya corro... Suplicote que desistas de tu empeño, y me dejes a solas con mi dolor. Mañana irá el mensajero...

ROMEO.—Por la gloria...

JULIETA.—Buenas noches.

ROMEO.—No. ¿Cómo han de ser buenas sin tus rayos? El amor va en busca del amor como el estudiante huyendo de sus libros, y el amor se aleja del amor como el niño que deja sus juegos para tornar al estudio.

JULIETA.—(Otra vez a la ventana.) ¡Romeo! ¡Romeo! ¡Oh, si yo tuviese la voz del cazador de cetrería, para llamar de lejos a los halcones! Si yo pudiera hablar a gritos, penetraría mi voz hasta en la gruta de la ninfa Eco, y llegaría a ensordecerla repitiendo el nombre de mi Romeo.

ROMEO.—¡Cuán grato suena el acento de mi amada en la apacible noche, protectora de los amantes! Más dulce es que música en oído atento.

JULIETA.—¡Romeo!

ROMEO.—¡Alma mía!

JULIETA.—¿A qué hora irá mi criado mañana?

ROMEO.—A las nueve.

JULIETA.—No faltará. Las horas se me harán siglos hasta que ésa llegue. No sé para qué te he llamado.

ROMEO.—¡Déjame quedar aquí hasta que lo pienses!

JULIETA.—Con el contento de verte cerca me olvidaré eternamente de lo que pensaba, recordando tu dulce compañía.

ROMEO.—Para que siga tu olvido no he de irme.

JULIETA.—Ya es de día. Vete...

Pero no quisiera que te alejaras más que el breve trecho que consiente alejarse al pajarillo la niña que le tiene sujeto de una cuerda de seda, y que a veces le coge ansiosa, y le vuelve a soltar...

ROMEO.—¡Ojalá fuera yo ese pajarillo!

JULIETA.—¿Y qué quisiera yo sino que lo fueras? aunque recelo que mis caricias habían de matarte. ¡Adiós, adiós! Triste es la ausencia y tan dulce la despedida, que no sé cómo arrancarme de los hierros de esta ventana.

ROMEO.—Que el sueño descanse en tus dulces ojos y la paz en tu alma! ¡Ojalá fuera yo el sueño, ojalá fuera yo la paz en que se duerme tu belleza! De aquí voy a la celda donde mora mi piadoso confesor, para pedirle ayuda y consejo en este trance.

ESCENA III

Celda de fray Lorenzo

(FRAY LORENZO Y ROMEO)

FRAY LORENZO.—Ya la aurora se sonríe mirando huir a la oscura noche. Ya con sus rayos dora las nubes de oriente. Huye la noche con perezosos pies, tropezando y cayendo como un beodo, al ver la lumbre del sol que se despierta y monta en el carro de Titán. Antes que tienda su dorada lumbre, alegrando el día y enjugando el llanto que vertió la noche, ha de llenar este cesto de bien olientes

flores y de yerbas primorosas. La tierra es a la vez cuna y sepultura de la naturaleza, y su seno educa y nutre hijos de varia condición pero ninguno tan farto de virtud que no dé aliento o remedio o solaz al hombre. Extrañas son las virtudes que derramó la pródiga mano de la naturaleza, en piedras, plantas y yerbas. No hay ser inútil sobre la tierra, por vil y despreciable que parezca. Por el con-

trario, el ser más noble, si se emplea con mal fin, es dañino y abominable. El bien mismo se trueca en mal y el valor en vicio, cuando no sirve a un fin virtuoso. En esta flor que nace duermen escondidos a la vez medicina y veneno: los dos nacen del mismo origen, y su olor comunica deleite y vida a los sentidos, pero si se aplica al labio, esa misma flor tan aromosa mata el sentido. Así es el alma humana; dos monarcas imperan en ella, uno la humildad, otro la pasión; cuando ésta predomina, un gusano roedor consume la planta.

ROMEO.—Buenos días, padre.

FRAY LORENZO.—El sea en tu guarda. ¿Quién me saluda con tan dulces palabras, al apuntar el día? Levantado y a tales horas, revela sin duda intranquilidad de conciencia, hijo mío. En las pupilas del anciano viven los cuidados veladores, y donde reina la inquietud ¿cómo habitará el sosiego? Pero en lecho donde reposa la juventud ajena de todo pesar y duelo, infunde en los miembros deliciosa calma el blando sueño. Tu visita tan de mañana me indica que alguna triste ocasión te hace abandonar tan pronto el lecho. Y si no... será que has pasado la noche desvelado.

ROMEO.—Eso es, y descansé mejor que dormido!

FRAY LORENZO.—Perdónete Dios. ¿Estuviste con Rosalía?

ROMEO.—¿Con Rosalía? Ya su nombre no suena dulce en mis oídos, ni pienso en su amor.

FRAY LORENZO.—Bien haces. Luego ¿dónde estuviste?

ROMEO.—Te lo diré sin ambages. En la fiesta de nuestros enemigos los Capuletos, donde a la vez herí y fui herido. Sólo tus manos podrán sanar a uno y otro contendiente. Y con esto verás que no conservo rencor a mi adversario, puesto que intercedo por él como si fuese amigo mío.

FRAY LORENZO.—Dime con claridad el motivo de tu visita, si es que puedo ayudarte en algo.

ROMEO.—Pues te diré en dos palabras que estoy enamorado de la hija del noble Capuleto, y que ella me corresponde con igual amor. Ya está concertado todo —sólo falta que vos bendigais esta unión. Luego os diré con más espacio dónde y cómo nos conocimos y nos juramos constancia eterna. Ahora lo que importa es que nos caséis al instante.

FRAY LORENZO.—¡Por vida de mi padre San Francisco! ¿Qué pronto olvidaste a Rosalía, en quien cifrabas antes tu cariño! El amor de los jóvenes nace de los ojos y no del corazón. ¡Cuánto lloraste por Rosalía! y ahora tanto amor y tanto enojo se ha disipado como el eco. Aún no ha disipado el sol los vapores de tu llanto. Aún resucenan en mis oídos tus quejas. Aún se ven en tu rostro las huellas de antiguas lágrimas. ¿No decías que era más bella y gentil que ninguna? y ahora te has mudado. ¡Y luego acusáis de inconstantes a las mujeres! ¿Cómo buscáis firmeza en ellas, si vosotros les dais el ejemplo de olvidar?

ROMEO.—¿Pero vos no reprobabais mi amor por Rosalía?

FRAY LORENZO.—Yo no reprobaba tu amor, sino tu idolatría ciega.

ROMEO.—¿Y no me dijisteis que hiciera todo lo posible por ahogar ese amor?

FRAY LORENZO.—Pero no para que de la sepultura de ese amor brotase otro amor nuevo y más ardiente.

ROMEO.—No os enojéis conmigo, porque mi señora me quiere tanto como yo a ella y con su amor responde al mío, y la otra no.

FRAY LORENZO.—Es que Rosalía quizá adivinara la ligereza de tu amor. Ven conmigo, inconstante mancebo. Yo te ayudaré a conse-

guir lo que deseas para que esta boda sea lazo de amistad que extinga el rencor de vuestras familias.

ROMEO.—Vamos, pues, sin detenernos.

FRAY LORENZO.—Vamos con calma para no tropezar.

ESCENA IV

Calle

(BENVOLIO y MERCUTIO)

MERCUTIO.—¿Dónde estará Romeo? ¿Pareció anoche por su casa?

BENVOLIO.—Por casa de su padre no estuvo. Así me lo ha dicho su criado.

MERCUTIO.—¡Válgame Dios! Esa pálida muchachuela, esa Rosalía de duras entrañas acabará por tornarle loco.

BENVOLIO.—Teobaldo, el primo de Capuleto, ha escrito una carta al padre de Romeo.

MERCUTIO.—Sin duda será cartel de desafío.

BENVOLIO.—Pues Romeo es seguro que contestará.

MERCUTIO.—Todo el mundo puede responder a una carta.

BENVOLIO.—Quiero decir que Romeo sabrá tratar como se merece al dueño de la carta.

MERCUTIO.—¡Pobre Romeo! Esa rubia y pálida niña le ha atravesado el corazón a estocadas, le ha traspasado los oídos con una canción de amor, y el centro del alma con las anchas flechas del volador Cupido... ¿Y quién resistirá a Teobaldo?

BENVOLIO.—¿Quién es Teobaldo?

MERCUTIO.—Algo más que el rey de los gatos; es el mejor y más diestro esgrimidor. Maneja la espada como tú la lengua, guardando tiempo, distancia y compás. Gran cortador de ropillas. Espadachín, espadachín de profesión, y muy enterado del *inmortal pasato*, del *punto reverso* y del *par*.

BENVOLIO.—¿Y qué quieres decir con eso?

MERCUTIO.—Mala landre devore a esos nuevos elegantes que han venido con gestos y cortesías a reformar nuestras antiguas costumbres. “¡Qué buena espada, qué buen mozo, qué hermosa mujer!” Decidme, abuelos míos, ¿no es mala vergüenza que estemos llenos de estos moscones extranjeros, estos *pardonnez moi*, tan ufanos con sus nuevas galas y tan despreciadores de lo antiguo? ¡Oh, necedad insigne! (*Sale Romeo*.)

BENVOLIO.—¡Aquí tienes a Romeo! ¡Aquí tienes a Romeo!

MERCUTIO.—Bien roma trae el alma. No eres carne ni pescado. ¡Oh materia digna de los versos del Petrarca! Comparada con su amor, Laura era una fregona, sino que tuvo mejor poeta que la celebrase; Dido una zagala, Cleopatra una gitana, Hero y Elena dos ramerías, y Ciste, a pesar de sus negros ojos, no podría competir con la suya. *Bon jour*, Romeo. Saludo francés corresponde a vuestras calzas francesas. Anoche nos dejaste en blanco.

ROMEO.—¿Qué dices de dejar en blanco?

MERCUTIO.—Que te despediste a la francesa. ¿Lo entiendes ahora?

ROMEO.—Perdón, Mercutio. Tenía algo que hacer, y no estaba el tiempo para cortesías.

MERCUTIO.—¿De suerte que tú también las usas a veces y doblas las rodillas?

ROMEO.—Luego no soy descortés, porque eso es hacer genuflexiones.

MERCUTIO.—Dices bien.

ROMEO.—Pero aquello de que hablábamos es cortesía y no genuflexión.

MERCUTIO.—Es que yo soy la flor de la cortesía.

ROMEO.—¿Cómo no dices la flor y nata?

MERCUTIO.—Porque la nata la dejo para ti.*

ROMEO.—Cállate.

MERCUTIO.—¿Y no es mejor esto que andar en lamentaciones exóticas? Ahora te reconozco: eres Romeo, nuestro antiguo y buen amigo. Andabas hecho un necio con ese amor insensato. (Entran Pedro y el Ama.)

MERCUTIO.—Vela, vela.

BENVOLIO.—Y son dos: una saya y un sayal.

AMA.—¡Pedro!

PEDRO.—¿Qué?

AMA.—Tráeme el abanico.

MERCUTIO.—Dáselo, Pedro, que siempre será más agradable mirar su abanico que su cara.

AMA.—Buenas tardes, señores.

MERCUTIO.—Buenas tardes, hermosa dama.

AMA.—¿Pues hemos llegado a la tarde?

MERCUTIO.—No, pero la mano lasciva del reloj está señalando las doce.

AMA.—¡Jesús, qué hombre!

MERCUTIO.—Un hombre que Dios crió, para que luego echase él mismo a perder la obra divina.

AMA.—Bien dicho. Para que echase su obra a perder... ¿Pero me podría decir alguno de vosotros dónde está el joven Romeo?

ROMEO.—Yo te lo podré decir, y por cierto que ese joven será ya más viejo cuando le encontréis, que cuando empezabais a buscarlo. Yo soy Romeo, a falta de otro más joven.

AMA.—¿Lo decís de veras?

MERCUTIO.—¿Conque a falta de otro

* Siguen otros juegos de palabras difíciles de poner en castellano, so pena de sustituir otros.

mejor, os parece joven? Discretamente lo entendéis.

AMA.—Si verdaderamente sois Romeo, tengo que deciros secretamente una palabra.

BENVOLIO.—Si querrá citarle para esta noche...

MERCUTIO.—¿Es una alcahueta, una peira?... ¡Oh, oh!...

ROMEO.—¿Qué ruido es ése?

MERCUTIO.—No es que haya encontrado yo ninguna liebre, ni es cosa de seguir la liebre, aunque como dice el cantar: "En cuaresma bien se puede comer una liebre vieja, pero tan vieja llega a podrirse, si se la guarda, que no hay quien la pueda mascar." ¿Vas a casa de tu padre, Romeo? Allí iremos a comer.

ROMEO.—Voy con vosotros.

MERCUTIO.—Adiós, hermosa vieja; hermosa, hermosa, hermosa. (Vanse él y Benvolio.)

AMA.—Bendito sea Dios, que ya se fue éste. ¿Me podríais decir (a Romeo) quién es este majadero, tan pagado de sus chistes?

ROMEO.—Ama, es un amigo mío que se escucha a sí mismo y gusta de reírse sus gracias, y que habla más en una hora que lo que escuchas tú en un mes.

AMA.—Pues si se atreve a hablar mal de mí, él me lo pagará, aunque vengan en su ayuda otros veinte de su calaña. Y si yo misma no puedo, otros sacarán la cara por mí. Pues no faltaba más. ¡El grandísimo impertinente! ¡Si creerá que yo soy una mujer de ésas?... Y tú (a Pedro) que estás ahí tan reposado, y dejas que cualquiera me insulte.

PEDRO.—Yo no he visto que nadie os insulte, porque si lo viera, no tardaría un minuto en sacar mi espada. Nadie me gana en valor cuando mi causa es justa, y cuando me favorece la ley.

AMA.—¡Válgame Dios! todavía me dura el enojo y las carnes me tiemblan... Una palabra sola, caballero. Como iba diciendo, mi

AMA.—Bendito seáis. Una palabra más.

ROMEO.—¿Qué, ama?

AMA.—¿Es de fiar vuestro criado?

¿Nunca oísteis que a nadie fían sus secretos el varón prudente?

ROMEO.—Mi criado es fiel como el oro.

AMA.—Bien, caballero. No hay señorita más hermosa que la mía.

¡Y si la hubierais conocido cuando pequeña!... ¡Ah! Por cierto que hay en la ciudad un tal Paris que de buena gana la abordaría. Pero ella, bendita sea su alma,

más quisiera a un sapo feísimo que a él. A veces me divierto en enojarla, diciéndole que Paris es

mejor mozo que vos, y ¡si vierais cómo se pone entonces! Mas pálida que la cera. Decidme ahora:

¿Romero y Romeo no tienen la misma letra inicial?

ROMEO.—Verdad es que ambos empiezan por R.

AMA.—Eso es burla. Yo sé que vuestro nombre empieza con otra

letra menos áspera... ¡Si vierais qué graciosos equívocos hace con vuestro nombre y con Romero!

Gusto os diera oírla.

ROMEO.—Recuerdos a Julieta.

AMA.—Sí que se los daré mil veces.

¡Pedro!

PEDRO.—¿Qué!

AMA.—Toma el abanico, y guíame.

ESCENA V

Jardín de Capuleto

(JULIETA y el AMA)

JULIETA.—Las nueve eran cuando envié al ama, y dijo que antes de media hora volvería. ¿Si no lo habrá encontrado? ¡Pero sí! ¡Qué torpe y perezosa! Sólo el pensamiento debiera ser nuncio del amor. El corre más que los rayos del sol cuando ahuyentan las sombras de los montes. Por eso pin-

tan al amor con alas. Ya llega el sol a la mitad de su carrera. Tres horas van pasadas desde las nueve a las doce, y él no vuelve todavía. Si ella tuviese sangre juvenil y alma, volvería con las palabras de su boca; pero la vejez es pesada como un plomo. (Salen el Ama y Pedro.) ¡Gracias a Dios

que viene! Ama mía, querida ama... ¿qué noticias traes? ¿Habla con él? Que se vaya Pedro.

AMA.—Vete, Pedro.

JULIETA.—Y bien, ama querida. ¿Qué triste estás! ¿Acaso traes malas noticias? Dímelas, a lo menos, con rostro alegre. Y si son buenas, no las echés a perder con esa mirada torva.

AMA.—Muy fatigada estoy. ¡Qué quebrantados están mis huesos!

JULIETA.—¿Tuvieras tus huesos tú y yo mis noticias! Habla por Dios, ama mía.

AMA.—¿Señor, qué prisa! Aguarda un poco. ¿No me ves sin aliento?

JULIETA.—¿Cómo sin aliento, cuando te sobra para decirme que no le tienes? Menos que en volverlo a decir, tardarías en darme las noticias. ¿Las traes buenas o malas?

AMA.—¿Que mala elección de marido has tenido! ¡Vaya, que el tal Romeo! Aunque tenga mejor cara que los demás, todavía es mejor su pie y su mano y su gallardía. No diré que la flor de los cortesanos, pero tengo para mí que es humilde como una oveja. ¡Bien has hecho, hijal y que Dios te ayude. ¿Has comido en casa?

JULIETA.—Calla, calla: eso ya me lo sabía yo. ¿Pero que hay de la boda? dímelo.

AMA.—¡Jesús! ¡qué cabeza la mía! Pues, y la espalda... ¡Cómo me mortifican los riñones! ¡La culpa es tuya que me haces andar por esos andurriales, abriéndome la sepultura antes de tiempo.

JULIETA.—Mucho siento tus males, pero acaba de decirme, querida ama, lo que te contestó mi amor.

AMA.—Habló como un caballero lleno de discreción y gentileza; puedes creerme. ¿Dónde está tu madre?

JULIETA.—¿Mi madre? Allá dentro. ¡Vaya una pregunta!

AMA.—¿Válgame Dios! ¿Te enojas conmigo? ¡Buen emplasto para curar mis quebraduras! Otra vez vas tú misma a esas comisiones.

JULIETA.—Pero ¿qué confusión! ¿Qué es en suma lo que te dijo Romeo?

AMA.—¿Te dejarán ir sola a confesar?

JULIETA.—Sí.

AMA.—Pues allí mismo te casarás. Vete a la celda de Fray Lorenzo. Ya se cubren de rubor tus mejillas con tan sencilla nueva. Vete al convento. Yo iré por otra parte a buscar la escalera, con que tu amante ha de escalar el nido del amor. A la celda, pues, y yo a comer.

JULIETA.—¡Y yo a mi felicidad, ama mía!

ESCENA VI

Celda de Fray Lorenzo

(FRAY LORENZO y ROMEO)

FRAY LORENZO.—¡El cielo mire con buenos ojos la ceremonia que vamos a cumplir, y no nos castigue por ella en adelante!

ROMEO.—¡Así sea, así sea! Pero por muchas penas que vengan no bastarán a destruir la impresión de este momento de ventura. Junta nuestras manos, y con tal que yo

pueda llamarla mía, no temeré ni siquiera a la muerte, verdugo del amor.

FRAY LORENZO.—Nada violento es duradero: ni el placer ni la pena: ellos mismos se consumen como el fuego y la pólvora al usarse. La excesiva dulcedumbre de la miel empalaga al labio. Ama,

pues, con templanza. (*Sale Julieta.*) Aquí está la dama; su pie es tan leve que no desgastará nunca la eterna roca; tan ligera que puede correr sobre las telas de araña sin romperlas.

JULIETA.—Buenas tardes, reverendo confesor.

FRAY LORENZO.—Romeo te dará las gracias en nombre de los dos.

JULIETA.—Por eso le he incluido en el saludo. Si no, pecaría él de exceso de cortesía.

ROMEO.—¡Oh, Julieta! Si tu dicha es como la mía y puedes expre-

sarla con más arte, alegre con tus palabras el aire de este aposento y deja que tu voz proclame la ventura que hoy agita el alma de los dos.

JULIETA.—El verdadero amor es más prodigo de obras que de palabras: más rico en la esencia que en la forma. Sólo el pobre cuenta su caudal. Mi tesoro es tan grande que yo no podría contar ni siquiera la mitad.

FRAY LORENZO.—Acabemos pronto. No os dejaré solos hasta que os ligue la bendición nupcial.

ACTO III

ESCENA PRIMERA

Plaza de Verona

(MERCUTIO, BENVOLIO)

BENVOLIO.—Amigo Mercutio, pienso que debíamos refrenarnos, porque hace mucho calor, y los Capuletos andan en calabrinos, y ya sabes que en verano hierva mucho la sangre.

MERCUTIO.—Tú eres uno de esos hombres que cuando entran en una taberna, ponen la espada sobre la mesa, como diciendo: "ojalá que no te necesite", y luego, a los dos tragos, la sacan, sin que nadie les provoque.

BENVOLIO.—¿Dices que yo soy de éstos?

MERCUTIO.—Y de los más terribles espadachines de Italia, tan fácil de entrar en cólera como de provocar a los demás.

BENVOLIO.—¿Por qué dices eso?

MERCUTIO.—Si hubiera otro como tú, pronto os matarías. Capaz eres de reñir por un solo pelo de la barba. Donde nadie vería ocasión de camorra, la ves tú. Llena está de riña tu cabeza, como de yema un huevo, y eso que a porrazos te han puesto tan blanda como una yema, la cabeza. Reñiste con uno porque te vio en la calle y despertó a tu perro que estaba durmiendo al sol. Y con un sastre porque estrenó su ropa nueva antes de Pascua, y con otro porque ataba sus zapatos con cintas viejas. ¿Si vendrás tú a enseñarme moderación y prudencia?

BENVOLIO.—Si yo fuera tan camorrista como tú, ¿quién me asegu-

raría la vida ni siquiera un cuarto de hora?... Mira, aquí vienen los Capuletos.

MERCUTIO.—¿Y qué se me da a mí, vive Dios?

(Teobaldo y otros.)

TEOBALDO.—Estad cerca de mí, que tengo que deciros las palabras. Buenas tardes, hidalgos. Quisiera hablar con uno de vosotros.

MERCUTIO.—¿Hablar solo? más valiera que la palabra viniese acompañada de algo, v. g., de un golpe.

TEOBALDO.—Hidalgo, no dejaré de darle si hay motivo.

MERCUTIO.—¿Y no podéis encontrar motivo sin que os lo den?

TEOBALDO.—Mercutio, tú estás de acuerdo con Romeo.

MERCUTIO.—¿De acuerdo! ¿Has creído que somos músicos? Pues aunque lo seamos, no dudes que en esta ocasión vamos a desafinar. Yo te haré bailar con mi arco de violín. ¡De acuerdo! ¡Válgame Dios!

BENVOLIO.—Estamos entre gentes. Buscad pronto algún sitio retirado, donde satisfaceros, o desocupad la calle, porque todos nos están mirando.

MERCUTIO.—Para eso tienen ojos. No me voy de aquí por dar gusto a nadie.

TEOBALDO.—Adiós, señor. Aquí está el doncel que buscábamos. (Entra Romeo.)

MERCUTIO.—Mátense si él lleva los colores de vuestro escudo. Aunque

ROMEO.—No temas. Quizá sea leve la herida.

MERCUTIO.—No es tan honda como un pozo, ni tan ancha como el pórtico de una iglesia, pero basta. Si mañana preguntas por mí, vérame tan callado como un muerto. Ya estoy escabechado para el otro mundo. Mala landre devore a vuestras dos familias. ¡Vive Dios! ¡Que un perro, una rata, un ratón, un gato mate así a un hombre! Un matón, un pícaro, que pelea contra los ángulos y reglas de la esgrima. ¿Para qué te pusiste a separarnos? Por debajo de tu brazo me ha herido.

ROMEO.—Fue con buena intención.

MERCUTIO.—Llévame de aquí, Benvolio, que me voy a desmayar. ¡Mala landre devore a entrambas casas! Ya soy una gusanera. ¡Maldita sea la discordia de Capuletos y Montescos! (Vanse.)

ROMEO.—Por culpa mía sucumbe este noble caballero, tan cercano deudo del Príncipe. Estoy afrentado por Teobaldo, por Teobaldo que ha de ser mi pariente dentro de poco. Tus amores, Julieta, me han quitado el brío y ablandado el temple de mi acero.

BENVOLIO (que vuelve).—¡Ay, Romeo! Mercutio ha muerto. Aquella alma audaz, que hace poco despreciaba la tierra, se ha lanzado ya a las nubes.

ROMEO.—Y de este día sangriento nacerán otros que extremarán la copia de mis males.

BENVOLIO.—Por allí vuelve Teobaldo.

ROMEO.—Vuelve vivo y triunfante. ¡Y Mercutio muerto! Huye de mí, dulce templanza. Sólo la ira guía mi brazo. Teobaldo, ese mote de infame que tú me diste, yo te lo devuelvo ahora, porque el alma de Mercutio está desde las nubes llamando a la tuya, y tú o yo o los dos hemos de seguirle forzosamente.

de fijo os seguiré al campo, y por eso le llamáis doncel.

TEOBALDO.—Romeo, sólo una palabra me consiente decirte el odio que te profeso. Eres un infame.

ROMEO.—Teobaldo, tales razones tengo para quererte que me hacen perdonar hasta la bárbara grosería de ese saludo. Nunca he sido infame. No me conoces. Adiós.

TEOBALDO.—Mozuelo imberbe, no intentes cobardemente excusar los agravios que me has hecho. No te vayas, y defiéndete.

ROMEO.—Nunca te agravié. Te lo afirmo con juramento. Al contrario, hoy te amo más que nunca, y quizá sepas pronto la razón de este cariño. Vete en paz, buen Capuleto, nombre que estimo tanto como el mío.

MERCUTIO.—¿Qué extraña cobardía! Decídanlo las estocadas. Teobaldo, espadachín, ¿quieres venir conmigo?

TEOBALDO.—¿Qué me quieres?

MERCUTIO.—Rey de los gatos, sólo quiero una de tus siete vidas, y luego aporrearte a palos las otras seis. ¿Quieres tirar de las orejas a tu espada, y sacarla de la vaina? Anda presto, porque si no, la mía te calentará tus orejas antes que la saques.

TEOBALDO.—Soy contigo.

ROMEO.—Detente, amigo Mercutio.

MERCUTIO.—Adelante, hidalgo. Enseñadme ese quite. (Se baten.)

ROMEO.—Saca la espada, Benvolio. Separémonos. ¿Qué afrenta, hidalgos! ¡Oíd, Teobaldo! ¡Oye, Mercutio! ¡No sabéis que el Príncipe ha prohibido sacar la espada en las calles de Verona? Deteneos, Teobaldo y Mercutio. (Se van Teobaldo y sus amigos.)

MERCUTIO.—Mal me han herido. ¡Mala peste a Capuletos y Montescos! Me hirieron y no los herí.

ROMEO.—¿Te han herido?

MERCUTIO.—Un arañazo, nada más, un arañazo, pero necesita cura. ¿Dónde está mi paje, para que me busque un cirujano? (Se va el paje.)

TEOBALDO.—Pues vete a acompañarle tú, necio, que con él ibas siempre.

ROMEO.—Ya lo decidirá la espada. *(Se baten, y cae herido Teobaldo.)*

BENVOLIO.—Huye, Romeo. La gente acude y Teobaldo está muerto. Si te alcanzan, vas a ser condenado a muerte. No te detengas como pasmado. Huye, huye.

ROMEO.—Soy triste juguete de la suerte.

BENVOLIO.—Huye, Romeo. *(Acude gente.)*

CIUDADANO 1º.—¿Por dónde habrá huido Teobaldo, el asesino de Mercutio?

BENVOLIO.—Ahí yace muerto Teobaldo.

CIUDADANO 1º.—Seguidme todos. En nombre del Príncipe lo mando. *(Entran el Príncipe con sus guardias, Montescos, Capuletos, etc.)*

EL PRÍNCIPE.—¿Dónde están los promovedores de esta reyerta?

BENVOLIO.—Ilustre Príncipe, yo puedo referiros todo lo que aconteció. Teobaldo mató al fuerte Mercutio, vuestro deudo, y Romeo mató a Teobaldo.

LA SEÑORA DE CAPULETO.—¿Teobaldo! ¡Mi sobrino, hijo de mi hermano! ¡Oh, Príncipe! un Montesco ha asesinado a mi deudo. Si sois justo, dadnos sangre por sangre. ¡Oh, sobrino mío!

PRÍNCIPE.—Dime con verdad, Benvolio. ¿Quién comenzó la pelea?

BENVOLIO.—Teobaldo, que luego murió a manos de Romeo. En vano Romeo con dulces palabras le exhortaba a la concordia, y le traía al recuerdo vuestras ordenanzas: todo esto con mucha cortesía y apacible ademán. Nada bastó a calmar los furios de Teobaldo, que ciego de ira, arremetió con el

acero desnudo contra el infeliz Mercutio. Mercutio le resiste primero a hierro, y apartando de sí la suerte, quiere arrojarla del lado de Teobaldo. Este le esquivó con ligereza. Romeo se interpone, clamando: "Paz, paz, amigos." En pos de su lengua va su brazo a interponerse entre las armas matadoras, pero de súbito, por debajo de ese brazo, asesta Teobaldo una estocada que arrebató la vida al pobre Mercutio; Teobaldo huye a toda prisa, pero a poco rato vuelve, y halla a Romeo, cuya cólera estalla. Arrójanse como rayos al combate, y antes de poder atravesarme yo, cae Teobaldo y huye Romeo. Esta es la verdad lisa y llana, por vida de Benvolio.

LA SEÑORA DE CAPULETO.—No ha dicho verdad. Es pariente de los Montescos, y la afición que les tiene le ha obligado a mentir. Más de veinte espadas se desenvainaron contra mi pobre sobrino. Justicia, Príncipe. Si Romeo mató a Teobaldo, que muera Romeo.

PRÍNCIPE.—Él mató a Mercutio, según se infiere del relato. ¿Y quién pide justicia, por una sangre tan cara?

MONTESCO.—No era Teobaldo el deudor, aunque fuese amigo de Mercutio, ni debía haberse tomado la justicia por su mano, hasta que las leyes decidiesen.

PRÍNCIPE.—En castigo, yo te destierro. Vuestras almas están cegadas por el encono, y a pesar vuestro he de haceros llorar la muerte de mi deudo. Seré inaccesible a lágrimas y a ruegos. No me digáis palabra. Huya ROMEO: porque si no huye, le alcanzará la muerte. Levantad el cadáver. No sería clemencia perdonar al homicida.

ESCENA II

Jardín en casa de Capuleto

(JULIETA y el AMA)

JULIETA.—Corred, corred a la casa de Febo, alados corceles del Sol. El látigo de Faetón os lance al ocaso. Venga la dulce noche a tender sus espesas cortinas. Cierra ¡oh Sol! tus penetrantes ojos, y deja que en el silencio venga a mí mi Romeo, e invisible se lance en mis brazos. El amor es ciego y ama la noche, y a su luz misteriosa cumplen sus citas los amantes. Ven, majestuosa noche, matrona de humilde y negra túnica, y enséñame a perder en el blando juego, donde las vírgenes empuñan su castidad. Cubre con tu manto la pura sangre que arde en mis mejillas. Ven, noche; ven, Romeo, tú que eres mi día en medio de esta noche, tú que ante sus tinieblas pareces un copo de nieve sobre las negras alas del cuervo. Ven, tenebrosa noche, amiga de los amantes, y vuélveme a mi Romeo. Y cuando muera, conviértete tú cada trozo de su cuerpo en una estrella relumbrante, que sirva de adorno a tu manto, para que todos se enamoren de la noche, desenamorándose del Sol. Ya he adquirido el castillo de mi amor, pero aún no le poseo. Ya estoy vendida, pero no entregada a mi señor. ¡Qué día tan largo! tan largo como víspera de domingo para el niño que ha de estrenar en él un traje nuevo. Pero aquí viene mi ama, y me traerá noticias de él. *(Llega el ama con una escala de cuerdas.)* Ama, ¿qué noticias traes? ¿Esa es la escala que te dijo Romeo?

AMA.—Sí, ésta es la escala.

JULIETA.—¡Ay, Dios! ¿Qué sucede? ¿Por qué tienes las manos cruzadas?

AMA.—¡Ay, señora! murió, murió. Perdidas somos. No hay remedio... Murió. Le mataron... Está muerto.

JULIETA.—¿Pero cabe en el mundo tal maldad?

AMA.—En Romeo cabe. ¿Quién pudiera pensar tal cosa de Romeo?

JULIETA.—¿Y quién eres tú, demonio, que así vienes a atormentarme? Suplicio igual sólo debe de haberle en el infierno. Dime, ¿qué pasa? ¿Se ha matado Romeo? Dime que sí, y esta palabra basta. Será más homicida que mirada de basilisco. Di que sí o que no, que vive o que muere. Con una palabra puedes calmar o serenar mi pena.

AMA.—Sí: yo he visto la herida. La he visto por mis ojos. Estaba muerto: amarillo como la cera, cubierto todo de grumos de sangre cuajada. Yo me desmayé al verle.

JULIETA.—¡Estalla, corazón mío, estalla! ¡Ojos míos, yaceréis desde ahora en prisión tenebrosa, sin tornar a ver la luz del día! ¡Tierra, vuelve a la tierra! Sólo resta morir, y que un mismo túmulo cubra mis restos y los de Romeo.

AMA.—¡Oh, Teobaldo amigo mío, caballero sin igual, Teobaldo! ¿Por qué he vivido yo para verte muerto?

JULIETA.—Pero ¡qué confusión es ésta en que me pones! ¿Dices que Romeo ha muerto, y que ha muerto Teobaldo, mi dulce primo? Toquen, pues, la trompeta del juicio final. Si esos dos han muerto, ¿qué importa que vivan los demás?

AMA.—A Teobaldo mató Romeo, y éste anda desterrado.

JULIETA.—¡Válgame Dios! ¿Conque Romeo derramó la sangre de Teobaldo? ¡Alma de sierpe, oculta bajo capa de flores! ¿Qué dragón tuvo jamás tan espléndida gruta? Hermoso tirano, demonio angelical, cuervo con plumas de paloma, cordero rapaz como lobo, materia vil de forma celeste, santo maldito, honrado criminal, ¿en qué pensabas, naturaleza de los infiernos, cuando encerraste en el paraíso de ese cuerpo el alma de un condenado? ¿Por qué encuadernaste tan bellamente un libro de tan perversa lectura? ¿Cómo en tan magnífico palacio pudo habitar la traición y el dolo?

AMA.—Los hombres son todos unos. No hay en ellos verdad, ni fe, ni constancia. Malvados, pérfidos, trapaceros... ¿Dónde está mi escudero? Dame unas gotas de licor. Con tantas penas voy a envejecer antes de tiempo. ¿Qué afrenta para Romeo!

JULIETA.—¡Maldita la lengua que tal palabra osó decir! En la noble cabeza de Romeo no es posible deshonor. En su frente reina el honor como soberano monarca. ¿Qué necia yo que antes decía mal de él!

AMA.—¿Cómo puedes disculpar al que mató a tu primo?

JULIETA.—¿Y cómo he de decir mal de quien es mi esposo? Mató a mi primo, porque si no, mi primo le hubiera matado a él. ¡Atrás, lágrimas mías, tributo que erradamente ofrecí al dolor, en vez de ofrecerle al gozo! Vive mi esposo, a quien querían dar muerte, y su matador yace por tierra. ¿A qué es el llanto? Pero creo haberte oído otra palabra que me angustia mucho más que la muer-

te de Teobaldo. En vano me esfuerzo por olvidarla. Ella pesa sobre mi conciencia, como puede pesar en el alma de un culpable el remordimiento. Tú dijiste que Teobaldo había sido muerto y Romeo desterrado. Está palabra *desterrado* me pesa más que la muerte de diez mil Teobaldos. ¡No bastaba con la muerte de Teobaldo, o es que las penas se deleitan con la compañía y nunca vienen solas! ¿Por qué cuando dijiste: "ha muerto Teobaldo", no añadiste: "tu padre o tu madre, o los dos"? Aun entonces no hubiera sido mayor mi pena. ¡Pero decir: *Romeo desterrado!* Esta palabra basta a causar la muerte a mi padre y a mi madre, y a Romeo y a Julieta. "¡Desterrado Romeo!" Dime, ¿podrá encontrarse término o límite a la profundidad de este abismo? ¿Dónde están mi padre y mi madre? Dímelo.

AMA.—Llorando sobre el cadáver de Teobaldo. ¿Quieres que te acompañe allá?

JULIETA.—Ellos con su llanto enjugarán las heridas. Yo entre tanto lloraré por el destierro de Romeo. Toma tú esa escalera, a quien su ausencia priva de su dulce objeto. Ella debía haber sido camino para mi lecho nupcial. Pero yo moriré virgen y casada. ¡Adiós, escala de cuerda! ¡Adiós, nodriza! Me espera el tálamo de la muerte.

AMA.—Retírate a tu aposento. Voy a buscar a Romeo sin pérdida de tiempo. Está escondido en la celda de fray Lorenzo. Esta noche vendrá a verte.

JULIETA.—Dale en nombre mío esta sortija, y dile que quiero oír su postrera despedida.

ESCENA III

Celda de Fray Lorenzo

(FRAY LORENZO y ROMEO)

FRAY LORENZO.—Ven, pobre Romeo. La desgracia se ha enamorado de ti, y el dolor se ha desposado contigo.

ROMEO.—Decidme, padre. ¿Qué es lo que manda el Príncipe? ¿Hay alguna pena nueva que yo no haya sentido?

FRAY LORENZO.—Te traigo la sentencia del Príncipe.

ROMEO.—¿Y cómo ha de ser si no es de muerte?

FRAY LORENZO.—No. Es algo menos dura. No es de muerte sino de destierro.

ROMEO.—¿De destierro! Clemencia, padre. Decid de muerte. El destierro me infunde más temor que la muerte. No me habléis de destierro.

FRAY LORENZO.—Te manda salir de Verona, pero no temas: ancho es el mundo.

ROMEO.—Fuera de Verona no hay mundo, sino purgatorio, infierno y desesperación. Desterrarme de Verona es como desterrarme de la Tierra. Lo mismo da que digáis muerte que destierro. Con una hacha de oro cortáis mi cabeza, y luego os reís del golpe mortal.

FRAY LORENZO.—¡Oh, qué negro pecado es la ingratitud! Tu crimen merecía muerte, pero la indulgencia del Príncipe trueca la muerte en destierro, y aún no se lo agradece.

ROMEO.—Tal clemencia es crueldad. El cielo está aquí donde vive Julieta. Un perro, un ratón, un gato pueden vivir en este cielo y verla. Sólo Romeo no puede. Más prez, más gloria, más felicidad tiene una mosca o un tábano inmundos que Romeo. Ellos pueden

tocar aquella blanca y maravillosa mano de Julieta, o posarse en sus benditos labios, en esos labios tan llenos de virginal modestia que juzgan pecado el tocarse. No lo hará Romeo. Le mandan volar y tiene envidia a las moscas que vuelan. ¿Por qué decís que el destierro no es la muerte? ¿No teníais algún veneno sutil, algún hierro aguzado que me diese la muerte más pronto que esa vil palabra "desterrado"? Eso es lo que en el infierno se dicen unos a otros los condenados. ¿Y tú, sacerdote, confesor mío y mi amigo mejor, eres el que vienes a matarme con esa palabra?

FRAY LORENZO.—Oye, joven loco y apasionado.

ROMEO.—¿Vais a hablarme otra vez del destierro?

FRAY LORENZO.—Yo te daré tal filosofía que te sirva de escudo y vaya aliviándote.

ROMEO.—¡Destierro! ¡Filosofía! Si no basta para crear otra Julieta, para arrancar un pueblo de su lugar, o para hacer variar de voluntad a un príncipe, no me sirve de nada, ni la quiero, ni os he de oír.

FRAY LORENZO.—¡Ah, hijo mío! Los locos no oyen.

ROMEO.—¿Y cómo han de oír, si los que están en su seso no tienen ojos?

FRAY LORENZO.—Te daré un buen consejo.

ROMEO.—No podéis hablar de lo que no sentís. Si fuerais joven, y recién casado con Julieta, y la adoraseis ciegamente como yo, y hubierais dado muerte a Teobaldo, y os desterrasen, os arranca-

ráis los cabellos al hablar, y os arrastraríais por el suelo como yo, midiendo vuestra sepultura. (*Llaman dentro.*)

FRAY LORENZO.—Llaman. Levántate y ocúltate, Romeo.

ROMEO.—No me levantaré. La nube de mis suspiros me ocultará de los que vengan.

FRAY LORENZO.—¿No oyes? ¿Quién va?... Levántate, Romeo, que te van a prender... Ya voy... Levántate. Pero, Dios mío, ¡qué terquedad, qué locura! Ya voy. ¿Quién llama? ¿Qué quiere decir esto?

AMA (*dentro*).—Dejadme entrar. Traigo un recado de mi ama Julieta.

FRAY LORENZO.—Bien venida seas. (*Entra el ama.*)

AMA.—Decidme, santo fraile. ¿Dónde está el esposo y señor de mi señora?

FRAY LORENZO.—Mírale ahí tendido en el suelo y apacentándose de sus lágrimas.

AMA.—Lo mismo está mi señora: enteramente igual.

FRAY LORENZO.—¡Funesto amor! ¡Suerte cruel!

AMA.—Lo mismo que él: llorar y gemir. Levantad, levantad del suelo: tened firmeza varonil. Por amor de ella, por amor de Julieta. Levantaos, y no lancéis tan desesperados ayes.

ROMEO.—Ama.

AMA.—Señor, la muerte lo acaba todo.

ROMEO.—Decías no sé qué de Julieta. ¿Qué es de ella? ¿No llama asesino a mí que manché con sangre la infancia de nuestra ventura? ¿Dónde está? ¿Qué dice?

AMA.—Nada, señor. Llorar y más llorar. Unas veces se recuesta en el lecho, otras se levanta, grita: "Teobaldo, Romeo", y vuelve a acostarse.

ROMEO.—Como si ese nombre fuera bala de arcabuz que la matase, como lo fue la infame mano de

Romeo que mató a su pariente. Decidme, padre, ¿en qué parte de mi cuerpo está mi nombre? Decidmelo, porque quiero saquear su odiosa morada. (*Saca el puñal.*)

FRAY LORENZO.—Detén esa diestra homicida. ¿Eres hombre? Tu exterior dice que sí, pero tu llanto es de mujer, y tus acciones de bestia falta de libre albedrío. Horror me causas. Juro por mi santo hábito que yo te había creído de voluntad más firme. ¡Matarte después de haber matado a Teobaldo! Y matar además a la dama que sólo vive por ti. Dime, ¿por qué maldices de tu linaje, y del cielo y de la tierra? Todo lo vas a perder en un momento, y a deshonorar tu nombre y tu familia, y tu amor y tu juicio. Tienes un gran tesoro, tesoro de avaro, y no lo empleas en realzar tu persona, tu amor y tu ingenio. Ese tu noble apetito es figura de cera, falta de aliento viril. Tu amor es perjurio y juramento vacío, y profanación de lo que juraste, y tu entendimiento, que tanto realce daba a tu amor y a tu fortuna, es el que ciega y descamina a tus demás potencias, como soldado que se inflama con la misma pólvora que tiene, y perece víctima de su propia defensa. ¡Alienta, Romeo! Acuérdate que vive Julieta, por quien hace un momento hubieras dado la vida. Este es un consuelo. Teobaldo te buscaba para matarte, y le mataste tú. He aquí otro consuelo. La ley te condenaba a muerte, y la sentencia se conmutó en destierro. Otro consuelo más. Caen sobre ti las bendiciones del cielo, y tú, como mujer liviana, recibes de mal rostro a la dicha que llama a tus puertas. Nunca favorece Dios a los ingratos. Vete a ver a tu esposa: sube por la escala, como lo dejamos convenido. Consuélala, y huye de su lado antes que amanezca. Irás a Mantua, y allí per-

manecerás, hasta que se pueda divulgar tu casamiento, hechas las paces entre vuestras familias y aplacada la indignación del Príncipe. Entonces volverás, mil veces más alegre que triste te vas ahora. Vete, nodriza. Mil recuerdos a tu ama. Haz que todos se recojan presto, lo cual será fácil por el disgusto de hoy. Dile que allá va Romeo.

AMA.—Toda la noche me estaría oyéndoos. ¡Qué gran cosa es el saber! Voy a animar a mi ama con vuestra venida.

ROMEO.—Sí: dile que se prepare a recibirme.

AMA.—Toma este anillo que ella me dio, y vete, que ya cietra la noche. (*Vase.*)

ROMEO.—Ya renacen mis esperanzas.

FRAY LORENZO.—Adiós. No olvides lo que te he dicho. Sal antes que amanezca, y si sales después, vete disfrazado; y a Mantua. Tendrás con frecuencia noticias mías, y sabrás todo lo que pueda interesarte. Adiós. Dame la mano. Buenas noches.

ESCENA IV

Sala en casa de Capuleto

(CAPULETO, SU MUJER, el AMA y CRIADOS)

CAPULETO.—La reciente desgracia me ha impedido hablar con mi hija. Tanto ella como yo queríamos mucho a Teobaldo. Pero la muerte es forzosa. Ya es tarde para que esta noche nos veamos, y a fe mía os juro que si no fuera por vos, ya hace una hora que me habría acostado.

PARIS.—Ni es ésta ocasión de galanterías sino de duelo. Dad mis recuerdos a vuestra hija.

CAPULETO.—Paris, os prometo solemnemente la mano de mi hija. Creo que ella me obedecerá. Puedo asegurároslo. Esposa mía, antes de acostarte, ve a contarle el amor de Paris, y dile que el miércoles próximo... Pero, ¿qué día es hoy?

PARIS.—Lunes.

CAPULETO.—¡Lunes! Pues no puede ser el miércoles. Que sea el jueves. Dile que el jueves se casará con el conde. ¿Estáis contento? No tendremos fiesta. Sólo convidaré a los amigos íntimos, porque estando tan fresca la muerte de Teobaldo, el convidar a muchos parecería indicio de poco sentimiento. ¿Os parece bien el jueves?

PARIS.—¡Ojalá fuese mañana!

CAPULETO.—Adelante, pues: que sea el jueves. Avisa a Julieta, antes de acostarte. Adiós, amigo. Alumbraime. Voy a mi alcoba. Es tan tarde, que pronto amanecerá. Buenas noches.

ESCENA V

Galería cerca del cuarto de Julieta, con una ventana que da al jardín

(ROMEO y JULIETA)

JULIETA.—¿Tan pronto te vas? Aún tarda el día. Es el canto del ruiseñor, no el de la alondra el que resuena. Todas las noches se posa a cantar en aquel granado. Es el ruiseñor, amado mío.

ROMEO.—Es la alondra que anuncia el alba; no es el ruiseñor. Mira, amada mía, cómo se van tiñendo las nubes del oriente con los colores de la aurora. Ya se apagan las antorchas de la noche. Ya se adelanta el día con rápido paso sobre las húmedas cimas de los montes. Tengo que partir, o si no, aquí me espera la muerte.

JULIETA.—No es ésa luz de la aurora. Te lo aseguro. Es un meteoro que desprende de su lumbre el Sol para guiarte en el camino de Mantua. Quédate. ¿Por qué te vas tan luego?

ROMEO.—¿Que me prendan, que me maten! Mandándolo tú, poco importa. Diré que aquella luz gris que allí veo no es la de la mañana, sino el pálido reflejo de la luna. Diré que no es el canto de la alondra el que resuena. Más quiero quedarme que partir. Ven, muerte, pues Julieta lo quiere. Amor mío, hablemos, que aún no amanece.

JULIETA.—Sí, vete, que es la alondra la que canta con voz áspera y destemplada. ¡Y dicen que son armoniosos sus sonos, cuando a nosotros viene a separarnos! Dicen que cambia de ojos como el sapo. ¡Ojalá cambiara de voz! Maldita ella que me aparta de tus atractivos. Vete, que cada vez se clarea más la luz.

ROMEO.—¿Has dicho la luz? No, sino las tinieblas de nuestro destino. *(Entra el ama.)*

AMA.—¿Julieta!

JULIETA.—¿Ama!

AMA.—Tu madre viene. Ya amanece. Prepárate y no te descuides.

ROMEO.—¡Un beso! ¡Adiós, y me voy! *(Vase por la escala.)*

JULIETA.—¿Te vas? Mi señor, mi dulce dueño, dame nuevas de ti todos los días, a cada instante. Tan pesados corren los días infelices, que temo envejecer antes de tornar a ver a mi Romeo.

ROMEO.—Adiós. Te mandaré noticias mías y mi bendición por todos los medios que yo alcance.

JULIETA.—¿Crees que volveremos a vernos?

ROMEO.—Sí, y que en dulces coloquios de amor recordaremos nuestras angustias de ahora.

JULIETA.—¡Válgame Dios! ¿Qué presaga tristeza la mía! Parece que te veo difunto sobre un catafalco. Aquél es tu cuerpo, o me engañan los ojos.

ROMEO.—Pues también a ti te ven los míos pálida y ensangrentada. ¡Adiós, adiós! *(Vase.)*

JULIETA.—¡Oh, fortuna! te llaman mudable: a mi amante fiel poco le importan tus mudanzas. Sé mudable en buena hora, y así no le detendrás y me le restituirás luego.

SEÑORA DE CAPULETO *(dentro)*.—Hija, ¿estás despierta?

JULIETA.—¿Quién me llama? Madre, ¿estás despierta todavía o te levantas ahora? ¿Qué novedad te trae a mí? *(Entra la señora de Capuleto.)*

SEÑORA DE CAPULETO.—¿Qué es esto, Julieta?

JULIETA.—Estoy mala.

SEÑORA DE CAPULETO.—¿Todavía lloras la muerte de tu primo? ¿Crees que tus lágrimas pueden

manecerás, hasta que se pueda divulgar tu casamiento, hechas las paces entre vuestras familias y aplacada la indignación del Príncipe. Entonces volverás, mil veces más alegre que triste te vas ahora. Vete, nodriza. Mil recuerdos a tu ama. Haz que todos se recojan presto, lo cual será fácil por el disgusto de hoy. Dile que allá va Romeo.

AMA.—Toda la noche me estaría oyéndoos. ¡Qué gran cosa es el saber! Voy a animar a mi ama con vuestra venida.

ROMEO.—Sí: dile que se prepare a reñirme.

AMA.—Toma este anillo que ella me dió, y vete, que ya cietra la noche. *(Vase.)*

ROMEO.—Ya renacen mis esperanzas.

FRAY LORENZO.—Adiós. No olvides lo que te he dicho. Sal antes que amanezca, y si sales después, vete disfrazado; y a Mantua. Tendrás con frecuencia noticias mías, y sabrás todo lo que pueda interesarte. Adiós. Dame la mano. Buenas noches.

ESCENA IV

Sala en casa de Capuleto

(CAPULETO, SU MUJER, el AMA y CRIADOS)

CAPULETO.—La reciente desgracia me ha impedido hablar con mi hija. Tanto ella como yo queríamos mucho a Teobaldo. Pero la muerte es forzosa. Ya es tarde para que esta noche nos veamos, y a fe mía os juro que si no fuera por vos, ya hace una hora que me habría acostado.

PARIS.—Ni es ésta ocasión de galanterías sino de duelo. Dad mis recuerdos a vuestra hija.

CAPULETO.—Paris, os prometo solemnemente la mano de mi hija. Creo que ella me obedecerá. Puedo asegurároslo. Esposa mía, antes de acostarte, ve a contarle el amor de Paris, y dile que el miércoles próximo... Pero, ¿qué día es hoy?

PARIS.—Lunes.

CAPULETO.—¡Lunes! Pues no puede ser el miércoles. Que sea el jueves. Dile que el jueves se casará con el conde. ¿Estáis contento? No tendremos fiesta. Sólo convidaré a los amigos íntimos, porque estando tan fresca la muerte de Teobaldo, el convidar a muchos parecería indicio de poco sentimiento. ¿Os parece bien el jueves?

PARIS.—¡Ojalá fuese mañana!

CAPULETO.—Adelante, pues: que sea el jueves. Avisa a Julieta, antes de acostarte. Adiós, amigo. Alumbra-me. Voy a mi alcoba. Es tan tarde, que pronto amanecerá. Buenas noches.

ESCENA V

Galería cerca del cuarto de Julieta, con una ventana que da al jardín

(ROMEO y JULIETA)

JULIETA.—¿Tan pronto te vas? Aún tarda el día. Es el canto del ruiseñor, no el de la alondra el que resuena. Todas las noches se posa a cantar en aquel granado. Es el ruiseñor, amado mío.

ROMEO.—Es la alondra que anuncia el alba; no es el ruiseñor. Mira, amada mía, cómo se van tiñendo las nubes del oriente con los colores de la aurora. Ya se apagan las antorchas de la noche. Ya se adelanta el día con rápido paso sobre las húmedas cimas de los montes. Tengo que partir, o si no, aquí me espera la muerte.

JULIETA.—No es esa luz de la aurora. Te lo aseguro. Es un meteoro que desprende de su lumbre el Sol para guiarte en el camino de Mantua. Quédate. ¿Por qué te vas tan luego?

ROMEO.—¿Que me prendan, que me maten! Mandándolo tú, poco importa. Diré que aquella luz gris que allí veo no es la de la mañana, sino el pálido reflejo de la luna. Diré que no es el canto de la alondra el que resuena. Más quiero quedarme que partir. Ven, muerte, pues Julieta lo quiere. Amor mío, hablemos, que aún no amanece.

JULIETA.—Sí, vete, que es la alondra la que canta con voz áspera y destemplada. ¿Y dicen que son armoniosos sus sonos, cuando a nosotros viene a separarnos! Dicen que cambia de ojos como el sapo. ¡Ojalá cambiara de voz! Maldita ella que me aparta de tus atractivos. Vete, que cada vez se clarea más la luz.

ROMEO.—¿Has dicho la luz? No, sino las tinieblas de nuestro destino. (Entra el ama.)

AMA.—¿Julieta!

JULIETA.—¿Ama!

AMA.—Tu madre viene. Ya amaneció. Prepárate y no te descuides.

ROMEO.—¿Un beso! ¡Adiós, y me voy! (Vase por la escala.)

JULIETA.—¿Te vas? Mi señor, mi dulce dueño, dame nuevas de ti todos los días, a cada instante. Tan pesados corren los días infelices, que temo envejecer antes de tornar a ver a mi Romeo.

ROMEO.—Adiós. Te mandaré noticias mías y mi bendición por todos los medios que yo alcance.

JULIETA.—¿Crees que volveremos a vernos?

ROMEO.—Sí, y que en dulces coloquios de amor recordaremos nuestras angustias de ahora.

JULIETA.—¿Válgame Dios! ¿Qué presaga tristeza la mía! Parece que te veo difunto, sobre un catafalco. Aquél es tu cuerpo, o me engañan los ojos.

ROMEO.—Pues también a ti te ven los míos pálida y ensangrentada. ¡Adiós, adiós! (Vase.)

JULIETA.—¡Oh, fortuna! te llaman mudable: a mi amante fiel poco le importan tus mudanzas. Sé mudable en buena hora, y así no le detendrás y me le restituirás luego.

SEÑORA DE CAPULETO (dentro).—Hija, ¿estás despierta?

JULIETA.—¿Quién me llama? Madre, ¿estás despierta todavía o te levantas ahora? ¿Qué novedad te trae a mí? (Entra la señora de Capuleto.)

SEÑORA DE CAPULETO.—¿Qué es esto, Julieta?

JULIETA.—Estoy mala.

SEÑORA DE CAPULETO.—¿Todavía lloras la muerte de tu primo? ¿Crees que tus lágrimas pueden

devolverle la vida? Vana esperanza. Cesa en tu llanto, que aunque es signo de amor, parece locura.

JULIETA.—Dejadme llorar tan dura suerte.

SEÑORA DE CAPULETO.—Eso es llorar la pérdida y no al amigo.

JULIETA.—Llorando la pérdida, lloro también al amigo.

SEÑORA DE CAPULETO.—Más que por el muerto ¿lloras por ese infame que le ha matado?

JULIETA.—¿Qué infame, madre?

SEÑORA DE CAPULETO.—Romeo.

JULIETA (aparte).—¿Cuánta distancia hay entre él y un infame! (Alto.)

Dios le perdone como le perdono yo, aunque nadie me ha angustiado tanto como él.

SEÑORA DE CAPULETO.—Eso será porque todavía vive el asesino.

JULIETA.—Sí, y donde mi venganza no puede alcanzarle. Yo quisiera vengar a mi primo.

SEÑORA DE CAPULETO.—Ya nos vengaremos. No llores. Yo encargué a uno de Mantua, donde ese vil ha sido desterrado, que le envenenara con alguna mortífera droga. Entonces irá a hacer compañía a Teobaldo, y tú quedarás contenta y vengada.

JULIETA.—Satisfecha no estaré, mientras no vea a Romeo... muerto... Señora, si hallas alguno que se comprometa a darle el tósigo, yo misma le prepararé, y así que lo reciba Romeo, podrá dormir tranquilo. Hasta su nombre me es odioso cuando no le tengo cerca, para vengar en él la sangre de mi primo.

SEÑORA DE CAPULETO.—Busca tú el modo de preparar el tósigo, mientras yo busco a quien ha de administrárselo. Ahora oye tú una noticia agradable.

JULIETA.—¿Buena ocasión para gratas nuevas! ¿Y cuál es, señora?

SEÑORA DE CAPULETO.—Hija, tu padre es tan bueno que deseando consolarte, te prepara un día de felicidad que ni tú ni yo esperábamos.

JULIETA.—¿Y qué día es ese?

SEÑORA DE CAPULETO.—Pues es que el jueves, por la mañana temprano, el conde Paris, ese gallardo y discreto caballero, se desposará contigo en la iglesia de San Pedro.

JULIETA.—Pues te juro, por la iglesia de San Pedro, y por san Pedro purísimo, que no se desposará. ¿A qué es tanta prisa? ¿Casarme con él cuando todavía no me ha hablado de amor? Decid a mi padre, señora, que todavía no quiero casarme. Cuando lo haga, con juramento os digo que antes será mi esposo Romeo, a quien aborrezco, que Paris. ¡Vaya una noticia que me traéis!

SEÑORA DE CAPULETO.—Aquí viene tu padre. Diselo tú, y verás cómo no le agrada. (Entran Capuleto y el ama.)

CAPULETO.—A la puesta del sol cae el rocío, pero cuando muere el hijo de mi hermano, cae la lluvia a torrentes. ¿Aún no ha acabado el aguacero, niña? Tu débil cuerpo es nave y mar y viento. En tus ojos hay marea de lágrimas, y en ese mar navega la barca de tus ansias, y tus suspiros son el viento que la impele. Dime, esposa, ¿has cumplido ya mis órdenes?

SEÑORA DE CAPULETO.—Sí, pero no lo agradece. ¡Insensata! Con su sepulcro debía casarse.

CAPULETO.—¿Eh? ¿Qué es eso, esposa mía? ¿Qué es eso de no querer y no agradecer? ¿Pues no la enorgullece el que la hayamos encontrado para esposo un tan noble caballero?

JULIETA.—¿Enorgullecerme? No... agradecer, sí. ¿Quién ha de estar orgullosa de lo que aborrece? Pero siempre se agradece la buena voluntad, hasta cuando nos ofrece lo que odiamos.

CAPULETO.—¿Qué retóricas son esas! "¡Enorgullecerse!"... "Sí y no". "¡Agradecer y no agradecer!"... Nada de agradecimientos ni de orgullo, señorita. Prepárate a ir por tus pias el jueves próximo a

la iglesia de San Pedro a casarte con Paris, o si no, te llevo arras-trando en un zarzo, ¡histérica, nerviosa, pálida, necia!

SEÑORA DE CAPULETO.—¿Estás en ti? Cállate.

JULIETA.—Padre mío, de rodillas os pido que me escuchéis una palabra sola.

CAPULETO.—¡Escucharte! ¡Necia, malvada! Oye, el jueves irás a San Pedro, o no me volverás a mirar la cara. No me supliques ni me digas una palabra más. El pulso me tiembla. Esposa mía, yo siempre creí que era poca bendición de Dios el tener una hija sola, pero ahora veo que es una maldición, y que aun ésta sobra.

AMA.—¡Dios sea con ella! No la maltratéis, señor.

CAPULETO.—¿Y por qué no, entremetida vieja? Cállate, y habla con tus iguales.

AMA.—A nadie ofendo... no puede una hablar.

CAPULETO.—Calla, cigarrón, y vete a hablar con tus comadres, que aquí no metes baza.

SEÑORA DE CAPULETO.—Loco estás.

CAPULETO.—Loco, sí. De noche, de día, de mañana, de tarde, durmiendo, velando, solo y acompañado, en casa y en la calle, siempre fue mi empeño el casarla, y ahora que le encuentro un joven de gran familia, rico, gallardo, discreto, lleno de perfecciones, según dicen, contesta esta mocosa que no quiere casarse, que no puede amar, que es muy joven. Pues bien, te perdonaré, si no te casas, pero no vivirás un momento aquí. Poco falta para el jueves. Piénsalo bien. Si consentes, te casarás con mi amigo. Si no, te ahorcarás, o irás pidiendo limosna, y te morirás de hambre por esas calles, sin que ninguno de los míos te socorra. Piénsalo bien, que yo cumplo siempre mis juramentos. (Vase.)

JULIETA.—¿Y no hay justicia en el cielo que conozca todo el abismo de mis males? No me dejes. ma-

dre. Dilatad un mes, una semana el casamiento, o si no, mi lecho nupcial será el sepulcro de Teobaldo.

SEÑORA DE CAPULETO.—Nada me digas, porque no he de responder-te. Decidete como quieras. (Se va.)

JULIETA.—¡Válgame Dios! Ama mía, ¿qué haré? Mi esposo está en la tierra, mi fe en el cielo. ¿Y cómo ha de volver a la tierra mi fe, si mi esposo no la envía desde el cielo? Aconsejame, consuélame. ¡Infeliz de mí! ¿Por qué el cielo ha de emplear todos sus recursos contra un ser tan débil como yo? ¿Qué me dices? ¿Ni una palabra que me consuele?

AMA.—Sólo te diré una cosa. Romeo está desterrado, y puede apostarse doble contra sencillo a que no vuelve a verte, o vuelve ocultamente, en caso de volver. Lo mejor sería, pues, a mi juicio, que te casaras con el conde, que es mucho más gentil y discreto caballero que Romeo. Ni un águila tiene tan verdes y vivaces ojos como Paris. Este segundo esposo te conviene más que el primero. Y además, al primero puedes darle por muerto. Para ti como si lo estuviera.

JULIETA.—¿Hablas con el alma?

AMA.—Con el alma, o maldita sea yo.

JULIETA.—Así sea.

AMA.—¿Por qué?

JULIETA.—Por nada. Buen consuelo me has dado. Vete, di a mi madre que he salido. Voy a confesarme con fray Lorenzo, por el enojo que he dado a mi padre.

AMA.—Obras con buen seso. (Vase.)

JULIETA.—¡Infame vieja! ¡Aborto de los infiernos! ¿Cuál es mayor pecado en ti: querer hacerme per-jura, o mancillar con tu lengua al mismo a quien tantas veces pu-siste por las nubes? Maldita sea yo si vuelvo a aconsejarme de ti. Sólo mi confesor me dará amparo y consuelo, o a lo menos fuerzas para morir.

ESCENA PRIMERA

Celda de fray Lorenzo

(FRAY LORENZO Y PARIS)

FRAY LORENZO.—¿El jueves dices? Pronto es.

PARIS.—Así lo quiere Capuleto, y yo lo deseo también.

FRAY LORENZO.—¿Y todavía no sabéis si la novia os quiere? Mala manera es ésa de hacer las cosas, a mi juicio.

PARIS.—Ella no hace más que llorar por Teobaldo y no tiene tiempo para pensar en amores, porque el amor huye de los duelos. A su padre le acongoja el que ella se angustie tanto, y por eso quiere hacer la boda cuanto antes, para atajar ese diluvio de lágrimas, que pudiera parecer mal a las gentes. Esa es la razón de que nos apresuremos.

FRAY LORENZO (aparte).—¡Ojalá no supiera yo las verdaderas causas de la tardanza! Conde Paris, he aquí la dama que viene a mi celda.

PARIS.—Bien hallada, señora y esposa mía.

JULIETA.—Lo seré cuando me case.

PARIS.—Eso será muy pronto: el jueves.

JULIETA.—Será lo que sea.

PARIS.—Claro es. ¿Venís a confesaros con el padre?

JULIETA.—Con vos me confesaría, si os respondiera.

PARIS.—No me neguéis que me amáis.

JULIETA.—No os negaré que quiero al padre.

PARIS.—Y le confesaréis que me tenéis cariño.

JULIETA.—Más valdría tal confesión a espaldas vuestras, que cara a cara.

PARIS.—Las lágrimas marchitan vuestro rostro.

JULIETA.—Poco hacen mis lágrimas: no valía mucho mi rostro, antes que ellas le ajaser.

PARIS.—Más la ofenden esas palabras que vuestro llanto.

JULIETA.—Señor, en la verdad no hay injuria, y más si se dice frente a frente.

PARIS.—Mío es ese rostro del cual decís mal.

JULIETA.—Vuestro será quizá, puesto que ya no es mío. Padre, ¿podéis oírme en confesión, o volveré al Avemaría?

FRAY LORENZO.—Pobre niña, después to estoy a oírte ahora. Dejadnos solos, conde.

PARIS.—No seré yo quien ponga obstáculos a tal devoción. Julieta, adiós. El jueves muy temprano te despertaré. (Vase.)

JULIETA.—Cerrad la puerta, padre, y venid a llorar conmigo: ya no hay esperanza ni remedio.

FRAY LORENZO.—Julieta, ya sé cuál es tu angustia, y también ella me tiene sin alma. Sé que el jueves quieren casarte con el Conde.

JULIETA.—Padre, no me digáis que dicen tal cosa, si al mismo tiempo no discurrís, en vuestra sabiduría

la iglesia de San Pedro a casarte con Paris, o si no, te llevo arras-trando en un zarzo, ¡histérica, nerviosa, pálida, necia!

SEÑORA DE CAPULETO.—¿Estás en ti? Cállate.

JULIETA.—Padre mío, de rodillas os pido que me escuchéis una palabra sola.

CAPULETO.—¡Escucharte! ¡Necia, malvada! Oye, el jueves irás a San Pedro, o no me volverás a mirar la cara. No me supliques ni me digas una palabra más. El pulso me tiembla. Esposa mía, yo siempre creí que era poca bendición de Dios el tener una hija sola, pero ahora veo que es una maldición, y que aun ésta sobra.

AMA.—¡Dios sea con ella! No la maltratéis, señor.

CAPULETO.—¿Y por qué no, entremetida vieja? Cállate, y habla con tus iguales.

AMA.—A nadie ofendo... no puede una hablar.

CAPULETO.—Calla, cigarrón, y vete a hablar con tus comadres, que aquí no metes baza.

SEÑORA DE CAPULETO.—Loco estás.

CAPULETO.—Loco, sí. De noche, de día, de mañana, de tarde, durmiendo, velando, solo y acompañado, en casa y en la calle, siempre fue mi empeño el casarla, y ahora que le encuentro un joven de gran familia, rico, gallardo, discreto, lleno de perfecciones, según dicen, contesta esta mocosa que no quiere casarse, que no puede amar, que es muy joven. Pues bien, te perdonaré, si no te casas, pero no vivirás un momento aquí. Poco falta para el jueves. Piénsalo bien. Si consientes, te casarás con mi amigo. Si no, te ahorcarás, o irás pidiendo limosna, y te morirás de hambre por esas calles, sin que ninguno de los míos te socorra. Piénsalo bien, que yo cumplo siempre mis juramentos. (Vase.)

JULIETA.—¿Y no hay justicia en el cielo que conozca todo el abismo de mis males? No me dejes. ma-

dre. Dilatad un mes, una semana el casamiento, o si no, mi lecho nupcial será el sepulcro de Teobaldo.

SEÑORA DE CAPULETO.—Nada me digas, porque no he de responder-te. Decídetes como quieras. (Se va.)

JULIETA.—¡Válgame Dios! Ama mía, ¿qué haré? Mi esposo está en la tierra, mi fe en el cielo. ¿Y cómo ha de volver a la tierra mi fe, si mi esposo no la envía desde el cielo? Aconsejame, consuélame. ¡Infeliz de mí! ¿Por qué el cielo ha de emplear todos sus recursos contra un ser tan débil como yo? ¿Qué me dices? ¿Ni una palabra que me consuele?

AMA.—Sólo te diré una cosa. Romeo está desterrado, y puede apostarse doble contra sencillo a que no vuelve a verte, o vuelve ocultamente, en caso de volver. Lo mejor sería, pues, a mi juicio, que te casaras con el conde, que es mucho más gentil y discreto caballero que Romeo. Ni un águila tiene tan verdes y vivaces ojos como Paris. Este segundo esposo te conviene más que el primero. Y además, al primero puedes darle por muerto. Para ti como si lo estuviera.

JULIETA.—¿Hablas con el alma?

AMA.—Con el alma, o maldita sea yo.

JULIETA.—Así sea.

AMA.—¿Por qué?

JULIETA.—Por nada. Buen consuelo me has dado. Vete, di a mi madre que he salido. Voy a confesarme con fray Lorenzo, por el enojo que he dado a mi padre.

AMA.—Obras con buen seso. (Vase.)

JULIETA.—¡Infame vieja! ¡Aborto de los infiernos! ¿Cuál es mayor pecado en ti: querer hacerme per-jura, o mancillar con tu lengua al mismo a quien tantas veces pu-siste por las nubes? Maldita sea yo si vuelvo a aconsejarme de ti. Sólo mi confesor me dará amparo y consuelo, o a lo menos fuerzas para morir.

ESCENA PRIMERA

Celda de fray Lorenzo

(FRAY LORENZO Y PARIS)

FRAY LORENZO.—¿El jueves dices? Pronto es.

PARIS.—Así lo quiere Capuleto, y yo lo deseo también.

FRAY LORENZO.—¿Y todavía no sabéis si la novia os quiere? Mala manera es ésa de hacer las cosas, a mi juicio.

PARIS.—Ella no hace más que llorar por Teobaldo y no tiene tiempo para pensar en amores, porque el amor huye de los duelos. A su padre le acongoja el que ella se angustie tanto, y por eso quiere hacer la boda cuanto antes, para atajar ese diluvio de lágrimas, que pudiera parecer mal a las gentes. Esa es la razón de que nos apresuremos.

FRAY LORENZO (aparte).—¡Ojalá no supiera yo las verdaderas causas de la tardanza! Conde Paris, he aquí la dama que viene a mi celda.

PARIS.—Bien hallada, señora y esposa mía.

JULIETA.—Lo seré cuando me case.

PARIS.—Eso será muy pronto: el jueves.

JULIETA.—Será lo que sea.

PARIS.—Claro es. ¿Venís a confesaros con el padre?

JULIETA.—Con vos me confesaría, si os respondiera.

PARIS.—No me neguéis que me amáis.

JULIETA.—No os negaré que quiero al padre.

PARIS.—Y le confesaréis que me tenéis cariño.

JULIETA.—Más valdría tal confesión a espaldas vuestras, que cara a cara.

PARIS.—Las lágrimas marchitan vuestro rostro.

JULIETA.—Poco hacen mis lágrimas: no valía mucho mi rostro, antes que ellas le ajaser.

PARIS.—Más la ofenden esas palabras que vuestro llanto.

JULIETA.—Señor, en la verdad no hay injuria, y más si se dice frente a frente.

PARIS.—Mío es ese rostro del cual decís mal.

JULIETA.—Vuestro será quizá, puesto que ya no es mío. Padre, ¿podéis oírme en confesión, o volveré al Avemaría?

FRAY LORENZO.—Pobre niña, después to estoy a oírte ahora. Dejadnos solos, conde.

PARIS.—No seré yo quien ponga obstáculos a tal devoción. Julieta, adiós. El jueves muy temprano te despertaré. (Vase.)

JULIETA.—Cerrad la puerta, padre, y venid a llorar conmigo: ya no hay esperanza ni remedio.

FRAY LORENZO.—Julieta, ya sé cuál es tu angustia, y también ella me tiene sin alma. Sé que el jueves quieren casarte con el Conde.

JULIETA.—Padre, no me digáis que dicen tal cosa, si al mismo tiempo no discurrís, en vuestra sabiduría

y prudencia, algún modo de evitarlo. Y si vos no me consoláis, yo con un puñal sabré remediar-me. Vos, en nombre del Señor, juntasteis mi mano con la de Romeo, y antes que esta mano, donde fue por vos estampado su sello, consienta en otra unión, o yo mancille su fe, matarános este hierro. Aconsejadme bien, o el hierro sentenciará el pleito que ni vuestras canas ni vuestra ciencia saben resolver. No os detengáis; respondedme o muero.

FRAY LORENZO.—Hija mía, detente. Aún veo una esperanza, pero tan remota y tan violenta, como es violenta tu situación actual. Pero ya que prefieres la muerte a la boda con Paris, pasarás por algo que se parezca a la muerte. Si te atreves a hacerlo, yo te daré el remedio.

JULIETA.—Padre, a trueque de no casarme con Paris, mandadme que me arroje de lo alto de una torre, que recorra un camino infestado por bandoleros, que habite y duerma entre sierpes y osos, o en un cementerio, entre huesos humanos, que crujan por la noche, y amarillas calaveras, o enterradme con un cadáver reciente. Todo lo haré, por terrible que sea, antes que ser infiel al juramento que hice a Romeo.

FRAY LORENZO.—Bien: vete a tu casa, fingete alegre: di que te casarás con Paris. Mañana es

miércoles: por la noche quédate sola, sin que te acompañe ni siquiera tu ama, y cuando estés acostada, bebe el licor que te doy en esta ampolleta. Un sueño frío embargará tus miembros. No pulsarás ni alentarás, ni darás señal alguna de vida. Huirá el color de tus rosados labios y mejillas, y le sucederá una palidez térrea. Tus párpados se cerrarán como puertas de la muerte que excluyen la luz del día, y tu cuerpo quedará rígido, inmóvil, frío como el mármol de un sepulcro. Así permanecerás cuarenta y dos horas justas, y entonces despertarás como de un apacible sueño. A la mañana anterior habrá venido el novio a despertarte, te habrá creído muerta, y ataviándote, según es uso, con las mejores galas, te habrán llevado en ataúd abierto al sepulcro de los Capuletos. Durante tu sueño, yo avisaré por carta a Romeo; él vendrá en seguida, y velaremos juntos hasta que despiertes. Esa misma noche Romeo volverá contigo a Mantua. Es el único modo de salvarte del peligro actual, si un vano y mujeril temor no te detiene.

JULIETA.—Dame la ampolleta, y no hablemos de temores.

FRAY LORENZO.—Tómala. Valor y fortuna. Voy a enviar a un lego con una carta a Mantua.

JULIETA.—Dios me dé valor, aunque ya le siento en mí. Adiós, padre mío.

ESCENA II

Casa de Capuleto

(CAPULETO, SU MUJER, EL AMA Y CRIADOS)

CAPULETO (a un criado).—Convidarás a todos los que van en esta lista. Y tú buscarás veinte cocineros.

CRiado 1º.—Los buscaré tales que se chupen el dedo.

CAPULETO.—¡Rara cualidad!

CRiado 2º.—Nunca es bueno el cocinero que no sabe chuparse los dedos, ni traeré a nadie que no sepa.

CAPULETO.—Vete, que el tiempo

ROMEO Y JULIETA.—ACTO IV.—ESCENA III

apremia, y nada tenemos dispuestó. ¿Fue la niña a confesarse con fray Lorenzo?

AMA.—Sí.

CAPULETO.—Me alegro: quizá él pueda rendir el ánimo de esa niña mal criada.

AMA.—Vedla, qué alegre viene del convento.

CAPULETO (a Julieta).—¿Dónde has estado, terca?

JULIETA.—En la confesión, donde me arrepentí de haberos desobedecido. Fray Lorenzo me manda que os pida perdón, postrada, a vuestros pies. Así lo hago, y desde ahora prometo obedecer cuanto me mandareis.

CAPULETO.—Id en busca de Paris, y que lo prevenga todo para la comida que ha de celebrarse mañana.

JULIETA.—Vi a ese caballero en la celda de fray Lorenzo, y le concedí cuanto podía concederle mi amor, sin agravio del decoro.

CAPULETO.—¡Cuánto me alegro! Levántate: has hecho bien en todo. Quiero hablar con el Conde. (A un criado.) Dile que venga. ¡Cuánto bien hace este fraile en la ciudad!

JULIETA.—Ama, ven a mi cuarto, para que dispongamos juntas las galas de desposada.

SEÑORA DE CAPULETO.—No: eso debe hacerse el jueves: todavía hay tiempo.

CAPULETO.—No: ahora, ahora: mañana temprano a la iglesia. (Se van Julieta y el ama.)

SEÑORA DE CAPULETO.—Apenas nos queda tiempo. Es de noche.

CAPULETO.—Todo se hará, esposa mía. Ayuda a Julieta a vestirse. Yo no me acostaré, y por esta vez seré guardián de la casa. ¿Qué es eso? ¿Todos los criados han salido? Voy yo mismo en busca de Paris, para avisarle que mañana es la boda. Este cambio de voluntad me da fuerzas y mocedad nueva.

ESCENA III

Habitación de Julieta

(JULIETA Y SU MADRE)

JULIETA.—Sí, ama, sí: este traje está mejor, pero yo quisiera quedarme sola esta noche, para pedir a Dios en devotas oraciones que me ilumine y guíe en estado tan lleno de peligros. (Entra la señora de Capuleto.)

SEÑORA DE CAPULETO.—Bien trabajáis. ¿Queréis que os ayude?

JULIETA.—No, madre. Ya estarán escogidas las galas que he de vestirme mañana. Ahora quisiera que me dejaseis sola, y que el ama velase en vuestra compañía, porque es poco el tiempo, y falta mucho que disponer.

SEÑORA DE CAPULETO.—Buenas noches, hija. Vete a descansar, que falta te hace. (Vase.)

JULIETA.—¡Adiós! ¡Quién sabe si volveremos a vernos! Un miedo helado corre por mis venas y casi apaga en mí el aliento vital. ¿Les diré que vuelvan? Ama... Pero ¿a qué es llamarla? Yo sola debo representar esta tragedia. Ven a mis manos, ampolla. Y si este licor no produjese su efecto, ¿tendría yo que ser esposa del Conde? No, no, jamás: tú sabrás impedirlo. Aquí, aquí le tengo guardado. (Señalando el puñal.) ¡Y si

este licor fuera un veneno preparado por el fraile para matarme y eludir su responsabilidad, por haberme casado con Romeo? Pero mi temor es vano. ¡Si dicen que es un santo! ¡Lejos de mí tan ruines pensamientos! ¿Y si me despierto encerrada en el ataúd, antes que vuelva Romeo? ¡Qué horror! En aquel estrecho recinto, sin luz, sin aire... me voy a ahogar antes que él llegue. Y la espantosa imagen de la muerte... y la noche... y el horror del sitio... la tumba de mis mayores... aquellos huesos amontonados por tantos siglos... el cuerpo de Teobaldo que está en putrefacción muy cerca de allí... los espíritus que, según dicen, interrumpen... de noche, el silencio de

ESCENA IV

Casa de Capuleto
(La SEÑORA y el AMA)

SEÑORA DE CAPULETO.—Toma las llaves: tráeme más especias.

AMA.—Ahora piden clavos y dátiles.

CAPULETO.—(Que entra.) Vamos, no os detengáis, que ya ha sonado por segunda vez el canto del gallo. Ya tocan a maitines. Son las tres. Tú, Ángela, cuida de los pasteles, y no reparéis en el gasto.

AMA.—Idos a dormir, señor impertinente. De seguro que por pasar la noche en vela, amanecéis enfermo mañana.

CAPULETO.—¡Qué bobería! Muchas noches he pasado en vela sin tanto motivo, y nunca he enfermado.

SEÑORA DE CAPULETO.—Sí: buen razón fuiste en otros tiempos. Ahora ya velo yo, para evitar tus veladas.

aquella soledad... ¡Ay, Dios mío! ¿no será fácil que al despertarme, respirando aquellos miasmas, oyendo aquellos lúgubres gemidos que suelen entorpecer a los mortales, aquellos gritos semejantes a las quejas de la mandrágora cuando se le arranca del suelo... no es fácil que yo pierda la razón, y empiece a jugar en mi locura con los huesos de mis antepasados, o a despojar de su velo funebral el cadáver de Teobaldo, o a machacarme el cráneo con los pedazos del esqueleto de alguno de mis ilustres mayores? Ved... Es la sombra de mi primo, que viene con el acero desnudo, buscando a su matador Romeo. ¡Detente, Teobaldo! ¡A la salud de Romeo! (Bebe.)

CAPULETO.—¡Ahora celos! ¿Qué es lo que traes, muchacho?

CRIADO 1º.—El cocinero lo pide. No sé lo que es.

CAPULETO.—Vete corriendo: busca leña seca. Pedro te dirá dónde puedes encontrarla.

CRIADO 1º.—Yo la encontraré: no necesito molestar a Pedro. (Se van.)

CAPULETO.—Dice bien, a fe mía. ¡Es gracioso ese galopín! Por vida mía. Ya amanece. Pronto llegará Paris con música, según anunció. ¡Ahí está! ¡Ama, mujer mía, venid aprisa! (Suena música.) (Al ama.) Vete, despierta y viste a Julieta, mientras yo hablo con Paris. Y no te detengas mucho, que el novio llega. No te detengas.

ESCENA V

Aposento de Julieta. Ésta, en el lecho

(El AMA y la SEÑORA)

AMA.—¡Señorita, señorita! ¡Cómo duerme! ¡Señorita, novia, cordero mío! ¿No despiertas? Haces bien: duermes para ocho días, que mañana ya se encargará Paris de no dejarte dormir. ¡Válgame Dios, y cómo duerme! Pero es necesario despertarla. ¡Señorita, señorita! No falta más sino que venga el Conde y te halle en la cama. Bien te asustarías. Dime, ¿no es verdad? ¡Vestida estás, y te volviste a acostar? ¿Cómo es esto? ¡Señorita, señorita!... ¡Válgame Dios! ¡Socorro, que mi ama se ha muerto! ¿Por qué he vivido yo para ver esto? Maldita sea la hora en que nací. ¡Esencias, pronto! ¡Señor, señora, acudid!

SEÑORA DE CAPULETO.—(Entrando.) ¿Por qué tal alboroto?

AMA.—¡Día aciago!

SEÑORA DE CAPULETO.—¿Qué sucede?

AMA.—Ved, ved. ¡Aciago día!

SEÑORA DE CAPULETO.—¡Dios mío, Dios mío! ¡Pobre niña! ¡Vida mía! Abre los ojos, o déjame morir contigo. ¡Favor, favor! (Entra Capuleto.)

CAPULETO.—¿No os da vergüenza? Ya debía de haber salido Julieta. Su novio la está esperando.

AMA.—¡Si está muerta! ¡Aciago día!

SEÑORA DE CAPULETO.—¡Aciago día! ¡Muerta, muerta!

CAPULETO.—¡Dejádmela ver! ¡Oh, Dios! que espanto. ¡Helada su sangre, rígidos sus miembros! Huyó la rosa de sus labios. ¡Yace tronchada como flor por prematura y repentina escarchal! ¡Hora infeliz!

AMA.—¡Día maldito!

SEÑORA DE CAPULETO.—¡Aciago día!

CAPULETO.—La muerte que fiero la arrebató, traba mi lengua e impide mis palabras. (Entran Fray Lorenzo, Paris y músicos.)

FRAY LORENZO.—¿Cuándo puede ir la novia a la iglesia?

CAPULETO.—Sí irá, pero para quedarse allí. En vísperas de boda, hijo mío, vino la muerte a llevarse a tu esposa, flor que deshojó inclemente la Parca. Mi yerno y mi heredero es el sepulcro: él se ha desposado con mi hija. Yo moriré también, y él heredará todo lo que poseo.

PARIS.—¡Yo que tanto deseaba ver este día, y ahora es tal vista la que me ofrece!

SEÑORA DE CAPULETO.—¡Infeliz, maldito, aciago día! ¡Hora la más terrible que en su dura peregrinación ha visto el tiempo! ¡Una hija sola! ¡Una hija sola, y la muerte me la lleva! ¡Mi esperanza, mi consuelo, mi ventural...

AMA.—¡Día aciago y horroroso, el más negro que he visto nunca! ¡El más horrendo que ha visto el mundo! ¡Aciago día!

PARIS.—¡Y yo burlado, herido, des-casado, atormentado! ¡Cómo te mofas de mí, cómo me conculcas a tus plantas, fiero muerte! ¡Ella, mi amor, mi vida, muerta ya!

CAPULETO.—¡Y yo despreciado, abatido, muerto! Tiempo cruel, ¿por qué viniste con pasos tan callados a turbar la alegría de nuestra fiesta? ¡Hija mía, que más que mi hija era mi alma! ¡Muerta, muerta, mi encanto, mi tesoro!

FRAY LORENZO.—Callad, que no es la queja remedio del dolor. Antes vos y el cielo poseáis a esa doncella: ahora el cielo solo la posee,

y en ello gana la doncella. No pudisteis arrancar vuestra parte a la muerte. El cielo guarda para siempre la suya. No queriais verla honrada y ensalzada? ¿Pues a qué vuestro llanto, cuando Dios la ensalza y encumbra más allá del firmamento? No amáis a vuestra hija tanto como la ama Dios. La mejor esposa no es la que más vive en el mundo, sino la que muere joven y recién casada. Detened vuestras lágrimas. Cubrir su cadáver de romero, y llevadla a la iglesia según costumbre, ataviada con sus mejores galas. La naturaleza nos obliga al dolor, pero la razón se ríe.

CAPULETO.—Los preparativos de una fiesta se convierten en los de un entierro: nuestras alegres músicas en solemne doblar de campanas: el festín en comida funeral: los himnos en trenos: las flores en adornos de ataúd... todo en su contrario.

FRAY LORENZO.—Retiraos, señor, y vos, señora, y vos, conde Paris. Prepárense todos a enterrar este cadáver. Sin duda el cielo está enojado con vosotros. Ved si con paciencia y mansedumbre lográis desarmar su cólera. (*Vanse.*)

MÚSICO 1º.—Recojamos los instrumentos, y vámonos.

AMA.—Recogedlos sí, buena gente. Ya veis que el caso no es para música.

MÚSICO 1º.—Más alegre podía ser. (*Entra Pedro.*)

PEDRO.—¡Oh, músicos, músicos! "La paz del corazón." "La paz del corazón." Tocad por vida mía "la paz del corazón".

MÚSICO 1º.—¿Y por qué "la paz del corazón"?

PEDRO.—¡Oh, músicos! porque mi corazón está tañendo siempre "mi dolorido corazón". Cantad una canción alegre, para que yo me distraiga.

MÚSICO 1º.—No es ésta ocasión de canciones.

PEDRO.—¿Y por qué no?

MÚSICO 1º.—Claro que no.

PEDRO.—Pues entonces yo os voy a dar de veras.

MÚSICO 1º.—¿Que nos darás?

PEDRO.—No dinero ciertamente, pues soy un pobre lacayo, pero os daré que sentir.

MÚSICO 1º.—¡Vaya con el lacayo!

PEDRO.—Pues el cuchillo del lacayo os marcará cuatro puntos en la cara. ¿Venirme a mí con corchetes y bemoles? Yo os enseñaré la solfa.

MÚSICO 1º.—Y vos la notaréis, si queréis enseñarnosla.

MÚSICO 2º.—Envainad la daga, y sacad a plaza vuestro ingenio.

PEDRO.—Con mi ingenio más agudo que un puñal os traspasaré, y por ahora envaino la daga. Respondedme finalmente: "La música argentina", ¿y qué quiere decir "la música argentina"? ¿Por qué ha de ser argentina la música? ¿Qué dices a esto, Simón Bordon?

MÚSICO 1º.—¡Toma! Porque el sonido de la plata es dulce.

PEDRO.—Está bien, ¿y vos, Hugo Rabel, qué decís a esto?

MÚSICO 2º.—Yo digo "música argentina", porque el son de la plata hace tañer a los músicos.

PEDRO.—Tampoco está mal. ¿Y qué dices tú, Jaime Clavija?

MÚSICO 3º.—Ciertamente que no sé qué decir.

PEDRO.—Os pido que me perdonéis la pregunta. Verdad es que sois el cantor. Se dice "música argentina" porque a músicos de vuestra calaña nadie los paga con oro, cuando tocan.

MÚSICO 1º.—Este hombre es un pícaro.

MÚSICO 2º.—Así sea su fin. Vamos allá a aguardar la comitiva fúnebre, y luego a comer.

ACTO V

ESCENA PRIMERA

Calle de Mantua

(ROMEO y BALTASAR)

ROMEO.—Si hemos de confiar en un dulce y agradable sueño, alguna gran felicidad me espera. Desde la aurora pensamientos de dicha agitan mi corazón, rey de mi pecho, y como que me dan alas para huir de la tierra. Soñé con mi esposa y que me encontraba muerto. ¡Raro fenómeno: que piense un cadáver! Pero con sus besos me hubiera trocado por un emperador. ¡Oh, cuan dulces serán las realidades del amor, cuando tanto lo son las sombras! (*Entra Baltasar.*) ¿Traes alguna nueva de Verona? ¿Te ha dado Fray Lorenzo alguna carta para mí? ¿Cómo está mi padre? ¿Y Julieta? Nada malo puede sucederme si ella está buena.

BALTASAR.—Pues ya nada malo puede sucederte, porque su cuerpo reposa en el sepulcro, y su alma está con los ángeles. Y perdónadme que tan pronto haya venido a traeros tan mala noticia, pero vos mismo, señor, me encargasteis que os avisara de todo.

ROMEO.—¿Será verdad? ¡Cielo cruel, yo desafío tu poder! Dadme papel y plumas. Busca esta tarde caballos, y vámonos a Verona esta noche.

BALTASAR.—Señor, dejadme acompañaros, porque vuestra horrible plidez me anuncia algún mal suceso.

ROMEO.—Nada de eso. Déjame en paz y obedece. ¿No traes para mí carta de Fray Lorenzo?

BALTASAR.—Ninguna.

ROMEO.—Lo mismo da. Busca en seguida caballos, y en marcha. (*Se va Baltasar.*) Sí, Julieta, esta noche descansaremos juntos. ¿Pero cómo? ¡Ah, infierno, cuan presto vienes en ayuda de un ánimo desesperado! Ahora me acuerdo que cerca de aquí vive un boticario de torvo ceño y mala catadura, gran herbolario de yerbas medicinales. El hambre le ha convertido en esqueleto. Del techo de su lóbrega covacha tiene colgados una tortuga, un cocodrilo, y varias pieles de fornidos peces; y en cajas amontonadas, frascos vacíos y verdosos, viejas semillas, cuerdas de bramante, todo muy separado para aparentar más. Yo, al ver tal miseria, he pensado que aunque está prohibido, so pena de muerte, el despachar veneno, quizá este infeliz, si se lo pagaran, lo vendería. Bien lo pensé, y ahora voy a ejecutarlo. Cerrada tiene la botica. ¡Hola, eh! (*Sale el Boticario.*)

BOTICARIO.—¿Quién grita?

ROMEO.—Oye. Tu pobreza es manifiesta. Cuarenta ducados te daré por una dosis de veneno tan activo que, apenas circule por las venas, extinga el aliento vital tan rápidamente como una bala de cañón.

y en ello gana la doncella. No pudisteis arrancar vuestra parte a la muerte. El cielo guarda para siempre la suya. ¿No queríais verla honrada y ensalzada? ¿Pues a qué vuestro llanto, cuando Dios la ensalza y encumbra más allá del firmamento? No amáis a vuestra hija tanto como la ama Dios. La mejor esposa no es la que más vive en el mundo, sino la que muere joven y recién casada. Detened vuestras lágrimas. Cubrir su cadáver de romero, y llevadla a la iglesia según costumbre, ataviada con sus mejores galas. La naturaleza nos obliga al dolor, pero la razón se ríe.

CAPULETO.—Los preparativos de una fiesta se convierten en los de un entierro: nuestras alegres músicas en solemne doblar de campanas: el festín en comida funeral: los himnos en trenos: las flores en adornos de ataúd... todo en su contrario.

FRAY LORENZO.—Retiraos, señor, y vos, señora, y vos, conde Paris. Prepárense todos a enterrar este cadáver. Sin duda el cielo está enojado con vosotros. Ved si con paciencia y mansedumbre lográis desarmar su cólera. (*Vanse.*)

MÚSICO 1º.—Recojamos los instrumentos, y vámonos.

AMA.—Recogedlos sí, buena gente. Ya veis que el caso no es para música.

MÚSICO 1º.—Más alegre podía ser. (*Entra Pedro.*)

PEDRO.—¡Oh, músicos, músicos! "La paz del corazón." "La paz del corazón." Tocad por vida mía "la paz del corazón".

MÚSICO 1º.—¿Y por qué "la paz del corazón"?

PEDRO.—¡Oh, músicos! porque mi corazón está tañendo siempre "mi dolorido corazón". Cantad una canción alegre, para que yo me distraiga.

MÚSICO 1º.—No es ésta ocasión de canciones.

PEDRO.—¿Y por qué no?

MÚSICO 1º.—Claro que no.

PEDRO.—Pues entonces yo os voy a dar de veras.

MÚSICO 1º.—¿Que nos darás?

PEDRO.—No dinero ciertamente, pues soy un pobre lacayo, pero os daré que sentir.

MÚSICO 1º.—¡Vaya con el lacayo!

PEDRO.—Pues el cuchillo del lacayo os marcará cuatro puntos en la cara. ¿Venirme a mí con corchetes y bemoles? Yo os enseñaré la solfa.

MÚSICO 1º.—Y vos la notaréis, si queréis enseñarnosla.

MÚSICO 2º.—Envainad la daga, y sacad a plaza vuestro ingenio.

PEDRO.—Con mi ingenio más agudo que un puñal os traspasaré, y por ahora envaino la daga. Respondedme finalmente: "La música argentina", ¿y qué quiere decir "la música argentina"? ¿Por qué ha de ser argentina la música? ¿Qué dices a esto, Simón Bordon?

MÚSICO 1º.—¡Toma! Porque el sonido de la plata es dulce.

PEDRO.—Está bien, ¿y vos, Hugo Rabel, qué decís a esto?

MÚSICO 2º.—Yo digo "música argentina", porque el son de la plata hace tañer a los músicos.

PEDRO.—Tampoco está mal. ¿Y qué dices tú, Jaime Claviija?

MÚSICO 3º.—Ciertamente que no sé qué decir.

PEDRO.—Os pido que me perdonéis la pregunta. Verdad es que sois el cantor. Se dice "música argentina" porque a músicos de vuestra calaña nadie los paga con oro, cuando tocan.

MÚSICO 1º.—Este hombre es un pícaro.

MÚSICO 2º.—Así sea su fin. Vamos allá a aguardar la comitiva fúnebre, y luego a comer.

ACTO V

ESCENA PRIMERA

Calle de Mantua

(ROMEO y BALTASAR)

ROMEO.—Si hemos de confiar en un dulce y agradable sueño, alguna gran felicidad me espera. Desde la aurora pensamientos de dicha agitan mi corazón, rey de mi pecho, y como que me dan alas para huir de la tierra. Soñé con mi esposa y que me encontraba muerto. ¡Raro fenómeno: que piense un cadáver! Pero con sus besos me hubiera trocado por un emperador. ¡Oh, cuan dulces serán las realidades del amor, cuando tanto lo son las sombras! (*Entra Baltasar.*) ¿Traes alguna nueva de Verona? ¿Te ha dado Fray Lorenzo alguna carta para mí? ¿Cómo está mi padre? ¿Y Julieta? Nada malo puede sucederme si ella está buena.

BALTASAR.—Pues ya nada malo puede sucederte, porque su cuerpo reposa en el sepulcro, y su alma está con los ángeles. Y perdonadme que tan pronto haya venido a traeros tan mala noticia, pero vos mismo, señor, me encargasteis que os avisara de todo.

ROMEO.—¿Será verdad? ¡Cielo cruel, yo desafío tu poder! Dadme papel y plumas. Busca esta tarde caballos, y vámonos a Verona esta noche.

BALTASAR.—Señor, dejadme acompañaros, porque vuestra horrible plidez me anuncia algún mal suceso.

ROMEO.—Nada de eso. Déjame en paz y obedece. ¿No traes para mí carta de Fray Lorenzo?

BALTASAR.—Ninguna.

ROMEO.—Lo mismo da. Busca en seguida caballos, y en marcha. (*Se va Baltasar.*) Sí, Julieta, esta noche descansaremos juntos. ¿Pero cómo? ¡Ah, infierno, cuan presto vienes en ayuda de un ánimo desesperado! Ahora me acuerdo que cerca de aquí vive un boticario de torvo ceño y mala catadura, gran herbolario de yerbas medicinales. El hambre le ha convertido en esqueleto. Del techo de su lóbrega covacha tiene colgados una tortuga, un cocodrilo, y varias pieles de fornidos peces; y en cajas amontonadas, frascos vacíos y verdosos, viejas semillas, cuerdas de bramante, todo muy separado para aparentar más. Yo, al ver tal miseria, he pensado que aunque está prohibido, so pena de muerte, el despachar veneno, quizá este infeliz, si se lo pagaran, lo vendería. Bien lo pensé, y ahora voy a ejecutarlo. Cerrada tiene la botica. ¡Hola, eh! (*Sale el Boticario.*)

BOTICARIO.—¿Quién grita?

ROMEO.—Oye. Tu pobreza es manifiesta. Cuarenta ducados te daré por una dosis de veneno tan activo que, apenas circule por las venas, extinga el aliento vital tan rápidamente como una bala de cañón.

BOTICARIO.—Tengo esos venenos, pero las leyes de Mantua condenan a muerte al que los venda.

ROMEO.—Y en tu pobreza extrema ¿qué te importa la muerte? Bien clara se ve el hambre en tu rostro, y la tristeza y la desesperación. ¿Tiene el mundo alguna ley, para hacerte rico? Si quieres salir de pobreza, rompe la ley y recibe mi dinero.

BOTICARIO.—Mi pobreza lo recibe, no mi voluntad.

ROMEO.—Yo no pago tu voluntad, sino tu pobreza.

BOTICARIO.—Este es el ingrediente: desleílo en agua o en un licor cualquiera, bebedlo, y caeréis muerto en seguida, aunque tengáis la fuerza de veinte hombres.

ROMEO.—Recibe tú el dinero. Él es la verdadera ponzoña, engendradora de más asesinatos que todos los venenos que no debes vender. La venta la he hecho yo, no tú. Adiós: compra pan, y cúbrete. No un veneno, sino una bebida consoladora llevo conmigo al sepulcro de Julieta.

ESCENA II

Celda de fray Lorenzo

(FRAY JUAN y FRAY LORENZO)

FRAY JUAN.—¡Hermano mío, santo varón!

FRAY LORENZO.—Sin duda es Fray Juan el que me llama. Bien venido seais de Mantua; ¿qué dice Romeo? Dadme su carta, si es que traéis alguna.

FRAY JUAN.—Busqué a un fraile descalzo de nuestra orden, para que me acompañara. Al fin le encontré, curando enfermos. La ronda, al vernos salir de una casa, temió que en ella hubiese peste. Sellaron las puertas, y no nos dejaron salir. Por eso se desbarató el viaje a Mantua.

FRAY LORENZO.—¿Y quién llevó la carta a Romeo?

FRAY JUAN.—Nadie: aquí está. No pude encontrar siquiera quien os la devolviese. Tal miedo tenían todos a la peste.

FRAY LORENZO.—¡Qué desgracia! ¡Por vida de mi padre San Francisco! •Y no era carta inútil, sino con nuevas de grande importancia. Puede ser muy funesto el retardo. Fray Juan, búscame en seguida un azadón y llévale a mi celda.

FRAY JUAN.—En seguida, hermano. (Vase.)

FRAY LORENZO.—Sólo tengo que ir al cementerio, porque dentro de tres horas ha de despertar la hermosa Julieta de su desmayo. Mucho se enojará conmigo porque no di oportunamente aviso a Romeo. Volveré a escribir a Mantua, y entre tanto la tendré en mi celda esperando a Romeo. ¡Pobre cadáver vivo encerrado en la cárcel de un muerto!

ESCENA III

Cementerio, con el panteón de los Capuletos

(PARIS y un PAJE con flores y antorchas)

PARIS.—Dame una tea. Apártate: no quiero ser visto. Ponte al pie de aquel arbusto, y estate con el oído fijo en la tierra, para que nadie huelle el movedizo suelo del cementerio, sin notarlo yo. Apenas sientas a alguno, da un silbido. Dame las flores, y obedece.

PAJE.—Así lo haré; (aparte) aunque mucho temor me da el quedarme solo en este cementerio.

PARIS.—Vengo a cubrir de flores el lecho nupcial de la flor más hermosa que salió de las manos de Dios. Hermosa Julieta, que moras entre los coros de los ángeles, recibe este mi postrer recuerdo. Viva, te amé: muerta, vengo a adornar con tristes ofrendas tu sepulcro. (El paje silba.) Siento la señal del paje: alguien se acerca. ¿Qué pie infernal es el que se llega de noche a interrumpir mis piadosos ritos? ¡Y trae una tea encendida! ¡Noche, cúbreme con tu manto! (Entran Romeo y Baltasar.)

ROMEO.—Dame ese azadón y esa palanca. Toma esta carta. Apenas amanezca, procurarás que la reciba Fray Lorenzo. Dame la luz, y si en algo estimas la vida, nada te importe lo que veas u oigas, ni quieras estorbarme en nada. La principal razón que aquí me trae no es ver por última vez el rostro de mi amada, sino apoderarme del anillo nupcial que aún tiene en su dedo, y llevarle siempre como prenda de amor. Aléjate, pues. Y si la curiosidad te mueve a seguir mis pasos, júrote que he de hacerte trizas, y esparcir tus miembros desgarrados por todos los rincones de este cementerio. Más negras y feroces son mis inten-

ciones, que tigres hambrientos o mares alborotadas.

BALTASAR.—En nada pienso estorbaros, señor.

ROMEO.—Es la mejor prueba de amistad que puedes darme. Toma, y sé feliz, amigo mío.

BALTASAR.—(Aparte.) Pues, a pesar de todo, voy a observar lo que hace; porque su rostro y sus palabras me espantan.

ROMEO.—¡Abominable seno de la muerte, que has devorado la mejor prenda de la tierra, aún has de tener mayor alimento! (Abre las puertas del sepulcro.)

PARIS.—Este es Montesco, el atrevido desterrado, el asesino de Teobaldo, del primo de mi dama, que por eso murió de pena, según dicen. Sin duda ha venido aquí a profanar los cadáveres. Voy a atajarle en su diabólico intento. Cesa, infame Montesco; ¿no basta la muerte a detener tu venganza y tus furores? ¿Por qué no te rindes, malvado proscrito? Sígueme, que has de morir.

ROMEO.—Sí: a morir vengo. Noble joven, no tientes a quien viene ciego y desalentado. Huye de mí: déjame; acuérdate de los que fueron y no son. Acuérdate y tiembra, no me provoques más, joven insensato. Por Dios te lo suplico. No quieras añadir un nuevo pecado a los que abruman mi cabeza. Te quiero más que lo que tú puedes quererte. He venido a luchar conmigo mismo. Huye, si quieres salvar la vida, y agradece el consejo de un loco.

PARIS.—¡Vil desterrado, en vano son esas súplicas!

ROMEO.—¿Te empeñas en provocarme? Pues muere... (Pelean.)

PAJE.—¡Ay, Dios! pelean: voy a pedir socorro. (*Vase. Cae herido Paris.*)

PARIS.—¡Ay de mí, muerto soy! Si tienes lástima de mí, ponme en el sepulcro de Julieta.

ROMEO.—Sí que lo haré. Veámosle el rostro. ¡El pariente de Mercurio, el conde Paris! Al tiempo de montar a caballo, ¿no oí, como entre sombras, decir a mi escudero, que iban a casarse Paris y Julieta? ¿Fue realidad o sueño? ¿O es que estaba yo loco y creí que me hablaban de Julieta? Tu nombre está escrito con el mío en el sangriento libro del destino. Triunfal sepulcro te espera: ¿Qué digo sepulcro? Morada de luz, pobre joven. Allí duerme Julieta, y ella basta para dar luz y hermosura al mausoleo. Yace tú a su lado: un muerto es quien te entierra. Cuando el moribundo se acerca al trance final, suele reanimarse, y a esto lo llaman el último destello. Esposa mía, amor mío, la muerte que ajó el néctar de tus labios, no ha podido vencer del todo tu hermosura. Todavía irradia en tus ojos y en tu semblante, donde aún no ha podido desplegar la muerte su odiosa bandera. Ahora quiero calmar la sombra de Teobaldo, que yace en ese sepulcro. La misma mano que cortó tu vida, va a cortar la de tu enemigo. Julieta, ¿por qué estás aún tan hermosa? ¿Será que el descarnado monstruo te ofrece sus amores y te quiere para su dama? Para impedirlo, dormiré contigo en esta sombría gruta de la noche, en compañía de esos gusanos, que son hoy tus únicas doncellas. Este será mi eterno reposo. Aquí descansará mi cuerpo, libre de la fatídica ley de los astros. Recibe tú la última mirada de mis ojos, el último abrazo de mis brazos, el último beso de mis labios, puertas de la vida, que vienen a sellar mi eterno contrato con la muerte.

Ven, áspero y vencedor piloto: mi nave, harta de combatir con las olas, quiere quebrantarse en los peñascos. Brindemos por mi dama. ¡Oh, cuán portentosos son los efectos de tu bálsamo, alquimista veraz! Así, con este beso... muero. (*Cae. Llega Fray Lorenzo.*)

FRAY LORENZO.—¡Por San Francisco y mi santo hábito! ¡Esta noche mi viejo pie viene tropezando en todos los sepulcros! ¿Quién a tales horas interrumpe el silencio de los muertos?

BALTASAR.—Un amigo vuestro, y de todas veras.

FRAY LORENZO.—Con bien seas. ¿Y para qué sirve aquella luz, ocupada en alumbrar a gusanos y calaveras? Me parece que está encendida en el monumento de los Capuletos.

BALTASAR.—Verdad es, padre mío, y allí se encuentra mi amo, a quien tanto queréis.

FRAY LORENZO.—¿De quién hablas?

BALTASAR.—De Romeo.

FRAY LORENZO.—¿Y cuánto tiempo hace que ha venido?

BALTASAR.—Una media hora.

FRAY LORENZO.—Sígueme.

BALTASAR.—¿Y cómo, padre, si mi amo cree que no estoy aquí, y me ha amenazado con la muerte, si yo le seguía?

FRAY LORENZO.—Pues quédate, e iré yo solo. ¡Dios mío! Alguna catástrofe temo.

BALTASAR.—Dormido al pie de aquel arbusto, soñé que mi señor mataba a otro en desafío.

FRAY LORENZO.—¡Romeo! Pero ¡Dios mío! ¿qué sangre es ésta en las gradas del monumento? ¿Qué espadas éstas sin dueño, y tintas todavía de sangre? (*Entra en el sepulcro.*) ¡Romeo! ¡Pálido está como la muerte! ¡Y Paris cubierto de sangre!... La doncella se mueve. (*Despierta Julieta.*)

JULIETA.—Padre, ¿dónde está mi esposo? Ya recuerdo dónde debía

yo estar y allí estoy. Pero ¿dónde está Romeo, padre mío?

FRAY LORENZO.—Oigo ruido. Deja tú pronto ese foco de infección, ese lecho de fingida muerte. La suprema voluntad de Dios ha venido a desbaratar mis planes. Sígueme. Tu esposo yace muerto a tu lado, y Paris muerto también. Sígueme a un devoto convento y nada más me digas, porque la gente se acerca. Sígueme, Julieta, que no podemos detenernos aquí. (*Vase.*)

JULIETA.—Yo aquí me quedaré. ¡Esposo mío! Mas ¿qué veo? Una copa tiene en las manos. Con veneno ha apresurado su muerte. ¡Cruel! no me dejé ni una gota que beber. Pero besaré tus labios que quizá contienen algún resabio del veneno. El me matará y me salvará. (*Le besa.*) Aún siento el calor de sus labios.

ALGUACIL 1º.—(*Dentro.*) ¿Dónde está? Guíadme.

JULIETA.—Siento pasos. Necesario es abreviar. (*Coge el puñal de Romeo.*) ¡Dulce hierro, descansa en mi corazón, mientras yo muero! (*Se hiere y cae sobre el cuerpo de Romeo. Entran la ronda y el paje de Paris.*)

PAJE.—Aquí es donde brillaba la luz.

ALGUACIL 1º.—Recorred el cementerio. Huellas de sangre hay. Prended a todos los que encontréis. ¡Horrenda vista! Muerto Paris, y Julieta, a quien hace dos días enterramos por muerta, se está desangrando, caliente todavía. Llamad al Príncipe, y a los Capuletos y a los Montescos. Sólo vemos cadáveres, pero no podemos atinar con la causa de su muerte. (*Traen algunos a Baltasar.*)

ALGUACIL 2º.—Este es el escudero de Romeo, y aquí le hemos encontrado.

ALGUACIL 1º.—Esperemos la llegada del Príncipe. (*Entran otros con Fray Lorenzo.*)

ALGUACIL 3º.—Tembloso y suspirando hemos hallado a este fraile cargado con una palanca y un azadón; salía del cementerio.

ALGUACIL 1º.—Sospechoso es todo eso: detengámosle. (*Llegan el Príncipe y sus guardas.*)

PRÍNCIPE.—¿Qué ha ocurrido para despertarme tan de madrugada? (*Entran Capuleto, su mujer, etc.*)

CAPULETO.—¿Qué gritos son los que suenan por esas calles?

SEÑORA CAPULETO.—Unos dicen "Julieta", otros "Romeo", otros "Paris", y todos corriendo y dando gritos, se agolpan al cementerio.

PRÍNCIPE.—¿Qué historia horrenda y peregrina es ésta?

ALGUACIL 1º.—Príncipe, ved. Aquí están el conde Paris y Romeo, violentamente muertos, y Julieta, caliente todavía y desangrándose.

PRÍNCIPE.—¿Averiguasteis la causa de estos delitos?

ALGUACIL 1º.—Sólo hemos hallado a un fraile y al paje de Romeo, cargados con picos y azadones propios para levantar la losa de un sepulcro.

CAPULETO.—¡Dios mío! Esposa mía, ¿no ves correr la sangre de nuestra hija? Ese puñal ha errado el camino: debía haberse clavado en el pecho del Montesco y no en el de nuestra inocente hija.

SEÑORA CAPULETO.—¡Dios mío! Siento el toque de las campanas que guían mi vejez al sepulcro. (*Llegan Montesco y otros.*)

PRÍNCIPE.—Mucho has amanecido, Montesco, pero mucho antes cayó tu primogénito.

MONTESCO.—¡Poder de lo alto! Ayer falleció mi mujer de pena por el destierro de mi hijo. ¿Hay reservada alguna pena más para mi triste vejez?

PRÍNCIPE.—Tú mismo puedes verla.

MONTESCO.—¿Por qué tanta descortesía, hijo mío? ¿Por qué te atreviste a ir al sepulcro antes que tu padre?

PRÍNCIPE.—Contened por un momento vuestro llanto, mientras busco la fuente de estas desdichas. Luego procuraré consolaros o acompañaros hasta la muerte. Callad entré tanto: la paciencia contenga un momento al dolor. Traed acá a esos presos.

FRAY LORENZO.—Yo, el más humilde y a la vez el más respetable por mi estado sacerdotal, pero el más sospechoso por la hora y el lugar, voy a acusarme y a defenderme al mismo tiempo.

PRÍNCIPE.—Decidnos lo que sepáis.

FRAY LORENZO.—Lo diré brevemente, porque la corta vida que me queda, no consiente largas relaciones. Romeo se había desposado con Julieta. Yo los casé, y el mismo día murió Teobaldo. Esta muerte fue causa del destierro del desposado y del dolor de Julieta. Vos creísteis mitigarle, casándola con Paris. En seguida vino a mi celda, y loca y ciega me rogó que buscara una manera de impedir esta segunda boda, porque si no, iba a matarse en mi presencia. Yo le di un narcótico preparado por mí, cuyos efectos simulaban la muerte, y avisé a Romeo por una carta, que viniese esta noche (en que ella despertaría) a ayudarme a desenterrarla. Fray Juan, a quien entregué la carta, no pudo salir de Verona, por súbito accidente. Entonces me vine yo solo a la hora prevista, para sacarla del mausoleo, y llevarla a mi convento, donde esperase a su marido. Pero cuando llegué, pocos momentos antes de que ella despertara, hallé muertos a Paris y a Romeo. Despertó ella, y le rogué por Dios que me siguiese y respetara la voluntad suprema. Ella, desesperada, no me siguió, y a lo que parece, se ha dado la muerte. Hasta aquí sé. Del casamiento puede dar testimonio su ama. Y si yo delinqué en algo, dispuesto estoy a sa-

crificar mi vida al fallo de la ley, que sólo en pocas horas podrá adelantar mi muerte.

PRÍNCIPE.—Siempre os hemos tenido por varón santo y de virtudes. Oigamos ahora al criado de Romeo.

BALTASAR.—Yo di a mi amo noticia de la muerte de Julieta. A toda prisa salimos de Mantua, y llegamos a este cementerio. Me dio una carta para su padre, y se entró en el sepulcro desatentado y fuera de sí, amenazándome con la muerte, si en algo yo le resistía.

PRÍNCIPE.—Quiero la carta: ¿y dónde está el paje que llamo a la ronda?

PAJE.—Mi amo vino a derramar flores sobre el sepulcro de Julieta. Yo me quedé cerca de allí, según sus órdenes. Llegó un caballero y quiso entrar en el panteón. Mi amo se lo estorbó, riñeron, y yo fui corriendo a pedir auxilio.

PRÍNCIPE.—Esta carta confirma las palabras de este bendito fraile. En ella habla Romeo de su amor y de su muerte: dice que compró veneno a un boticario de Mantua, y que quiso morir, y descansar con su Julieta. ¡Capuletos, Montescos, ésta es la maldición divina que cae sobre vuestros rencores! No tolera el cielo dicha en vosotros, y yo pierdo por causa vuestra dos parientes. A todos alcanza hoy el castigo de Dios.

CAPULETO.—Montesco, dame tu mano, el dote de mi hija: más que esto no puede pedir tu hermano.

MONTESCO.—Y aún te daré más. Prometo hacer una estatua de oro de la hermosa Julieta, y tal que asombre a la ciudad.

CAPULETO.—Y a su lado haré yo otra igual para Romeo.

PRÍNCIPE.—¡Tardía amistad y reconciliación, que alumbra un sol bien triste! Seguidme: aún hay que hacer más: premiar a unos y castigar a otros. Triste historia es la de Julieta y Romeo

FIN

Romanticismo.-

El Romanticismo es un movimiento literario cultural que se revela contra las normas estrictas de los neoclásicos,

La poesía romántica fue arrebatada, pasional, subjetiva, combativa, polemista. Los escritores románticos tuvieron como punto de partida el yo interno, expresando sus sentimientos y emociones dando rienda suelta a su pensamiento olvidándose de la métrica y la rima, siendo su único objetivo el concepto que trataban de transmitir.

El romanticismo tiene sus principios en Alemania e Inglaterra y desde ahí fue difundido por toda Europa; se puede considerar que se inicia a fines del siglo XVIII y que llegó a su esplendor durante la primera mitad del siglo XIX.

Las características literarias del romanticismo son:

1. En cuanto al fondo:

a) Predominio del yo romántico, el idealismo y la melancolía, en oposición al clasicismo, que debe mantenerse fiel a las normas subjetivas, el romanticismo es profundamente subjetivo, la fantasía romántica idealiza la realidad.

b) El espiritualismo acentuado cuando contribuye a marcar el despego de las cosas materiales.

c) El culto al sentimiento. El amor arrebatado o nostálgico es el objeto capital de los poetas.

d) La valoración del paisaje. El romanticismo se identifica con el paisaje grandioso y melancólico, lo nocturno, los lugares sombríos y misteriosos, el mar infinito, etc...

e) La adoración por lo medieval y exótico, buscando -

los escenarios adecuados a su fantasía, fuera de la realidad que los rodea.

f) El sentimiento nacional, contrario al neoclasicismo, de gusto generalmente europeo, despierta interés por lo popular, lo folklórico, lo típico y pintoresco de cada país y la exaltación por los movimientos de liberación nacional.

2. En cuanto a la forma.

a) La Libertad. El neoclasicismo con su rigor preceptista ocasionó un arte sin personalidad. El romanticismo proclamó en primer lugar la libertad del artista para crear su obra como la siente, afirmando que el arte no es instrumento de educación sino vehículo de los sentimientos de su creador.

b) La Expresión. Para el romanticismo las obras no son bellas o feas según se ajusten o no a los modelos clásicos. El gusto por los contrastes, el uso mezclado de verso y prosa; en teatro la expresión de las tres unidades, la mezcla de lo cómico y lo trágico, polimetría un poco anárquica; las exclamaciones violentas o patéticas, las evocaciones pintorescas o brillantes, la sátira despiadada y el elogio vehemente se utilizan para llevar al lector la emoción que experimenta el artista, para impresionarlo más que para convencerlo, pero sobre todas estas manifestaciones se hacen en una forma totalmente expresiva.

c) El Lenguaje. El romanticismo emplea un vocabulario enérgico y pintoresco, crea frases típicas inconfundibles (siempre de sustantivo y adjetivo, colocando el adjetivo antes del sustantivo, para darle mayor fuerza a su expresión) como: gubres vientos, súbito temor, vana ilusión, etc...

Algunos escritores románticos fueron: En Alemania, Goethe, Schlegel, Heine; en Inglaterra Lord Byron, G. Gordon, Sir Walter Scott, S.T. Coleridge; en Francia A. de la Martine, Victor Hugo, Chateaubriand, Madame de Staël, A. de Musset; en España José de Rivas, José de Espronceda, José de Larra, José Zorrilla, Gustavo Adolfo Becker; en Estados Unidos, Washington Irving, Fenimore Cooper y Edgar Allan Poe.

Este movimiento filosófico-social-artístico llegó a México a través de España y Francia, para la primera mitad del siglo XIX la creación literaria en México tiene una característica romántica y sus cultivadores son numerosos, podemos considerar que el romanticismo se inicia en México alrededor del año de 1830.

El movimiento romántico mexicano se puede dividir en tres etapas: El de la Independencia, La Academia de Letrán y el Libre Hidalgo.

De la etapa de la Independencia se considera a Francisco Sánchez de Tagle, Andrés Quintana Roo y Francisco Ortega.

Los poemas de estos escritores fueron principalmente escritos para exaltar el movimiento de independencia.

De la etapa de la Academia de Letrán se considera a Guzmán Prieto, a Andrés Quintana Roo, Ignacio Rodríguez Galván, Manuel Payno, etc... Estos escritores tenían el propósito de

percibir el estímulo recíproco, la crítica objetiva y de promover la creación literaria; lograr la corrección en el estilo para dar a las letras un carácter propio; reunir a escritores de todas las clases sociales para hacer crítica; tener actitudes plenamente románticas y ampliar su panorama traduciendo a Goethe, Victor Hugo, Byron y otros.

En la etapa del Liceo Hidalgo se encuentran escritores como Francisco Zarco, Florencio M. del Castillo, Vicente Riva Palacio, Guillermo Prieto, Manuel M. Flores, Manuel Acuña y otros.

El Liceo Hidalgo se formó con escritores que habían pertenecido a la Academia de Letras y los nuevos escritores en su totalidad, pertenecieron al Liceo hasta el año de 1882, cuando se clausuró; su propósito era lograr el nacionalismo de la literatura mexicana, se discutía, revisaba y criticaba; se rendían homenajes, se promovían y difundían concursos y se publicaban obras.

Edgar Allan Poe.

Edgar Allan Poe (1809-1849). Este famoso escritor norteamericano es uno de los máximos exponentes de la literatura romántica, nació en Boston y murió en Nueva York. Huérfano desde casi niño, lo recogió un comerciante rico de Virginia (John Allan). Hizo sus primeros estudios en Inglaterra y volvió para continuarlos en Virginia. Se distinguió por su inteligencia, su carácter alocado, los deportes y su afición al juego y a la bebida. Fue militar un tiempo y después se dedicó a la vida civil. En 1823 ganó su primer premio (100 dólares) por un cuento que obtuvo el primer lugar y que fue publicado en una revista. En 1836 se casó con su prima Virginia Cleem que era menor de edad; vivió con su prima, ahora esposa, y su tía y llevó una vida holgada.

En 1845 publicó su inmortal poema "El Cuervo". Su fama apoteósica y su vida fue fácil. Su esposa murió muy joven;

lo encontraron inconsciente en un vagón de ferrocarril; después fue hallado embriagado en una taberna y murió luego en un hospital después del delirium tremens.

Poe escribe también algunos cuentos de terror, los cuales son considerados como precedente de la novela policiaca. Entre los mejores cuentos están: La Caída de la Casa de Usher, El Esplendor de Oro, El Corazón Revelador, Doble Crimen de la Casa de la Morgue, etc.

Con el objeto de que tú observes y analices algunas características del romanticismo, se incluye para tu lectura "La Caída de la Casa Usher" que es considerada una de las mejores obras del autor y para algunos es también algunos datos autobiográficos del mismo.

LA CAÍDA DE LA CASA DE USHER

Su corazón es un laúd colgado; apenas lo tocan, resuena.

DE BÉRANGER

Durante un día entero de otoño, oscuro, sombrío y silencioso en que las nubes pesaban opresoras y bajas en los cielos, había atravesado solo y a caballo una extensión particularmente lúgubre del país, y finalmente, cuando las sombras de la noche se acercaban, me encontré a la vista de la melancólica Casa de Usher. No sé cómo aconteció, pero, a la primera mirada que arrojé sobre el edificio, penetré en mi espíritu un sentimiento de insufrible tristeza. Digo insufrible, ya que aquel sentimiento no estaba mitigado por aquella emoción semiagradable por ser poética con que el ánimo recibe en general hasta la severidad de las naturales imágenes de la desolación y del terror. Contemplaba yo la escena desplegada ante mi vista: la simple casa, el sencillo paisaje propio de la posesión, los muros helados, las ventanas que semejan ojos vacíos, unos cuantos juncos alineados y algunos troncos blancos y enfermizos; contemplaba todo eso sintiendo una completa depresión en mi alma que no podría compararse apropiadamente, entre las sensaciones terrenas, sino con aquel ensueño posterior del fumador de opio, con aquella amarga vuelta a la vida diaria, a la horrible y lenta caída del velo. Era una sensación glacial, un decaimiento, una náusea en el corazón, una irremediable tristeza de pensamiento que ningún estímulo de la imaginación podía reavivar ni impulsar a lo sublime. ¿Qué era — me detuve para pensarlo — qué era lo

que me desalentaba así al contemplar la Casa de Usher? Misterio de todo punto insoluble; luchar no podía contra las tétricas visiones que se amontonaban sobre mí en tanto que reflexionaba sobre ello. Víme forzado a recurrir a la conclusión no satisfactoria de que sin lugar a duda existen combinaciones de objetos naturales muy sencillas que poseen el poder de afectarnos de esta manera, aunque el análisis de tal poder esté basado en consideraciones que nos harían perder el pie. Pensé que era posible que una simple diferencia en la colocación de los detalles de la decoración, de los pormenores de un cuadro, fuese suficiente para modificar o quizás para aniquilar esa capacidad de impresión dolorosa. Actuando conforme a esta idea, guíe mi caballo hacia la orilla escarpada de un negro y lúgubre estanque que se extendía con tranquilo brillo ante la casa, mirando con fijeza hacia abajo — pero con un sobresalto aún más aterrador que antes — las imágenes recompuestas e invertidas de los grisáceos juncos, de los troncos de árboles siniestros y de las ventanas parecidas a ojos sin inteligencia.

No obstante, en aquella mansión de melancolía me proponía residir unas semanas. Su propietario, Roderick Usher, había sido uno de mis juveniles camaradas de infancia; pero habían transcurrido muchos años desde nuestra última entrevista. Con todo, había yo recibido recientemente, en una alejada parte de la co-

EDGAR ALLAN POE

marca, una carta de él, con tal tono de vehemente apremio, que no admitía otra respuesta que mi presente excitación nerviosa. Su autor me hablaba de una dolencia física aguda, de una afección mental que lo oprimía, y de un ardiente deseo de verme, ya que era su mejor amigo, y en realidad, el único, pues pensaba hallar en el gozo de mi compañía algún alivio para su mal. No me permitió vacilación el modo como me decía estas cosas y muchas más, en aquella manera de abrirme su pecho. Por tanto, obedecí de inmediato lo que yo consideraba, no obstante, como una invitación de lo más extraño.

Aun cuando de niños hubiéramos sido amigos íntimos, en realidad sabía yo muy poco de mi amigo. Una reserva excesiva había entrado siempre dentro de sus costumbres. Sabía, sin embargo, que pertenecía a una familia antiquísima que desde tiempos inmemoriales se había distinguido por una especial sensibilidad de temperamento, desplegada, al través de siglos, en numerosas obras de elegante arte, y que se había manifestado desde antiguo en actos repetidos de una generosa y discreta magnanimidad, así como en un amor apasionado por las dificultades, más que quizás que por las bellezas ortodoxas, siempre tan fácilmente reconocibles, de la ciencia musical. Hecho muy notable de que, del linaje de la estirpe de los Usher, jamás gloriosamente antiguo que nunca había brotado, en época moderna, ninguna rama duradera; en sus palabras, que la familia entera se había perpetuado en línea directa, con algunas excepciones insignificantes y pasajeras. Esta deficiencia — pensé, en tanto revisaba mentalmente la perfecta concordancia de aquellos asertos con el carácter proverbial de la raza, y mientras reflexionaba en la probable influencia cualquiera de ellas podría haber

ejercido sobre la otra en una larga serie de siglos — esta deficiencia quizás de rama colateral y de la consiguiente transmisión directa de padre a hijo, del patrimonio del nombre, era lo que a la larga había identificado tan bien a los dos, reuniendo el título originario de la posesión con la arcaica y equívoca denominación de "Casa de Usher", la cual denominación era empleada por los lugareños, y que parecía juntar en su espíritu la familia y la mansión solariega.

Ya dije que el único efecto de mi experiencia un tanto pueril — quiero decir, haber mirado el estanque — fue tornar más profunda aquella primera y tan singular impresión. No puedo dudar que la conciencia de mi acrecentada superstición — ¿por qué no definirla así? — haya servido para acelerar aquel crecimiento. Yo sabía desde hacía mucho que tal es la ley paradójica de todos los sentimientos que tienen por base el terror. Y aquella fue quizás la sola razón que hizo que brotase en mi mente — cuando mis ojos se alzaron hacia la casa misma desde la imagen del estanque — una visión extraña, una idea tan ridícula, a la verdad, que, si la menciono, es para demostrar la vívida fuerza de las sensaciones que me oprimían. Mi imaginación había trabajado tanto, que llegué a creer en realidad que flotaba una atmósfera particular en torno de la casa y la posesión enteras, así como en los lugares más cercanos, atmósfera que no guardaba ninguna afinidad con el aire del cielo, sino que se desprendía de los enfermizos árboles, de los muros grises y del silencioso estanque, y un vapor pestilente y místico, apenas visible, opaco, pesado, de un tono plomizo.

Sacudí de mi espíritu lo que no podía ser sino un sueño, y examiné con más atención el aspecto real del edificio. Su rasgo distintivo principal parecía ser el de una excesiva antigüedad. Era grande la decolora-

ción producida por los siglos. Menudos hongos recubrían toda la fachada, y la tapizaban, a partir del techo, como una fina tela curiosamente bordada. Pero ciertamente todo aquello no implicaba ningún deterioro fuera de lo común. Ninguna parte de mampostería se había desprendido, y parecía existir una contradicción extraña entre la consistencia general intacta de todas sus partes y el estado particular de las piedras desmenuzadas, lo que me recordaba mucho la especiosa integridad de esas antiguas maderas labradas que se han podrido durante largos años en alguna olvidada cueva, sin contacto con el soplo del aire exterior. Abstracción hecha de este indicio de ruina extensiva, el edificio no presentaba ningún síntoma de inestabilidad. Acaso la mirada de un observador escrupuloso hubiera descubierto una grieta apenas visible, que, extendiéndose desde el tejado de la fachada, bajaba en zigzag por el muro e iba a perderse en las téntricas aguas del estanque.

En tanto que observaba estas cosas, seguí a caballo un corto terraplén hasta la casa. Un lacayo que esperaba cogió mi caballo, y yo entré por el arco gótico del vestíbulo. Un criado de furtivo andar me condujo en silencio, desde allí, al través de muchos corredores intrincados y oscuros, hacia el estudio de su amo. Muchas de las cosas que encontré en el camino contribuyeron, ignoro por qué, a exaltar aquellas vagas sensaciones de que ya hablé antes. Los objetos que me rodeaban —las molduras de los techos, los tapices sombríos de las paredes, la negrura de ébano de los pisos y los fantasmagóricos trofeos de armas que tintineaban a mi paso—, eran cosas muy conocidas de mí, a las cuales estaba acostumbrado desde mi infancia; y aunque no dudaba en reconocerlas como familiares, me sorprendió lo insólitas que eran las fantasías que aquellas imágenes ordinarias despertaban en mí. En una de las

escaleras me topé con el médico de la familia. Pensé que su semblante mostraba una expresión que era una mezcla de baja astucia y de perplejidad. Me saludó con azoramiento y pasó. El criado abrió entonces una puerta y me introdujo a presencia de su señor.

La habitación en que me encontraba era muy amplia y alta; las ventanas largas estrechas y ojivales se abrían a tanta distancia del negro piso de roble, que eran inalcanzables en absoluto desde dentro. Unos débiles rayos de roja luz se abrían paso al través de los cristales enrejados y permitían diferenciar suficientemente los principales objetos que se hallaban en torno; empero, la mirada se fatigaba en vano por alcanzar los rincones más lejanos de la estancia, o los entrantes del techo abovedado y con artesones. Oscuros tapices colgaban de las paredes. El mobiliario general era excesivo, incómodo, antiguo y deslucido. Muchos libros e instrumentos musicales se veían esparcidos en torno, pero no lograban comunicarle ninguna vitalidad a la escena. Sentía yo que respiraba una atmósfera penosa. Y todo aquello estaba penetrado por un aire de severa, profunda e irremediable melancolía.

Cuando entré, Usher se levantó de un sofá sobre el cual se hallaba tendido por completo y me saludó con una calurosa viveza que mucho se asemejaba (fue mi primer pensamiento) a una exagerada cordialidad, al obligado esfuerzo de un hombre de mundo *ennuyé*. Con todo, una ojeada lanzada a su rostro me convenció de su perfecta sinceridad. Nos sentamos, y durante unos instantes, en tanto que él callaba, lo observé con un sentimiento, mitad de compasión y mitad de espanto.

Ciertamente jamás hombre alguno había cambiado de una manera tan tremenda, en tan breve tiempo, como Roderick Usher! A duras penas pude yo mismo llegar a persuadirme de que eran los mismos el hombre

que estaba frente a mí, y el compañero de mis primeros años. Con todo el carácter de su fisonomía siempre había sido notable. Un cutis cadavérico; ojos grandes, líquidos y luminosos sobre toda comparación; labios finos, muy pálidos, pero de una curva sobremanera bella; nariz de un delicado tipo hebreo, pero de anchura desacomodada en semejante forma; barbilla moldeada con finura y cuya falta de prominencia indicaba falta de carácter; cabello que parecía tela de araña por su suave tenuidad; todos estos rasgos, unidos a un desarrollo frontal excesivo, constituían en conjunto una fisonomía que no era fácil olvidar. Y al presente, la simple exageración del tono predominante de aquellas facciones y la expresión que mostraban, me hacían ver un cambio tal, que dudaba yo de la persona con quien estaba hablando. La espectral palidez de la piel y el brillo ahora milagroso de los ojos, me sobrecogían por sobre todas las cosas y hasta me aterraban. Además, había dejado crecer su sedoso cabello descuidadamente, y como aquella textura de telaraña flotaba más que caía en torno de la cara, no podía yo, ni esforzándome, relacionar aquella expresión arabesca con ninguna idea de simple humanidad.

En principio me chocó cierta incoherencia, cierta contradicción en las maneras de mi amigo, mas pronto me puse en claro que aquello se debía a una serie de pequeños y fútiles esfuerzos por vencer un azoramiento habitual y una excesiva agitación nerviosa. Estaba yo preparado para todo de este género, no sólo por su historia, sino también por ciertos rasgos que recordaba yo de su infancia por conclusiones deducidas de su conformación física y de su temperamento. Sus actos eran alternativamente vivos e indolentes. Su carácter cambiaba rápidamente de una decisión trémula (cuando el espíritu vital parecía enteramente ausente) a esa especie de concisión enér-

gica, a esa enunciación abrupta, pesada, lenta —una enunciación hueca—, a esa habla gutural, plúmbea, tersamente modulada y equilibrada que puede observarse en el borracho perdido o en el incorregible fumador de opio, durante los períodos de su más intensa excitación.

Fue así como me habló del objeto de mi visita, de su ardiente deseo de verme y de la alegría que esperaba de mí. Durante largo tiempo habló de lo que pensaba acerca del carácter de su enfermedad. Era, dijo, un mal constitucional, de familia, para el cual desesperaba de encontrar remedio; una simple afección nerviosa, añadió luego, que, a no dudar, desaparecería pronto. Dicho mal se ponía de manifiesto en una multitud de sensaciones extranaturales. Algunas de ellas, en tanto me las describía, me interesaron y me confundieron, aunque quizás el tono y los gestos de su relato influyeron bastante en ello. Sufría vivamente de una agudeza mórbida de los sentidos; tan sólo toleraba los alimentos más insípidos; sólo podía usar prendas de determinado tejido; los aromas de todas las flores le producían sofocaciones; la luz, incluso débil, atormentaba sus ojos; sólo unos cuantos sonidos peculiares de instrumentos de cuerda no le inspiraban horror.

Vi que era esclavo forzoso de una especie de terror anómalo. —Moriré —dijo—; es preciso que muera de esta deplorable locura. Así, así y no de otra manera moriré. Temo los acontecimientos futuros, no por sí mismos, sino por sus consecuencias. Me estremezco al pensar en cualquier cosa, al pensar en cualquier trivial incidente, que puedan actuar sobre esta insoportable agitación de mi alma. No le tengo verdaderamente horror al peligro, excepto en su efecto positivo: el terror. En este estado de excitación, en este estado deplorable, presiento que tarde o temprano llegará el momento en que me abandonarán a la

vez la vida y la razón, en alguna lucha con el horroroso fantasma, con el miedo.

Supe también a intervalos, y por confidencias interrumpidas y ambiguas, otra particularidad de su situación moral. Se sentía encadenado por ciertas supersticiones ligadas a la mansión que habitaba, de la que no se había atrevido a salir nunca desde hacía muchos años, y relativas a una influencia cuya supuesta fuerza describía con palabras demasiado sombrías para repetir las aquí, una influencia que algunas particularidades en la forma misma y en la naturaleza de la mansión habían impreso en su espíritu —a fuerza de soportarlas durante largo tiempo, decía—, un efecto que lo físico de los muros grises, de las torrecillas y del estanco negrozco donde se reflejaba toda la construcción, había a la larga creado sobre lo moral de su existencia.

Admitía no obstante, aunque con vacilaciones, que mucha parte de la peculiar melancolía que lo afligía, podía atribuirse a un origen más natural y mucho más palpable: a la enfermedad cruel y ya antigua, a la muerte, en fin, evidentemente cercana, de una hermana tiernamente amada, su sola compañera desde hacía largos años, su última y sola pariente en la tierra. "Su fallecimiento —dijo él con una amargura que no olvidaré nunca— me dejará a mí, el desesperanzado, el débil, como el último de la antigua raza de los Usher."

En tanto que hablaba, lady Madeline —así se llamaba ella— pasó por un lugar apartado de la habitación y desapareció sin fijarse en mi presencia. Le miré con enorme asombro, en el que se mezclaba cierto terror; pero no pareció imposible darme cuenta de mis propios sentimientos. Me oprimía una sensación de estupor mientras mis ojos seguían sus pasos que se alejaban. Cuando al cabo se cerró una puerta tras ella, mi mirada buscó

instintiva y curiosamente el rostro de su hermano; pero él se había cubierto el rostro con las manos, y no pude ver sino una palidez más que ordinaria que se había extendido sobre sus descarnados dedos al través de los cuales se filtraba una lluvia de apasionadas lágrimas.

Durante largo tiempo la enfermedad de lady Madeline había desconcertado la ciencia de los médicos. El singular diagnóstico se componía de una apatía constante, un agotamiento gradual de su persona, y frecuentes, aunque pasajeros, ataques de carácter casi cataléptico. Hasta esos momentos había soportado con firmeza la pesadumbre de su enfermedad y no se había resignado aún a ponerse en cama; pero, al caer la tarde de mi llegada a casa cedió —como su hermano me lo contó en la noche con una agitación inexpressable— al poder aplastante del mal, y supe que la ojeada que le había dado sería probablemente la última, que ya nunca más vería a aquella dama, viva al menos.

Durante unos cuantos días que siguieron, ni Usher ni yo pronunciamos su nombre, y durante este período hice cuanto esfuerzo me fue posible para aligerar la melancolía de mi amigo. Pintamos y leímos juntos, o bien, como en un sueño, escuchaba yo sus extrañas improvisaciones en su elocuente guitarra. Y de este modo, a medida que una intimidad más y más estrecha me abría más familiarmente las profundidades de su alma, reconocía yo más amargamente la vanidad de todos mis esfuerzos por reanimar su espíritu, cuya negrura, como una propiedad que le fuese inherente, derramaba una irradiación incesante de tinieblas sobre todos los objetos del universo físico y moral.

Guardaré siempre el recuerdo de muchas horas solemnes que pasé solo con el dueño de la Casa de Usher. Pero trataría en vano de definir el carácter exacto de los estudios o de las ocupaciones en que

me complicaba o cuyo camino me mostraba. Un idealismo ardiente, excesivo y mórbido proyectaba su luz sulfurosa sobre todas las cosas. Sus largas y fúnebres improvisaciones resonaban eternamente en mis oídos. Entre otras cosas, recuerdo dolorosamente una cierta paráfrasis rara, una perversión del aire, ya muy extraño, del último vals de Von Weber. En cuanto a las pinturas que elaboraba su laboriosa fantasía, y que llegaban, pincelada a pincelada a una vaguedad que me daba escalofríos, escalofríos tanto más penetrantes cuanto que temblaba yo sin saber por qué; en cuanto a aquellas pinturas, tan vivas para mí que aún persiste su imagen ante mis ojos, trataría yo en vano de extraer de ellas la más mínima parte que pudiera estar contenida en el ámbito de las simples palabras escritas. Por la absoluta simplicidad, por la desnudez de sus dibujos, inmovilizaba y sobrecogía la atención. Si en alguna ocasión algún mortal pintó una idea, ese mortal fue Roderick Usher. A lo menos para mí —en las circunstancias que me rodeaban— se elevaba, de las puras abstracciones que el hipocondríaco se ingeniaba para arrojar sobre la tela, un terror intenso, irresistible, cuya sombra no sentí nunca al contemplar los sueños, refulgentes sin duda, aunque demasiado concretos, de Fuseli. Podría ser esbozada, aunque apenas, con palabras, una de las concepciones fantasmagóricas de mi amigo, en que el espíritu de abstracción no participaba con tanta rigidez. Era un cuadro que representaba el interior de una cueva o de un subterráneo inmensamente largo, rectangular, con muros bajos, pulidos, blancos, sin ningún ornato, sin ninguna interrupción. Algunos detalles accesorios de la composición servían para hacer comprender que esta galería se encontraba a una profundidad excesiva bajo la superficie de la tierra. No se veía ninguna salida a lo largo de su vasta extensión, ni

se divisaba ninguna antorcha o alguna fuente artificial de luz; sin embargo, rodaba de parte a parte una oleada de rayos intensos, bañándolo todo de un esplendor fantástico e incomprensible.

Acabo de hablar de ese estado morboso del nervio auditivo que hacía intolerable toda música para el desdichado, con la excepción de ciertos efectos de los instrumentos de cuerda. Eran quizás los estrechos límites a que se había confinado él mismo al tocar la guitarra, los que en gran parte habían dado aquel carácter fantástico a sus interpretaciones. Pero, en cuanto a la fogosa facilidad de sus improvisaciones, no era posible explicarla de la misma manera. Debían ser, y lo eran, en efecto, en las notas lo mismo que en las palabras de sus fogosas fantasías (pues las acompañaba a menudo con improvisaciones verbales rimadas), resultado de ese intenso recogimiento y de aquella concentración de fuerzas mentales que no se manifestaban, como ya lo dije, sino en los casos particulares de la más alta excitación artificial. Me acuerdo con facilidad de las palabras de una de aquellas rapsodias. Acaso me impresionó más fuertemente cuando él me la mostró, porque, en el sentido interior y místico de la obra, descubrí por primera vez que Usher tenía plena conciencia de su estado, es decir, que sentía que su sublime razón se tambaleaba en su trono. Aquellos versos, titulados "El Palacio Encantado", eran poco más o menos, si no al pie de la letra, los siguientes:

TECAS

En el más verde de nuestros valles
habitado por benéficos ángeles,
un bello y majestuoso palacio, antaño,
—un radiante palacio—, se levantaba
Era en los dominios del monarca Pen-
[samiento
donde él se levantaba.

LA CAÍDA DE LA CASA DE USHER

Jamás Serafín alguno desplegó el ala sobre ningún edificio la mitad de bello.

II

Banderas amarillas, soberbias, doradas, flotaban y ondulaban sobre su remate; (Esto ocurría, todo esto, en los viejos, en los muy viejos tiempos.)
Y, a cada dulce brisa que soplaban en aquel grato tiempo, a lo largo de los muros empenachados y pálidos se desprendía un aroma alado.

III

Los viajeros que atravesaban ese hermoso valle, miraban, al través de ventanas luminosas, espíritus que se movían armoniosamente a los sonos de un laúd bien templado; todo en derredor de un trono, donde, sentado, ¡un verdadero Porfirógénito! rodeado de un fausto digno de su gloria se mostraba como señor del reino.

IV

Y toda resplandeciente de perlas y rubíes era la puerta del hermosísimo palacio por la que salían a oleadas, a oleadas, y centelleaban incesantemente una turba de Ecos cuya grata misión era tan sólo cantar con acentos de exquisita belleza el talento y la sabiduría de su rey.

V

Pero criaturas malvadas vestidas de luto asaltaron la alta autoridad del monarca, ¡Ah! ¡Lloremos, porque ya nunca el alba de un mañana

brillará sobre él, el desdichado!
Y en torno de su mansión, la gloria que se empurpuraba y florecía no es ya sino una historia, recuerdo tenebroso de las viejas edades difuntas.

VI

Y ahora los viajeros, en ese valle, al través de las ventanas rojizas miran vastas formas moviéndose fantásticamente a los sonos de una música discordante, en tanto que, como un arroyuelo pállido y lúgubre, al través de la pálida puerta, una horrenda multitud se abalanza eternamente riendo... pues que ya no puede sonreír.

Recuerdo muy bien que las inspiraciones que nacieron de esta balada nos arrojaron en una corriente de ideas, en medio de las cuales se manifestó una opinión de Usher que cito, no por su novedad —puesto que otros hombres¹ pensaron de la misma manera—, sino a causa de la tenacidad con que la defendió. Esta opinión, en su forma general, era la de la sensibilidad de todos los seres vegetales. Pero, en su imaginación trastornada, la idea había tomado un carácter aún más audaz, e invadía, bajo ciertas condiciones, el reino inorgánico. Me faltan palabras para expresar toda la extensión, toda la seriedad, todo el abandono de su convencimiento. Sin embargo, esta creencia se relacionaba (como ya lo sugerí) con las piedras grises de la mansión de sus antepasados. Aquí, las condiciones de la sensibilidad estaban cumplidas, según él se imaginaba, por el método que había presidido la construcción —por la posición respectiva de las piedras, así como por los numerosos hongos que las recubrían y los árboles enfermi-

¹ Watson, el doctor Percival, Spallanzani, y, especialmente, el obispo de Landaff.

EDGAR ALLAN POE

zos que se alzaban en torno—, pero sobre todo por la inmutabilidad de esta disposición y por su desdoblamiento en las aguas dormidas del estanque. La prueba —la prueba de aquella sensibilidad— decía él, estaba —y yo le oía hablar, sobresaltado— en la gradual pero evidente condensación, por encima de las aguas, en torno de los muros, de una atmósfera que les era propia. El resultado —añadía— se descubría en aquella influencia muda, pero importuna y terrible, que desde hacía siglos habla, por decirlo así, moldeado los destinos de su familia, y que lo hacía a él tal como yo lo veía ahora, tal como era. Semejantes opiniones no necesitan comentarios, y no los haré.

Nuestros libros, los libros que desde hacía años constituían gran parte de la existencia espiritual del enfermo, estaban, como bien puede suponerse, en perfecto acuerdo con este carácter de visionario. Analizábamos juntos obras tales como el *Vertvert* y *La Chartreuse*, de Gresset; el *Belphegor*, de Maquiavelo; *Las Maravillas del Cielo y del Infierno*, de Swedenborg; el *Viaje Subterráneo de Nicolas Klimm*, de Holberg; *La Quiromancia*, de Robert Flud, de Jean d'Indaginé y de De la Chambre; el *Viaje por el Espacio Azul*, de Tieck, y *La Ciudad del Sol*, de Campanella. Uno de sus volúmenes favoritos era una pequeña edición in-octavo del *Directorium inquisitorium*, del dominico Eymeric De Gironne; había pasajes en Pomponio Mela, a propósito de los antiguos Sátiros africanos y de los Egipcios sobre los cuales soñaba Usher durante horas enteras. No obstante, su principal delicia la encontraba en la atenta lectura de un rarísimo y curioso libro gótico in-cuarto —el manual de una iglesia olvidada—: las *Vigiliae Mortuorum secundum Chorum Ecclesia Maguntinae*.

Pensaba, a pesar mío, en el extraño rito contenido en este libro y en su influencia probable sobre el

hipocondríaco, cuando, una noche, habiéndome informado bruscamente que lady Madeline ya no existía, me anunció su intención de conservar el cuerpo durante quince días, a la espera del entierro definitivo, en una de las numerosas criptas situadas bajo los gruesos muros del castillo. La razón profana que daba acerca de aquella singular manera de obrar, era una de aquellas razones que yo no me sentía con el derecho de contradecir. Como hermano —me dijo—, había adoptado aquella resolución en consideración al carácter insólito de la enfermedad de la difunta, en razón de una cierta curiosidad impertinente e indiscreta de parte de los hombres de ciencia, y de la situación alejada del panteón familiar. Confieso que, cuando recordé el siniestro semblante del individuo que había encontrado en la escalera la tarde en que llegué al castillo, no sentí deseo de oponerme a lo que consideré todo lo más como una precaución muy inocente, sin duda, pero ciertamente muy natural.

A ruego de Usher, lo ayudé personalmente en los preparativos de aquella sepultura temporal. Colocamos el cuerpo en el féretro y entre los dos lo llevamos al lugar de su reposo. La cripta en la que lo dejamos —había permanecido cerrada durante tanto tiempo que nuestras antorchas, semiapagadas en aquella atmósfera sofocante, no nos permitían ninguna investigación—, era pequeña, húmeda, y no dejaba penetrar la luz; estaba situada, a gran profundidad, exactamente abajo de la parte del castillo que correspondía a mi recámara. Probablemente había sido utilizada en los viejos tiempos feudales como mazmorra, y, en tiempos posteriores, como depósito de pólvora o de alguna otra materia fácilmente inflamable, pues una parte del suelo y todas las paredes de un largo vestíbulo que atravesamos para llegar a ella, estaban cuidadosamente revestidas de cobre.

La puerta, de hierro macizo, había sido protegida de la misma manera. Cuando aquel inmenso peso giraba sobre sus goznes producía un sonido singularmente agudo y discordante.

Depositamos nuestro fúnebre fardo sobre unos soportes en aquella región de horror; apartamos un poco la tapa del féretro que no estaba aún atornillada y contemplamos el rostro del cadáver. Llamó desde luego mi atención un parecido chocante entre el hermano y la hermana, y Usher, adivinando probablemente mis pensamientos, murmuró algunas palabras con las que me dio a entender que la difunta y él eran gemelos y que siempre habían existido entre ellos simpatías de una naturaleza casi inexplicable. Nuestras miradas, con todo, no permanecieron durante mucho tiempo fijas sobre la muerta, pues no podíamos contemplarla sin espanto. La enfermedad que había llevado a lady Madeline a la tumba en la plenitud de su juventud, había dejado, como acontece ordinariamente en todas las enfermedades de carácter estrictamente cataleptico, la ironía de una débil coloración en el pecho y en la cara, y en los labios esa sonrisa equívoca y morosa que es tan terrible en la muerte. Colocamos la cubierta en su lugar y la atornillamos, y, después de haber asegurado la puerta de hierro, emprendimos de nuevo el camino hacia las habitaciones superiores que no eran menos melancólicas.

Y luego, después de un lapso de varios días llenos de amarga pena, se operó un cambio notable en los síntomas de la enfermedad moral de mi amigo. Sus maneras habituales desaparecieron. Descuidaba y olvidaba sus ocupaciones ordinarias. Erraba de estancia en estancia con pasos precipitados, desiguales y sin rumbo. La palidez de su rostro había tomado quizás un color aún más espectral; pero la luminosidad de sus ojos había desaparecido por completo. Yo ya no escuchaba aquel to-

no de voz áspero de que usaba antes en ocasiones, y su pronunciación singularizaba habitualmente por los ejemplos que se hubiera dicho causado por un extremo terror. Me ocurría a las veces pensar que su espíritu, incesantemente agitado, era torturado por algún secreto sofocante, y que él no se sentía con el valor suficiente para revelarlo. Otras veces me veía obligado a pensar en que se trataba simplemente de las rarezas inexplicables de la demencia, pues lo veía mirar al vacío durante largas horas en actitud de la más profunda atención como si escuchase un ruido imaginario. No es de extrañar que me aterrara su estado, e incluso que me afectara. Sentía deslizarse dentro de mí, en una gradación lenta pero segura, la extraña influencia de sus supersticiones fantásticas y contagiosas.

Fue particularmente una noche —la séptima u octava a partir del día en que habíamos depositado a lady Madeline en la cripta—, y ya muy tarde, antes de acostarme, cuando experimenté toda la fuerza de estas sensaciones. El sueño no quería invadirme; las horas pasaban, pasaban siempre, una a una. Me esforzaba en buscar la causa de la agitación nerviosa que me dominaba. Traté de persuadirme de que, lo que experimentaba, se debía en parte, si no absolutamente, a la influencia trastornadora del melancólico mobiliario de la habitación: los sombríos tapices desgarrados que, atormentados por las ráfagas de una tormenta que empezaba, se movían de un lado a otro sobre los muros y cruñían dolorosamente en torno de los adornos del lecho.

Pero mis esfuerzos fueron vanos. Un terror inconcebible invadió gradualmente todo mi ser, y a la larga una angustia sin motivo, una verdadera pesadilla, pareció apoderarse por completo de mi corazón. Respiré con fuerza, hice un esfuerzo, quise sacudirla, e, incorporándome sobre las almohadas y hundiéndome

dientemente mi mirada en la espesa oscuridad de la recámara, presté eldo —no sabría decir por qué, si no es que fui impelido a ello por una fuerza instintiva— a ciertos sonidos bajos y vagos que partían no sé de dónde, y que llegaban hasta mí a largos intervalos, al través de las pausas de la tormenta. Dominado por una sensación intensa de horror, inexplicable e intolerable, me vestí de prisa (pues sentía que no podría dormir en toda la noche), y me esforcé caminando de uno a otro lado en la habitación, en salir del estado deplorable en el que había caído.

Apenas había dado así unas cuantas vueltas, cuando llamó mi atención un paso leve, ligero, en la escalera. Pronto reconocí que eran los pasos de Usher. Un segundo después llamó suavemente a mi puerta y entró, sosteniendo en las manos una lámpara. Como siempre, su rostro era de una palidez cadavérica; pero había además en sus ojos una especie de insensata hilaridad, y en todas sus maneras una especie de histeria evidentemente contenida. Me espantó su aspecto; pero todo era preferible a la soledad que había soportado durante tanto tiempo y acogí su presencia como un alivio.

—¿Y usted no ha visto eso? —preguntó bruscamente después de unos minutos de silencio y después de haber mirado en torno suyo con una mirada fija—. Así pues, ¿no ha visto usted eso? ¡Pues espere! ¡Lo verá! —Al hablar así, y después de haber protegido cuidadosamente la lámpara que portaba, se precipitó hacia una de las ventanas y la abrió de par en par a la tempestad.

Casi nos levantó del suelo la impetuosa furia de la ráfaga. Era en verdad una noche de tormenta terriblemente bella, una noche única y extraña en su horror y en su belleza. Probablemente se había concentrado un remolino en nuestra proximidad, pues había cambios fre-

cuentes y violentos en la dirección del viento, y la excesiva densidad de las nubes, ahora tan bajas que casi pesaban sobre los torreones del castillo, no nos impedían apreciar la velocidad viva con que acudían las unas contra las otras desde todos los puntos del horizonte, en vez de perderse en la distancia. Su excesiva densidad no nos impedía contemplar el fenómeno. No obstante, no percibíamos ni a la luna ni a las estrellas y ningún relámpago proyectaba su fulgor. Pero las superficies inferiores de aquellas vastas masas de vapores agitados, y asimismo todos los objetos terrestres situados en nuestro estrecho horizonte, reflejaban la claridad sobrenatural de una exhalación gaseosa que pesaba sobre la casa y la envolvía en una mortaja casi luminosa y distintamente visible.

—¡No debe usted ver esto! ¡No debe usted contemplar esto! —dijo, temblando, a Usher, y lo arrastré con suave violencia de la ventana y lo llevé hacia un sillón—. Estos espectáculos que lo sacan a usted de sí, son fenómenos puramente eléctricos y muy comunes, o quizás tengan su funesto origen en los miasmas fétidos del estanque. Cerremos la ventana; el aire está helado y es peligroso para su organismo. Aquí está uno de sus libros favoritos; leere y usted escuchará; así pasaremos juntos esta terrible noche.

El antiguo volumen que había tomado en mis manos era el *Mad Trist*, de sir Lancelot Canning, pero lo había llamado el libro favorito de Usher por triste broma, triste chanza, porque, a la verdad, en su tosca y pobre prolijidad no era ciertamente un gran alimento para la alta espiritualidad de mi amigo. Pero era el único libro que tuve inmediatamente a mano, y abrigué la vaga esperanza de que la agitación que atormentaba al hipocondríaco encontraría cierto alivio (porque la historia de las enfermedades mentales está

llena de anomalías de esta clase) en la exageración misma de las lecturas que iba a leerle. A juzgar por el aire de interés extraordinariamente tenso con que él escuchaba o fingía escuchar las frases del relato, hubiera podido congratularme del éxito de mi propósito.

Había llegado a aquella parte tan conocida de la historia en que Ethelredo, el héroe del libro, habiendo intentado en vano entrar pacíficamente en la morada del ermitaño, se decide a entrar por la fuerza. Aquí, según todos recordarán, el narrador se expresa de esta manera:

"Y Ethelredo, que por naturaleza era de valeroso corazón, y que ahora, además, sentíase tan fuerte por causa del vino que había bebido, no esperó más para hablar con el ermitaño, cuyo corazón, a la verdad, era propenso a la obstinación y a la malicia; pero, sintiendo la lluvia sobre sus hombros y temiendo que se desencadenara la tempestad, levantó por completo su maza y con algunos golpes abrió pronto un camino al través de las maderas de la puerta para su mano enguantada de hierro; y, tirando con su mano vigorosamente hacia él, hizo crujir, hundirse y saltar todo en pedazos, de tal modo que el ruido de la madera seca y que sonaba a hueco repercutió de una parte a otra del bosque."

Al final de esta frase me estremecí e hice una pausa, porque me pareció —aunque pensé luego que me engañaba mi excitada imaginación— que de una parte muy alejada de la mansión había llegado confusamente a mi oído un ruido que se hubiera dicho, por su exacta analogía, que era un eco sofocado, sordo, de aquel ruido real de crujido, y de arrancamiento descrito tan cuidadosamente por sir Lancelot. Era sin duda la única coincidencia lo que había atraído mi atención, pues, entre el golpeteo de las hojas de las ventanas y todos los ruidos confusos de la tempestad siempre creciente, el

sonido en sí mismo no tenía nada en verdad que pudiera intrigarme o turbarme. Continué la lectura:

"Pero el buen campeón Ethelredo, pasando entonces la puerta, se sintió grandemente furioso y maravillado al no ver rastro alguno del malicioso ermitaño, sino, en su lugar, a un dragón de monstruosa y escamosa apariencia, con lengua de fuego, que estaba de centinela ante un palacio de oro y cuyo suelo era de plata, y sobre el muro aparecía colgado un escudo de bronce brillante con esta leyenda grabada encima:

El que entre aquí vencedor será;
el que mate al dragón el escudo ganará.

"Y Ethelredo levantó su maza y golpeó en la cabeza al dragón, que cayó ante él y exhaló su aliento pestilente con un rugido tan espantable, áspero y penetrante a la vez, que Ethelredo se vio obligado a taparse los oídos con las manos para resistir aquel terrible estruendo como jamás había escuchado otro parecido."

Aquí hice súbitamente una nueva pausa, esta vez con un sentimiento de violento asombro, pues ya no había duda posible de que había yo oído realmente (en qué dirección, me sería imposible adivinarlo) un sonido débil y como lejano, pero áspero, prolongado, singularmente agudo y chirriante; la contrapartida exacta del grito sobrenatural del dragón descrito por el escritor y tal como mi imaginación ya se lo había figurado.

Oprimido como me sentía evidentemente por esta segunda y sumamente extraordinaria coincidencia; oprimido también por mil sensaciones contradictorias, entre las cuales dominaban un asombro y un terror extremos, conservé, no obstante, suficiente presencia de ánimo para no excitar con una observación cualquiera la sensibilidad nerviosa de mi amigo. No estaba completamente seguro de que él hubiera escuchado

los ruidos descritos, aunque ciertamente se había manifestado una extraña alteración desde hacía unos minutos en su actitud. Desde su posición primera, exactamente frente a mí, poco a poco había hecho girar su silla de manera a encontrarse sentado con el rostro vuelto hacia la puerta de la habitación; así, sólo podía yo ver parte de sus rasgos, aunque noté bien que sus labios temblaban como si murmurara alguna cosa inaudible. Tenía la cabeza caída sobre el pecho, pero sabía yo que no estaba dormido; sus ojos, que yo veía de perfil, estaban muy abiertos y fijos. Por lo demás, el movimiento de su cuerpo contradecía también esta idea, pues se balanceaba de un lado a otro con un movimiento muy suave, pero constante y uniforme. Me di cuenta rápidamente de todo esto y reanudé la narración de sir Lancelot, que continuaba de esta manera:

"Y ahora, el buen campeón, habiendo escapado de la terrible furia del dragón, acordándose del escudo de bronce y recordando que el sortilegio había sido roto, apartó el cuerpo del dragón de su camino y avanzó valerosamente, sobre el suelo de plata del castillo, hacia el lugar del muro donde colgaba el escudo, el cual, en verdad, no esperó a que llegase hasta él, sino que cayó a sus pies sobre el suelo de plata, con potente y terrible ruido."

No bien habían salido las últimas sílabas de mis labios, cuando —como si hubiese caído pesadamente un escudo de bronce, en ese mismo momento, sobre una plancha de plata— escuché el eco distinto, profundo, metálico, tintineante, si bien sordo en apariencia. Estaba yo completamente excitado; de un salto me puse en pie, pero Usher no había interrumpido su balanceo regular. Me precipité hacia la silla donde seguía sentado. Sus ojos permanecían fijos ante él, y toda su fisonomía estaba tensa por una rigidez como de piedra. Pero, cuando le puse la

mano sobre el hombro, recorrió todo su ser un violento estremecimiento, una sonrisa malsana asomó a sus labios y vi que hablaba en voz baja, muy baja —era un murmullo precipitado e inarticulado—, como si no tuviera conciencia de mi presencia. Me incliné hacia él y devoré al fin el horrendo significado de sus palabras.

—¿No oye usted? Yo... yo oigo... he oído durante largo tiempo... durante mucho tiempo... durante muchos minutos... durante muchas horas... durante muchos días he oído. Pero no me atrevía... ¡ah! ¡tened piedad de mí!... ¡qué miserable e infortunado soy!... Pero no me atrevía... ¡no me atrevía a hablar! ¡La encerramos viva en su tumba! ¡No le dije a usted que mis sentidos eran extremadamente finos? Le digo a usted ahora que escuché sus primeros y débiles movimientos en el féretro. Los escuché —hace ya muchos días, muchos días— pero no me atrevía... ¡no me atrevía a hablar! Y ahora, esta noche... Ethelredo... ¡ja, ja! ¡La puerta rota de la ermita, y el grito de agonía del dragón y el estruendo del escudo!... ¡Digamos más bien el ruido del féretro al rajarse, y el chirrido de los férreos goznes de su prisión y su horrenda lucha en el pasillo abovedado de cobre! ¡Oh! ¿A dónde huir? ¿No estará aquí pronto? ¿No llega para reprocharme mi prisa? ¿Acaso no he escuchado su paso en la escalera? ¿Acaso no oigo el horrible y sordo latir de su corazón? ¡Insensato! —Diciendo esto se puso furiosamente en pie y aulló sus sílabas como si en aquel esfuerzo supremo exhalara el alma—: ¡Insensato! ¡Le digo a usted que ella está ahora detrás de la puerta!

Y en ese mismo instante, como si la energía sobrehumana de su palabra hubiese adquirido la potencia de un hechizo, las grandes y arúguas hojas de la puerta que Usher señalaba, entreabrieron lentamente sus pesadas mandíbulas de ébano.

Era aquella obra de un furioso golpe de viento, pero en el marco de aquella puerta se encontraba entonces la alta figura de lady Madeline Usher, envuelta en su sudario. Había sangre en su blanco ropaje, y toda su demacrada persona mostraba evidentes señales de una horrible lucha. Durante un momento, permaneció trémula y vacilante en el umbral; luego, con un grito apagado y quejumbroso, cayó pesadamente hacia adelante sobre su hermano, y, en su violenta y definitiva agonía, lo arrastró con ella al suelo, muerto, víctima de los terrores que había anticipado.

Colmado de horror huí de aquel aposento y de aquella mansión. La tempestad estaba desencadenada aún con toda su furia cuando crucé la vieja avenida. De pronto, una luz extraña se proyectó sobre el camino y me volví para ver de dónde

podía salir una luminosidad tan singular porque no había detrás de mí sino el viejo castillo con todas sus sombras. El resplandor provenía de la luna llena, rojo sangre, que descendía, y que ahora brillaba vivamente al través de aquella fisura que antes era apenas visible y que, como ya dije, recorría en zigzag la construcción desde el techo hasta la base. En tanto que yo miraba, rápidamente se ensanchó esa fisura, pasó un furioso torbellino y el disco entero de la luna irrumpió de pronto ante mis ojos. Pareció que la cabeza me daba vueltas cuando vi partirse en dos y desplomarse los poderosos muros. Resonó un ruido prolongado, un tumultuoso estruendo como la voz de mil cataratas, y el estaque profundo y fétido situado a mis pies se cerró triste y silenciosamente sobre las ruinas de la Casa de Usher.

FIN

Gustavo Adolfo Bécquer.

Nació en Sevilla y quedó huérfano a los 10 años. Viajó por las principales ciudades españolas y gustó de todas las bellas artes. Murió en Madrid preparando la primera edición de sus obras, cuyo éxito no llegó a adivinar.

Bécquer es de todos los poetas románticos, el más puro lírico, el más delicado y el más agudo de todos ellos. Era paciente, sufrido, amante, resignado y bondadoso; nunca se le vió reír, sólo sonreír y llorar hacia adentro. Bécquer es subjetivo, en él todo es poesía interior y muy diferente a Heine, con quien lo han relacionado. Este autor es el único poeta que se salva para la posteridad porque su obra es sincera hasta la desnudez, es sencilla hasta el patetismo y es natural hasta la deshumanización.

Bécquer escribió leyendas, Desde Mi Celda (cartas literarias), rimas y artículos literarios, críticos y arqueológicos. En su obra se refleja un hondo sentimiento, producto de las penas físicas y morales de su corta existencia; sus rimas lo han inmortalizado y en sus leyendas sublimes se observa un tono candencioso y poético.

A continuación se te ofrece para tu lectura La Corsa Blanca, ya que es una de las mejores Leyendas de Bécquer, en ésta encontrarás los elementos románticos que se han mencionado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

LA CORZA BLANCA

En un pequeño lugar de Aragón, y allá por los años de mil trescientos y pico, vivía retirado en su torre señorial un famoso caballero llamado don Dionís, el cual, después de haber servido a su rey en la guerra contra infieles, descansaba a la sazón, entregado al alegre ejercicio de la caza, de las rudas fatigas de los combates.

Aconteció una vez a este caballero, hallándose en su favorita diversión acompañado de su hija, cuya belleza singular y extraordinaria blancura le habían granjeado el sobrenombre de la Azucena, que como se les entrase a más andar el día engolfados en perseguir a una res en el monte de su feudo, tuvo que acogerse, durante las horas de la siesta, a una cañada por donde corría un riachuelo, saltando de roca en roca con ruido mansa y agradable.

Haría cosa de unas dos horas que don Dionís se encontraba en aquel delicioso lugar, recostado sobre la menuda grama a la sombra de una chopera, departiendo amigablemente con sus monteros sobre las peripecias del día, y refiriéndose unos a otros las aventuras más o menos curiosas que en su vida de cazadores les habían acontecido, cuando por lo alto de la más empinada ladera y a través de los alternados murmullos del viento que agitaba las hojas de los árboles, comenzó a percibirse, cada vez más cerca, el sonido de una esquillilla semejante a la del guión de un rebaño.

En efecto, era sí, pues a poco de haberse oído la esquillilla empezaron a saltar por entre las apiñadas matas de cantueso y tomillo, y a descender a la orilla opuesta del riachuelo, hasta unos cien corderos blancos como la nieve, detrás de los cuales, con su caperuza calada para libertarse la cabeza de los perpendiculares rayos del sol, apareció el zagal que los conducía.

—A propósito de aventuras extraordinarias —exclamó al verle uno de los monteros de don Dionís, dirigiéndose a su señor—:

ahí tenéis a Esteban el zagal, que de algún tiempo a esta parte anda más tonto que el que naturalmente lo hizo Dios, que no se acuerda de nada, y el cual puede haceros pasar un rato divertido refiriendo la causa de sus continuos sustos.

—¿Pues qué le acontece a ese pobrecito, el diablo?— exclamó don Dionís con aire de curiosidad picada.

—¡Frioleral —añadió el montero con tono de zumba—: es el caso que, sin haber nacido en Viernes Santo, ni estar señalado con la cruz, ni hallarse en relaciones con el demonio, a lo que se puede colegir de sus hábitos de cristiano viejo, se encuentra sin saber cómo ni por dónde; dotado de la facultad más maravillosa que ha poseído jamás hombre alguno, a no ser Salomón, de que se dice que sabía hasta el lenguaje de los pájaros.

—¿Ya qué se refiere esa facultad maravillosa?

—Se refiere —prosiguió el montero— que según él afirma, y lo jura y perjura todo lo más sagrado del mundo, los cielos que discurren por estos montes se han de abrir de ojo para no dejarle en paz, siendo lo grandioso del caso que en más de una ocasión los ha sorprendido concertadamente entre sí las burlas que han de hacerle, después que estas burlas se han llevado a término, ha oído las ruidosas carcajadas que las celebran.

Mientras esto decía el montero, don Dionís, que así se llamaba la hermosa hija de don Dionís, se había aproximado al grupo de cazadores, y como demostrase curiosidad por conocer la extraordinaria historia de Esteban, uno de éstos se adelantó hacia el sitio en donde el zagal daba de beber al ganado, y le condujo a la presencia del señor, que, para disipar la turbación y visible encogimiento del pobre mozo, apresuró a saludarle por su nombre, y

allí arriba, proveerá a todo.

Firme en esta idea, había decidido no volver a decir palabra sobre el asunto a nadie, ni por nada; pero lo haré hoy por satisfacer vuestra curiosidad, y a fe que después de todo, si el diablo me lo toma en cuenta y torna a molestarme en castigo de mi indiscreción, buenos evangelios llevo cosidos a la pellica y con su ayuda creo que, como otras veces, no me será inútil el garrote.

—Pero, vamos— exclamó don Dionís, impaciente al escuchar las disgresiones del zagal que amenazaba no concluir nunca— déjate de rodeos y ve derecho al asunto.

—A él voy —contestó con calma Esteban, que después de dar una gran voz acompañada de un silbido para que se agruparan los corderos, que no perdía de vista y comenzaban a desparramarse por el monte, tornó a rascarse la cabeza y prosiguió así:

—Por una parte vuestras continuas excursiones y por otra el dale que le das de los cazadores furtivos, que ya con trampa o con ballesta no dejan res a vida en veinte jornadas al controno, habían no hace mucho agotado la caza en estos momentos, hasta el extremo de no encontrarse un venado en ellos ni por un ojo de la cara.

—“Hablabo yo de esto mismo en el lugar, sentado en el porche de la iglesia, donde después de acabada la misa del domingo solía reunirme con algunos peones de los que labran la tierra de Veratón, cuando algunos de ellos me dijeron:

—Pues, hombre, no sé en qué consiste el que tú no los topes, pues de nosotros podemos asegurarte que no bajamos una vez a las hazas que no nos encontremos rastro, y hace tres o cuatro días, sin ir más lejos una manada, que a juzgar por las huellas debía de componerse de más de veinte, le segaron antes de tiempo una pieza de trigo al santero de la Virgen del Romeral.

—¿Y hacia qué sitio seguía el rastro?— pregunté a los peones, con ánimo de ver si

topaba con la tropa.

—Hacia la cañada de los cantuesos—me contestaron.

No eché en saco roto la advertencia, y aquella noche misma fui a apostarme entre los chopos. Durante toda ella estuve oyendo por acá y por allá, tan pronto lejos como cerca, el bramido de los ciervos que se llamaban unos a otros, y de vez en cuando sentía moverse el ramaje a mis espaldas; pero por más que me hice todo ojos, la verdad es que no pude distinguir a ninguno.

No obstante, al romper el día, cuando llevé los corderos al agua, a la orilla de este río, como obra de dos tiros de honda del sitio en que nos hallamos, y en una umbría de chopos, donde ni a la hora de siesta se desliza un rayo de sol, encontré huellas recientes de los ciervos, algunas ramas desgajadas, la corriente un poco turbia, y, lo que es más particular entre el rastro de las reses las breves huellas de unos pies pequeñitos como la mitad de la palma de mi mano, sin ponderación alguna.

Al decir esto, el mozo instintivamente y al parecer hacia el pie de Constanza que asomaba por debajo del brial, calzado de un precioso chapín de tafilete amarillo; pero como al par que Esteban bajasen también los ojos don Dionís y algunos de los monteros que le rodeaban, la hermosa niña se apresuró a esconderlo, exclamando con el tono más natural del mundo:

—¡Oh, nol; por desgracia, no los tengo yo tan pequeñitos, pues de ese tamaño sólo se encuentran en las hadas, cuya historia nos refieren los trovadores.

—Pues no paró aquí la cosa—continuó el zagal cuando Constanza hubo concluido—, sino que otra vez, habiéndome colocado en otro escondite por donde indudablemente habían de pasar los ciervos para dirigirse a la cañada allá al filo de la media noche me rindió un poco el sueño, aunque no tanto que no abriese los ojos en el mismo punto en que creí percibir que las ramas se movían

a mi alrededor. Abrí los ojos, según dicho; me incorporé con sumo cuidado poniendo atención a aquel confuso rullo que cada vez sonaba más próximo en las ráfagas del aire como gritos y extraños, carcajadas y tres o cuatro distintas que hablaban entre sí, con un y algarabía semejante al de las muchachas del lugar, cuando riendo y bromeando el camino vuelven en bandadas de las con sus cántaros a la cabeza.

Según colegía de la proximidad de voces y del cercano chasquido de las ramas que crujían al romperse para dar paso a la turba de locuelas, iban a salir de la cañada a un pequeño rellano que formaba un monte en el sitio donde yo estaba cuando enteramente a mis espaldas se oyó una nueva voz fresca, delgada y clara que dijo . . . creedlo, señores, esto es seguro como que me he de morir . . . claro y distintamente estas propiedades:

¡Por aquí, por aquí, compañeros que está ahí el bruto de Esteban!

Al llegar a este punto de la relación del zagal, los circunstantes no pudieron contener por más tiempo la risa que el largo rato les retozaba en los ojos, riendo a su buen humor, prorrumpan una carcajada estrepitosa. De los que en comenzar a reír y de los últimos a reír, fueron don Dionís, que a pesar de fingida circunspección no pudo tomar parte en el general regocijo, y su hija Constanza, la cual cada vez que a Esteban, todo suspenso y confundido, se reírse como una loca hasta el punto de saltarle las lágrimas de los ojos.

El zagal, por su parte, aunque no pudo dar al efecto que su narración había producido, parecía turbado e inquieto; y los señores reían a sabor de sus insensatas, él tornaba la vista de un lado a otro, visible muestras de temor y como buscando descubrir algo a través de los cruces de los árboles.

—¿Qué es eso, Esteban, qué te sucede?—le preguntó uno de los monteros notando la creciente inquietud del pobre mozo, que ya fijaba sus espantadas pupilas en la hija risueña de don Dionís, ya las volvía a su alrededor con una expresión asombrada y estúpida.

—Me sucede una cosa muy extraña—exclamó Esteban—. Cuando, después de escuchar las palabras que dejó referidas, me incorporé con prontitud para sorprender a la persona que las había pronunciado una corza blanca como la nieve salió de entre las mismas matas en donde yo estaba oculto, y dando unos saltos enormes por encima de los carrascales y los lentiscos, se alejó seguida de una tropa de corzar de su color natural, y así éstas como la blanca que las iba guiando, no arrojaban bramidos al huir, sino que se reían con unas carcajadas cuyo eco juraría que aun me están sonando en los oídos en este momento.

—¡Bah . . . ¡bah! . . . Esteban—exclamó don Dionís con aire burlón—, sigue los consejos del presente de Tarazona; no hables de tus encuentros con los corzos amigos de burlas, no sea que haga el diablo que al fin pierdas el poco juicio que tienes; y pues ya estás provisto de los Evangelios y sabes las oraciones de San Bartolomé, vuélvete a tus corderos, que comienzan a desbandarse por la cañada. Si los espíritus malignos tornan a incomodarse, ya sabes el remedio "Pater noster" y garrotazo.

El zagal, después de guardarse en el zunón un medio pan blanco y un trozo de carne de jabalí, y en el estómago un valiente trago de vino que le dio por orden de su señor uno de los palafreneros, despidióse de don Dionís y su hija y apenas anduvo cuatro pasos, comenzó a volear la honda para reunir a pedradas a los corderos.

Como a esta sazón notase don Dionís que entre unas y otras las horas del calor eran ya pasadas y el vientecillo de la tarde comenzaba a mover las hojas de los chopos y a refrescar los campos, dio orden a su comitiva para que aderezasen las caballerías que andaban paciando sueltas por el inme-

diato soto; y cuando todo estuvo a punto, hizo seña a los unos para que soltasen las traillas, y a los otros para que tocasen las trompas, y saliendo en tropel de la chopera, prosiguió adelante la interrumpida caza.

II

Entre los monteros de don Dionís había uno llamado Garcés, hijo de un antiguo servidor de la familia, y por tanto el más querido de sus señores.

Garcés tenía poco o menos la edad de Constanza, y desde muy niño habíase acostumbrado a prevenir al menor de sus deseos y a adivinar y satisfacer el más leve de sus antojos.

Por su mano se entretenía en afilar en los ratos de ocio las agudas saetas de su ballesta de marfil; él domaba los postros que había de montar su señora; él ejercitaba en los ardides de la caza a sus lebreles favoritos y amaestraba a sus halcones, a los cuales compraba en las ferias de Castilla caperuzas rojas bordadas de oro.

Para con los otros monteros, los pajes y la gente menuda del servicio de don Dionís la exquisita solicitud de Garcés y el aprecio con que sus señores le distinguían, habíale valido una especie de general animadversión, y al decir de los envidiosos en todos aquellos cuidados con que se adelantaba a prevenir los caprichos de su señora, revelábase su carácter adulator y rastroero. No faltaban, sin embargo, algunos, que, más avisados o maliciosos, creyeron sorprender en la auidad del solícito manesco algunas señales de mal disimulado amor.

Si en efecto era así, el oculto cariño de Garcés tenía más que sobrada disculpa en la incomparable hermosura de Constanza. Hubiérase necesitado un pecho de roca y un corazón de hielo para permanecer impasible un día y otro al lado de aquella mujer singular por su belleza y sus raros atractivos,

La "Azucena del Moncayo" llamábanla en veinte leguas a la redonda, y bien merecía este sobrenombre, porque era tan airosa,

tan blanca y tan rubia, que, como a las azucenas, parecía que Dios la había hecho de nieve y oro.

Y, sin embargo, entre los señores comarcanos murmurábase que la hermosa castellana de Veratón no era tan limpia de sangre como bella y que, a pesar de sus trenzas rubias y su tez de alabastro, había tenido por madre una gitana. Lo de cierto que pudiera haber en estas murmuraciones nadie pudo nunca decirlo, porque la verdad era que don Dionís tuvo una vida bastante azarosa en su juventud, y después de combatir largo tiempo bajo la conducta del monarca aragónes, del cual recabó entre otras mercedes el feudo del Moncayo, marchóse a Palestina, en donde anduvo errante algunos años; para volver por último a encerrarse en su castillo de Veratón con una hija pequeña, nacida sin duda de aquellos países remotos. El único que hubiera podido decir algo acerca del misterioso origen de Constanza, pues acompañó a don Dionís en sus lejanas peregrinaciones, era el padre de Garcés, y éste había muerto hacía bastante tiempo, sin decir una palabra sobre el asunto ni a su propio hijo, que varias veces y con muestras de gran interés se lo había preguntado.

El carácter, tan pronto retraído y melancólico como bullicioso y alegre, de Constanza, la extraña exaltación de sus ideas, sus extravagantes caprichos, sus nunca vistas costumbres, hasta la particularidad de tener los ojos y las cejas negros como la noche, siendo blanca y rubia, como el oro, habían contribuido a dar pábulo a las hablillas de sus convecinos, y aún el mismo Garcés, que tan íntimamente la trataba, había llegado a persuadirse que su señora era algo especial y no se parecía a las demás mujeres.

Presenta a la relación de Esteban, como los otros monteros, Garcés fue acaso el único que oyó con verdadera curiosidad los pormenores de su increíble aventura, y si bien no pudo menos de sonreír cuando el zagal repitió las palabras de la corza blanca, desde que abandonó el soto en que había sesteado comenzó a resolver en su mente las más absurda imaginaciones.

— No cabe duda que todo eso del haber de las corzas es pura aprensión de Esteban que es un completo mentecado — decía entre sí el joven montero mientras que jinete en un poderoso alazán, seguía paso el palafrén de Constanza, la cual también parecía mostrarse un tanto distraída silenciosa, y retirada del tropel de los cazadores, apenas tomaba parte en la fiesta. Pero ¿quién dice que en lo que refiere simple no existirá algo de verdad? — Con más extrañas hemos visto en el mundo una corza blanca bien puede haberla, pues que, si se ha de dar crédito a las cantigas de San Humberto, patrón de los cazadores, tenía una. ¡Oh, si yo pudiese coger una corza blanca para ofrecérsela a la señora!

Así pensando y discurriendo pasó cés la tarde, y cuando ya el sol comenzaba a esconderse por detrás de las vecinas montañas, don Dionís mandó volver grupas a su caballo para tornar al castillo, separóse sin ser advertido de la comitiva y echó en busca del camino por lo más espeso e intrincado del monte.

La noche había cerrado casi por completo cuando don Dionís llegaba a las puertas de su castillo. Acto continuo dispuso una frugal colación y sentóse con sus señores a la mesa.

— Y Garcés ¿dónde está? — preguntó Constanza, notando que su montero no encontraba allí para servirla como de costumbre.

— No sabemos — se apresuraron a contestar los otros servidores —; desapareció entre nosotros cerca de la cañada y está ahora en que todavía no le hemos encontrado.

En este punto llegó Garcés todo cubierto de sudor, con la cara más regocijada y satisfecha que pudiera imaginarse.

— Perdóneme señora — exclamó —, he estado segura que como yo la topase a la salida de ballesta, aunque me hiciese más tarde un momento a mi obligación; pero como de donde vengo a todo correr de mi

aquí sólo, me ocupaba en serviros.

— En servirme — repitió Constanza —; comprendo lo que quieres decir.

— Sí, señora, en serviros — repitió el montero — pues he averiguado que es verdad que la corza blanca existe. A más de Esteban, lo por seguro otros varios pastores, que yo he habérsela visto más de una vez, y con más de los cuales espero en Dios y en mi patrón San Humberto que antes de tres días viva o muerta, os la traeré al castillo.

— ¡Bah!... ¡Bah!... exclamó Constanza —, ¡vaya de zumba, mientras hacían coro a las palabras las risas más o menos disimuladas de los circunstantes —, déjate de cacerías de corzas y de corzas blancas. mira que el mundo ha dado en la flor de tentar a los cazadores, y si te empeñas en andarle a los cazadores, va a dar que reír contigo como con el pobre Esteban.

— Señora — interrumpió Garcés con voz cortada y disimulando en lo posible la alegría que le producía el burlón regocijo de sus compañeros —, yo no me he visto nunca con el diablo, y, por consiguiente, no sé cómo se va como las gasta; pero conmigo os aseguro que todo podrá hacer menos dar que con él, porque el uso de ese privilegio sólo en el monte tolerarlo.

Constanza conoció el efecto que su burla había producido en el enamorado joven; deseando apurar su paciencia hasta lo posible, tornó a decir en el mismo tono:

— Y si al dispararle te saluda con alguna palabra del género de la que oyó Esteban, o se te cae en la nariz, y al escuchar sus sobrenaturales carcajadas se te cae la ballesta de las manos, y antes de reponerte del susto ya ha desaparecido la corza blanca más ligera que el lampago?

— ¡Oh — exclamó Garcés —, en cuanto a eso estoy segura que como yo la topase a la salida de ballesta, aunque me hiciese más tarde un momento a mi obligación; pero como de donde vengo a todo correr de mi

abad de Munila, no se iba sin un arpón en el cuerpo.

En este punto del diálogo torció don Dionís, y con una desesperante gravedad a través de la que se adivinaba toda la ironía de sus palabras, comenzó a darle al ya sendereado mozo los consejos más originales del mundo, para el caso de que se encontrase de manos a boca con el demonio convertido en corza blanca. A cada nueva ocurrencia de su padre, Constanza fijaba sus ojos en el atribulado Garcés y rompía a reír como una loca, en tanto que los otros servidores esforzaban las burlas con sus miradas de inteligencia y su mal encubierto gozo.

Mientras duró la colación prolongada esta escena, en que la credulidad del joven montero fue por decirlo así, el tema obligado del general regocijo; de modo que cuando se levantaron los paños, y don Dionís y Constanza se retiraron a sus habitaciones, y toda la gente del castillo se entregó al reposo, Garcés permaneció un largo espacio de tiempo irresoluto, dudando, si a pesar de las burlas de sus señores, proseguiría firme en su propósito o desistiría completamente de la empresa.

— ¡Qué diantre! — exclamó saliendo del estado de incertidumbre en que se encontraba —: mayor mal del que me ha sucedido no puede sucederme, y si, por el contrario, es verdad lo que nos ha contado Esteban... ¡oh, entonces, cómo he de saborear mi triunfo!

Esto diciendo, armó su ballesta, no sin haberle hecho antes la señal de la cruz en la punta de la vira, y colocándose a la espalda se dirigió a la poterna del castillo para tomar la vereda del monte.

Cuando Garcés llegó a la cañada y al punto en que, según las instrucciones de Esteban, debía aguardar la aparición de las corzas (la luna comenzaba a remontarse con lentitud por detrás de los cercanos montes.

A fuer de buen cazador y práctico en el oficio antes de elegir un punto a propósito

para colocarse al acecho de las reses, anduvo un gran rato de acá para allá examinando las trochas y las veredas vecinas, la disposición de los árboles, los accidentes del terreno, las curvas del río y la profundidad de sus aguas.

Por último, después de terminar este minucioso reconocimiento del lugar en que se encontraba, agazapóse en un ribazo junto a unos chopos de copas elevadas y oscuras, a cuyo pie crecían unas matas de lentisco, altas lo bastante para ocultar a un hombre echado en tierra.

El río, que desde las mugrosas rocas donde tenía su nacimiento venía, siguiendo las sinuosidades del Moncayo, a entrar en la cañada por una vertiente, deslizábase desde allí bañando el pie de los sauces que sombreaban sus orillas, o jugueteando con alegre murmullo entre las piedras rodadas del monte, hasta caer en una hondura próxima al lugar que servía de escondrijo al montero.

Los álamos, cuyas plateadas hojas movía el aire con un remor dulcísimo, los sauces que inclinados sobre la limpia corriente humedecían en ellas las puntas de sus desmayadas ramas, y los apretados carrascales por cuyos troncos subían y se enredaban las madreselvas y las campanillas azules, formaban un espeso muro de follaje alrededor del remanso del río.

El viento, agitando los frondosos pabellones de verdura que derramaban en torno su flotante sombra, dejaban penetrar a intervalos un furtivo rayo de luz, que brillaba como un relámpago de plata sobre la superficie de las aguas inmóviles y profundas.

Oculto tras los matojos, con el oído atento al más leve rumor y la vista clavada en el punto de donde según sus cálculos debían aparecer las corzas, Garcés esperó inútilmente un gran espacio de tiempo.

Todo permanecía a su alrededor sumido en una profunda calma.

Poco a poco, y bien fuese que el peso de

la noche, que ha habido pasado de la mano comenzaba a dejarse sentir, bien el murmullo del agua, el penetrante aroma de las flores silvestres y las caricias del viento comunicaron a sus sentidos el dulce en que parecía estar impregnada la naturaleza toda, el enamorado mozo, que hasta ese punto había estado entretenido revolviendo en su mente las más halagüeñas imaginaciones, comenzó a sentir que sus ideas borababan con más lentitud y sus pensamientos tomaban formas más leves e indistintas.

Después de mecerse un instante en el vago espacio que media entre la vigilia y el sueño, entornó al fin los ojos, dejó escapar la ballesta de sus manos y se quedó profundamente dormido.

Cosa de dos horas o tres haría ya el joven montero roncaba a pierna suelta frutando a todo sabor de uno de los más apacibles de su vida, cuando de repente entreabrió los ojos sobresaltado, e irguiéndose a medias lleno aún de ese estado del que se vuelve en sí de improviso cuando de un sueño profundo.

En las ráfagas del aire y confundido con los leves rumores de la noche, percibir un extraño rumor de voces dulces y misteriosas que hablaban entre sí, reían o cantaban cada cual por su parte, y una cosa diferente, formando una masa tan ruidosa y confusa como la que los pájaros que despiertan al primer rayo de luz entre las frondas de una alameda.

Este extraño rumor sólo se dejó oír un instante, y después todo volvió a quedar en silencio.

— Sin duda soñaba con las corzas que nos refirió el zagal — exclamó restregándose los ojos con mucha fuerza, en la firme persuasión de que cuanto creído oír no era más que esa vaga del ensueño que queda, al despertar, en la imaginación, como queda en el oído la última cadencia de una melodía después de haber expirado temblando la última nota dominado por la invencible languidez.

embargaba sus miembros, iba a reclinar de nuevo la cabeza sobre el césped, cuando oyó a oír el eco distante de aquellas mismas voces, que acompañándose del murmullo del agua y de las hojas cantaban así:

"El arquero que velaba en lo alto de la montaña ha reclinado su pesada cabeza en el suelo."

"Al cazador furtivo que esperaba sorprender la res, lo ha sorprendido el sueño."

"El pastor que aguarda el día consultando las estrellas, duerme ahora y dormirá mañana el amanecer."

"Reina de las ondinas, sigue nuestros pasos."

"Ven a mecerte en las ramas de los sauces sobre el haz del agua."

"Ven a embriagarte con el perfume de las violetas que se abren entre las sombras."

"Ven a gozar de la noche, que es el día de los espíritus".

Mientras flotaba en el aire las suaves notas de aquella deliciosa música, Garcés se mantuvo inmóvil. Después que se hubo convencido, con mucha precaución apartó un poco las ramas, y no sin experimentar un sobresalto vio aparecer las corzas que se movieron con un tropel y salvando los matorrales con una brevedad increíble unas veces, deteniéndose a escuchar, otras jugueteando entre las ramas, ya escondiéndose entre la espesura, ya volviendo nuevamente a la senda, bajaban del monte con dirección al remanso del río.

Delante de sus compañeras, más ágil, más linda, más juguetona y alegre que todas, iba corriendo, corriendo, parándose y tornando a correr, de modo que parecía no tocar el suelo con los pies, iba la corza blanca, cuyo blanco color destacaba como una fantástica mancha sobre el oscuro fondo de los árboles.

Aunque el joven se sentía dispuesto a ver en cuanto le rodeaba algo de sobrenatural y maravilloso, la verdad del caso era que, prescindiendo de la momentánea alucinación que turbó un instante sus sentidos, fingiéndole músicas, rumores y palabras, ni en la forma de las corzas, ni en sus movimientos, ni en los cortos bramidos con que parecían llamarse, había nada con que no debiese estar ya muy familiarizado un cazador práctico en esta clase de expediciones nocturnas.

A medida que desechaba la primera impresión. Garcés comenzó a comprenderlo así, y riéndose interiormente de su credulidad y su miedo, desde aquel instante sólo se ocupó en averiguar, teniendo en cuenta la dirección que seguían, el punto donde se hallaban las corzas.

Hecho el cálculo, cogió la ballesta entre los dientes, y arrastrándose como una culebra por detrás de los lentiscos, fue a situarse a unos cuarente pasos más lejos del lugar en que antes se encontraba. Una vez acomodado en su nuevo escondite, esperó el tiempo suficiente para que las corzas estuvieran ya dentro del río. a fin de hacer el tiro más seguro. Apenas empezó a escucharse ese ruido particular que produce el agua que se bate a golpes o se agita con violencia, Garcés comenzó a levantarse poquito a poco y con las mayores precauciones, apoyándose en la tierra primero sobre la punta de los dedos, y después con una de las rodillas.

Ya de pie, y cerciorándose a tientas de que el arma estaba preparada, dio un paso hacia adelante, alargó el cuello por encima de los arbustos para dominar el remanso, y tendió la ballesta; pero en el mismo punto en que, a par de la ballesta, tendió la vista buscando el objeto que había de herir, se escapó de sus labios un imperceptible e involuntario grito de asombro.

La luna, que había ido remontándose con lentitud por el ancho horizonte, estaba inmóvil y como suspendida en la mitad del cielo. Su dulce claridad inundaba el soto,

abrillantaba la intranquila superficie del río y hacía ver los objetos como a través de una gasa azul.

Las corzas habían desaparecido.

En su lugar, lleno de estupor y casi de miedo, vio Garcés un grupo de bellísimas mujeres, de las cuales unas entraban en el agua jugueteando, mientras las otras acababan de despojarse de las ligeras túnicas que aún ocultaban a la codiciosa vista el tesoro de sus formas.

En esos ligeros y vortados sueños de la mañana, ricos en imágenes risueñas y voluptuosas, sueños diáfanos y celestes como la luz que entonces comienza a transparentarse a través de las blancas cortinas del lecho, no ha habido nunca imaginación de veinte años que bosquejase con los colores de la fantasía una escena semejante a la que se ofrecía en aquel punto a los ojos del atónito Garcés.

Despojada ya de sus túnicas y sus velos de mil colores, que destacaban sobre el fondo suspendido de los árboles o arrojados con descuido sobre la alfombra del césped, las muchachas discurrían a su placer por el soto, formando grupos pintorescos, y entraban y salían en el agua, haciéndola saltar en chispas luminosas sobre las flores de la margen como una menuda lluvia de rocío.

Aquí una de ellas blancas como el vellón de un cordero, sacaba su cabeza rubia entre las verdes y flotantes hojas de una planta acuática, de la cual parecía una flor a medio abrir cuyo flexible tallo más bien se adivinaba que se veía temblar debajo de los infinitos círculos de luz de las ondas.

Otra allá, con el cabello suelto sobre los hombros, mecíase suspendida de la rama de un sauce sobre la corriente del río, y sus pequeños pies, color de rosa, hacían una raya de plata al pasar rozando la tersa superficie. En tanto que éstas permanecían recostadas aún al borde del agua con los ojos azules adormidos, aspirando con voluptuosidad el perfume de las flores y estremeciéndose ligeramente al contacto de la fresca brisa, aquéllas danzaban en vertiginosa

ronda, entrelazando caprichosamente sus manos, dejando caer atrás la cabeza como delicioso abandono, e hiriendo el suelo con el pie en alternada cadencia.

Era imposible, abarcar con una mirada los infinitos detalles del cuadro que formaban, unas corriendo, jugando y persiguiéndose con alegres risas por entre el laberinto de los árboles; otras surcando el agua como un cisne y rompiendo la corriente con el levantado seno; otras, en fin, sumergiéndose en el fondo, donde permanecían largo tiempo para volver a la superficie, trayendo una a una esas flores extrañas que nacen escondidas en el lecho de las aguas profundas.

La mirada del atónito montero vagó absorta de un lado a otro, sin saber dónde fijarse, hasta que, sentado bajo un pabellón de verdura que parecía servirle de dos rodado de un grupo de mujeres todas ellas más bellas, que la ayudaban a despojarse de sus ligerísimas vestiduras, creyó ver el objeto de sus ocultas adoraciones: la hija noble don Dionís, la incomparable Constanza.

Marchando de sorpresa en sorpresa, el enamorado joven no se atrevía ya a dar crédito ni al testimonio de sus sentidos ni a creíase bajo la influencia de un sueño seductor y engañoso.

No obstante, pugnaba en vano por persuadirse de que todo cuanto veía era efecto del desarreglo de su imaginación, porque mientras más la miraba y más se convencía de que era una mujer era Constanza.

No podía haber duda, no; suyos aquellos ojos oscuros y sombreados de las gas pestañas, que apenas bastaban a guardar la luz de sus pupilas; suyas aquella rubia y abundante cabellera que, al intentar de coronar su frente, se derramaba sobre el blanco seno y sus redondas espaldas como una cascada de oro; suyos, en fin, aquel cuello airoso, que sostenía su cabeza, ligeramente inclinada como una flor que se rinde al peso de las gotas de rocío, y aquellas voluptuosas formas que había soñado tal vez, y aquellas

cual salvando de un salto los matorrales, cual ganando a todo correr la trocha del monte.

— ¡Oh!, bien dije yo que todas estas cosas no eran más que fantasmagorías del diablo —exclamó entonces el montero—; pero por fortuna esta vez ha andado un poco torpe dejándome entre las manos la mejor presa.

Y, en efecto era así; la corza blanca, deseando escapar por el soto, se había lanzado entre el laberinto de sus árboles y enredándose en una red de madre selvas, pugnaba en vano por desasirse. Garcés le encaró la ballesta; pero en el mismo punto en que iba a herirla, la corza se volvió hacia el montero, y con voz clara y aguda detuvo su acción con un grito, diciéndole:

— Garcés, ¿qué haces?

El joven vaciló, y después de un instante de duda, dejó caer al suelo el arma, espantado a la sola idea de haber podido herir a su amante. Una sonora y estridente carcajada vino a sacarle al fin de su estupor; la corza blanca había aprovechado aquellos, cortos instantes para acabarse de desenredar y huir ligera como un relámpago, riéndose de la burla hecha al montero.

— ¡Ah!, condenado engendro, de Satanás —dijo éste con voz espantosa, recogiendo la ballesta con una rapidez indecible—; pronta has cantado victoria, pronto te has creído fuera de mi alcance—; y esto diciendo, dejó volar la saeta que partió silbando y fue a perderse en la oscuridad del soto, en el fondo del cual sonó al mismo tiempo un grito, al que siguieron después unos gemidos.

— ¡Dios mío! —exclamó al percibir aquellos lamentos angustiosos—. ¡Dios mío, si será verdad! — Y fuera de sí, como loco, sin darse cuenta apenas de lo que le pasaba, corrió en la dirección en que había disparado la saeta, que era la misma en que sonaban los gemidos. Llegó por fin; pero al llegar, sus cabellos se erizaron de horror, las palabras se anudaron en su garganta, y tuvo que agarrarse al tronco de un árbol para no caer a tierra.

Constanza, herida por su mano, expiraba allí a su vista revolcándose en su propia sangre, entre las agudas zarzas del monte.

FIN.

El Realismo. -

El Realismo es un movimiento literario y artístico que inicia en el siglo XIX y que según muchos críticos es lo contrario al romanticismo. El realismo trajo a la literatura obras medidas y pulidas y huyó de la improvisación, exigió la observación y la conciencia de cuanto se realizaba.

El Realismo se inició en Francia por Flaubert; su figura más próxima fue Honorato de Balzac, quien al igual que sus correligionarios: Dickens en Inglaterra y Pérez Galdós en España, quisieron hacer un esbozo panorámico que surgió a raíz de la Revolución Francesa. El fenómeno realista se nos presenta con la aparición de un gran número de escritores unidos con una misma misión literaria. La ciencia, que entonces aparecía también con un afán de objetividad y claridad, adoptando ya el método experimental para el conocimiento de la naturaleza, influyó determinantemente en los escritores de la época. Podemos afirmar que la ciencia colabora en forma determinante con la literatura pues se adopta un método científico ya que todo es llevado a observación y a la experimentación, de todo se toma nota y fotografía. Las fuentes, la investigación y los hechos comprobados son parte de la técnica que utiliza el autor realista.

Los escritores de este tiempo se mostraron muy interesados por los descubrimientos científicos, por las exploraciones geográficas, por los inventos y los avances de la tecnología en general. El realismo, nace así con una tendencia hacia la expresión directa de lo real, por lo cual se aparta de la novela mágica, histórica-medieval.

La corriente realista pintó a los hombres y las cosas como son, no como pudieron ser o debieron ser; el autor realista en vez de buscar temas exóticos, examinaba el mundo que lo rodea;

ba; dió igual importancia a la fealdad que a la belleza, el realismo rechaza a los protagonistas eróticos del romanticismo, el escritor realista escogía los seres más interesantes de la clase media, creando tipos con rasgos característicos: el bondadoso, el tacaño, el chismoso, el ingenuo, el dichoso, etc. El protagonista realista raras veces tiene complejidad psicológica; casi nunca evoluciona dentro de la obra y toda su actuación refuerza el tipo que el autor quiere presentar, de manera que el conflicto no se libra dentro del personaje, sino entre dos personajes o más, que representan distintos sectores de la población.

El realismo se inicia en Hispanoamérica a mediados del siglo XIX. Cuentistas hispanoamericanos considerados como representantes de este movimiento son: José López Portillo y Rojas, Tomás Carrasquilla, Manuel González Celedón. Este movimiento despertó temas netamente americanos. Con el objeto de que compruebes algunas características del realismo, a continuación se te incluyen algunas obras y datos biográficos de escritores que pertenecieron a esta corriente literaria.

Enrique Ibsen. (1828-1906)

Famoso dramaturgo noruego, nació en Skein, pequeña villa situada al sur de Noruega. Su niñez la vivió en abundancia económica, pero de joven tuvo que mudarse a una modesta granja. Fue tímido, introvertido y solitario, gustaba poco de juegos y deportes, su afición era el dibujo. En 1842 Ibsen ingresó a un colegio religioso, después trabajó como aprendiz en una farmacia e ingresó a la Universidad para estudiar medicina.

Su drama Catalina fue rechazado en varios teatros. Trabajó con pobres como director del Teatro Noruego de Cristianía. -

Contrajo matrimonio con Susana Daae Thorensen, mujer de talento que ejerció influencia en su vida y su obra. Ibsen fue famoso dentro y fuera de su patria, vivió en Roma, en Munich y regresó después a Cristianía. Ibsen es el fundador del teatro psicológico, sus obras triunfaron en Europa y América; asombran su fuerza creadora, la expresión de las pasiones, la maestría de la técnica, la inventiva, la grandeza de los temas.

Este dramaturgo escribe obras románticas y realistas. Famoso y admirado en Cristianía, lleva una vida, austera y ordenada, se aleja de las actividades sociales. Su vida íntima, fue tranquila y sin problemas. En 1901 tuvo ataques de apoplejía, su actividad se redujo hasta quedar completamente parálitico y después morir.

El mérito de este autor fue haber convertido el teatro en una lucha de ideas, utiliza la propia realidad como un símbolo como un medio de expresión de las ideas.

Algunas de sus obras fueron: Casa de Muñecas, Espectros, Un Enemigo del Pueblo, Peer Gynt, El Pato Silvestre, La Dama del Mar, etc.

"Casa de Muñecas" es una de las mejores obras de este autor y se te ofrece a continuación para que en ella localices los elementos propios del realismo, ya que es una obra clásica de este movimiento.

CASA DE MUÑECAS

DRAMA EN TRES ACTOS

PERSONAJES

HELMER, abogado.
 NORA, su mujer.
 EL DOCTOR RANK.
 CRISTINA LINDE.
 KROGSTAD, procurador.
 IVAR
 BOB
 EMMY
 hijos de Helmer.
 ANA MARÍA, niñera.
 ELENA, criada.
 MANDADERO.

La acción se desarrolla en casa de Helmer, en Noruega.

En la traducción del título de este drama, han opinado de diverso modo los muchos traductores de Ibsen. En inglés tiene tres títulos: *Nora*, en la traducción Henrietta Frances (Londres, 1882); *The Doll's House*, en la misma traducción publicada en New York, en 1891, y *A Doll's House*, en la traducción de Archer, Londres, 1889. En francés, la han titulado *Maison de poupée*, el conde Prozor, y *Une maison de poupée*, Alberto Savine. En italiano la titulan *Casa della bambola*, Alfredo Mayza (1884), y *Casa di bambola*, L. Capuana (1895). En portugués, *Casa da boneca* (traducción Costa, Lisboa, 1894). En Rusia, los traductores han preferido titularla con el nombre de la protagonista, *Nora*, igual que el traductor servio Milan Sevic (Belgrado, 1891). Los traductores alemanes la han titulado unos *Nora* y otros *Ein Puppenheim*. La primera edición, con el título *Et Dukkehjem*, se publicó en Copenhague en 1879, y la obra, que se estrenó en el teatro de Cristianía el 20 de enero de 1880, ha recorrido en triunfo todos los escenarios del mundo.

Nora ha vivido ante los públicos de todo el mundo, encarnada en las grandes trágicas de todas las naciones. En España, fue Carmen Cobeña la encargada de dar a conocer esta obra genial, aunque no con la amplitud que la ideó Ibsen. El drama *Casa de muñeca* que conoció por ella el público español, es un drama en que un traductor poco decidido no se atrevió a dar íntegra la obra de arte y se permitió nada menos que modificar el final.

Posteriormente, Catalina Bárcena dio a conocer la obra completa y según el original en una traducción de Martínez Sierra.

En el estudio *Ibsen, su vida y sus obras*, que prepara el autor de estas traducciones, se estudia ampliamente este asunto.

Contrajo matrimonio con Susana Daae Thorensen, mujer de talento que ejerció influencia en su vida y su obra. Ibsen fue famoso dentro y fuera de su patria, vivió en Roma, en Munich y regresó después a Cristianía. Ibsen es el fundador del teatro psicológico, sus obras triunfaron en Europa y América; asombran su fuerza creadora, la expresión de las pasiones, la maestría de la técnica, la inventiva, la grandeza de los temas.

Este dramaturgo escribe obras románticas y realistas. Famoso y admirado en Cristianía, lleva una vida, austera y ordenada, se aleja de las actividades sociales. Su vida íntima, fue tranquila y sin problemas. En 1901 tuvo ataques de apoplejía, su actividad se redujo hasta quedar completamente parálítico y después morir.

El mérito de este autor fue haber convertido el teatro en una lucha de ideas, utiliza la propia realidad como un símbolo como un medio de expresión de las ideas.

Algunas de sus obras fueron: Casa de Muñecas, Espectros, Un Enemigo del Pueblo, Peer Gynt, El Pato Silvestre, La Dama del Mar, etc.

"Casa de Muñecas" es una de las mejores obras de este autor y se te ofrece a continuación para que en ella localices los elementos propios del realismo, ya que es una obra clásica de este movimiento.

CASA DE MUÑECAS

DRAMA EN TRES ACTOS

PERSONAJES

HELMER, abogado.
 NORA, su mujer.
 EL DOCTOR RANK.
 CRISTINA LINDE.
 KROGSTAD, procurador.
 IVAR
 BOB
 EMMY
 hijos de Helmer.
 ANA MARÍA, niñera.
 ELENA, criada.
 MANDADERO.

La acción se desarrolla en casa de Helmer, en Noruega.

En la traducción del título de este drama, han opinado de diverso modo los muchos traductores de Ibsen. En inglés tiene tres títulos: *Nora*, en la traducción Henrietta Frances (Londres, 1882); *The Doll's House*, en la misma traducción publicada en New York, en 1891, y *A Doll's House*, en la traducción de Archer, Londres, 1889. En francés, la han titulado *Maison de poupée*, el conde Prozor, y *Une maison de poupée*, Alberto Savine. En italiano la titulan *Casa della bambola*, Alfredo Mayza (1884), y *Casa di bambola*, L. Capuana (1895). En portugués, *Casa da boneca* (traducción Costa, Lisboa, 1894). En Rusia, los traductores han preferido titularla con el nombre de la protagonista, *Nora*, igual que el traductor servio Milan Sevic (Belgrado, 1891). Los traductores alemanes la han titulado unos *Nora* y otros *Ein Puppenheim*. La primera edición, con el título *Et Dukkehjem*, se publicó en Copenhague en 1879, y la obra, que se estrenó en el teatro de Cristianía el 20 de enero de 1880, ha recorrido en triunfo todos los escenarios del mundo.

Nora ha vivido ante los públicos de todo el mundo, encarnada en las grandes trágicas de todas las naciones. En España, fue Carmen Cobeña la encargada de dar a conocer esta obra genial, aunque no con la amplitud que la ideó Ibsen. El drama *Casa de muñeca* que conoció por ella el público español, es un drama en que un traductor poco decidido no se atrevió a dar íntegra la obra de arte y se permitió nada menos que modificar el final.

Posteriormente, Catalina Bárcena dio a conocer la obra completa y según el original en una traducción de Martínez Sierra.

En el estudio *Ibsen, su vida y sus obras*, que prepara el autor de estas traducciones, se estudia ampliamente este asunto.

ACTO PRIMERO

Habitación amueblada con confort y buen gusto, pero sin lujo. A la izquierda del foro, puerta del recibimiento; a la derecha del foro, la puerta del despacho de Helmer. Entre ambas puertas, un piano. A la derecha, una puerta, y en primer término, una ventana. Cerca de la ventana, mesa redonda, sillón y sofá. A la izquierda, en primer término, chimenea ante la cual están algunos sillones y una mecedora; un poco más atrás, una puerta. Entre la chimenea y la puerta, una mesita. Grabados en las paredes. Anaquel adornado con figuritas de porcelana y otros objetos de arte. Librería pequeña, llena de libros ricamente encuadernados. El suelo está alfombrado. La chimenea está encendida. Día de invierno.

(Suenan una campanilla en el recibimiento. Poco después se abre la puerta. Entra Nora tarareando alegremente, con sombrero y abrigo. Lleva algunos paquetes, que deposita en la mesa de la izquierda. Deja abierta la puerta del recibimiento, en el que se ve un demandadero que trae un Árbol de Navidad y un cesto, que entrega a la criada que abre la puerta.)

NORA.—Esconde el Árbol de Navidad, Elena. No conviene que los niños lo vean antes de la noche, antes de que esté adornado. *(Al demandadero, sacando el portamonedas.)* ¿Cuánto?

EL DEMANDADERO.—Cincuenta céntimos.

NORA.—Tome una corona. Está bien. Quédese con la vuelta.

(El demandadero saluda y vase. Nora cierra la puerta. Continúa sonriendo alegremente mientras se quita el sombrero y el abrigo.)

NORA.—*(Saca del bolsillo un cucurucho de almendras garapiñadas, come dos o tres, anda de puntillas y escucha a la puerta del despacho*

de su marido.) ¡Ah! ¡Está en el despacho!

HELMER.—*(Desde el despacho.)* ¿Es mi alondra la que gorjea?

NORA.—Sí.

HELMER.—¿Es mi ardilla la que se mueve?

NORA.—Sí.

HELMER.—¿Cuándo ha vuelto la ardilla?

NORA.—Ahora mismo. *(Se guarda el cucurucho en el bolsillo, se limpia la boca y dice.)* Ven, Torvaldo, ven a ver lo que he comprado.

HELMER.—No me estorbes. *(Poco después abre la puerta y, pluma en mano, echa una ojeada por la habitación.)* ¿Comprado? ¿Todo esto? ¿El estornino chiquitín ha encontrado otra vez manera de gastar dinero?

NORA.—Sí, Torvaldo. Este año podemos gastar más. Es la primera Navidad en que no tenemos que economizar.

HELMER.—Sí... pero tampoco debemos ser pródigos.

NORA.—Sí, Torvaldo, un poco, nada más que un poco. Ahora re-

ENRIQUE IBSEN

cibirás un buen sueldo y ganarás mucho, mucho dinero.

HELMER.—Sí, desde Año Nuevo. Pero ha de pasar un trimestre todavía, antes de que yo cobre nada.

NORA.—¿Qué importa? Podemos pedir prestado.

HELMER.—¡Nora! *(Se acerca a ella y bromeando la tira de la oreja.)* ¡Siempre tan ligera! Supón que pido prestadas mil coronas, que las gastas en las fiestas de Navidad, que en vísperas de Año Nuevo me cae una teja en la cabeza y que...

NORA.—*(Tapándole la boca.)* ¡Cállate! ¡No hables así!

HELMER.—Supón que ocurre esto. Y entonces ¿qué?

NORA.—Si sucediera esto igual me daría tener deudas que no.

HELMER.—¿Y los que me hubiesen prestado dinero?

NORA.—¿Esos? ¿Quién piensa en ellos? Son extraños.

HELMER.—Nora, Nora, verdaderamente eres una mujer. Hablando en serio, Nora, ya conoces mis ideas: ni deudas ni préstamos. En toda casa fundada sobre deudas y préstamos se introduce una especie de esclavitud, algo vergonzoso. Hasta ahora, hemos sabido arreglarnos y continuaremos igual en el poco tiempo de prueba que nos falta.

NORA.—*(Acercándose a la chimenea.)* Está bien. Como quieras, Torvaldo.

HELMER.—*(Siguiéndola.)* ¡Vaya! ¡Vaya! La alondra no debe arrastrar el ala por eso. ¿Eh? ¿No se mueve ya la ardilla? *(Abre su cartera.)*

NORA.—¿qué crees que tengo aquí?

NORA.—*(Volviéndose rápidamente.)* ¡Dinero!

HELMER.—Toma. *(Le da algunos billetes de banco.)* Ya comprendo que por Navidad hay muchos gastos que hacer en una casa.

NORA.—*(Contando.)* Diez, veinte, treinta, cuarenta. Gracias, Torvaldo. Ya verás para cuánto tiempo tengo.

HELMER.—Así lo espero.

NORA.—Puedes estar seguro de

que no dejaré de hacerlo. Pero ven. Quiero enseñarte todo lo que he comprado y todo baratito. Mira: un traje nuevo y un sable para Ivar, un caballo y una trompeta para Bob y una muñeca con su cama para Emmy. Todo muy ordinario porque en seguida lo rompe. Delantales y cortes para las criadas. La buena Ana María se merece algo más.

HELMER.—Y este paquete ¿qué es?

NORA.—*(Gritando.)* No, Torvaldo, no lo puedes ver hasta la noche.

HELMER.—Bien, bien. Pero dime, derrochadora: y a ti ¿qué te gustaría?

NORA.—Ya sabes que no me preocupo nunca de mí.

HELMER.—Ya lo sé. Pero dime algo razonable que te guste.

NORA.—No sé realmente. O mira, oye, Torvaldo...

HELMER.—A ver...

NORA.—*(Jugando con los botones de su traje, sin mirarle.)* Si quisieras darme algo, podrías... podrías...

HELMER.—¡A ver!

NORA.—*(De pronto.)* ¡Podrías darme dinero, Torvaldo! ¡Oh! una pequeña cantidad, lo que puedas, y uno de estos días me compraré algo con él.

HELMER.—Pero, Nora...

NORA.—¿Verdad que sí? ¿Me lo darás, querido Torvaldo? Te lo suplico. Colgaré el dinero en el árbol, en un sobre dorado precioso. ¡Será muy divertido!

HELMER.—¿Cómo se llama el ave que derrocha siempre sin miramiento alguno?

NORA.—Sí, sí, el estornino. Ya lo sé. Pero haz lo que te digo, Torvaldo. Esto me dará tiempo para pensar en algo más útil. ¿No es razonable?

HELMER.—*(Sonriendo.)* Si supieras emplear el dinero que te doy y realmente comprar algo, pero desaparece en la casa y en mil naderías, y después tengo que darte

más.

NORA.—Pero, Torvaldo...

HELMER.—Es positivo, mi querida Nora. (La abraza.) El estornino es gentil, pero necesita demasiado dinero. ¡Parece increíble lo que le cuesta a un hombre tener un estornino!

NORA.—Pero ¿por qué dices eso? ¡Ahorro lo que puedo!

HELMER.—Sí, tienes razón. Lo que puedes, pero no puedes nunca.

NORA.—(Tarareando y riendo alegremente.) ¡Si supieras, Torvaldo, cuántos gastos tenemos nosotras, las alondras y los estorninos!

HELMER.—Eres una personita muy original. Igual que tu padre. Tienes mil recursos para procurarte dinero; pero en seguida que lo tienes, se te escurre por entre los dedos. Nunca sabes en qué lo gastas. En fin, hay que tomarte como eres. Lo tienes en la masa de la sangre. Sí, Nora, eso es hereditario.

NORA.—¡Ya quisiera yo haber heredado muchas cualidades de papá!

HELMER.—Y yo te quiero tal como eres, alondra querida. Pero, oye: se me ocurre una idea: tienes hoy un aspecto, ¿cómo decirlo?, un aspecto algo sospechoso.

NORA.—¿Yo?

HELMER.—Sí, tú. ¡Mirame a los ojos!

NORA.—(Mirándole.)

HELMER.—¿La golosita no hizo hoy ninguna escapada?

NORA.—No. ¿Por qué me lo dices?

HELMER.—¿La golosita no ha entrado de veras en ninguna confitería?

NORA.—No. Te lo aseguro, Torvaldo.

HELMER.—¿No se ha comido ni un poco de confitura?

NORA.—No.

HELMER.—¿Ni una almendra?

NORA.—No, Torvaldo. Te aseguro que no.

HELMER.—¡Bueno! ¡Bueno! Era broma.

NORA.—(Acercándose a la mesa

de la izquierda.) No se me ocurriría hacer nada que te disgustara. Puedes estar seguro.

HELMER.—Sí. Ya lo sé. Me has dado palabra. (Acercándose a Nora.) Guarda tú sola los misterios de Nochebuena, Nora querida. Cuando se encienda el árbol se desoubirán.

NORA.—¿Te has acordado de invitar a comer al doctor Rank?

HELMER.—No, pero es inútil. Cae de su peso. Además, le invitaré ahora cuando venga. He encargado buenos vinos. Nora, no puedes imaginarte qué alegría me da esta noche.

NORA.—A mí también. ¡Y qué contentos estarán los chicos!

HELMER.—¡Qué satisfacción da pensar que se ha llegado a una situación estable, asegurada, que uno está bien provisto de todo! ¿No es verdad? Da alegría sólo de pensar.

NORA.—Sí, es maravilloso.

HELMER.—¿Te acuerdas la Navidad pasada? Tres semanas antes, te encerrabas todas las veladas, hasta media noche, para hacer flores para el Árbol de Navidad y para prepararnos sorpresas. ¡Oh! ¡Es la época más aburrida que recuerdo!

NORA.—Yo no me aburría.

HELMER.—(Sonriendo.) Pero el resultado fue realmente desastroso. Nora.

NORA.—¡Bueno! ¿Vas a burlarte todavía? ¿Qué culpa tengo si el gato entró y lo destruyó todo?

HELMER.—No, Nora. No fue culpa tuya. Con la mejor voluntad del mundo querías ayudarnos, y esto es lo esencial. Sin embargo, ya era hora de que pasara el mal tiempo.

NORA.—Sí, no me sé dar cuenta todavía.

HELMER.—Ahora no me aburriré solo y tú no necesitarás atormentar tus ojos queridos ni tus lindas manitas.

NORA.—(Aplaudiendo.) ¿Ya no, Torvaldo? ¿Verdad? ¡Dios mío! ¡Qué alegría! Ahora voy a contarte cómo pienso que nos arreglemos, pasadas las Navidades. (Suena el timbre.) Lllaman. (Arregla los sillones

del salón.) Alguien viene. ¡Qué fastidio!

HELMER.—Si es visita, recuerda que no estoy para nadie.

LA CRIADA.—(En la puerta de entrada.) Señora, una señora pregunta por usted.

NORA.—Que entre.

LA CRIADA.—(A Helmer.) El doctor ha llegado también.

HELMER.—¿Ha pasado a mi despacho?

LA CRIADA.—Sí, señor.

(Helmer entra en su despacho. La criada hace entrar a la señora Linde, que viene en traje de viaje y después cierra la puerta.)

SEÑORA LINDE.—(Timidamente, con vacilación.) Buenos días, Nora.

NORA.—(Indecisa.) Buenos días.

SEÑORA LINDE.—¿No me recuerdas?...

NORA.—En efecto... no sé... me parece... (De pronto.) ¡Cristina! ¿Eres tú?

SEÑORA LINDE.—Sí, soy yo.

NORA.—¡Cristina! ¡Y yo que no te reconocía! Pero, ¿cómo era posible? (En tono más bajo.) ¡Cuánto has cambiado, Cristina!

SEÑORA LINDE.—Es verdad. Hace nueve... diez años largos.

NORA.—¿Realmente hace tanto tiempo que no nos hemos visto? Sí, sí, eso es. ¡Si supieras qué feliz fui en estos últimos años! ¿Y ahora estás aquí? ¿Hiciste un viaje tan largo en pleno invierno? Eres atrevida.

SEÑORA LINDE.—Llegué en el vapor esta mañana.

NORA.—¿Para pasar las Navidades, naturalmente? ¡Qué alegría! ¡Cuánto vamos a divertirnos! ¡Quítate el abrigo! ¿No tienes frío, verdad? (La ayuda.) Ahora vamos a sentarnos cómodamente ante la chimenea. No, siéntate en este sillón. Yo me siento en la mecedora, es costumbre. (Le coge las manos.) Ahora sí te recuerdo bien; en el primer momento, no... Estás un poco más pálida, Cristina, y un poco más delgada también.

SEÑORA LINDE.—Y mucho más vieja, Nora.

NORA.—No, un poco, muy poco, tal vez sí, pero mucho, no. (Se calla de pronto y luego dice con seriedad.) Pero ¡qué loca estoy! Con tanto charlar... ¡Querida Cristina, perdóname!

SEÑORA LINDE.—¿Qué quieres decir, Nora?

NORA.—(Con cariño.) Pobre Cristina, eres viuda.

SEÑORA LINDE.—Sí, hace tres años.

NORA.—Lo sé. Lo he leído en los periódicos. Cristina, puedes creerme. Muchas veces pensé en escribirte entonces, pero siempre aplazaba la carta de un día para otro y siempre venía algo a estorbarlo.

SEÑORA LINDE.—Me hago cargo perfectamente.

NORA.—No, Cristina, hice muy mal. Pobre amiga, ¡cuánto debes haber sufrido! ¿No te dejó para vivir?

SEÑORA LINDE.—No.

NORA.—¿Hijos?

SEÑORA LINDE.—Tampoco.

NORA.—Nada entonces.

SEÑORA LINDE.—Ni siquiera una tristeza en el corazón, uno de esos sentimientos que pueden llenar una vida.

NORA.—(Mirándola con incredulidad.) Pero, Cristina, ¿cómo es posible?

SEÑORA LINDE.—(Sonriendo amargamente y acariciándole el cabello.) Así ocurre a veces, Nora.

NORA.—¡Sola en el mundo! ¡Cuánto debes sufrir! Yo tengo tres niños monísimos. Ahora no puedes verles. Salieron con la niñera. Cuéntamelo todo.

SEÑORA LINDE.—Después. Empieza tú.

NORA.—No, tú primero. Hoy no quiero ser egoísta, no quiero pensar más que en ti. Hay algo, sin embargo, que quiero decirte. ¿Sabes la gran suerte que hemos tenido estos días?

SEÑORA LINDE.—No; ¿cuál?

NORA.—Han nombrado a mi marido director del Banco.

SEÑORA LINDE.—¿A tu marido? ¡Qué suerte!

NORA.—¿Verdad? Es triste ser abogado, sobre todo cuando no se quieren aceptar más que causas buenas y justas. Y éste era naturalmente el caso de Torvaldo, en lo cual le apruebo por completo. Ya ves si somos felices. En primero de año debe ocupar el puesto. Tendrá un gran sueldo y muchas ventajas más. Entonces podremos vivir como queramos, no como ahora. ¡Cristina, qué dichosa soy y qué tranquila me encuentro! Es delicioso tener mucho dinero y no preocuparse por nada. ¿No es verdad?

SEÑORA LINDE.—Sí. En todo caso, debe ser agradable tener lo necesario.

NORA.—No, no sólo lo necesario, sino mucho, mucho dinero.

SEÑORA LINDE.—(Sonriendo.) Nora, Nora ¿aún no eres razonable? En el colegio eras muy derrochadora.

NORA.—(Sonriendo cariñosamente.) Torvaldo dice que lo soy aún. (Amenazando con el dedo.) Nora, Nora no es tan loca como vosotros creéis. Hasta ahora no tiene gran cosa que derrochar. Tuvimos que trabajar los dos.

SEÑORA LINDE.—¿Tú también?

NORA.—Sí, en cosas pequeñas, labores, crochet, bordados, etc. (Cambiando de tono.) Y en algo más. Sabes que Torvaldo dejó el ministerio cuando nos casamos. No tenía esperanzas de aumento de sueldo en la oficina y necesitaba ganar más que antes. El primer año tuvo un trabajo abrumador. Tenía que buscar trabajos extraordinarios y trabajar desde por la mañana hasta por la noche. Esto fue superior a sus fuerzas y cayó gravemente enfermo. Entonces los médicos dijeron que tenía que ir al Mediodía.

SEÑORA LINDE.—Es verdad. Estuvisteis un año en Italia.

NORA.—Sí, y no fue fácil deci-

dirse, como puedes suponer. Ivar acababa de nacer. Pero era necesario. Fue maravillosamente hermoso el viaje. Salvó la vida a Torvaldo, pero ¡cuánto dinero costó, Cristina!

SEÑORA LINDE.—Ya me lo figuro.

NORA.—¡Mil doscientos escudos! ¡Cuatro mil ochocientas coronas! Eso sí que es dinero.

SEÑORA LINDE.—Sí, y en estos casos es gran suerte el tenerlas.

NORA.—Voy a decírtelo: fue papá quien nos lo dio.

SEÑORA LINDE.—Sí, precisamente fue en la época en que murió tu padre, si mal no recuerdo.

NORA.—Sí, Cristina, en la misma época. Y figúrate que no pude asistirle. Esperaba de un día para otro el nacimiento de Ivar, y mi pobre Torvaldo, muriéndose, necesitaba de mis cuidados. ¡Qué bueno era papá! ¡No volví a verle! Es lo más doloroso que he tenido que sufrir desde que estoy casada.

SEÑORA LINDE.—Ya sé que le querías mucho. ¿De modo que os fuisteis a Italia?

NORA.—Sí, teníamos dinero y los médicos nos metían prisa. Nos marchamos un mes después.

SEÑORA LINDE.—¿Y tu marido regresó enteramente curado?

NORA.—Se encontraba perfectamente.

SEÑORA LINDE.—¿Y ese médico?

NORA.—¿Qué quieres decir?

SEÑORA LINDE.—Recuerdo que la criada ha anunciado al doctor, haciéndole entrar al mismo tiempo que a mí.

NORA.—Sí, el doctor Rank. No viene como médico. Es nuestro mejor amigo: viene a vernos por lo menos una vez al día. No, Torvaldo después no tuvo ni una indisposición. Los niños también están buenos y sanos y yo igual. (Se levanta de un salto y aplaude.) ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cristina, qué delicioso es vivir y ser feliz! Pero esto es vergonzoso... no hablo más que de mí. (Se sienta en un taburete al

lado de Cristina y se apoya en sus rodillas.) ¿No lo tomas a mal, verdad? Di, ¿es verdad que no amabas a tu marido? ¿Por qué te casaste entonces?

SEÑORA LINDE.—Mi madre vivía aún, enferma y sin sostén. Además tenía que mantener a mis dos hermanos pequeños. No me creí con derecho a rechazar su oferta.

NORA.—No, no. Tengo la seguridad de que tuviste razón. ¿Era rico en aquella época?

SEÑORA LINDE.—Estaba en posición desahogada. Pero era una fortuna irregular. A su muerte todo se hundió. No se salvó nada.

NORA.—¿Y entonces?

SEÑORA LINDE.—Tuve que idear un negocito, una escuela que dirigía yo. ¡Qué sé yo! Los tres últimos años no fueron para mí más que un solo día de trabajo muy largo. Ahora ya no, Nora. Mi pobre madre no necesita ya de mí: se fue. Los niños, tampoco. Ya saben ganarse la vida.

NORA.—¡Qué tranquila debes estar!

SEÑORA LINDE.—No, Nora: ahora siento un vacío insoportable. ¡No tener nadie a quien consagrarme! (Se levanta con inquietud.) Por eso no pude permanecer más tiempo allá, en aquel país aislado. Aquí debe ser más fácil abstraerse en una ocupación, distraer el pensamiento. ¡Si tuviese la suerte de encontrar colocación en alguna oficina...!

NORA.—¿Piensas en eso? ¡Cansa tanto! Y además necesitas descansar. Debes irte a una playa.

SEÑORA LINDE.—No tengo papá que me pague el viaje.

NORA.—(Levantándose.) No te enfades conmigo.

SEÑORA LINDE.—Eres tú, querida Nora, la que no debes enfadarte conmigo. Lo peor que sucede en una situación como la mía, es que el carácter se agría. No tenemos a nadie por quien trabajar y sin embargo tenemos que defendernos de

todos, porque es preciso vivir. Y nos convertimos en egófstas. ¿Qué quieres que te diga? Cuando me hablaste de la buena marcha de vuestros negocios, me alegré más por mí que por ti.

NORA.—¿Cómo? ¡Ah! ¡Sí...! Comprendo. Pensaste que Torvaldo podría serte útil.

SEÑORA LINDE.—Sí, lo pensé.

NORA.—Lo será, Cristina. Voy a preparar el terreno delicadamente, a pensar en algo que predisponga a Torvaldo en tu favor. ¡Oh! ¡Tengo tantos deseos de servirte!

SEÑORA LINDE.—Eres muy buena, Nora, demostrando tanto empeño... Tanto más buena, cuanto que apenas conoces las miserias y los disgustos de la vida.

NORA.—¿Yo? ¿Lo crees?

SEÑORA LINDE.—(Sonriendo.) Sí; ya me figuro, labores y bagatelas por el estilo. Eres una niña, Nora.

NORA.—(Moviendo la cabeza y atravesando la escena.) No hables tan ligeramente.

SEÑORA LINDE.—¿De veras?

NORA.—Piensas como los demás. Crees que no sirvo para nada serio.

SEÑORA LINDE.—¡Vaya! ¡Vaya!

NORA.—Que no tengo la menor idea del lado doloroso de la vida.

SEÑORA LINDE.—Pero, querida Nora, si acabas de contarme todas las dificultades que has tenido...

NORA.—¡Bah...! ¡Bagatelas...! (En voz baja.) No te he contado lo principal.

SEÑORA LINDE.—¿Qué quieres decir?

NORA.—Me tratas con superioridad, Cristina, y no debes hacerlo. Estás orgullosa por haber trabajado tanto y tanto tiempo por tu madre.

SEÑORA LINDE.—A nadie trato con superioridad. Pero tienes razón al decir que estoy contenta y orgullosa al pensar que, gracias a mí, los últimos días de mi madre fueron tranquilos.

NORA.—¿Y estás orgullosa también por lo que hiciste por tus hermanos?

SEÑORA LINDE.—Me parece que tengo derecho a estarlo.

NORA.—Es lo que pienso yo. Ahora voy a contarte una cosa, Cristina. También yo tengo un motivo de alegría y de orgullo.

SEÑORA LINDE.—No lo dudo. Pero ¿cómo lo juzgas tú misma?

NORA.—Habla más bajo. ¡Si Torvaldo nos oyera! Por nada en el mundo quisiera que... Nadie debe saberlo, nadie en el mundo, a excepción de ti, Cristina.

SEÑORA LINDE.—Pero ¿qué es?

NORA.—Ven más cerca. (*Atrayéndola a su lado en el sofá.*) Sí... oye... también puedo estar orgullosa y contenta de mí. Yo salvé la vida de Torvaldo.

SEÑORA LINDE.—¿Salvado? ¿Cómo salvado?

NORA.—Te he hablado ya de nuestro viaje a Italia. ¿Verdad? Torvaldo hubiera muerto si no hubiera podido ir al Mediodía.

SEÑORA LINDE.—Sí; tu padre os dio el dinero necesario.

NORA.—Sí, eso creen Torvaldo y todo el mundo; pero...

SEÑORA LINDE.—Pero...

NORA.—Papá no nos dio un céntimo. Yo busqué el dinero.

SEÑORA LINDE.—¿Tú...? ¿Una cantidad tan grande...?

NORA.—Mil doscientos escudos, cuatro mil ochocientas coronas. Y ahora ¿qué dices?

SEÑORA LINDE.—Pero Nora, ¿cómo pudiste? ¿Te tocó algún premio a la lotería?

NORA.—(*Con desprecio.*) ¿A la lotería? (*Con desdén.*) ¿Qué mérito hubiera tenido?

SEÑORA LINDE.—Pues ¿dónde lo encontraste?

NORA.—(*Sonriendo maliciosamente y tarareando.*) ¡Ah! ¡Tra la la!

SEÑORA LINDE.—No hubieras podido pedirlos prestados.

NORA.—¿Por qué?

SEÑORA LINDE.—Porque una mujer casada no puede pedir dinero sin consentimiento de su esposo.

NORA.—(*Moviendo la cabeza.*)

¡Bah! Si se trata de una mujer algo práctica... una mujer que sepa desenvolverse fácilmente...

SEÑORA LINDE.—Nora, no comprendo ni una palabra.

NORA.—No necesitas comprender. No he dicho que pidiera prestado ese dinero. Me lo he podido procurar de otro modo. (*Se echa en el sofá.*) Pude haberlo recibido de un adorador... ¿no? Con mis atractivos...

SEÑORA LINDE.—¡Qué loca eres! Nora.—Confiesa que estás intrigadísima.

SEÑORA LINDE.—Supongo, Nora, que no habrás cometido ninguna locura.

NORA.—(*Incorporándose.*) ¿Es locura salvar la vida al marido?

SEÑORA LINDE.—Lo que puede ser una locura es que a sus espaldas...

NORA.—¡Pero si precisamente él no podía saberlo! ¿No lo comprendes? No debía conocer la gravedad de su estado. A mí me vinieron a decir los médicos que su vida peligraba, que sólo una temporada en el Mediodía podía salvarle. ¿Crees que no me costó trabajo engañarle? Le ponderaba lo feliz que sería viajando por el extranjero como otras mujeres jóvenes; lloraba, suplicaba, le decía que debía considerar el estado en que me hallaba y satisfacer mi deseo. Por fin, le insinué que debía pedir dinero prestado. Pero entonces, Cristina, estuvo a punto de enfadarse muy seriamente. Me dijo que era una aturdida, y que su deber de marido era no doblegarse a mis fantasías y a mi capricho.

"Bueno, bueno, pensaba yo, cueste lo que cueste, le he de salvar." Entonces se me ocurrió una idea.

SEÑORA LINDE.—¿Y tu marido no supo por tu padre que el dinero no era suyo?

NORA.—Nunca. Papá murió pocos días después. Había pensado revelárselo todo, rogándole que no me vendiera, pero estaba tan enfermo... Desgraciadamente, no tuve tiempo de intentarlo.

SEÑORA LINDE.—Y después ¿nunca se lo confesaste a tu marido?

NORA.—¡No, Dios mío! ¡Ni pensarlo! ¡A él, que es tan severo en este punto! Y además, a Torvaldo, con su amor propio de hombre, le hubiera sido muy doloroso. ¡Qué humillación para él saber que me debía algo! Hubiera interrumpido nuestras relaciones: nuestro hogar, tan agradable, tan dichoso, no sería lo que es.

SEÑORA LINDE.—¿Nunca se lo dirás?

NORA.—(*Reflexionando y sonriendo.*) Sí... con el tiempo, tal vez.

Dentro de muchos, de muchos años, cuando no sea tan bonita como ahora. ¡No te rías! Quiero decir: cuando Torvaldo no me ame tanto, cuando no goce tanto viéndome bailar, disfrazarme y declamar para él. Entonces, acaso convenga tener algo a qué recurrir. (*Interrumpiéndose.*) ¡Bah! No llegará nunca ese día. Y ahora, Cristina, ¿qué te parece mi gran secreto? También he sido útil para algo. Puedes creerme si te digo que este asunto me causó muchos disgustos... No me ha sido fácil, dicho sea en honor de la verdad, pagar en fecha fija. En los negocios hay una cosa que se llama la amortización, y todo esto es terriblemente difícil de arreglar. He tenido que economizar un poco de cada cosa. En el hogar poco pude conseguir; era necesario que Torvaldo viviese cómodamente. Los niños tampoco podían ir mal vestidos. Todo cuanto recibía para ellos, me parecía justo emplearlo en ellos. ¡Angelitos míos!

SEÑORA LINDE.—¿Tuviste que quitarle de tus gastos personales, pobre Nora!

NORA.—Naturalmente. Además, era lo más justo. Cada vez que Torvaldo me daba dinero para alfileres, gastaba sólo la mitad: compraba siempre lo más barato. Afortunadamente todo me sienta bien, y así Torvaldo no ha notado nada.

Sin embargo, a veces me duele. Cristina. ¡Es tan agradable ir elegante! ¿Verdad?

SEÑORA LINDE.—Ya lo creo.

NORA.—Tengo otros ingresos. El invierno pasado tuve la suerte de encontrar mucho trabajo de copia. Entonces me encerraba y escribía hasta hora muy avanzada de la noche. ¡A veces me encontraba muy cansada! ¡Muy cansada! A veces me parecía que era un hombre.

SEÑORA LINDE.—¿Cuánto has podido pagar así?

NORA.—No puedo decírtelo exactamente. Es muy difícil entenderse en esta clase de negocios. Sólo sé que pagué cuanto pude. A veces no sabía qué idear (*sonriendo*), y me figuraba que un señor muy rico se enamoraba de mí...

SEÑORA LINDE.—¿Cómo? ¿Qué señor?

NORA.—¡Tonterías! Que moría y que al abrir su testamento se leía en grandes letras: "Todo mi dinero es para la encantadora Nora Helmer y le será entregado en el acto."

SEÑORA LINDE.—Pero, querida Nora, ¿quién es ese señor?

NORA.—Pero ¿no lo comprendes? El viejo no existe más que en mi imaginación. Era lo único que se me ocurría cada vez que no encontraba medio de procurarme dinero. Por lo demás, ahora ya me es indiferente. El viejo bonachón puede vivir cuanto le parezca. Ya no me preocupo de él, ni de su testamento, porque ahora ya estoy tranquila. (*Se levanta vivamente.*) ¡Oh! Dios mío, ¡qué alegría da pensarlo!

¡Cristina, tranquila! ¡Vivir tranquila, tranquila del todo, jugar con los niños, arreglar la casa bien, con gusto, como Torvaldo quiere tenerla! Después vendrá la primavera: el hermoso cielo azul. Tal vez nosotros podamos viajar un poco. ¡Volver a ver el mar! ¡Oh! ¡Qué hermoso es vivir y ser feliz! (*Llaman.*)

SEÑORA LINDE.—(*Levantándose.*) Llaman. ¿Debo irme?

NORA.—No, quédate. No vendrá

nadie. Seguramente preguntarán por Torvaldo...

LA CRIADA.—Perdón, señora..., hay un caballero que desea hablar al señor abogado...

NORA.—Al señor director, que-rrás decir...

LA CRIADA.—Al señor director, sí. Pero como el doctor está con él... no me he atrevido...

KROGSTAD.—(Presentándose.) Soy yo, señora.

SEÑORA LINDE.—(Se estremece, se turba y se vuelve hacia la ventana.)

NORA.—(Da un paso hacia él y turbada dice en voz baja.) ¿Usted? ¿Qué pasa? ¿Qué quiere usted decir a mi marido?

KROGSTAD.—Quiero hablarle del Banco. Tengo un empleo modesto y he oído decir que su marido va a ser nuestro jefe.

NORA.—Es verdad.

KROGSTAD.—Asuntos molestos, señora, nada más que asuntos molestos.

NORA.—Moléstese en entrar en su despacho.

(Saluda con negligencia al cerrar la puerta del vestíbulo, y después se dirige hacia la chimenea.)

SEÑORA LINDE.—Nora, ¿quién es ese hombre?

NORA.—El procurador Krogstad.

SEÑORA LINDE.—¿Era él!

NORA.—¿Le conoces?

SEÑORA LINDE.—Lo conocí hace muchos años. Fue en aquel tiempo nuestro procurador.

NORA.—Sí, eso es.

SEÑORA LINDE.—¿Cuánto ha cambiado!

NORA.—Creo que fue muy desgraciado con la familia.

SEÑORA LINDE.—Ahora es viudo. ¿No es verdad?

NORA.—Sí, con un montón de hijos. ¡Bueno! Ahora me quemó. (Retira su mecedora.)

SEÑORA LINDE.—Dicen que se ocupa en negocios de todas clases.

NORA.—¿De veras? Es posible.

No sé nada. Pero no hablemos de negocios. ¡Son tan fastidiosos...!

(Sale el doctor Rank, que viene del despacho de Helmer.)

RANK.—(Con la puerta entreabierta.) No, no. No quiero molestarte. Voy a hablar un rato con tu mujer. (Cierra la puerta y ve a la señora Linde.) ¡Oh! ¡Perdón! También estorbo aquí.

NORA.—Al contrario. (Presentándose.) El doctor Rank. La señora Linde.

RANK.—Un nombre que se pronuncia con frecuencia en esta casa. Creo que la adelanté en la escalera al subir.

SEÑORA LINDE.—Sí, subo muy despacio las escaleras.

RANK.—¿Cansancio?

SEÑORA LINDE.—Más bien agotamiento.

RANK.—¿Ah, sí? ¿Y para reponerse viene usted a una ciudad en fiestas?

SEÑORA LINDE.—Vine a buscar trabajo.

RANK.—¿Es remedio eficaz para el agotamiento por cansancio?

SEÑORA LINDE.—Hay que vivir, doctor.

RANK.—Sí, esa es la opinión general: parece que es una cosa necesaria.

NORA.—¡Oh, doctor, estoy segura de que usted mismo desca vivir!

RANK.—Mientras pueda, sí. Misero como soy, quiero sufrir el mayor tiempo posible. Todos mis pacientes desean igual, y piensan igual también los enfermos morales. Precisamente acabo de dejar a uno en el despacho de Helmer: está en cura, porque hay también hospitales para ellos.

SEÑORA LINDE.—(En voz baja.) ¡Ah!

NORA.—¿Qué quiere usted decir?

RANK.—Sí, hablo del procurador Krogstad, un hombre a quien usted no conoce. Está podrido hasta la medula de los huesos. Pues bien: también afirma, como si se tratara

de algo muy importante, que necesita vivir.

NORA.—¿De veras? ¿De qué hablaba con Helmer?

RANK.—Realmente no lo sé. Sólo he oído decir que se trataba de algo referente al Banco.

NORA.—No sabía que Krog... que el señor Krogstad tuviera nada que ver con el Banco.

RANK.—Sí, tiene un pequeño empleo. (Dirigiéndose a la señora Linde.) No sé si existe también entre

ustedes una clase de hombres que se dedica a descubrir los podridos moralmente. Una vez descubiertos los ponen en observación, procurándoles tal o cual buen empleo. Los buenos no tienen que preocuparse más que de quedar excluidos.

SEÑORA LINDE.—Hay que confesar que los enfermos morales son los que más cuidados necesitan.

RANK.—(Encogiéndose de hombros.) Sí. Este modo de apreciar las cosas convierte la sociedad en hospital.

NORA.—(Que estaba preocupada, se echa de pronto a reír y se pone a aplaudir.)

RANK.—¿Por qué se ríe usted? ¿Sospecha usted acaso lo que es la sociedad?

NORA.—¿Qué me importa esa sociedad molesta? Me río de otra cosa..., de otra cosa muy divertida. Dígame usted, doctor: ¿todos los empleados del Banco dependerán en lo sucesivo de mi marido?

RANK.—¿Y eso la alegra tanto?

NORA.—(Sonriendo y tarareando.) No haga caso. (Se pasea por la habitación.) Sí, es tan divertido, tan increíble que nosotros..., ¡que Torvaldo tenga ahora tanta influencia y sobre tanta gente! (Sacando el cucurucho de almendras.) Doctor, ¿quiere usted almendras?

RANK.—¿Cómo, almendras? Creí que eran contrabando aquí.

NORA.—Sí, pero éstas me las ha dado Cristina.

SEÑORA LINDE.—¿Yo?

NORA.—¡Vaya! ¡Vaya! ¡No te

apures! Tú no podías saber que Torvaldo me lo había prohibido. ¿Sabes por qué? Teme que se me estropeen los dientes. Pero por una vez no importa. ¿No es verdad, doctor? Tome usted. (Le mete una almendra en la boca.) Y tú también, Cristina. Yo comeré una muy chiquitita, o a lo sumo, dos. (Vuelve a pasearse por la habitación.) Soy extraordinariamente feliz. Sólo hay una cosa en el mundo que me inspira vivísimo deseo...

RANK.—Veamos qué es.

NORA.—Es algo que me gustaría mucho decir delante de Torvaldo.

RANK.—¿Y por qué no lo dice?

NORA.—No me atrevo. Es muy feo.

SEÑORA LINDE.—¿Muy feo?

RANK.—En efecto, en ese caso, vale más abstenerse; pero a nosotros usted podría... ¿Qué tiene usted tantas ganas de decir delante de Helmer?

NORA.—Tengo unos deseos locos de decir: ¡Recristo!

RANK.—¡Qué loca es usted!

SEÑORA LINDE.—Pero, Nora...

RANK.—Pues ya puede usted decirselo: ahí está.

NORA.—(Escondiendo las almendras.) ¡Psit! ¡Psit! ¡Psit!

(Helmer llega de su despacho con el abrigo al brazo y el sombrero en la mano.)

NORA.—(Yendo a su encuentro.) ¿Qué, querido Torvaldo, te has librado por fin?

HELMER.—Sí, acaba de marcharse.

NORA.—Voy a presentarte. Es Cristina que ha venido a la ciudad.

HELMER.—¿Cristina?... Perdóne usted... si de momento no recuerdo...

NORA.—La señora Linde, querido, la señora Cristina Linde.

HELMER.—¡Ah! ¡Muy bien! ¿Amiga de la infancia de mi mujer?

SEÑORA LINDE.—Sí, nos conocimos en otro tiempo.

NORA.—Y calcula que ha hecho este viaje tan largo para hablarme.

HELMER.—¿Cómo?

SEÑORA LINDE.—No sólo para...

NORA.—Mira, Cristina vale mucho para trabajar en una oficina y además arde en deseos de estar a las órdenes de un hombre superior y de adquirir aún más experiencia.

HELMER.—Eso es muy razonable, señora.

NORA.—Y cuando supo que habías sido elegido director del Banco (lo anunció un telegrama) se puso en seguida en camino. ¿Me complacerás, Torvaldo?... ¿Verdad que sí? ¿Para dar gusto a tu mujercita, harás algo por Cristina? ¿Eh?

HELMER.—Es fácil. ¿La señora es viuda?

SEÑORA LINDE.—Sí.

HELMER.—¿Y tiene usted hábito del trabajo de oficina?

SEÑORA LINDE.—Sí, bastante.

HELMER.—Entonces es muy probable que pueda procurarle ocupación...

NORA.—(Aplaudiendo.) ¡Ya ves!

HELMER.—Ha llegado usted en buen momento, señora.

SEÑORA LINDE.—¿Cómo agradecerse!

HELMER.—¡Bah! No hablemos más del asunto. (Se pone el abrigo.) Pero hoy tendrá que perdonarme...

RANK.—Espere; le acompaño. (Va a buscar la piel para el cuello en el vestíbulo y vuelve a calentarla en la chimenea.)

NORA.—No te entretengas mucho, Torvaldo.

HELMER.—Una hora a lo sumo...

NORA.—¿Te vas también, Cristina?

SEÑORA LINDE.—(Poniéndose el abrigo.) Necesito buscar alojamiento...

HELMER.—Podemos ir juntos un rato.

NORA.—(Ayudándola.) Es lástima que estemos tan estrechos...; nos es realmente imposible...

SEÑORA LINDE.—¿Quién piensa?

Hasta la vista, querida Nora, y gracias.

NORA.—Hasta la vista. Esta noche volverás. ¿Eh? Y usted también, doctor. ¿Cómo? ¿Que si se encuentra bien? ¿Cómo se entiende? ¡Abríguese bien!

(Se van hablando por la puerta principal. Se oyen voces de niños en la escalera.)

NORA.—¡Aquí están! ¡Aquí están!

(Corre para abrir. Entra Ana María con los niños.)

NORA.—¡Entrad! ¡Entrad! (Se inclina y los besa.) ¡Hijitos míos! ¡Mira, Cristina! Son muy guapos. ¿Verdad?

RANK.—No se queden ustedes en medio de la corriente del aire.

(El doctor Rank, Helmer y la señora Linde bajan por la escalera. Ana María entra en escena con los niños. Nora entra igualmente, después de haber cerrado la puerta.)

NORA.—¿Qué aspecto tan sano y tan fuerte tenéis! ¡Qué mejillas tan encendidas! Parecen manzanas y rosas. (Los niños le hablan todos a la vez hasta el fin de la escena.) ¿Os habéis divertido mucho? Muy bien.

¿De veras? Has llevado el trineo con Emmy y Bob. ¡No es posible!

¿Con las dos? ¡Ah!, eres un hombrecito muy fuerte, Ivar. Déjamela un momento, Ana María. ¡Mi muñequita querida! (Coge a la menor y baila con ella.)

¡Sí, sí, mamá quiere bailar también con Bob. ¿Cómo? ¿Habéis hecho bolas de nieve? ¡Ah!

¡Cuánto me hubiera gustado estar allí! No, déjame, Ana María. Quiero desnudarla yo misma. ¡Déjala, es tan divertida! Entra allá mientras esperas. Parece que estás helada. Tienes café caliente en la cocina.

(La niñera sale por la derecha. Nora les quita a los niños los abrigos y los sombreros, que va dejándolos esparcidos por toda la habitación. Los niños siguen hablando.)

NORA.—¡No es posible! ¿Un pe-

ro muy grande ha corrido detrás de vosotros? Pero no mordía. No; los perros no muerden a los niños buenos como vosotros. Ivar, cuidado con mirar esos paquetes. No, no, hay una cosa muy fea dentro. ¿Qué? ¿Queréis jugar? ¿A qué? ¿Al escondite? Sí, juguemos al escondite. Bob se esconderá primero. ¿Yo? Bueno, me esconderé yo.

(Nora y los niños se ponen a jugar, gritando y riendo en escena y en el cuarto de al lado. Por último Nora se esconde debajo de la mesa. Los niños llegan corriendo y la buscan sin encontrarla. Oyen una risa ahogada, se precipitan a la mesa, levantan el tapete y la ven. Gritos de alegría. Sale a gatas para asustarles. Nueva explosión de alegría. Entretanto, han llamado a la puerta sin que nadie haya oído. La puerta se entreabre y aparece Krogstad. Espera un momento. El juego continúa.)

KROGSTAD.—Perdone usted, señora Helmer...

NORA.—(Grita y se incorpora poniéndose de rodillas.) ¿Qué quiere usted?

KROGSTAD.—La puerta estaba entornada. Alguien ha debido olvidarse de cerrarla.

NORA.—(Levantándose.) Mi marido no está en casa, Krogstad.

KROGSTAD.—Lo sé.

NORA.—Entonces ¿qué quiere usted?

KROGSTAD.—Hablar dos palabras con usted.

NORA.—¿Conmigo? (En voz baja, a los niños.) Id con Ana María. ¿Qué?... No, este señor no quiere hacer daño a mamá. Cuando se vaya, volveremos a jugar.

(Lleva a los niños al vestíbulo de la derecha y cierra la puerta después.)

NORA.—(Inquieta, agitada.) ¿Quiere usted hablarme?

KROGSTAD.—Sí, quiero.

NORA.—¿Hoy? Pero hoy no es primero de mes...

KROGSTAD.—Estamos en vísperas de Navidad. De usted depende que la Navidad sea para usted alegre o triste.

NORA.—¿Qué desea usted? Hoy me será realmente imposible...

KROGSTAD.—Hasta nuevo aviso, no hablaremos más de eso. Se trata de otra cosa. ¿Puede usted atenderme un momento?

NORA.—Sí... sí... a menos que...

KROGSTAD.—Bien. Estaba sentado en el restaurante Olsen y he visto pasar a su esposo...

NORA.—¡Ah!

KROGSTAD.—... con una señora.

NORA.—¿Y qué?

KROGSTAD.—¿Acaba de llegar a la ciudad?

NORA.—Sí, hoy.

KROGSTAD.—¿Es su amiga?

NORA.—Sí..., pero no comprendo...

KROGSTAD.—También yo la conocí en otro tiempo.

NORA.—Lo sé.

KROGSTAD.—¿De veras? ¿Lo sabe usted? Ya me lo figuraba. Permítame usted que le pregunte si la señora Linde va a ser colocada en el Banco.

NORA.—¿Cómo se atreve usted a preguntarme, señor Krogstad? ¿Usted que es el subordinado de mi marido? Pero ya que me pregunta, voy a contestarle. Sí, la señora Linde será colocada en el Banco. Y lo será por mí, Krogstad. Ya lo sabe usted.

KROGSTAD.—No me había equivocado.

NORA.—(Paseándose por la habitación.) Se tiene influencia, cosa muy natural... Aunque sea mujer, puedo... Cuando se ocupa una posición inferior se ha de procurar, Krogstad, no molestar a quien...

KROGSTAD.—Tiene influencia.

NORA.—Eso es.

KROGSTAD.—(Cambiando de tono.) Señora Helmer, ¿tendría usted la amabilidad de utilizar su influencia en mi favor?

KROGSTAD.—Estoy en vísperas de Navidad. De usted depende que la Navidad sea para usted alegre o triste.

NORA.—¿Qué desea usted? Hoy me será realmente imposible...

KROGSTAD.—Hasta nuevo aviso, no hablaremos más de eso. Se trata de otra cosa. ¿Puede usted atenderme un momento?

NORA.—Sí... sí... a menos que...

KROGSTAD.—Bien. Estaba sentado en el restaurante Olsen y he visto pasar a su esposo...

NORA.—¡Ah!

KROGSTAD.—... con una señora.

NORA.—¿Y qué?

KROGSTAD.—¿Acaba de llegar a la ciudad?

NORA.—Sí, hoy.

KROGSTAD.—¿Es su amiga?

NORA.—Sí..., pero no comprendo...

KROGSTAD.—También yo la conocí en otro tiempo.

NORA.—Lo sé.

KROGSTAD.—¿De veras? ¿Lo sabe usted? Ya me lo figuraba. Permítame usted que le pregunte si la señora Linde va a ser colocada en el Banco.

NORA.—¿Cómo se atreve usted a preguntarme, señor Krogstad? ¿Usted que es el subordinado de mi marido? Pero ya que me pregunta, voy a contestarle. Sí, la señora Linde será colocada en el Banco. Y lo será por mí, Krogstad. Ya lo sabe usted.

KROGSTAD.—No me había equivocado.

NORA.—(Paseándose por la habitación.) Se tiene influencia, cosa muy natural... Aunque sea mujer, puedo... Cuando se ocupa una posición inferior se ha de procurar, Krogstad, no molestar a quien...

KROGSTAD.—Tiene influencia.

NORA.—Eso es.

KROGSTAD.—(Cambiando de tono.) Señora Helmer, ¿tendría usted la amabilidad de utilizar su influencia en mi favor?

NORA.—¿Cómo? ¿Qué significa?
KROGSTAD.—¿Quiere usted hacer que no salga del Banco?

NORA.—¿Qué dice usted? ¿Quién piensa en destituirle?

KROGSTAD.—Es inútil fingir ignorancia. Comprendo muy bien que a su amiga no le guste encontrarme, y ahora sé por qué me han dado la cesantía.

NORA.—Pero yo le aseguro...

KROGSTAD.—Dos palabras: aún es tiempo. Le aconsejo que use usted toda su influencia para impedirlo.

NORA.—Pero, señor Krogstad, si no tengo influencia alguna...

KROGSTAD.—¿Cómo? Hace poco decía usted que...

NORA.—No me refería a esto. ¿Cómo puede usted creer que tenga semejante poder sobre mi marido?

KROGSTAD.—¡Bah! Conozco a su marido desde que fuimos condiscípulos. No creo que el señor director del Banco tenga más energía que otros maridos.

NORA.—Si habla usted con desdén de mi marido le echo de casa.

KROGSTAD.—La señora es muy valiente.

NORA.—No le temo. Pasado año nuevo tardaré poco en verme libre de usted.

KROGSTAD.—(Dominándose.) Oiga, señora: si es necesario combatiré para conservar mi empleo como si fuese cuestión de vida o muerte.

NORA.—Sí, eso parece.

KROGSTAD.—No es por el sueldo. Eso poco me importa. Hay algo más; en fin, se lo voy a contar todo. Usted sabía, naturalmente, como todo el mundo, que cometí una imprudencia hace muchos años.

NORA.—Me parece haber oído hablar.

KROGSTAD.—El asunto no se llevó a los tribunales. Pero por de pronto se me cerraron todos los caminos. Entonces comencé a trabajar en el negocio que usted conoce; había que encontrar algo, y puedo

decir que no fui peor que los demás. Ahora quiero dejarlo. Mis hijos crecen. Por ellos debo adquirir la mejor reputación posible. El empleo en el Banco era para mí el primer escalón. Y su marido quiere hacerme caer de nuevo en el barro.

NORA.—Pero, por Dios, Krogstad, no está en mí el poderle ayudar.

KROGSTAD.—Le falta voluntad, pero tengo medios para obligarla.

NORA.—¿Supongo que no irá usted a decir a mi marido que le debo dinero?

KROGSTAD.—¿Y si lo hiciese?

NORA.—Sería vergonzoso por su parte. (Casi llorando.) Ese secreto, que es mi orgullo y mi alegría, lo sabría de un modo tan villano... por usted. Me daría usted una serie de disgustos domésticos...

KROGSTAD.—¿No tendría usted más que disgustos?

NORA.—(Vivamente.) Y si no, pruébelo. Usted será el que sufrirá más. Mi marido verá entonces qué clase de hombre es usted, y puede usted tener la seguridad de que perderá su empleo.

KROGSTAD.—Acabo de preguntarle si no son más que disgustos domésticos los que usted teme...

NORA.—Si mi marido lo sabe quedará pagado en el acto, y entonces nos veremos libres de usted.

KROGSTAD.—(Dando un paso hacia ella.) Escuche usted, señora Helmer: o usted no tiene memoria o no conoce usted nada de negocios. Necesito enterarla.

NORA.—¿Cómo?

KROGSTAD.—En la época de la enfermedad de su marido usted vino a pedirme mil doscientos escudos.

NORA.—No conocía a nadie más.

KROGSTAD.—Prometí encontrar la cantidad.

NORA.—Y la encontró usted.

KROGSTAD.—Prometí proporcionarle el dinero con ciertas condiciones. Pero estaba usted entonces tan preocupada con la enfermedad de su marido y tan apurada por te-

ner el dinero del viaje, que no se fijó usted en los detalles. Por eso no estará de más recordárselos. Sí. Prometí encontrar el dinero garantizado por un recibo que escribí.

NORA.—Y que yo firmé.

KROGSTAD.—Sí, pero más abajo de su firma añadí algunas líneas por las cuales su padre daba su garantía. Estas líneas debía firmarlas él.

NORA.—¿Dice usted que debía? Las firmó.

KROGSTAD.—Había puesto la fecha en blanco. Esto quería decir que su padre debía poner la fecha de la firma. ¿Recuerda usted?

NORA.—Sí, creo en efecto que...

KROGSTAD.—Entonces le envié el recibo para que usted lo remitiera por correo a su padre. ¿Pasó así, sí o no?

NORA.—Sí.

KROGSTAD.—Y naturalmente, usted lo hizo en seguida. Porque cinco o seis días después me devolvía usted la letra con la firma de su padre. Y entonces le entregué el dinero.

NORA.—Sí. ¿Pero acaso no he hecho yo mis pagos con regularidad?

KROGSTAD.—Casi siempre. Pero volviendo a lo que decíamos antes... Debía usted estar muy apurada en aquel tiempo, señora.

NORA.—Sí, es verdad.

KROGSTAD.—Su padre estaba muy grave.

NORA.—Moribundo.

KROGSTAD.—¿Murió poco después?

NORA.—Sí.

KROGSTAD.—Diga usted, señora Helmer, ¿se acuerda por casualidad de la fecha de la muerte de su padre?

NORA.—Papá murió el 29 de septiembre.

KROGSTAD.—Es verdad. Me informé después. Por eso no me explico (Saca un papel del bolsillo.) cierta particularidad...

NORA.—¿Qué particularidad? No sé...

KROGSTAD.—Lo que hay de par-

ticular, señora, es que su padre firmó el recibo tres días después de muerto.

NORA.—(Se calla.)

KROGSTAD.—¿Puede usted explicármelo?

NORA.—(Sigue callando.)

KROGSTAD.—Es evidente también que las palabras de octubre y el año, no son de letra de su padre, sino de una letra que creo reconocer. En fin, esto puede explicarse. Su padre puede haberse olvidado de fechar la firma y alguien puede haberlo hecho sin saber aún que había muerto. No hay gran perjuicio en ello. Lo esencial es la firma: ¿Está usted segura de que es auténtica, señora Helmer? ¿Fue su padre quien firmó?

NORA.—(Después de una pausa breve, levanta la cabeza y le mira con aire provocativo.) No, no fue él. Fui yo quien escribió el nombre de papá.

KROGSTAD.—¿Sabe usted, señora, que es una confesión peligrosa?

NORA.—¿Por qué? Dentro de poco tendrá usted su dinero.

KROGSTAD.—Una pregunta. ¿Por qué no envió usted el documento a su padre?

NORA.—Era imposible. ¡Papá estaba tan enfermo! Al pedirle la firma, hubiera tenido que explicarle para qué quería el dinero. Pero en el estado de gravedad en que se hallaba, no podía decirle que la vida de mi marido estaba amenazada. Era imposible.

KROGSTAD.—En ese caso, valía más renunciar al viaje.

NORA.—Imposible. Aquel viaje debía salvar la vida de mi marido. No podía renunciar a él.

KROGSTAD.—¿Pero no comprendió usted que me engañaba?

NORA.—No podía fijarme en eso. ¿Qué me importaba usted! Además, me era usted insoportable por la frialdad con que razonaba usted sabiendo que mi marido estaba en peligro.

KROGSTAD.—Señora Helmer, evi-

dentamente usted no tiene idea de la falta que ha cometido. Sólo puedo decirle que el acto que causó la pérdida de toda mi situación social no era más criminal que éste.

NORA.—¿Usted? ¿Va usted a hacerme creer que arriesgó algo para salvar la vida a su mujer?

KROGSTAD.—Las leyes no se ocupan de las causas.

NORA.—Pues son leyes malas.

KROGSTAD.—Malas o no... si enseño este papel a la justicia, con arreglo a esas leyes será usted juzgada.

NORA.—No le creo. ¿Una hija no puede evitar a su padre moribundo inquietudes y angustias? ¿No tiene una mujer el derecho de salvar la vida a su marido? No conozco a fondo las leyes, pero estoy segura de que ha de estar escrito en alguna parte que están permitidas estas cosas. ¿Y usted, que es abogado, no lo sabe? Me parece usted poco hábil como hombre de ley, señor Krogstad.

KROGSTAD.—Tal vez. Pero me concederá usted que por lo menos entienda en asuntos como el que estamos tratando. Ahora haga lo que guste. Lo único que puedo decirle es que si me echan por segunda vez, usted me hará compañía. (Saluda y vase.)

NORA.—(Reflexiona un poco, después mueve la cabeza.) ¡Bah! ¡Me ha querido asustar! Pero no soy tan tonta. (Se pone a recoger los trajes de los niños, pero se para de pronto.) ¿Pero...? ¡No! ¡Imposible! ¡Si yo lo he hecho por amor!

LOS NIÑOS.—(Por la puerta de la derecha.) Mamá, ¿se ha ido ese señor?

NORA.—¡Sí! ¡Sí! ¡Ya lo sé! Pero no habléis a nadie de ese señor. ¿Me oís? Ni a papá.

LOS NIÑOS.—No, mamá. ¿Quieres jugar ahora?

NORA.—No, no. Ahora, no.

LOS NIÑOS.—Pero, mamá, si nos lo habías prometido.

NORA.—No puedo. Idos. Tengo

muchas cosas que hacer. Dejadme, pequeñitos. (Los empuja suavemente y cierra la puerta.)

NORA.—(Se sienta en el sofá, coge un bordado, da algunos puntos, pero en seguida se interrumpe.) No. (Arroja el bordado, se levanta, va a la puerta de entrada y llama.) Elena, tráeme el árbol. (Se acerca a la mesa de la izquierda y abre un cajón.) ¡No! ¡Es de todo punto imposible!

LA CRIADA.—(Trayendo el árbol de Navidad.) ¿Dónde debo colocarlo?

NORA.—Allí, en medio de la habitación.

LA CRIADA.—¿Quiere algo más la señora?

NORA.—Gracias. Tengo lo que necesito.

LA CRIADA.—(Sale después de haber dejado el árbol.)

NORA.—(Preparando el árbol de Navidad.) Aquí hacen falta luces... y aquí, flores... ¡Canalla!... ¡Qué tonterías! No; no significa nada. El árbol de Navidad será hermoso. Voy a hacer lo que quieras, Torvaldo; bailaré por ti, cantaré... (Helmer entra con un rollo de papeles debajo del brazo.) ¿Cómo? ¿Ya has vuelto?

HELMER.—Sí. ¿Vino alguien?

NORA.—¿Aquí? No.

HELMER.—Es raro. He visto a Krogstad saliendo de casa.

NORA.—¡Ah! Es verdad. Krogstad vino un momento.

HELMER.—Lo adivino en tu cara. Vino a pedirte que intercedieras por él.

NORA.—Sí.

HELMER.—Y te ha dicho que lo hicieras como cosa tuya. Debías ocultarme que había venido. ¿No te lo ha pedido?

NORA.—Sí, Torvaldo, pero...

HELMER.—¡Nora! ¡Nora! ¿Por qué lo has hecho? ¡Hablar con ese hombre, prometerle algo, y después mentirme a mí!

NORA.—¿Mentir?

HELMER.—¿No me has dicho que

no ha venido nadie? (Le amenaza con el dedo.) Eso es lo que nunca debe hacer mi pajarillo cantor. Un pájaro cantor debe tener el pico puro para gorjear bien... sin dar notas falsas. (La coge por la cintura.) ¿No es verdad? Sí... Ya lo sabía. (La suelta.) Y ahora, ni una palabra más sobre este asunto. (Se sienta delante de la chimenea.) ¡Qué bien se está aquí!

(Hojea sus papeles. Nora está entretenida en adornar el árbol. Pausa.)

NORA.—¡Torvaldo!

HELMER.—¿Qué?

NORA.—Me alegra extraordinariamente la idea de ir pasado mañana al baile de trajes de los Stenberg.

HELMER.—Y yo siento extraordinaria curiosidad por la sorpresa que nos preparas.

NORA.—¡Qué lástima!

HELMER.—¿De qué?

NORA.—No puedo encontrar un traje que valga la pena. Todos son absurdos e insignificantes.

HELMER.—Con lo que nos sale ahora Norita!

NORA.—(Detrás de la silla, apoyándose en el respaldo.) ¿Estás muy ocupado?

HELMER.—¡Oh!

NORA.—¿Qué son esos papeles?

HELMER.—Asuntos del Banco.

NORA.—¿Ya?

HELMER.—Me he hecho entregar, por los directores salientes, un poder para cambiar lo que juzgue necesario en el personal y en la organización de las oficinas. Voy a emplear la semana de Navidad en este trabajo. Quiero que todo esté en orden para año nuevo.

NORA.—Por eso el pobre Krogstad...

HELMER.—¿Eh?

NORA.—(Acercándole la cabeza.) Si no estuvieras tan ocupado te pediría un gran favor, Torvaldo.

HELMER.—¿Cuál es?

NORA.—Nadie tiene tanto gusto como tú. ¡Me gustaría tanto quedar bien en el baile de trajes! Torval-

do, ¿no podrías ocuparte de mí y decidir mi traje?

HELMER.—¡Vaya! ¡Vaya! La caprichosita pide socorro.

NORA.—Sí, Torvaldo, no puedo decidirme sin ti.

HELMER.—¡Bueno! ¡Bueno! Reflexionemos y encontraremos algo.

NORA.—¡Ah! ¡Qué bueno eres! (Vuelve a trabajar en el árbol de Navidad. Pausa.) ¡Qué buen efecto hacen estas flores! ¡Oye! Dime: ¿es realmente tan terrible lo que hizo Krogstad?

HELMER.—Ha cometido falsificaciones. ¿Comprendes lo que quiere decir?

NORA.—¿No lo hizo impulsado por la miseria?

HELMER.—Sí, como muchos, obró por ligereza. No soy tan cruel que condene sin piedad a un hombre por un solo acto.

NORA.—¿No? ¿No es verdad, Torvaldo?

HELMER.—Más de uno pudo redimirse, moralmente, confesando su culpa y sufriendo la pena.

NORA.—¿La pena?...

HELMER.—Pero no fue éste el camino elegido por Krogstad. Quiso librarse con subterfugios y con astucia. Esto es lo que moralmente le perdió.

NORA.—¿Tú crees que...?

HELMER.—Creo que semejante ser, con la conciencia de su falta, debe mentir y disimular siempre. Tiene que llevar la máscara hasta en su propia familia. Sí, delante de su mujer y de sus hijos. Y cuando se piensa en los hijos, es espantoso.

NORA.—¿Por qué?

HELMER.—Porque semejante atmósfera de mentira lleva el contagio de principios malsanos a toda la vida de familia. Cada vez que los niños respiran, absorben gérmenes del mal.

NORA.—(Acercándose a él.) ¿Estás seguro?

HELMER.—Sí, querida mía. Como abogado, tuve ocasión de comprobarlo muchas veces. Casi todos los

seres depravados precozmente tuvieron madres embusteras.

NORA.—¿Por qué precisamente madres?

HELMER.—Lo más frecuente es que suceda por las madres, pero el padre influye naturalmente en el mismo sentido. Todos los abogados lo saben. A pesar de esto, Krogstad, durante años, ha envenenado a sus propios hijos en su atmósfera de mentira y de disimulo. Por eso le llamo un hombre moralmente perdido. *(Tendiéndole los brazos.)* Y por eso mi gentil Norita debe prometerme no hablar más en su favor. Dame tu palabra. ¿Qué te pasa? Dame la mano. ¡Así! Es cosa resuelta. Te aseguro que me sería imposible trabajar con él. Siento materialmente un malestar físico junto a semejantes personas.

NORA.—*(Retira la mano y va a colocarse al lado opuesto del árbol de Navidad.)* ¡Qué calor hace aquí! ¡Y yo que tengo tanto que trabajar!

HELMER.—*(Levantándose y reuniendo los papeles.)* Necesito examinar algo de esto antes de comer. Y después pensaré en tu traje. Tal vez también prepare algo para colgar del árbol en un sobre dorado. *(Poniendo la mano sobre la cabeza de ella.)* ¡Oh, mi querido pajarillo cantor!

(Entra a su despacho.)

NORA.—*(En voz baja, después de una pausa.)* ¡Oh! ¡No! ¡Eso no! Es imposible. Es necesario que sea imposible.

ANA MARÍA.—*(Desde la puerta de la derecha.)* Los niños quieren a toda costa venir a ver a su mamá.

NORA.—¡No! ¡No! ¡No! ¡No les dejes venir aquí! ¡Quédate con ellos, Ana María!

ANA MARÍA.—Sí, señora.

NORA.—*(Pálida de terror.)* ¡Depravar a mis hijos!... ¡Envenenar la casa! *(Levanta la frente.)* ¡No es verdad! ¡Es falso, tan seguro como que existo!

Igual decoración. El árbol de Navidad, sin adornos ya, está en un rincón cerca del piano. El sombrero y el abrigo de Nora están echados sobre el sofá. Nora, sola, va y viene agitadísima. Al fin se para ante el sofá y coge el abrigo.

ACTO SEGUNDO

NORA.—*(Dejando el abrigo.)* ¡Alguien ha entrado! *(Va hacia la puerta. Escucha.)* No. No es nadie. No, no, no será hoy, día de Navidad; tampoco será mañana, pero tal vez... *(Abre la puerta y mira hacia fuera.)* No, nada en el buzón. Está vacío. ¡Qué locura! Su amenaza no era seria. Eso no puede suceder. Tengo tres hijos.

(Ana María, trayendo una gran caja de cartón, entra por la puerta de la derecha.)

ANA MARÍA.—Por fin encontré la caja con el traje.

NORA.—Está bien. Ponla encima de la mesa.

ANA MARÍA.—*(Obedeciendo.)* Me parece que está bastante roto.

NORA.—¡De buena gana lo rompería en mil pedazos!

ANA MARÍA.—¡Oh! ¡No! ¡Eso no! Puede arreglarse fácilmente con un poco de paciencia.

NORA.—Sí, voy a suplicar a la señora Linde que venga a ayudarme.

ANA MARÍA.—¿Salir otra vez? ¿Con este mal tiempo? La señora tendrá frío... caerá enferma.

NORA.—No sería lo peor que pudiera ocurrirme... ¿Cómo están los niños?

ANA MARÍA.—Los pobrecitos juegan con los regalos de Navidad, pero...

NORA.—¿Hablan mucho de mí?

ANA MARÍA.—Están tan acostumbrados a estar con mamá...

NORA.—Sí, Ana María. Pero mira, en lo futuro no podré estar tanto tiempo a su lado.

ANA MARÍA.—Los niños pequeños se acostumbran a todo.

NORA.—¿Lo crees? ¿Crees que olvidarían a su mamá si no volviera nunca?

ANA MARÍA.—¡Dios nos libre! ¡Nunca!

NORA.—Dime, Ana María: muchas veces me he preguntado una cosa. ¿Cómo te atreviste a confiar tu hija a personas extrañas?

ANA MARÍA.—No tenía más remedio si quería ser nodriza de Norita.

NORA.—Sí, pero ¿qué te decidió?

ANA MARÍA.—¡Se presentaba una colocación tan buena! Era una suerte para la pobre muchacha que tuvo una desgracia. Porque el canalla no quiso hacer nada por mí.

NORA.—La hija te debe haber olvidado.

ANA MARÍA.—Seguramente no. Primero me escribió que había hecho su primera comunión y después que se había casado.

NORA.—*(Abrazándola.)* ¡Mi viejecita Ana María, fuiste una madre buena para mí mientras fui chiquita!

ANA MARÍA.—La pobrecita Nora no tenía más madre que yo.

NORA.—Y si mis pequeños no me tuvieran a mí, bien sé que tú... Esto es hablar por hablar. *(Abre la caja.)* Vé con ellos. Yo necesito...

seres depravados precozmente tuvieron madres embusteras.

NORA.—¿Por qué precisamente madres?

HELMER.—Lo más frecuente es que suceda por las madres, pero el padre influye naturalmente en el mismo sentido. Todos los abogados lo saben. A pesar de esto, Krogstad, durante años, ha envenenado a sus propios hijos en su atmósfera de mentira y de disimulo. Por eso le llamo un hombre moralmente perdido. *(Tendiéndole los brazos.)* Y por eso mi gentil Norita debe prometerme no hablar más en su favor. Dame tu palabra. ¿Qué te pasa? Dame la mano. ¡Así! Es cosa resuelta. Te aseguro que me sería imposible trabajar con él. Siento materialmente un malestar físico junto a semejantes personas.

NORA.—*(Retira la mano y va a colocarse al lado opuesto del árbol de Navidad.)* ¡Qué calor hace aquí! ¡Y yo que tengo tanto que trabajar!

HELMER.—*(Levantándose y reuniendo los papeles.)* Necesito examinar algo de esto antes de comer. Y después pensaré en tu traje. Tal vez también prepare algo para colgar del árbol en un sobre dorado. *(Poniendo la mano sobre la cabeza de ella.)* ¡Oh, mi querido pajarillo cantor!

(Entra a su despacho.)

NORA.—*(En voz baja, después de una pausa.)* ¡Oh! ¡No! ¡Eso no! Es imposible. Es necesario que sea imposible.

ANA MARÍA.—*(Desde la puerta de la derecha.)* Los niños quieren a toda costa venir a ver a su mamá.

NORA.—¡No! ¡No! ¡No! ¡No les dejes venir aquí! ¡Quédate con ellos, Ana María!

ANA MARÍA.—Sí, señora.

NORA.—*(Pálida de terror.)* ¡Depravar a mis hijos!... ¡Envenenar la casa! *(Levanta la frente.)* ¡No es verdad! ¡Es falso, tan seguro como que existo!

Igual decoración. El árbol de Navidad, sin adornos ya, está en un rincón cerca del piano. El sombrero y el abrigo de Nora están echados sobre el sofá. Nora, sola, va y viene agitadísima. Al fin se para ante el sofá y coge el abrigo.

ACTO SEGUNDO

NORA.—*(Dejando el abrigo.)* ¡Alguien ha entrado! *(Va hacia la puerta. Escucha.)* No. No es nadie. No, no, no será hoy, día de Navidad; tampoco será mañana, pero tal vez... *(Abre la puerta y mira hacia fuera.)* No, nada en el buzón. Está vacío. ¡Qué locura! Su amenaza no era seria. Eso no puede suceder. Tengo tres hijos.

(Ana María, trayendo una gran caja de cartón, entra por la puerta de la derecha.)

ANA MARÍA.—Por fin encontré la caja con el traje.

NORA.—Está bien. Ponla encima de la mesa.

ANA MARÍA.—*(Obedeciendo.)* Me parece que está bastante roto.

NORA.—¡De buena gana lo rompería en mil pedazos!

ANA MARÍA.—¡Oh! ¡No! ¡Eso no! Puede arreglarse fácilmente con un poco de paciencia.

NORA.—Sí, voy a suplicar a la señora Linde que venga a ayudarme.

ANA MARÍA.—¿Salir otra vez? ¿Con este mal tiempo? La señora tendrá frío... caerá enferma.

NORA.—No sería lo peor que pudiera ocurrirme... ¿Cómo están los niños?

ANA MARÍA.—Los pobrecitos juegan con los regalos de Navidad, pero...

NORA.—¿Hablan mucho de mí?

ANA MARÍA.—Están tan acostumbrados a estar con mamá...

NORA.—Sí, Ana María. Pero mira, en lo futuro no podré estar tanto tiempo a su lado.

ANA MARÍA.—Los niños pequeños se acostumbran a todo.

NORA.—¿Lo crees? ¿Crees que olvidarían a su mamá si no volviera nunca?

ANA MARÍA.—¡Dios nos libre! ¡Nunca!

NORA.—Dime, Ana María: muchas veces me he preguntado una cosa. ¿Cómo te atreviste a confiar tu hija a personas extrañas?

ANA MARÍA.—No tenía más remedio si quería ser nodriza de Norita.

NORA.—Sí, pero ¿qué te decidió?

ANA MARÍA.—¡Se presentaba una colocación tan buena! Era una suerte para la pobre muchacha que tuvo una desgracia. Porque el canalla no quiso hacer nada por mí.

NORA.—La hija te debe haber olvidado.

ANA MARÍA.—Seguramente no. Primero me escribió que había hecho su primera comunión y después que se había casado.

NORA.—*(Abrazándola.)* ¡Mi viejecita Ana María, fuiste una madre buena para mí mientras fui chiquita!

ANA MARÍA.—La pobrecita Nora no tenía más madre que yo.

NORA.—Y si mis pequeños no me tuvieran a mí, bien sé que tú... Esto es hablar por hablar. *(Abre la caja.)* Vé con ellos. Yo necesito...

Ya verás qué bonita estaré mañana.

ANA MARÍA.—Seguramente no habrá en todo el baile una señora tan guapa como usted. *(Vase por la puerta de la derecha.)*

NORA.—*(Abriendo la caja, pero apartándola en seguida.)* ¡Si me atreviera a salir! ¡Si estuviera segura de que nadie iba a venir! ¡Si supiera que no iba a pasar nada en casa entretanto! ¡Qué tontería! ¡No vendrá nadie! Basta de vacilaciones. ¡Cepillemos el abrigo! ¡Los guantes buenos! ¡Los guantes bonitos! ¡Basta de cavilaciones! Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis. ¡Ah! ¡Ya están ahí!... *(Se dirige a la puerta, pero permanece indecisa. La señora Linde entra, después de haber dejado el sombrero y el abrigo en el vestíbulo.)*

NORA.—¡Ah! ¿Eres tú, Cristina? ¿Vienes sola? ¿Es verdad?... Llegas a tiempo.

SEÑORA LINDE.—Supe que habías estado en casa preguntando por mí.

NORA.—Sí. Pasaba casualmente por allí. Quería rogarte que me ayudaras. Sentémonos en el sofá. Verás de qué se trata. Mañana habrá baile de trajes en el piso de abajo, en casa del cónsul Stenberg. Torvaldo quiere que me disfrace de pescadora napolitana y que baile una tarantela que aprendí en Capri.

SEÑORA LINDE.—¡Hola! ¡Hola! ¿Vas a dar un verdadero espectáculo?

NORA.—Sí, Torvaldo lo quiere. Este es el traje. Torvaldo lo ha encargado. Pero está tan estropeado, que realmente no sé si...

SEÑORA LINDE.—Tiene fácil arreglo. Únicamente el adorno está descosido en algunos sitios. ¡Pronto, hilo y aguja! ¡Ah! ¡Aquí tengo lo que me hace falta!

NORA.—¡Qué buena eres!

SEÑORA LINDE.—*(Cosiendo.)* ¿De modo que vas a disfrazarte mañana, Nora? Bien. Vendré un momento a

verte. ¡Ah! Me había olvidado darte las gracias por la agradable velada de ayer.

NORA.—*(Levantándose y atravesando la escena.)* Me parece que ayer no estábamos tan bien en el hogar como otras veces. Debiste venir antes a la ciudad, Cristina. Verdad es que Torvaldo posee el talento de hacer la casa agradable.

SEÑORA LINDE.—Me parece que tú también eres digna hija de tu padre. Pero, dime: ¿el doctor Rank está siempre tan abatido como ayer?

NORA.—No. Ayer lo estaba más que de ordinario. El pobre padece una enfermedad terrible. Está enfermo de la médula. Su padre era un personaje repugnante. Mantenía queridas y... algo más podría decirse. Por eso su hijo resultó enfermizo desde la infancia.

SEÑORA LINDE.—*(Dejando caer la labor.)* Pero, querida Nora, ¿quién te cuenta esas historias?

NORA.—¡Bah! Cuando se han tenido tres hijos... Se reciben visitas de señores que saben algo de medicina y que cuentan muchas cosas.

SEÑORA LINDE.—*(Cosiendo de nuevo. Pausa.)* ¿El doctor Rank viene todos los días aquí?

NORA.—Todos los días; es el mejor amigo de Helmer desde su juventud y mío también. El doctor Rank puede decirse que es de la casa.

SEÑORA LINDE.—Pero, dime: ¿es realmente sincero? Quiero decir... ¿no le gusta complimentar?

NORA.—Al contrario. ¿Por qué me lo preguntas?

SEÑORA LINDE.—Cuando me presentaste ayer, aseguró que había oído muchas veces mi nombre aquí. Pero después observé que tu marido no tenía la menor idea de mí. ¿Cómo entonces pudo el doctor Rank...?

NORA.—Tienes razón, Cristina. Torvaldo siente gran admiración por mí. Quiere que sea sólo para

él, como dice. Al principio sentía celos sólo al oírme nombrar a uno de los seres queridos que me rodeaban en otro tiempo. Como es natural, dejé de hacerlo; pero con el doctor Rank hablo muchas veces. Le divierte escucharme.

SEÑORA LINDE.—Oye, Nora. Bajo varios aspectos eres una niña. Yo tengo más edad y más experiencia que tú. Voy a darte un consejo con respecto al doctor Rank: debes acabar con esto.

NORA.—¿Acabar con qué?

SEÑORA LINDE.—Con muchas cosas. Ayer me hablaste de un rico adorador que había de darte dinero...

NORA.—Es verdad; pero, desgraciadamente, no existe.

SEÑORA LINDE.—¿Y qué más? ¿El doctor Rank es rico?

NORA.—Sí, tiene fortuna.

SEÑORA LINDE.—¿Y familia?

NORA.—A nadie. Pero...

SEÑORA LINDE.—¿Viene aquí todos los días?

NORA.—Ya lo sabes.

SEÑORA LINDE.—¿Cómo es que un hombre como él puede cometer esta indelicadeza?

NORA.—No te comprendo.

SEÑORA LINDE.—No finjas, Nora. ¿Crees que no adivino a quién pediste prestados los mil doscientos escudos?

NORA.—¿Pero te has vuelto loca? ¿Puedes pensar realmente semejante tontería? ¡A un amigo que viene aquí todos los días! ¡Qué situación tan violenta sería!

SEÑORA LINDE.—¿De modo que no es él?

NORA.—No; desde luego. No se me ocurrió un solo momento. Además, en aquella época no podía prestar dinero porque no lo tenía. Fue después cuando heredó.

SEÑORA LINDE.—Creo que fue una suerte para ti, querida Nora.

NORA.—No. Nunca se me hubiera ocurrido pedir dinero al doctor Rank; no creas, estoy segura de que si se lo pidiese...

SEÑORA LINDE.—Pero no lo harás.

NORA.—No, naturalmente. No veo la necesidad. Pero estoy segura de que si hablase al doctor Rank...

SEÑORA LINDE.—¿A espaldas de tu marido?

NORA.—Necesito salir de este asunto, que también se hizo a espaldas tuyas. Esto tiene que acabar.

SEÑORA LINDE.—Ya te lo decía ayer; pero...

NORA.—*(Yendo y viniendo.)* Un hombre puede más fácilmente desenredar estos asuntos que una mujer...

SEÑORA LINDE.—Si hablas del marido, sí.

NORA.—¡Bah!... ¡Bah! *(Se calla.)* Cuando se paga todo, se devuelve el pagaré; ¿no es verdad?

SEÑORA LINDE.—Naturalmente.

NORA.—¡Y se puede romper en mil pedazos, y quemar el papel sucio y asqueroso!

SEÑORA LINDE.—*(La mira fijamente, deja la labor y se levanta lentamente.)* Nora, tú me ocultas algo.

NORA.—¿Lo conoces en mi cara?

SEÑORA LINDE.—Algo ha pasado desde ayer mañana. Nora, dime lo que es.

NORA.—*(Volviéndose hacia ella.)* ¡Cristina! *(Escuchando.)* ¡Psit! Torvaldo ha vuelto. Pasa a la habitación de sus hijos. Torvaldo no puede sufrir que se cosa delante de él. Di a Ana María que te ayude.

SEÑORA LINDE.—*(Recogiendo la labor.)* Está bien; pero no me iré mientras no me hables francamente.

(Vase por la puerta de la derecha. Al mismo tiempo Helmer entra por la del vestíbulo.)

NORA.—*(Yendo a su encuentro.)* ¡Con qué impaciencia te esperaba, querido Torvaldo!

HELMER.—¿Estaba aquí la modista?...

NORA.—No. Era Cristina. Me ayuda a arreglar el traje; ya verás qué efecto produzco.

HELMER.—Sí, tuve una excelente idea.

NORA.—Una gran idea. Pero también yo soy buena complaciéndote.

HELMER.—(Acariciándole la barbilla.) ¿Buena? ¿Por complacer a tu marido? Vaya, vaya, locuela, ya sé yo que no era eso lo que querías decir. Pero no quiero entretenerte. Supongo que necesitarás ensayar.

NORA.—¿Y tú vas a trabajar?

HELMER.—Sí. (Enseñándole los papeles.) Ya ves. He ido al Banco... (Va a entrar en su despacho.)

NORA.—¡Torvaldo!

HELMER.—(Deteniéndose.) ¿Qué?

NORA.—¿Si la ardilla chiquitita te pidiera con insistencia un favor?

HELMER.—¿Qué?

NORA.—¿Lo harías? ¡Dil!

HELMER.—Antes necesitaría saber de qué se trata.

NORA.—Si quisieras ser bueno y cariñoso la ardillita saltaría y haría toda clase de monerías.

HELMER.—Di, pronto.

NORA.—La alondra gorjearía en todos los tonos.

HELMER.—La alondra no hace otra cosa.

NORA.—Bailaría por ti como los elfos en noche de luna.

HELMER.—Nora... supongo que no se trata de lo que me has hablado esta mañana...

NORA.—(Acercándose.) Sí, Torvaldo... ¡te lo suplico!

HELMER.—¡Y te atreves a hablarme por segunda vez!

NORA.—Sí, sí, tienes que consentir. Es necesario que Krogstad conserve su empleo en el Banco.

HELMER.—Querida Nora, destino esa plaza a la señora Linde.

NORA.—Has hecho muy bien. No tienes más que despedir a otro empleado en vez de Krogstad.

HELMER.—¡Es una terquedad que pasa de la raya! Porque ayer diste una promesa irreflexiva, quieres que hoy yo...

NORA.—No es por eso, Torvaldo.

Es por ti. Tú mismo dices que ese hombre escribe en los periódicos peores... Podría perjudicarte. Me da un miedo tan horrible que...

HELMER.—¡Ah! Comprendo. Los recuerdos de otros tiempos te asustan.

NORA.—¿Qué quieres decir?

HELMER.—Piensas seguramente en tu padre.

NORA.—Sí. Eso es. Recuerdo lo que esa gentuza escribió en los periódicos contra papá..., y las calumnias que lanzaron contra él. Creó que le habrían destituido si el ministerio no te hubiese enviado a hacer la inspección y si no hubieses sido tan benévolo con él.

HELMER.—Norita, hay una gran diferencia entre tu padre y yo. Tu padre no era un funcionario inatacable. Y yo lo soy y espero continuar siéndolo mientras desempeñe el cargo.

NORA.—¡Oh! ¿Quién sabe lo que los maldicientes pueden inventar? ¡Podríamos ser tan dichosos, tan felices en nuestro nido tranquilo tú, los niños y yo! Por eso te lo suplico con tanta insistencia.

HELMER.—Precisamente porque le defiendes no puedo dejar de sustituirle. Ya saben en el Banco que debo despedir a Krogstad. Si se supiera ahora que la mujer del nuevo director le hizo cambiar de opinión...

NORA.—¿Qué?

HELMER.—No; ¿qué importa con tal que hayas hecho triunfar un capricho tuyo? ¿Crees, realmente, que voy a ponerme en ridículo a los ojos de todo el personal? ¿Que crean que dependo de influencias ajenas? Ten la seguridad de que pronto tocaría las consecuencias. Y, además... hay otra razón que imposibilita la permanencia en el Banco de Krogstad mientras yo sea director.

NORA.—¿Cuál?

HELMER.—Por su mancha moral... hubiera podido ser indulgente acaso...

NORA.—¿Verdad, Torvaldo?

HELMER.—Sobre todo porque me dicen que es un buen empleado. Pero es un antiguo conocido, una de esas amistades de juventud, contraídas a la ligera, y que más tarde perjudican muchas veces en la vida. Para decirlo todo de una vez, nos tuteamos, y ese individuo carece de tacto hasta un extremo tal, que no se oculta ante nadie ni por nada. Al contrario, se imagina que le da derecho a usar un tono familiar y a cada momento está hablándome de tú. Te juro que me es muy desagradable. Haría intolerable mi situación en el Banco.

NORA.—Torvaldo, tú no crees lo que dices.

HELMER.—Sí. ¿Por qué no?

NORA.—Porque ésa sería una causa insignificante.

HELMER.—¿Cómo? ¿Insignificante? ¿Crees que soy insignificante?

NORA.—No, al contrario, querido Torvaldo; y por eso mismo...

HELMER.—Es igual. Dices que las razones que doy son insignificantes, y en ese caso el insignificante soy yo. ¿Insignificante? ¿De veras? Ya es hora de que esto acabe. (Llamando.) ¡Elena!

NORA.—¿Qué vas a hacer?

HELMER.—A tomar una decisión. (Entra la criada.) Tome usted esta carta. Vaya en seguida a buscar un demandadero que la entregue. ¡Pronto! Lleva la dirección. Tome dinero.

LA CRIADA.—Está bien, señor. (Se va con la carta.)

HELMER.—(Recogiendo los papeles.) ¡Ya está, señora testaruda!

NORA.—(Con voz apagada.) ¿Qué carta es ésa?

HELMER.—La cesantía de Krogstad.

NORA.—¡Cógela, Torvaldo! ¡Aún es tiempo! ¡Oh, Torvaldo, cógela! ¡Hazlo por mí, por ti, por los hijos! ¡Escúchame, Torvaldo, hazlo! ¡Tú no sabes lo que sufriremos todos!

HELMER.—Demasiado tarde.

NORA.—Sí, demasiado tarde.

HELMER.—Querida Nora, te perdono esta angustia aunque en el fondo sea una ofensa para mí. ¡Sí, lo es! ¿No es una ofensa creer que pueda temer la venganza de un picapleitos deshonrado? Pero te la perdono, porque prueba el gran amor que me tienes. (La abraza.) Es preciso, adorada Nora. Suceda lo que suceda, en los momentos graves verás que tengo fuerza y valor y que sé asumir la responsabilidad de todo.

NORA.—(Asustada.) ¿Qué quieres decir?

HELMER.—La responsabilidad de todo, te lo repito.

NORA.—(Con energía.) ¡No! ¡Nunca! ¡No lo harás!

HELMER.—Bueno, la compartiremos entonces, Nora, como marido y mujer. Así debe ser. (Acariciándola.) ¿Estás contenta ahora? No me mires con ojos de paloma degollada. Todo eso son fantasías. Ahora debes ensayar la tarantela y ejercitarte en el tamboril. Yo me cerraré en el despacho y no oiré nada. Podrás hacer todo el ruido que quieras, y cuando venga Rank le dices dónde estoy. (Entra en su despacho llevando los papeles y cierra la puerta por dentro.)

NORA.—(A media voz, con angustia, quedando como petrificada en su sitio sin moverse.) Será capaz de hacerlo. Lo hará a pesar de todo. ¡Oh! ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Antes cualquier cosa! ¡Socorro! ¡Un medio!... (Llamando.) ¡El doctor Rank! ¡Todo antes que eso!

(Se pasa la mano por la frente, procurando dominarse, y va a abrir la puerta. Se ve al doctor Rank colgando el abrigo. Durante la escena siguiente se va haciendo de noche.)

NORA.—Buenos días, doctor. Le he conocido en la manera de llamar. No se puede entrar ahora en el despacho. Torvaldo está ocupado.

RANK.—¿Y usted?

NORA.—(Mientras él entra y ella

cierra la puerta.) Ya sabe que para usted siempre tengo un momento.

RANK.—Gracias. Lo aprovecharé mientras pueda.

NORA.—¿Qué quiere usted decir? ¿Mientras pueda?

RANK.—Sí. ¿La asusta?

NORA.—La frase es extraña. ¿Qué puede suceder?

RANK.—Lo que previene hace mucho tiempo. Pero no creí que llegara tan pronto.

NORA.—(Cogiéndole por el brazo.) ¿Qué ocurre? ¿Qué le han dicho? Doctor, va usted a decirme.

RANK.—(Sentándose junto a la chimenea.) Estoy al fin del viaje. Nada se puede hacer ya.

NORA.—(Tranquilizándose.) ¿Se trata de usted?

RANK.—¿De quién, pues? ¿Para qué mentirme a mí mismo? Soy el peor de todos mis enfermos, señora Helmer. En estos días hice examen general de mi estado. Es la bancarrota. Tal vez dentro de un mes esté pudriéndome en un cementerio.

NORA.—¡Oh, qué manera de hablar tan fea!

RANK.—Es que el hecho en sí es endemoniadamente feo. Lo peor, sin embargo, son los horrores que han de precederle. Sólo me falta un examen. Una vez hecho, sabré casi con seguridad cuándo empezará el desenlace. Deseo decirle una cosa: como Helmer siente por su naturaleza delicada aversión a todo lo repugnante, no quiero que venga a la cabecera de mi cama.

NORA.—Pero, doctor...

RANK.—No lo quiero. Bajo ningún pretexto. No le permitiré entrar. Cuando tenga la certeza de la catástrofe le enviaré mi tarjeta de visita marcada con una cruz negra. Entonces sabrán ustedes que ha comenzado el final espantoso.

NORA.—No. Hoy está usted demasiado fúnebre. ¡Y yo deseaba tanto que estuviese usted de buen humor!

RANK.—¿Con la muerte delante

de los ojos? ¿Y pagando por otros? ¿Es esto justicia? ¡Y pensar que en cada familia existe, en una forma o en otra, alguna liquidación de este género!

NORA.—(Tapándose los oídos.) ¡Psit! ¡Estemos alegres! ¡Estemos alegres!

RANK.—Sí, el caso es para reír. Mi espina dorsal, pobre inocente, debe sufrir por la vida alegre que llevó mi padre cuando era teniente.¹

NORA.—¿Le gustaban mucho los espárragos y el foiegras, no es verdad?

RANK.—Sí; y las trufas.

NORA.—¡Ah! Sí; ¿y las ostras también?

RANK.—Y las ostras, naturalmente.

NORA.—Y todo bien regado con Oporto y Champagne... Es lástima que todas esas cosas ataquen a la espina dorsal.

RANK.—Sobre todo, cuando atacan a una espina dorsal que no disfrutó de ellas.

NORA.—¡Ah! Sí. Eso es lo más triste del caso.

RANK.—(Mirándola atentamente.) ¡Eh!

NORA.—(Después de una pausa.) ¿Por qué ha sonreído usted?

RANK.—Es usted la que ha sonreído.

NORA.—No, doctor, le juro que ha sido usted.

RANK.—(Levantándose.) No creí que fuera usted tan burlona.

NORA.—Hoy estoy en disposición de decir muchas tonterías.

RANK.—Ya se ve.

NORA.—(Poniendo las manos sobre los hombros del doctor.) Querido, querido doctor, no debe usted abandonarnos a Torvaldo y a mí.

RANK.—Será una pena de la que

¹ Una vez más se demuestra la maravillosa unidad de las obras del gran dramaturgo. ¿Quién no ve en estas palabras el germen de la obra admirable que ha de seguir a ésta? ¿Quién no adivina en ella al autor de *Espéctros*? (N. del T.)

pronto se consolarán. Los que se van, son pronto olvidados.

NORA.—(Mirándole con inquietud.) ¿Usted lo cree?

RANK.—Se entablan nuevas relaciones, y entonces...

NORA.—¿Quién se creará nuevas relaciones?

RANK.—Usted y Helmer. Los dos. Lo harán ustedes cuando me haya ido. Usted me parece que ya ha empezado. ¿Qué tenía que hacer aquí ayer la señora Linde?

NORA.—¡Ah!... ¿Va usted a tener celos de la pobre Cristina?

RANK.—Sí. Los tengo. Me sucederá en la casa cuando llegue mi vencimiento. Esa persona...

NORA.—¡Psit! No hable tan alto. Está ahí al lado.

RANK.—¿Hoy también? Ya lo ve usted.

NORA.—Sólo ha venido para arreglar mi traje. ¡Dios mío, qué ridículo es usted! (Sentándose en el sofá.) Ahora hay que ser razonable, doctor. Ya verá usted qué bien bailo mañana y podrá usted asegurar que no lo hago más que por usted, sí, por usted y por Torvaldo, como es natural. (Saca varios objetos de la caja de cartón.) Doctor, venga a sentarse aquí, que voy a enseñarle varias cosas.

RANK.—(Sentándose.) ¿Qué?

NORA.—Mire usted... ¡Fíjese!

RANK.—Bajos de seda.

NORA.—Color de carne. ¡Qué bonito! Ahora está muy oscuro; pero mañana... No, no, no. Usted no debe ver más que la planta de los pies. Pero, sin embargo, si viera usted un poco más arriba...

RANK.—¡Hola!

NORA.—¿Por qué tiene usted ese aire de duda? ¿No cree usted que me sentarán bien?

RANK.—No tengo nada en que fundar mi opinión.

NORA.—(Mirándole un momento.) ¡Ah! ¡Qué malo es usted! (Dándole un golpe suave en el oído con los bajos.) Eso es lo que usted

se merece. (Vuelve a guardarlos en la caja de cartón.)

RANK.—¿Qué maravillas me faltan por ver?

NORA.—No verá usted nada porque no es usted prudente. (Busca entre los objetos tarareando.)

RANK.—(Después de una pausa.) Cuando estoy a su lado, familiarmente, no puedo comprender.

No, no comprendo lo que hubiera sido de mí si no hubiese venido nunca a esta casa.

NORA.—(Sonriendo.) Creo, en efecto, que, en resumidas cuentas, no está a gusto más que en casa.

RANK.—(Bajando la voz y mirando fijamente al techo.) ¡Y tenerlo que dejar!

NORA.—¡Tonterías! ¡Usted no dejará nada!

RANK.—(Igual que antes.) Y no dejar ni un agradecimiento siquiera...

apenas un dolor pasajero... nada más que un lugar vacío que podrá llenar el primero que llegue...

NORA.—¿Y si le pidiera a usted?... No...

RANK.—Si me pidiera usted... ¿qué?

NORA.—Una prueba de cariño.

RANK.—¡Ah! ¿Qué?

NORA.—Quiero decir un gran servicio.

RANK.—¿Querrá usted darme, aunque no sea más que una sola vez, esta gran alegría?

NORA.—Sí. Pero usted no sabe de qué se trata.

RANK.—¡Vaya! ¡Dígame usted!

NORA.—No. No puedo, doctor. Es tan grave... Es a la vez un consejo, un auxilio y un favor...

RANK.—Tanto mejor. No adivino lo que pueda ser. Pero hable usted. ¿No tengo su confianza?

NORA.—Como nadie. Ya sabe usted que es mi mejor amigo, mi amigo más fiel. Por eso quiero decirselo todo. Pues bien, doctor, hay algo que me conviene evitar. Ya sabe usted lo que Torvaldo me ama

y no vacilaría un momento en dar su vida por mí.

RANK.—(Acercándose a ella.) Nora, ¿cree usted que sea el único?

NORA.—(Con un movimiento instintivo de retroceso.) ¿Cómo?

RANK.—El único que daría su vida alegremente por usted.

NORA.—(Tristemente.) ¿De veras?

RANK.—Había jurado que usted lo sabría antes de que me fuera para siempre. No podía encontrar mejor ocasión. Sí, Nora, ya lo sabe usted. Esto quiere decir que puede confiar en mí más que en nadie.

NORA.—(Levantándose serena y tranquilamente.) Déjeme pasar.

RANK.—(Dejándole paso, pero continuando sentado.) ¡Nora!

NORA.—(Junto a la puerta de entrada.) Elena, trae la lámpara. (Dirigiéndose a la chimenea.) ¡Oh, doctor, qué mal ha hecho usted!

RANK.—¿Hice mal en amarla profundamente, cuanto me ha sido posible?

NORA.—No; pero en haberlo dicho, sí. Ya era bastante con que...

RANK.—¿Qué quiere usted decir? ¿Que lo sabía usted?

(La criada entra con la lámpara, que pone sobre la mesa; después sale.)

RANK.—Nora... señora Helmer, le pregunto si lo sabía.

NORA.—¿Qué sé yo?... No puedo realmente decirselo. ¿Cómo fue usted tan torpe, doctor? Todo iba tan bien...

RANK.—Bueno: ahora tiene la seguridad de que puede disponer de mí en cuerpo y alma. Hable usted.

NORA.—(Mirándole.) ¿Después de lo que acaba usted de decir?

RANK.—Se lo suplico. Dígame de qué se trata.

NORA.—Se acabó. No sabrá usted nada.

RANK.—¡Sí! ¡Sí! No me castigue así. Déjeme usted que la ayude cuanto me sea posible.

NORA.—Ahora ya no puede usted ayudarme en nada... Además, ya no necesito a nadie. No eran más

que fantasías, nada más. Es evidente. (Se sienta en la mecedora y le mira sonriendo.) Si verdaderamente es usted un caballero, doctor Rank, ¿no le da a usted vergüenza ahora que la lámpara está encendida?

RANK.—A decir verdad, no. Pero debo partir para siempre.

NORA.—¿Por qué? Usted seguirá viviendo igual que antes. Ya sabe usted que Torvaldo no puede vivir sin usted.

RANK.—Sí; ¿y usted?

NORA.—¿Yo? ¡Me parece todo tan alegre cuando usted llega!

RANK.—Eso precisamente me hizo equivocar. ¡Es usted un enigma! A veces me ha parecido que tiene usted tanto gusto en estar conmigo como en estar con Helmer.

NORA.—Sí, es verdad. Hay personas a quienes se ama y personas con quienes se está a gusto.

RANK.—En eso tiene usted razón.

NORA.—Cuando estaba en casa, amaba a papá sobre todo. Pero mi mayor placer era bajar a escondidas al cuarto de las criadas, que no me reprendían nunca y que me contaban historias muy divertidas.

RANK.—¡Ah! ¡Muy bien! ¿De manera que yo he reemplazado a las criadas?

NORA.—(Levantándose vivamente y yendo hacia él.) No, mi querido doctor, no es eso lo que yo he querido decir. Pero usted puede comprender que son igual para mí Torvaldo que papá.

LA CRIADA.—(Viniendo del vestíbulo.) ¡Señora!

(Le habla al oído y le da una tarjeta.)

NORA.—(Mirando la tarjeta.) ¡Ah! (La guarda en su bolsillo.)

RANK.—¿Algo molesto?

NORA.—No. Es... es mi nuevo traje.

RANK.—¿Cómo? Pero su traje está ahí...

NORA.—¡Oh! Sí, éste, sí. Pero hay

otro... Lo encargué yo... Torvaldo no debe saber nada.

RANK.—¡Ah! ¿Ése es el gran secreto?

NORA.—¡Claro está! ¡Entre pronto en su despacho! Está en la habitación del fondo. No le deje venir...

RANK.—Esté usted tranquila. No se me escapará.

(Entra en el despacho de Helmer.)

NORA.—(A la criada.) ¿Espera en la cocina?

LA CRIADA.—Sí, subió por la escalera de servicio...

NORA.—¿No le dijiste que había visita?

LA CRIADA.—Sí, pero no hizo caso.

NORA.—¿No ha querido irse?

LA CRIADA.—No, no se irá sin haber hablado con la señora.

NORA.—Bueno. Que entre, pero sin que haga ruido. Elena, no se lo digas a nadie. Es una sorpresa para mi marido.

LA CRIADA.—Sí, sí, ya comprendo...

(Vase.)

NORA.—¡Lo horrible se acerca! Viene. No, no, no puede ser. No debe ser.

(La criada hace entrar a Krogstad y cierra la puerta. Viene en traje de viaje, botas altas y gorra de abrigo.)

NORA.—(Yendo a su encuentro.) Hable usted en voz baja. Mi marido está ahí.

KROGSTAD.—Es posible.

NORA.—¿Qué quiere usted?

KROGSTAD.—Un informe.

NORA.—¡Hable pronto! ¿Cuál?

KROGSTAD.—Sabe usted que he recibido mi cesantía.

NORA.—No he podido impedirlo, señor Krogstad. Luché defendiendo su causa hasta el fin, pero nada he conseguido.

KROGSTAD.—¿Su marido siente tan poco amor por usted? Sabe lo que puede suceder y, sin embargo, se atreve a...

NORA.—¿Cómo puede usted imaginar que lo sepa?

KROGSTAD.—Ya me figuraba yo que no. No se hubiera mostrado tan valeroso el bueno de Torvaldo Helmer.

NORA.—Señor Krogstad, exijo que se respete a mi marido.

KROGSTAD.—Ya lo creo. Se le respeta lo debido. Pero cuando la señora pone tanto empeño en ocultar el asunto, me permito suponer que está mejor informada que ayer de la gravedad de lo que ha hecho.

NORA.—Mejor informada que por usted.

KROGSTAD.—En efecto, un picapleitos como yo...

NORA.—¿Qué me quiere usted?

KROGSTAD.—Nada. Ver sencillamente cómo se encontraba usted. En todo el día no he dejado de pensar en usted. Se puede ser un usurero... un picapleitos... un... en una palabra: un individuo como yo, y se puede tener corazón.

NORA.—¡Pruébelo usted! ¡Piense en mis hijos!

KROGSTAD.—¿Pensó su marido en los míos? Pero poco importa. Quería aconsejarle únicamente que no tomara las cosas por lo trágico. En primer lugar, no la denunciaré a usted.

NORA.—¿No? ¿Es verdad? Estaba segura.

KROGSTAD.—Se puede muy bien terminar este asunto amistosamente. No es necesario que otros estén informados. Esto debe quedar entre los tres.

NORA.—Mi marido no debe saber nunca...

KROGSTAD.—¿Cómo puede usted impedirlo? ¿Puede usted acaso pagar el resto?

NORA.—No; en seguida, no.

KROGSTAD.—¿Ha encontrado usted tal vez medio de procurarse dinero estos días?

NORA.—No. Ningún medio que quiera emplear.

KROGSTAD.—Además, no le hubiera a usted servido para nada. Por

ningún dinero le devolvería la firma.

NORA.—Pero explíquese usted, entonces: ¿qué piensa usted hacer?

KROGSTAD.—Quiero, sencillamente, guardarla, tenerla en mi poder. Ningún extraño lo sabrá nunca. Así, para el caso en que haya pensado tomar alguna resolución desesperada...

NORA.—Ya he pensado.

KROGSTAD.—... O bien abandonarlo todo y huir...

NORA.—Ya he pensado.

KROGSTAD.—... O hacer algo peor aún...

NORA.—¿Cómo puede usted saberlo?

KROGSTAD.—... Abandone usted esas ideas...

NORA.—¿Pero cómo puede usted saber que se me han ocurrido?

KROGSTAD.—Casi todos las tenemos al principio. Yo las tuve como los demás. Pero a fe que me faltó valor.

NORA.—(Con voz apagada.) ¡A mí también!

KROGSTAD.—(Como si se sintiera aliviado de un peso.) ¿No es verdad? A usted también le falta valor.

NORA.—Sí.

KROGSTAD.—Además, sería una gran locura. Pasada la primera tempestad conyugal... Aquí en el bolsillo tengo una carta para su marido.

NORA.—¿Se lo cuenta usted todo?

KROGSTAD.—Con las palabras más veladas que me ha sido posible emplear...

NORA.—(Con viveza.) No debe ver esa carta. Rómpala usted. Encontraré el dinero.

KROGSTAD.—Perdone usted, señora, pero creo haberle dicho hace poco...

NORA.—No. No hablo del dinero que le debo. Dígame usted el dinero que pide a mi marido y se lo daré.

KROGSTAD.—No pido dinero a su marido.

NORA.—Pero entonces, ¿qué quiere usted?

KROGSTAD.—Voy a decírselo. Quiero ascender, señora, quiero llegar, y su marido puede ayudarme. En año y medio no cometí ningún acto deshonroso; en ese tiempo he tenido que luchar contra terribles dificultades. Estaba contento adelantando paso a paso. Ahora me han echado, y ya no me contento con que me tomen por compasión. Le digo que quiero llegar. Quiero entrar de nuevo en el Banco en mejores condiciones que antes. Su marido puede crear un empleo para mí.

NORA.—¡Nunca lo hará!

KROGSTAD.—Lo hará. Le conozco. No se atreverá ni a pestañear. Y después, ya verá usted. Antes de un año seré el brazo derecho del director. Será Nils Krogstad y no Torvaldo Helmer el que dirigirá el Banco.

NORA.—Eso no sucederá nunca.

KROGSTAD.—¡Usted podría tal vez...!

NORA.—Ahora tengo ya valor.

KROGSTAD.—¡Oh! No me asusta usted. Una señora tan delicada y tan distinguida como usted...

NORA.—¡Ya verá usted! ¡Ya verá usted!

KROGSTAD.—¿Bajo el hielo, quizás? ¿En el abismo húmedo, sombrío y frío? Y en primavera volver a la superficie, desfigurada, desconocida, calva...

NORA.—No me asusta usted.

KROGSTAD.—Ni usted. Eso no se hace, señora Helmer. Y además, ¿para qué? Seguiría teniendo su firma en el bolsillo.

NORA.—¿Y cuando yo no exista?

KROGSTAD.—Olvida usted que en ese caso su fama estará igualmente entre mis manos.

NORA.—(Le mira con sorpresa.)

KROGSTAD.—Bueno. Ya está usted prevenida. ¡No haga usted tonterías! Cuando Helmer reciba mi carta, esperaré la contestación. Y recuerde usted que fue su marido el que me obligó a dar este paso. Eso

no se lo perdonaré nunca. Adiós, señora. (Vase.)

NORA.—(Entreabriendo con precaución la puerta del vestíbulo y escuchando.) Se ha ido. No le entregará la carta. No. No. Es imposible. (Abre la puerta un poco más.) ¿Qué hace? Se para. Reflexiona. ¿Irá acaso a...?

(Se oyen los pasos de Krogstad, que se aleja después de haber echado la carta en el buzón.)

NORA.—(Reprime un grito y baja corriendo la escena hasta la mesa que está cerca del sofá. Pausa.) ¡Está en el buzón! (Va de puntillas a la puerta de la antecámara.) ¡Allí está! ¡Torvaldo, Torvaldo, ahora sí que estamos perdidos!

SEÑORA LINDE.—(Entra por la puerta de la derecha trayendo el traje.) He hecho todo lo que he podido. ¿Quieres probar?

NORA.—(En voz baja, con angustia.) Cristina, ven.

SEÑORA LINDE.—(Arrojando el traje en el sofá.) ¿Qué te pasa? ¿Estás alterada?

NORA.—Ven. ¿Ves esta carta? ¿Esta, a través de la boca del buzón?

SEÑORA LINDE.—Sí, la veo.

NORA.—Es de Krogstad.

SEÑORA LINDE.—¡Nora! ¿Te prestó Krogstad el dinero?

NORA.—Sí. Y ahora Torvaldo lo sabrá todo.

SEÑORA LINDE.—Créeme, Nora: es lo mejor para los dos.

NORA.—No lo sabes todo: falsifiqué una firma.

SEÑORA LINDE.—¡Dios mío! ¿Qué dices?

NORA.—¡Oye, Cristina! Oye lo que voy a decirte: necesito que me sirvas de testigo.

SEÑORA LINDE.—¿Testigo? ¿De qué?

NORA.—Si me volviera loca... lo cual puede suceder...

SEÑORA LINDE.—¡Nora!

NORA.—O si ocurriera algo... y no estuviera aquí para...

SEÑORA LINDE.—¡Nora! ¡Nora! Estás loca.

NORA.—Si alguien entonces quisiera cargar con la responsabilidad, con la responsabilidad de todo; ¿comprendes?

SEÑORA LINDE.—Sí. Pero ¿cómo puedes creerlo?

NORA.—En ese caso debes atestiguar que es falso, Cristina. No estoy loca. Con mis cinco sentidos te digo: nadie más lo supo, lo hice yo sola, completamente sola. Acuérdate de esto.

SEÑORA LINDE.—Está bien, me acordaré. Pero no comprendo todavía cómo...

NORA.—¡Ah! ¿Cómo podrías comprenderlo? Es un prodigio que va a realizarse.

SEÑORA LINDE.—¿Un prodigio?

NORA.—Sí, un prodigio. ¡Pero es tan terrible! Cristina, es menester que eso no suceda. No lo quiero a ningún precio.

SEÑORA LINDE.—Voy a ir en seguida a hablar a Krogstad.

NORA.—No vayas. Te contestaría mal.

SEÑORA LINDE.—En otro tiempo hubiera hecho cualquier sacrificio para complacerme.

NORA.—¿El?

SEÑORA LINDE.—¿Dónde vive?

NORA.—¿Qué sé yo?... ¡Ah, sí! (Busca en el bolsillo.) Aquí hay una tarjeta suya. Pero la carta... la carta...

HELMER.—(Desde su despacho, llamando a la puerta de comunicación.) ¡Nora!

NORA.—(Con angustia.) ¿Qué pasa? ¿Qué quieres?

HELMER.—¡Vaya! ¡Vaya! Tranquilízate. No podemos entrar. Has echado el cerrojo a la puerta. ¿Estás ensayando?

NORA.—Sí, sí, ensayo. Ya verás qué bonita estaré.

SEÑORA LINDE.—(Después de haber mirado la tarjeta.) Vive muy cerca de aquí. En la esquina.

NORA.—Sí. Pero ¿para qué? Es

tamos perdidos. La carta está en el buzón.

SEÑORA LINDE.—¿Y tu marido tiene la llave?

NORA.—Siempre.

SEÑORA LINDE.—Krogstad puede reclamar la carta antes de que la lea. Puede encontrar un pretexto cualquiera.

NORA.—Pero ésta es precisamente la hora en que Torvaldo acostumbra...

SEÑORA LINDE.—¡Entreténle! ¡Ve a su despacho! Vuelvo en seguida. *(Vase apresuradamente por la puerta del vestíbulo.)*

NORA.—*(Acercándose a la puerta del despacho de Helmer, abriéndola y mirando.)* ¡Torvaldo!

HELMER.—*(Desde el despacho.)* Bueno. Ya se puede entrar por fin en casa. Ven, Rank, vamos a ver... *(Presentándose.)* Pero ¿qué es esto?

NORA.—¿Qué, querido Torvaldo?

HELMER.—Rank me había preparado para una gran escena con traje a propósito...

RANK.—*(Presentándose.)* Así lo había comprendido. Por lo visto, me equivoqué.

NORA.—Sí. Nadie me verá en todo mi esplendor hasta mañana.

HELMER.—Pero, querida Nora, parece que estás muy cansada. ¿Has ensayado el baile?

NORA.—No, aún no he ensayado ni una sola vez.

HELMER.—No estaría de más que lo hicieras.

NORA.—Sí, Torvaldo, es indispensable. Pero no puedo bailar sin ti. Me he olvidado.

HELMER.—¡Vaya! Ensayaremos.

NORA.—Sí. ¿Verdad? Al fin vas a ocuparte de mí, Torvaldo. ¿Me lo prometes? Estoy tan inquieta...

Esa reunión a la que debemos ir... ¡Por esta noche, basta de negocios y de papeles! ¿Eh? ¿Quieres?

HELMER.—Te lo prometo. Esta noche estoy enteramente a tu disposición... alondra chiquita. ¡Ah! Pero antes debo ver una cosa. *(Se dirige a la puerta del vestíbulo.)*

NORA.—¿Qué quieres hacer?

HELMER.—Ver si han venido cartas.

NORA.—No, Torvaldo, no lo has.

HELMER.—¿Por qué?

NORA.—Torvaldo, te lo suplico... no hay...

HELMER.—Déjame verlo. *(Se dirige hacia la puerta.)*

NORA.—*(Al piano toca los primeros compases de la tarantela.)*

HELMER.—¡Hola!

NORA.—No podré bailar mañana si no ensayo hoy contigo.

HELMER.—*(Yendo hacia ella.)* ¿Tienes realmente miedo, Norita?

NORA.—¡Sí! ¡Sí! Un miedo espantoso. Déjame ensayar en seguida: tenemos tiempo antes de sentarnos a la mesa. Siéntate, querido Torvaldo, y toca. Corrígeme, dame consejos, como sabes hacer.

HELMER.—Con mucho gusto, con muchísimo gusto, ya que lo quieres. *(Se sienta al piano.)*

NORA.—*(Abre una caja, saca un tamboril y un mantón de colores abigarrados, se arregla en un abrir y cerrar de ojos y después, de un salto, se coloca en medio de la sala y grita:)* ¡Ea! ¡Toca! ¡Quiero bailar!

(Helmer toca, Nora baila y el doctor Rank se coloca detrás de Helmer y la sigue con la vista.)

HELMER.—*(Tocando.)* Suavemente, suavemente.

NORA.—¡Imposible!

HELMER.—Menos prisa, Nora.

NORA.—Al contrario: eso es lo que hace falta.

HELMER.—No, no, no está bien.

NORA.—*(Riendo y agitando el tamboril.)* ¿Qué te decía yo?

RANK.—Permítame que me ponga al piano.

HELMER.—*(Levantándose.)* Con muchísimo gusto: así podré dirigir la mejor.

(Rank se sienta al piano y toca. Nora baila cada vez más locamente. Helmer, cerca de la chimenea, le dirige de vez en cuando una observación, que ella parece no oír. Sus cabellos se desatan y caen sobre sus hombros. Ella no se da cuenta y continúa. La señora Linde entra.)

SEÑORA LINDE.—*(Parándose, sorprendida.)* ¡Ah!

NORA.—Llegas en plena locura, Cristina.

HELMER.—Pero, querida Nora, bailas como si en ello te fuera la vida.

NORA.—Así es.

HELMER.—Basta, Rank. Es locura. No toques más, te digo.

(El piano calla y Nora se para de pronto.)

HELMER.—*(A Nora.)* Eso sí que no lo hubiera creído: has olvidado todo cuanto te había enseñado.

NORA.—*(Arrojando el tamboril.)* Ya lo ves.

HELMER.—Veo que tienes gran necesidad de que te guíen.

NORA.—Ya ves si lo necesito. ¿Me guiarás hasta el fin? ¿Me lo prometes, Torvaldo?

HELMER.—Puedes confiar.

NORA.—Ni hoy ni mañana debes pensar en nada más que en mí, y no debes abrir ninguna carta... ni el buzón de las cartas.

HELMER.—¡Bueno! Veo en ello aún el terror de ese hombre.

NORA.—Sí, no te lo niego, algo hay de eso.

HELMER.—Nora, te lo conozco en los ojos. Hay ahí una carta suya para mí.

NORA.—No sé. Creo que sí; pero es necesario que no leas nada de eso ahora. Ni una sombra debe interponerse entre nosotros mientras no acabe todo.

RANK.—*(En voz baja, a Helmer.)* No hay que contrariarla.

HELMER.—*(Abrazándola por la cintura.)* Se hará como quiere la niña. Pero mañana... cuando haya bailado.

NORA.—Serás libre.

LA CRIADA.—*(Presentándose en la puerta de la derecha.)* La señora está servida.

NORA.—Trae Champagne, Elena. LA CRIADA.—Sí, señora.

(Vase.)

HELMER.—¡Hola! ¡Hola! Parece que vamos a estar de francachela.

NORA.—Alegría y fiesta hasta mañana. *(Gritando a la criada.)* Y unas cuantas almendras, Elena, o si no, muchas; por una vez no importa.

HELMER.—*(Cogiéndole las manos.)* ¡Así! ¡Así! ¡Muy bien! No hay que tener miedo. Quiero que vuelvas a ser mi alondra chiquitita que gorjee como siempre.

NORA.—Sí, Torvaldo, sí. Pero entra ahí un momento, y usted también, doctor. Tú, Cristina, me ayudarás a peinarme.

RANK.—*(En voz baja, yendo hacia el comedor.)* Oye: y todo esto... ¿no te hace suponer algo... extraordinario?

HELMER.—No, querido amigo. Es únicamente la angustia pueril de que te he hablado.

(Se van por la izquierda.)

NORA.—¿Eh?

SEÑORA LINDE.—Se fue al campo.

NORA.—Lo conocí en tus ojos.

SEÑORA LINDE.—Vuelve mañana por la noche. Le he dejado una carta.

NORA.—No debiste hacerlo. No hay que impedir nada. En el fondo, es un gran placer esperar lo horrible.

SEÑORA LINDE.—¿Qué esperas?

NORA.—No lo comprenderías. Vé con ellos. Voy al instante.

NORA.—*(Se queda un momento inmóvil, como para reconcentrarse en sí misma. Después mira el reloj.)* Son las cinco. Hasta media noche, siete horas. Después, veinticuatro horas hasta la media noche próxima. Entonces ya se habrá bailado la tarantela. ¿Veinticuatro y siete? Treinta y una. Me quedan treinta y una horas de vida.

HELMER.—*(Desde la puerta de la izquierda.)* ¿Pero qué le pasa a la alondra chiquitita?

NORA.—*(Arrojándose en sus brazos.)* ¡Aquí está ya!

ACTO TERCERO

Igual decoración. Los muebles, mesas, sillas y sofá han sido llevados al centro de la habitación. La puerta del vestíbulo está abierta. Se oye música de baile en el piso superior.

La señora Linde, sentada cerca de la mesa, hojea distraídamente un libro. Procura leer, pero no consigue fijar el pensamiento. A veces, echa una mirada a la puerta de entrada y escucha con atención.

SEÑORA LINDE.—(Mirando el reloj.) No viene. Es muy temprano todavía. Con tal que... (Escucha.) ¡Ah! Es él. (Sale al vestíbulo y abre suavemente la puerta; se oye subir por la escalera con precaución. En voz baja.) Entre usted. Estoy sola.

KROGSTAD.—(Desde la puerta.) Recibí su carta. ¿Qué quiere decir?

SEÑORA LINDE.—Es absolutamente necesario que le hable.

KROGSTAD.—¿De veras? ¿Y es necesario que la entrevista se celebre aquí?

SEÑORA LINDE.—No podía recibirle en mi casa. No tengo escalera de servicio. Venga usted. Aquí estaremos solos. Los Helmer están en el baile de los vecinos del segundo.

KROGSTAD.—(Entrando.) ¡Hola! ¡Hola! ¿Los Helmer bailan esta noche? ¿De veras?

SEÑORA LINDE.—¿Qué tiene de particular?

KROGSTAD.—Nada.

SEÑORA LINDE.—Bueno, Krogstad, tenemos que hablar.

KROGSTAD.—¿Los dos? ¿Qué tenemos que decirnos?

SEÑORA LINDE.—Muchas cosas.

KROGSTAD.—No lo hubiera creído.

SEÑORA LINDE.—Es que usted nunca me ha comprendido.

KROGSTAD.—No era difícil de comprender: sucede todos los días:

una mujer sin corazón abandona al hombre que la quiere cuando se presenta un partido más ventajoso.

SEÑORA LINDE.—¿Cree usted que no tengo corazón? ¿Cree usted que no sufrí al romper?

KROGSTAD.—¿De veras?

SEÑORA LINDE.—¿Lo creyó usted realmente, Krogstad?

KROGSTAD.—Si no hubiera sido así, no me hubiese escrito, como lo hizo.

SEÑORA LINDE.—No podía hacer otra cosa. Queriendo romper, tenía la obligación de arrancar de su corazón todo lo que usted sentía por mí.

KROGSTAD.—(Frotándose las manos.) ¡Ah! ¡Así es! Y en el fondo, no era más que una cuestión de dinero...

SEÑORA LINDE.—No debe usted olvidar que entonces tenía madre y dos hermanos pequeños que mantener. No podíamos esperarle. Entonces usted no tenía más que esperanzas muy remotas.

KROGSTAD.—Sea; pero no tenía usted derecho a rechazarme por otro.

SEÑORA LINDE.—No lo sé. A veces lo he dudado.

KROGSTAD.—(Bajando la voz.) Cuando la perdí, me pareció que el suelo me faltaba. Míreme usted: soy

ENRIQUE IBSEN

como náufrago que se aferra a un leño.

SEÑORA LINDE.—El puerto de salvación tal vez no esté lejos.

KROGSTAD.—Estaba a la vista y vino usted a quitarme toda esperanza de llegar a él.

SEÑORA LINDE.—Fue sin saberlo yo, Krogstad. Sólo hoy supe que le iba a reemplazar el Banco.

KROGSTAD.—Le creo porque me lo dice; pero ahora que lo sabe, ¿no renunciará usted?

SEÑORA LINDE.—No; no le serviría de nada.

KROGSTAD.—¡Bah! Sin embargo, yo en su lugar lo haría.

SEÑORA LINDE.—Aprendí a obrar razonablemente. La vida y la dura necesidad me lo enseñaron.

KROGSTAD.—Y a mí la vida me enseñó a no fiarme de palabras.

SEÑORA LINDE.—Y fue una buena lección. Pero, ¿de los actos se fía usted?

KROGSTAD.—¿Qué quiere usted decir?

SEÑORA LINDE.—Usted dijo que era náufrago aferrado a un leño.

KROGSTAD.—Tengo excelentes razones para hablar así.

SEÑORA LINDE.—También yo soy como náufrago aferrado a un leño: nadie a quien consagrarme, nadie que tenga necesidad de mí.

KROGSTAD.—Usted lo quiso.

SEÑORA LINDE.—No podía elegir.

KROGSTAD.—¿Qué quiere usted decir?

SEÑORA LINDE.—¿Y si los dos náufragos se dieran la mano? ¿Qué piensa usted, Krogstad?

KROGSTAD.—¿Qué quiere usted decir?

SEÑORA LINDE.—¿No es mejor reunirlos en un mismo leño?

KROGSTAD.—¡Cristina!

SEÑORA LINDE.—¿Qué razón cree usted que me conduce aquí?

KROGSTAD.—¿Ha pensado usted en mí?

SEÑORA LINDE.—Necesito trabajar para soportar la existencia. En todos los días de mi vida, en cuanto

abarca mi recuerdo, he trabajado. Es mi mayor y mi única alegría. Ahora estoy sola en el mundo. Siendo un abandono, un vacío espantoso. No pensar más que en sí mismo destruye el encanto del trabajo. Sí, Krogstad; encuéntrame por qué y para qué trabajar.

KROGSTAD.—No le creo. sólo veo en ello un orgullo de mujer que se exalta y quiere sacrificarse.

SEÑORA LINDE.—¿Me conoció usted jamás con exaltaciones?

KROGSTAD.—¿Podría usted hacer lo que dice? ¿Conoce usted todo mi pasado?

SEÑORA LINDE.—Sí.

KROGSTAD.—¿Conoce usted mi reputación, lo que dicen de mí?

SEÑORA LINDE.—Si no le entendí mal, usted dijo hace poco que yo hubiera podido salvarle.

KROGSTAD.—Estoy seguro.

SEÑORA LINDE.—¿No puede reconstruirse el pasado?

KROGSTAD.—¡Cristina! ¿Ha reflexionado usted sobre lo que dice? Sí, en sus ojos leo que sí. ¿Tendrá usted, pues, valor?

SEÑORA LINDE.—Necesito ser madre para alguien, y sus hijos necesitan una madre. Algo también nos impulsa al uno junto al otro. Tengo fe en lo que hay en el fondo de su alma, Krogstad... Con usted no tendré miedo de nada.

KROGSTAD.—(Cogiéndole las manos.) Gracias, Cristina, gracias. Ahora se trata de reivindicarme a los ojos del mundo y sabré hacerlo. ¡Ah! Pero olvidaba...

SEÑORA LINDE.—(Escuchando.) ¡Psit! ¡La tarantela! ¡Salga usted! ¡Salga usted pronto!

KROGSTAD.—¿Por qué?

SEÑORA LINDE.—¿Oye usted esa música? Cuando acabe el baile vendrán.

KROGSTAD.—Entonces me voy. Tanto más cuanto que todo esto ha sido inútil. Usted ignora mi paso contra los Helmer.

SEÑORA LINDE.—Se equivoca usted. Krogstad, lo conozco.

KROGSTAD.—¿Y tiene usted el valor de?

SEÑORA LINDE.—Sé adonde puede llevar la desesperación a un hombre como usted.

KROGSTAD.—¡Oh! ¡Si pudiera hacer mi vida!

SEÑORA LINDE.—Puede usted su carta aún está en el buzón.

KROGSTAD.—¿Está usted segura?

SEÑORA LINDE.—Lo sé; pero...

KROGSTAD.—(Mirándole de frente.) ¿Esa es la explicación? Quería usted salvar a su amiga a todo trance. Más vale que lo confiese usted francamente. ¿Es verdad?

SEÑORA LINDE.—Oiga usted, Krogstad: el que se ha vendido una vez para salvar a otro, no vuelve a hacerlo.

KROGSTAD.—Voy a reclamar mi carta.

SEÑORA LINDE.—No.

KROGSTAD.—Sí: es sencillo. Espero la llegada de Helmer y le digo que quiero rehacer mi carta... que no trata más que de mi cesantía... que no le importa nada su lectura.

SEÑORA LINDE.—No, Krogstad. Usted no pedirá la carta.

KROGSTAD.—Pero, hablando francamente, ¿no me hizo usted venir para eso?

SEÑORA LINDE.—En el primer momento de alarma, sí. Pero han transcurrido veinticuatro horas y en ese tiempo he visto pasar aquí cosas increíbles. Es necesario que Helmer lo sepa todo. Ese misterio fatal debe disiparse. Tienen que explicarse: basta de tapujos y de enredos.

KROGSTAD.—Bueno, si usted carga con la responsabilidad. Pero hay algo que puedo hacer y que haré en seguida.

SEÑORA LINDE.—(Escuchando.) ¡Aprisa! ¡Váyase!... Acabó el baile: ya no estamos seguros.

KROGSTAD.—La espero abajo.

SEÑORA LINDE.—Bueno. Me acompañará usted hasta mi casa.

KROGSTAD.—Nunca he sido tan dichoso como hoy.

(Vase por la puerta de entrada. La del vestíbulo queda abierta hasta el fin del acto.)

SEÑORA LINDE.—(Arregla un poco la habitación y prepara el abrigo y el sombrero.) ¡Qué porvenir! ¡Qué nueva perspectiva! Ya sé por quién trabajar, por quién vivir, ya tendré un hogar que dirigir. ¡Con qué afán trabajaré! (Escuchando.) ¡Ah! Ahí están. ¡Pronto, el abrigo!

(Coge el sombrero y el abrigo. Se oye la voz de Helmer y la de Nora; una llave gira y Helmer hace entrar a Nora casi por fuerza. Está ella en traje napolitano, envuelta en una especie de mantón; él, con frac y un dominó negro encima.)

NORA.—(En la puerta, resistiendo.) No, no, no. No quiero entrar. Quiero subir otra vez, no quiero retirarme tan temprano.

HELMER.—Vaya, querida Nora. NORA.—Te lo suplico. Torvaldo, te lo suplico. Una hora nada más.

HELMER.—Ni un minuto. monísima Norita. Ya sabes lo tratado. Vaya, entra, vas a tomar frío ahí fuera. (La hace entrar, a pesar de su resistencia.)

SEÑORA LINDE.—¡Buenas noches!

NORA.—¡Cristina!

HELMER.—¿Cómo, la señora Linde? ¿Usted aquí, tan tarde?

SEÑORA LINDE.—Perdóneme usted: ¡tenía tantos deseos de ver a Nora con su lindo disfraz!

NORA.—¿Me has esperado aquí mucho tiempo?

SEÑORA LINDE.—Sí, vine desgraciadamente demasiado tarde. Tú habías subido ya y no me quise marchar sin verte.

HELMER.—(Quitando el mantón de Nora.) Pues mire usted. Me parece que vale la pena. Está hermosa, ¿no es verdad, señora Linde?

SEÑORA LINDE.—De veras.

HELMER.—Maravillosamente hermosa. ¿No es verdad? Igual opinaban todos. Pero, ¿qué testaruda es esta niña mimada! ¿Querrá usted creerme? Casi he tenido que obli-

garla por fuerza a abandonar el baile.

NORA.—¡Ah! ¡Torvaldo, te arrepentirás de no haberme concedido ni siquiera media hora más!

HELMER.—Ya lo oye usted, señora. Ha bailado la tarantela; ha tenido un éxito loco y merecido, aunque ha puesto tal vez demasiada naturalidad, quiero decir, algo más de lo que exigían las reglas estrictas del arte; pero, en fin, lo esencial es que ha tenido un éxito, un éxito colosal. ¿Debió dejarla allí después? Hubiera perdido parte del efecto. ¡Quia! Cogí el brazo de la linda muchachita de Capri (de mi muchachita caprichosa, podría decir), la hice dar la vuelta al salón, saludos a derecha y a izquierda, y, como dicen en las novelas, la sombra hermosa desapareció. Hay que poner siempre algo de efectismo en el desenlace, señora Linde, y esto es lo que no puedo hacer comprender a Nora. ¡Uf! ¡Qué calor hace aquí! (Arroja el dominó en una silla y abre la puerta de su habitación.) ¿Cómo? ¿No hay luz? ¡Ah! Es verdad. Con su permiso. (Entra y enciende las bujías.)

NORA.—(En voz muy baja, precipitadamente.) ¿Qué?

SEÑORA LINDE.—(En voz baja.) Le he hablado.

NORA.—¿Y qué?

SEÑORA LINDE.—Nora... hay que decirselo todo a tu marido.

NORA.—(Con voz agonizante.) Ya lo sabía.

SEÑORA LINDE.—No tienes nada que temer de Krogstad, pero debes hablarle.

NORA.—No le hablaré.

SEÑORA LINDE.—La carta hablará por ti.

NORA.—Gracias, Cristina. Ya sé lo que debo hacer. ¡Psit!

HELMER.—(Entrando.) ¿Y qué, señora, la ha admirado usted ya?

SEÑORA LINDE.—Sí; y ahora les deseo buenas noches.

HELMER.—¿Ya? ¿Es de usted esta labor?

SEÑORA LINDE.—(Cogiendo la labor que le alarga el señor Helmer.) Gracias. Yo me olvidaba.

HELMER.—¿Hace usted punto de aguja?

SEÑORA LINDE.—Sí.

HELMER.—Debía usted bordar.

SEÑORA LINDE.—¿De veras? ¿Por qué?

HELMER.—Es más bonito. Mire usted: así, con la mano izquierda, coge usted el bordado y maneja usted con la derecha la aguja, así. ¿Ve usted la curva que se forma, larga y ligera?... ¿Es verdad?

SEÑORA LINDE.—Es posible.

HELMER.—Mientras que hacer punto de aguja no puede ser más feo. Fíjese usted: los brazos pegados al cuerpo... las agujas yendo de arriba abajo y de abajo arriba... hay algo de chino. ¡Qué champagne tan alegre nos han servido!

SEÑORA LINDE.—Gracias, Nora, y no seas testaruda.

HELMER.—Bien dicho, señora Linde.

SEÑORA LINDE.—Buenas noches, señor director.

HELMER.—(Acompañándola hasta la puerta.) Buenas noches. Buenas noches. Supongo que sabe usted el camino. Yo quisiera... pero está tan cerca. (Cuando se ha ido cierra la puerta y vuelve.) ¡Muy bien! ¡Por fin se marchó! Es muy pesada esta mujer.

NORA.—¿Estás muy cansado, Torvaldo?

HELMER.—No, al contrario.

NORA.—¿Tienes sueño?

HELMER.—No: al revés, estoy desvelado. ¿Y tú? Parece que estás cansada y que tienes sueño.

NORA.—Sí, estoy muy cansada. Ahora estoy segura de que me dormiré en seguida.

HELMER.—Ya lo ves. Tenía razón no queriendo que permanecieras más tiempo allí.

NORA.—Siempre tienes razón en todo lo que haces.

HELMER.—(Besándola en la frente)

te.) La alondra empieza a hablar como un ser humano. Pero, oye ¿Te has fijado qué alegre estaba Rank esta noche?

NORA.—¿De veras? No tuve ocasión de hablarle.

HELMER.—También yo hablé muy poco, pero hace mucho tiempo que no le veía de tan buen humor. *(La contempla un momento y después se acerca.)* ¡Ah! ¡Qué delicioso es regresar al hogar, estar solo contigo!... hermosa y embriagadora mujer...!

NORA.—No me mires así, Torvaldo.

HELMER.—¡Cómo no voy a mirar a mi tesoro máspreciado! ¡Esta belleza que es mía, sólo mía, toda mía!

NORA.—*(Colocándose al otro lado de la mesa.)* No debes hablarme así esta noche.

HELMER.—*(Siguiéndola.)* Tienes aún la tarantela en la sangre, por lo que veo. Y así estás más seductora. ¡Oye! Los invitados se van. *(En voz más baja.)* Nora, pronto todo callará en la casa.

NORA.—Así lo espero.

HELMER.—¿No es verdad, amada Nora? Cuando estamos en una reunión como esta noche, ¿sabes por qué te hablo tan poco, por qué estoy tan alejado de ti, contentándome con mirarte de vez en cuando de reojo? ¿Sabes por qué? Porque me complazco en imaginar que eres mi amor secreto, mi joven, mi misteriosa prometida, y que todos ignoran nuestro compromiso.

NORA.—Sí, sí, sí. Ya sé que todos tus pensamientos van a mí.

HELMER.—Y al marcharnos, cuando echo el abrigo en tus hombros finos y juveniles, cuando cubro tu nuca maravillosa, me figuro que eres mi joven desposada, que acabamos de llegar de la boda, que por primera vez te conduzco a mi casa y que por fin vamos a estar solos... yo solo contigo, mi belleza juvenil y temblorosa. En toda la noche no hice más que suspirar por

ti. Cuando te vi en la tarantela perseguir y provocar... sentí arder mi sangre, no podía contenerme y por eso te arrastré tan pronto.

NORA.—¡Vete, Torvaldo! Debes dejarme. No quiero.

HELMER.—¿Qué dices? ¿Te burlas de mí, querida Nora? ¿Dices que no quieres? ¿No soy tu marido?

(Llaman a la puerta de entrada.)

NORA.—*(Temblando.)* ¿Has oído?

HELMER.—*(Pasando al vestíbulo.)* ¿Quién es?

EL DOCTOR RANK.—*(Desde fuera.)* Soy yo. ¿Puedo entrar un momento?

HELMER.—*(De mal humor.)* ¿Qué quiere ése ahora? *(En voz alta.)* Espera. *(Va a abrir.)* Haces bien en no pasar por delante de casa sin llamar.

RANK.—Me pareció oír tu voz y he querido entrar un momento. *(Echando una mirada en torno suyo.)* Este es el hogar tan querido, tan familiar. En él, felices, tenéis paz y bienestar.

HELMER.—Pues tú hace poco me parece que no te aburrías.

RANK.—Me divertía extraordinariamente. ¿Y por qué no? ¿Por qué no gozar de todo? Al menos, tanto y por tanto tiempo como se pueda. El vino era exquisito...

HELMER.—Sobre todo, el champagne.

RANK.—¿Lo notaste también? Es increíble lo que he bebido.

NORA.—Torvaldo también bebió mucho champagne esta noche.

RANK.—¿De veras?

NORA.—Sí, y esto le hace ser muy divertido.

RANK.—¿Y por qué no pasar una velada agradable después de un día bien empleado?

HELMER.—¿Bien empleado? Hoy, desgraciadamente, no me puedo vanagloriar de esto.

RANK.—*(Pegándole en la espalda.)* Pero yo sí me vanaglorio!

NORA.—Doctor Rank, usted debe

haber estudiado algún caso clínico hoy.

RANK.—Sí.

HELMER.—¡Hola! ¡Hola! ¡Nora la chiquitina hablando de casos clínicos!

NORA.—¿Y se le puede felicitar por el resultado?

RANK.—Seguramente, sí.

NORA.—¿Un éxito?

RANK.—El mayor para el enfermo tanto como para el médico: la seguridad.

NORA.—*(Vivamente, queriendo adivinar.)* ¿La seguridad?

RANK.—La seguridad absoluta. ¿No tenía, después, derecho a una velada alegre?

NORA.—Sin duda alguna, doctor.

HELMER.—Ésa es también mi opinión, con tal que mañana no te sienta mal.

RANK.—Todo se paga en la vida.

NORA.—Doctor... a usted le deben gustar las máscaras...

RANK.—Sí, sobre todo cuando usan trajes grotescos.

NORA.—Oiga usted. ¿Qué traje llevaremos usted y yo cuando nos encontremos la vez próxima?

HELMER.—¡Locuela! ¿Ya piensas en el próximo disfraz?

RANK.—¿Usted y yo? Voy a decirlo: usted, de mascota.

HELMER.—Muy bien, pero inventa un traje muy bonito de mascota.

RANK.—Que tu mujer se presente tal como la vemos todos los días.

HELMER.—¡Muy bien! Pero y tú ¿qué traje llevarás?

RANK.—Yo, querido amigo, ya lo he decidido.

HELMER.—¿Cuál?

RANK.—En la próxima mascarada me presentaré invisible.

HELMER.—¿Qué bromista!

RANK.—Hay un gran sombrero... ¿No oíste hablar de un sombrero que convierte en invisible? Se pone en la cabeza y nadie nos ve.

HELMER.—*(Conteniendo la risa.)* Sí, sí, tienes razón.

RANK.—Pero olvido por completo a lo que vine. Helmer, dame un

cigarro, uno de tus habanos maduros.

HELMER.—Con el mayor placer. *(Presentándole la caja.)*

RANK.—*(Cogiendo un cigarro y cortándole la punta.)* Gracias.

NORA.—*(Encendiendo un fósforo.)* Permítame que le ofrezca fuego.

RANK.—Gracias. *(Ella acerca el fósforo y él enciende el habano.)*

¡Y ahora, adiós!

HELMER.—Adiós, adiós, mi querido amigo.

NORA.—Que duerma usted bien, doctor Rank.

RANK.—Le doy las gracias por su buen deseo.

NORA.—Deséeme usted igual a mí.

RANK.—¿A usted? Bueno. Ya que usted lo desea: que duerma usted bien. Y gracias por el fuego. *(Los saluda con una inclinación de cabeza y vase.)*

HELMER.—*(En voz baja.)* Ha bebido de lo lindo.

NORA.—*(Distraída.)* Tal vez...

(Helmer saca las llaves del bolsillo y va al vestíbulo.)

NORA.—Torvaldo, ¿qué vas a hacer?

HELMER.—Quiero vaciar el buzón. Debe estar lleno. No cabrán los periódicos mañana por la mañana.

NORA.—¿Quieres trabajar esta noche?

HELMER.—Ya sabes que no. ¿Qué es esto? Han andado en la cerradura...

NORA.—¿En la cerradura?

HELMER.—No hay duda. ¿Qué significa esto? ¿No puedo creer que los criados...? Hay un trozo de horquilla. Nora, es de una horquilla tuya.

NORA.—*(Vivamente.)* Tal vez sean los niños.

HELMER.—Debías quitarles esa costumbre. ¡Vaya! ¡Bueno! Por fin se abrió. *(Saca lo que contiene el buzón y llama.)* ¡Elena! ¡Elena!

Apague la luz de la entrada. *(Entra y cierra la puerta del vestíbulo.)*

HELMER.—(Con las cartas.) Mira cuántas hay. (Examina los sobres.) ¿Qué es esto?

NORA.—(Desde la ventana.) ¡Esta carta! No, no, Torvaldo.

HELMER.—Dos tarjetas de visita... de Rank.

NORA.—¿Del doctor?

HELMER.—(Mirándolas.) Rank, doctor en medicina. Estaban sobre las cartas... las habrá echado al salir.

NORA.—¿Y hay algo escrito?

HELMER.—Una gran cruz encima del nombre. Mira. ¡Qué broma más pesada! Es como si comunicara su propia muerte.

NORA.—Eso hace realmente.

HELMER.—¿Cómo? ¿Qué sabes? ¿Te ha dicho algo?

NORA.—Sí. Las tarjetas significan que se despide de nosotros para siempre. Quiere encerrarse y morir.

HELMER.—¡Pobre amigo mío! Sabía que no le conservaría mucho tiempo. Pero no creí que fuera tan pronto. Va a ocultarse como animal herido.

NORA.—Si ha de suceder, más vale que suceda sin hablar una palabra. ¿No es verdad, Torvaldo?

HELMER.—(Paseando por la habitación.) Era casi de la familia. No puedo acostumbrarme a la idea de no verle. Con sus sufrimientos, con su misantropía, constituía un fondo de sombra en el cuadro lleno de sol de nuestra felicidad. ¿Quién sabe si será mejor, al menos para él? (Se calla.) Y tal vez para nosotros también, Nora. Ahora debemos consagrarnos exclusivamente el uno al otro. (La abraza.) ¡Ah! ¡Amada mía! ¡Mujercita mía! ¡Nunca te abracé más fuertemente!

¡Nora, a veces quisiera verte amenazada por un peligro, para exponer mi vida, dar mi sangre, arriesgarlo todo, todo para protegerte!

NORA.—(Apartándose, con voz firme y resuelta.) Ahora lee las cartas, Torvaldo.

HELMER.—No, no, esta noche

no. Quiero estar contigo, mi querida, mi querida mujercita.

NORA.—¿Con la idea de la muerte de tu amigo?

HELMER.—Tienes razón. Nos ha conmovido a los dos. Algo terrible se ha deslizado entre nosotros: la idea de la muerte y de la disolución. Debemos librarnos de ella. Y hasta entonces, estaremos cada uno en nuestra habitación.

NORA.—(Abrazándole.) ¡Buenas noches, Torvaldo, buenas noches!

HELMER.—(Besándola en la frente.) Buenas noches, pajarillo cantor. Descansa, Nora. Voy a leer las cartas.

(Pasa a su habitación, llevándose las cartas, y cierra la puerta.)

NORA.—(A tientas, en torno suyo, con la mirada extraviada, coge el dominó de Helmer y se lo echa encima, diciendo con voz rápida, entrecortada y temblorosa.) ¡No verle nunca más! ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca!

(Se pone el abrigo en la cabeza.) Y los niños, no verles más, tampoco a ellos. ¡Oh! El agua helada... negra... Y ese abismo sin fondo... sin fondo. ¡Ah! ¡Si ya hubiera sucedido! Ahora la coge, la lee. No, no, aún no. Adiós, Torvaldo, adiós a ti y a los niños.

(Se precipita a la puerta de entrada. En el mismo momento Helmer abre violentamente la de su habitación y se presenta con una carta abierta en la mano.)

HELMER.—¡Nora!

NORA.—(Con un grito agudo.) ¡Ay!

HELMER.—¿Qué dices? ¿Sabes lo que dice esta carta?

NORA.—Sí, lo sé. ¡Déjame partir! ¡Déjame ir!

HELMER.—(Reteniéndola.) ¿Dónde vas?

NORA.—(Queriendo desprenderse.) No me salvarás, Torvaldo.

HELMER.—(Retrocediendo.) ¡Era verdad! ¡Decía verdad esta carta! ¡Qué horror! No, no. Es imposible. No puede ser.

NORA.—Es la verdad. Te amé más que a nada en el mundo.

HELMER.—¡Basta de tonterías!

NORA.—(Dando un paso hacia él.) ¡Torvaldo!

HELMER.—¡Desgraciada! ¿Qué te atreviste a hacer?

NORA.—Déjame ir. No llevarás el peso de mi culpa, no responderás por mí.

HELMER.—¡Basta de comedia! (Cierra la puerta del vestíbulo.) Te quedarás y me darás cuenta de tus actos. ¿Comprendes lo que has hecho? Di, ¿lo comprendes?

NORA.—(Le mira con ironía creciente en la expresión y dice con voz apagada:) Sí, ahora empiezo a comprender el fondo de las cosas.

HELMER.—(Paseando nerviosamente por la habitación.) ¡Qué terrible despertar!... ¡Ocho años!... ¡Ella, mi orgullo, mi alegría, una hipócrita, una embustera... peor aún, una criminal! ¡Qué horrible fealdad hay en todo eso! ¡Qué horror!

NORA.—(Callada, continúa mirándole fijamente.)

HELMER.—(Parándose delante de ella.) Debes prever que sucedería algo de esto. Debes presentirlo... Con la fragilidad de principios de tu padre... y tú heredaste esos principios. Sin religión, sin moral, sin ningún sentimiento del deber. ¡Oh! ¡Qué castigo sufro por haber querido correr un velo sobre su conducta! Por ti lo hice y he ahí mi recompensa.

NORA.—Sí, he ahí tu recompensa.

HELMER.—Ahora has destruido mi felicidad, has aniquilado mi porvenir. No puedo pensarlo sin estremecerme. Estoy en poder de un hombre sin escrúpulos; puede hacer de mí lo que quiera, pedirme lo que se le antoje, mandarme, manejar a su capricho, sin que pueda desplegar los labios. Puedo ser reducido a la nada, hundido por la ligereza de una mujer.

NORA.—Cuando haya dejado el mundo serás libre.

HELMER.—No. Nada de frases. Tu padre también tenía gran provisión de ellas. ¿De qué me serviría a mí que tú dejaras el mundo como dices? De nada. A pesar de todo, podría él divulgar el hecho, y en este caso, me creerían cómplice de tu acción criminal. Podrían creer que fui el instigador, que fui yo el que te obligó. Y todo esto te lo debo a ti, a ti, a quien he llevado en brazos a través de nuestra vida íntima. ¿Comprendes ahora lo que has hecho?

NORA.—(Con calma y serenidad.) ¡Sí!

HELMER.—Todo esto es tan increíble, que no me sé dar cuenta. Pero es preciso reflexionar. ¡Quítate el abrigo! ¡Te digo que te lo quites! Necesito contentarle en una forma o en otra. Se trata de enterrar el asunto, cueste lo que cueste. Y en nuestro hogar no debe haber cambio sensible. No se trata, claro está, más que de las apariencias. Continuarás viviendo aquí, no hay duda. Pero no podrás educar a los niños... no me atrevo a confiártelos. ¡Ah! ¡Tener que hablar así a la que amé tanto y a la que amo ahora mismo!... Pero todo esto pasó. Es preciso olvidarlo. En adelante, ya no existe felicidad posible. Se trata únicamente de salvar los restos, los despojos, las apariencias... (Llaman a la puerta de entrada.)

HELMER.—(Estremeciéndose.) ¿Quién será? ¿Tan tarde? ¡Horror! ¿Sería acaso...? ¿Habría él...? ¡Escóndete, Nora! Di que estás enferma. (Nora no se mueve. Helmer va a abrir la puerta.)

LA CRIADA.—(Medio vestida, en el vestíbulo.) Una carta para la señora.

HELMER.—Démela usted. (Coge la carta y cierra la puerta.) Sí, es de él. No te la daré. Quiero leerla.

NORA.—Lee.

HELMER.—(Acercándose a la lámpara.) Casi no me atrevo. Tal vez nos tenga cogidos al uno y al otro.

No es necesario que lo sepa. *(Abre vivamente la carta lee algunas líneas, examina un papel metido en el sobre y da un grito de alegría.)*
¡Nora!

NORA.—*(Le pregunta con la mirada.)*

HELMER.—¡Nora! ¡No, volvamos a leerla! Si eso es ¡Estoy salvado! ¡Nora, estoy salvado!

NORA.—¿Y yo?

HELMER.—Tú también, claro está. Estamos salvados los dos. Mira. Te devuelve el recibo. Lamenta, dice, se arrepiente... Un acontecimiento feliz que va a cambiar su existencia... ¡Ah!, poco importa lo que escribe. ¡Estamos salvados, Nora! Nadie puede ya perjudicarte. ¡Ah! Nora, Nora... No, destruyamos antes todos esos horrores. Voy a ver. *(Echa una ojeada al recibo.)* No, no quiero ver nada. Habrá sido una pesadilla; eso es. *(Rompe las dos cartas y el recibo, lo arroja todo a la chimenea y mira cómo arden los papeles.)* ¡Mira! ¡Todo ha desaparecido! Te escribía que desde la víspera de Navidad, tú... ¡oh! ¡Qué tres días de prueba debes haber pasado, Nora!

NORA.—He sostenido una lucha violentísima en esos tres días.

HELMER.—Y te desesperabas. No veías otra salida que... No, no nos acordaremos de todos esos horrores. Festejaremos nuestra libertad, repitiendo sin cesar: se acabó, se acabó. Escúchame, pues, Nora. Me parece que no lo comprendes: se acabó. ¿Pero qué quiere decir esa seriedad? ¡Oh! Mi pobrecita Nora, comprendo... No crees que te he perdonado. Y, sin embargo, es verdad, Nora, te lo juro; todo lo he perdonado. Ya sé que lo que hiciste lo hiciste por amor mío.

NORA.—Es verdad.

HELMER.—Me amaste como una mujer debe amar a su marido. Solamente te equivocaste en la elección de medios. Pero ¿crees que voy a amarte menos porque no sepas guiarte tú misma? No, no apóyate

en mí, encontrarás ayuda y dirección. No sería hombre si no fueras doblemente seductora a mis ojos por tu debilidad de mujer. Olvida las duras palabras que te he dicho en los primeros momentos de terror, cuando creía que todo iba a hundirse conmigo. Te he perdonado. Nora; te juro que te he perdonado.

NORA.—Gracias por tu perdón. *(Vase por la puerta de la izquierda.)*

HELMER.—No, quédate. *(Le sigue con los ojos.)* ¿Por qué te diriges a la alcoba?

NORA.—*(Desde su alcoba.)* Para quitarme este traje de máscara.

HELMER.—*(Cerca de la puerta, que ha quedado entreabierta.)* Bueno, descansa; procura calmar tu espíritu, reponerte del susto, pajarito miedoso. Descansa tranquila; yo te protegeré bajo mis amplias alas. *(Paseándose, sin alejarse de la puerta.)* ¡Qué tranquilo y encantador es nuestro hogar, Nora! Aquí estás segura. Te guardaré como paloma recogida, después de haberla arrancado sana y salva de las garras del milano. Sabré apaciguar tu pobre corazón que palpita. Poco a poco lo conseguiré; créeme, Nora.

Mañana lo verás todo de distinta manera. Todo volverá a ser como fue. No necesitaré repetirme constantemente que te he perdonado. Tú misma lo comprenderás sin vacilar. ¿Cómo puedes suponer que te rechacé o te dirija reproches? No sabes tú, Nora, lo que es, en verdad, el corazón del hombre. ¡Hay para el hombre tal necesidad, tal contentamiento en la conciencia cuando ha perdonado verdaderamente en el fondo del corazón! Es como una segunda posesión, como una creación nueva; no se ve solamente a la mujer en el ser perdonado, se ve también al hijo. Así me aparecerás en lo futuro, pobre criaturita extraviada, sin brújula. No temas nada, Nora. Sé siempre franca conmigo y yo seré a la vez voluntad y conciencia para ti. ¿Cómo? ¿No te has

acostado todavía? ¿Has vuelto a vestirte?

NORA.—*(Que se ha puesto el traje de diario.)* Sí, Torvaldo; he vuelto a vestirme.

HELMER.—¿Por qué a estas horas?

NORA.—Esta noche no pienso dormir.

HELMER.—Pero, querida Nora...

NORA.—*(Mirando el reloj.)* No es tarde todavía. Siéntate, Torvaldo; tenemos que hablar.

HELMER.—Nora, ¿qué significa? Esta seriedad...

NORA.—Siéntate. La entrevista será larga. Aún tenemos mucho que decirnos.

HELMER.—*(Sentándose enfrente de ella.)* Me asustas, Nora. No te comprendo.

NORA.—Es verdad; no me comprendes y tampoco yo te había comprendido... hasta esta noche. No me interrumpas. Escucha lo que te digo... Se trata de ajustar cuentas.

HELMER.—¿Qué pretendes?

NORA.—*(Después de una pausa.)* Ahora estamos frente a frente. ¿No te llamo la atención una cosa?

HELMER.—¿Qué quieres decir?

NORA.—Hace ocho años que estamos casados. Reflexiona: ¿no es la primera vez que los dos, tal como somos, marido y mujer, hablamos juntos seriamente?

HELMER.—Seriamente, sí. ¿Qué quieres decir?

NORA.—Ocho años han pasado... y más aún, contando desde nuestro primer encuentro, y nunca hemos sostenido una conversación seria sobre un asunto grave.

HELMER.—¿Debí acaso iniciarte en esas eternas preocupaciones que no hubieras podido disipar?

NORA.—No hablo de preocupaciones. Quiero decir que nunca, sea por lo que fuere, hemos intentado ver juntos el fondo de las cosas.

HELMER.—Pero, querida Nora, ¿era ésa una ocupación para ti?

NORA.—¡Eso es! Nunca me has

comprendido... Habéis sido injustos conmigo, Torvaldo. Papá, primero; después, tú.

HELMER.—¿Cómo? ¿Los dos? ¿Pero quién te amó como nosotros?

NORA.—*(Moviendo la cabeza.)* Vosotros no me habéis amado nunca. Os ha parecido divertido estar en adoración ante mí. Eso es todo.

HELMER.—Pero, Nora, ¿qué quiere decir ese lenguaje?

NORA.—Así es, Torvaldo. Cuando estaba con papá, me exponía sus ideas que yo compartía. Si pensaba otra cosa, me lo callaba. Le hubiera disgustado. Me llamaba su muñequita y jugaba conmigo como jugaba yo con mis muñecos. Después vine a tu casa...

HELMER.—Hablas de nuestro matrimonio de un modo extraño.

NORA.—*(En el mismo tono.)* Quise decir que de las manos de papá pasé a las tuyas. Todo te lo arreglaste a gusto tuyo y yo lo compartía, o bien fingía compartirlo, no recuerdo ahora bien: tal vez ni una cosa ni otra; unas veces, una y otras veces, otra. Mirando hacia atrás, me parece que he vivido como viven los pobres... al día. He vivido de las piruetas que hacía por ti, Torvaldo. Pero esto te gustaba. Tú y papá sois muy culpables respecto de mí. Vosotros tenéis la culpa si no sirvo para nada.

HELMER.—Eres absurda, Nora, absurda e ingrata. ¿No fuiste dichosa aquí?

NORA.—No. Cref serlo pero nunca lo fui.

HELMER.—¡Tú no has... tú no has sido dichosa!

NORA.—No. Fui alegre, nada más. Eras muy cariñoso conmigo, pero nuestra casa no fue más que salón de fiesta. Fui en tu hogar la mujer-muñeca, como antes, en el hogar de papá, fui la niña-muñeca. Y nuestros hijos fueron también muñecas para mí. Me parecía a mí divertido que tú jugaras conmigo, como a ellos les parecía divertido

que yo jugara con ellos. Así fue nuestra unión. Torvaldo.

HELMER.—Hay algo de verdad en lo que dices, aunque exageras y añades demasiado. Pero en el porvenir todo cambiará. Acabó la hora de recreo y empieza la hora de la educación.

NORA.—¿La educación? ¿Cuál? ¿La mía o la de los niños?

HELMER.—Una y otra, querida Nora.

NORA.—¡Bah! No eres, Torvaldo, capaz de educarme para convertirme en una esposa como es debido.

HELMER.—¿Y tú dices eso?

NORA.—Igual que yo. Tampoco estoy preparada para educar a mis hijos.

HELMER.—¡Nora!

NORA.—¿No decías hace poco que era una labor que no te atrevías a confiarme?

HELMER.—Lo dije en un momento de enfado. ¿Quieres ahora recordármelo?

NORA.—No, por Dios. Pero tenías razón. Es una labor superior a mis fuerzas. Hay otra que debo realizar antes. Quiero educarme a mí misma. Tú no puedes facilitarme este trabajo. Lo debo emprender sola. Por eso quiero dejarte.

HELMER.—(Levantándose de un salto.) ¿Qué dices?

NORA.—Necesito estar sola para darme cuenta de mí misma y de todo lo que me rodea. Así no puedo quedarme a tu lado.

HELMER.—¡Nora! ¡Nora!

NORA.—Voy a marcharme en seguida. Me refugiaré en casa de Cristina esta noche.

HELMER.—¡Estás loca! No tienes derecho a irte. Te lo prohibo.

NORA.—Ya no puedes prohibirme nada. Me llevo lo que es mío. De ti no quiero tener nada, ni ahora ni nunca.

HELMER.—¿Qué significa esta locura?

NORA.—Mañana partiré para mi casa; quiero decir para mi país na-

tal... Allí encontraré fácilmente un medio de vivir.

HELMER.—¡Estás ciega, pobre ser sin experiencia!

NORA.—Ya procuraré crearme la experiencia, Torvaldo.

HELMER.—¡Abandonar tu hogar, tu marido, tus hijos! ¿No piensas en lo que dirán?

NORA.—No puede detenerme eso. Solo sé que para mí es indispensable.

HELMER.—¡Oh! ¡Es irritante! Vas a traicionar los deberes más sagrados.

NORA.—¿Qué consideras tú como deberes más sagrados?

HELMER.—¿Necesito decírtelo? ¿No son los deberes hacia tu marido y tus hijos?

NORA.—Tengo otros tan sagrados como éstos.

HELMER.—No los tienes. ¿Cuáles?

NORA.—Los deberes conmigo misma.

HELMER.—Ante todo eres esposa y madre.

NORA.—No lo creo yo así. Ante todo soy ser humano, con igual derecho que tú, o por lo menos debo intentar serlo. Sé que la mayor parte de los hombres te darán la razón, Torvaldo, y que esas ideas an-

dan impresas en libros. Pero yo no he de guiarme por lo que dicen los hombres ni por lo que imprimen en los libros. Necesito yo misma formarme mis ideas y procurar darme exacta cuenta de todo.

HELMER.—¿Qué? ¿No te das cuenta de tu sitio en el hogar? ¿No tienes una guía infalible, la religión, para orientarte?

NORA.—¡Ay, Torvaldo! ¿Y si te dijera que no sé exactamente lo que es la religión?

HELMER.—¿No sabes lo que es?

NORA.—Respecto de ese particular no sé más que lo que me dijo el pastor Hanser al prepararme para la confirmación: la religión es esto, la religión es lo otro. Cuando esté sola y libre, estudiaré esta cuestión

como tantas otras. Veré si el pastor decía la verdad o, por lo menos, si lo que decía era verdad con relación a mí.

HELMER.—¡Parece increíble que esto lo diga una joven! Pero si la religión no puede guiarte, deja al menos que sondee tu conciencia. Porque supongo que por lo menos posees sentido moral. ¿O tal vez careces de él? Contesta.

NORA.—Mira, Torvaldo, me es difícil contestar. No sé nada. No puedo entender nada de eso. Sólo sé una cosa: que mis ideas difieren enteramente de las tuyas. Acabo de comprender que las leyes no son lo que yo creía, pero lo que no me cabe en la cabeza es que esas leyes sean justas. ¡Una mujer no tiene derecho a evitar un disgusto a su anciano padre moribundo, ni a salvar la vida de su marido! Esto no puede hacerse.

HELMER.—Hablas como un niño. No comprendes nada de la sociedad de que formas parte.

NORA.—No, no comprendo nada. Pero quiero averiguar quién tiene razón, si la sociedad o yo.

HELMER.—Estás enferma, Nora, tienes fiebre. Hasta llego a creer que has perdido la razón.

NORA.—Me encuentro esta noche con más lucidez y más seguridad en mí misma que nunca.

HELMER.—¿Y con esta seguridad y esta lucidez abandonas a tu marido y a tus hijos?

NORA.—Sí.

HELMER.—Esto no tiene más que una explicación.

NORA.—¿Cuál?

HELMER.—¿No me amas ya?

NORA.—Eso es: ése es el secreto de todo.

HELMER.—¡Nora! ¡Y me lo dices así...!

NORA.—Me da mucha pena, Torvaldo, porque siempre fuiste bueno para mí. Pero nada puedo hacer. Ya no te quiero.

HELMER.—(Procurando dominar

se.) ¿De esto también estás perfectamente convencida?

NORA.—Absolutamente. Y por eso no quiero permanecer aquí.

HELMER.—¿Y puedes explicarme cómo perdiste tu amor?

NORA.—Sí. Fue esta noche cuando vi que no se realizaba el prodigio esperado. Entonces comprendí que no eras el hombre que imaginaba.

HELMER.—Explicate. No te entiendo.

NORA.—Durante ocho años he esperado con paciencia. Ya sabía yo que los milagros no se realizan todos los días. Por fin, llegó la hora de angustia. Entonces pensé con seguridad que iba a realizarse el milagro. Mientras la carta de Krogstad estuvo en el buzón no pensé ni por un momento que hubieras podido doblegarte a las exigencias de ese hombre. Creía firmemente que tú le dirías: Vaya usted y publíquelo todo. Y al realizarse esto...

HELMER.—¿Cresté que entregaría mi mujer a la vergüenza y al desprecio público?

NORA.—Y cuando se hubiera realizado estaba completamente segura que ibas a presentarte a cargar con la responsabilidad y a decir: Soy el culpable.

HELMER.—¡Nora!

NORA.—Vas a decir que no hubiera aceptado este sacrificio. Claro está. ¿Pero qué hubiera significado mi afirmación enfrente de la tuya? ¡Sí! ¡Ese era el milagro que esperaba con terror! Y para impedirlo quería morir.

HELMER.—Con alegría, Nora, hubiera trabajado por ti noche y día. Todo lo hubiera sufrido a gusto, disgustos y preocupaciones. Pero nadie ofrece el honor al ser que ama.

NORA.—Millares de mujeres lo han hecho.

HELMER.—Piensas como un niño y hablas igual que piensas.

NORA.—Sea. Pero tú no piensas así y no hablas como el hombre al

cual hubiera podido seguir. Una vez tranquilo, no sobre el peligro que corría yo, sino sobre el que pudieras correr tú mismo, lo olvidaste todo. Vuelvo a ser el pajarillo cantor, la muñeca que estabas dispuesto a llevar en brazos, como antes, con mayores precauciones porque has tenido pruebas de su fragilidad. *(Levantándose.)* Escucha, Torvaldo. Desde aquel momento me parece que he vivido ocho años en esta casa con un extraño y que he tenido tres hijos... ¡No quiero ni pensarlo! ¡De buena gana me destrozaría yo misma en mil pedazos!

HELMER.—*(Con voz apagada.)* Ya veo que, desgraciadamente, un abismo nos separa. Pero dime, Nora, si hay algún medio de salvarlo.

NORA.—Tal como soy, no puedo ser tu mujer.

HELMER.—Tendré fuerza de voluntad para transformarte.

NORA.—Tal vez... si te quitan la muñeca.

HELMER.—¡Sepáramos!... ¡Sepárame de ti! No, no, Nora, no puedo acostumbrarme a esa idea.

NORA.—*(Dirigiéndose a la puerta de la izquierda.)* Razón de más para acabar cuanto antes.

(Sale y vuelve con sombrero y abrigo y un saquito de mano, que coloca sobre una silla cerca de la mesa.)

HELMER.—Ahora no, Nora; ahora no. Espera a mañana.

NORA.—*(Poniéndose el abrigo.)* No puedo pasar la noche en casa de una persona extraña.

HELMER.—¿Y no podemos seguir viviendo juntos como hermano y hermana?

NORA.—*(Sujetándose el sombrero.)* Demasiado sabes que no podría durar mucho. *(Echándose el chal sobre los hombros.)* Adiós, Torvaldo. No quiero ver a los niños. Sé que están en mejores manos que las mías. Tal como soy actualmente... no puedo ser para ellos una madre.

HELMER.—¿Pero algún día... Nora... algún día?

NORA.—¿Qué quieres que te conteste? No sé lo que será de mí.

HELMER.—Pero, suceda lo que suceda, siempre serás mi mujer.

NORA.—Oye, Torvaldo: cuando una mujer abandona el domicilio conyugal, como yo lo hago hoy, las leyes, según me han dicho, desligan al marido de todo deber para con ella. En todo caso, yo te doy plena libertad. No necesitas considerarte ligado, como tampoco yo he de considerarme así. Libertad entera por ambas partes. Toma: tu anillo. Devuélveme el mío.

HELMER.—¿También eso?

NORA.—Sí.

HELMER.—Toma.

NORA.—Gracias. Ahora todo acabó. Dejo las llaves allí. Por lo que respecta al manejo de la casa, la criada lo sabe... lo sabe mejor que yo. Mañana, después de mi marcha, Cristina vendrá a arreglar en una maleta todo lo que traje al venir aquí. Quiero que me lo envíen.

HELMER.—¡Todo acabó! ¿No querás nunca ya pensar en mí?

NORA.—Pensaré en ti con frecuencia, naturalmente, y en los niños y en la casa.

HELMER.—¿Puedo escribirte, Nora?

NORA.—¡No! ¡Nunca! Te lo prohíbo.

HELMER.—Pero yo podré enviarte...

NORA.—Nada. Nada.

HELMER.—Ayudarte, si lo necesitas.

NORA.—No. Te digo que no. No acepto nada de una persona extraña.

HELMER.—Nora... ¿No seré para ti nunca más que una persona extraña?

NORA.—*(Cogiendo el maletín.)* ¡Oh! Torvaldo, sería necesario para ello el mayor de los milagros...

HELMER.—¿Cuál?

NORA.—Sería necesario que los dos nos transformáramos en un grado tal... Pero, desgraciadamente, Torvaldo, ya no creo en los milagros.

HELMER.—Pues yo sí quiero creer. Dilo. Debíamos transformarnos en un grado tal que...

NORA.—Que nuestra unión fuese un matrimonio verdadero. Adiós.

(Vase por la puerta de entrada.)

HELMER.—*(Dejándose caer en una silla, cerca de la puerta, y cubriéndose el rostro con las manos.)* ¡Nora! ¡Nora! *(Levanta la frente y mira en torno suyo.)* ¡Se ha ido! ¡Se ha ido! *(Con esperanza naciente.)* ¿El mayor de los milagros?

(Se oye el ruido de la puerta de la casa, que se cierra.)

FIN DE

«CASA DE MUÑECAS»

Angel de Campo (1868-1908)

Novelista y cuentista mexicano, nació y murió en la Ciudad de México. Estudió un año en la escuela de Medicina, trabajó en la Secretaría de Hacienda, fue profesor de Literatura en la Nacional Preparatoria y además periodista. En diarios y revistas publicó crónicas y cuentos con el seudónimo de Tick Tack; después utilizó el seudónimo de Micrós, con el que fue más conocido. Con su material literario se formaron tres libros: *Ocurrencias* y *Apuntes*, *Cosas Vistas* y su novela "La Rumba". Como novelista Micrós cultivó un realismo sin excesos naturalistas y con tendencia a un costumbrismo tan bien observado como propenso a la sentimentalidad. Presenta la pobreza de la ciudad, capta en sus narraciones, con profundidad y ternura, cuadros de costumbres, relata experiencias de la niñez, retratos de personajes típicos, historias de niños y de animales abandonados. En "La Rumba", se advierte la fidelidad fotográfica del realismo. En sus cuentos se muestra minucioso, detallista y una vez más, sentimental.

A continuación encontrarás la lectura de la obra de El Chato Barrios, con el objeto de que constates los elementos listos que se dejan ver en la obra de este autor.

EL CHATO BARRIOS

Angel de Campo (Micrós)

a la mesa, un inspector escolar, que siempre presidía el acto y era el gran personaje.

7 Llegaban las familias sin que nadie se moviese; señoras, papás de ruidosos zapatos y que cruzaban sobre la barriga las manos y se acariciaban las rodillas; niñas de profusos rizos y vestidos de lana . . . Las personas distinguidas eran invitadas por el señor Quiroz para tomar asiento en la primera fila.

8 Sordo y elocuente murmullo se levantaba del salón, cuando se presentaba en escena la familia de Isidorito Cañas; el señor Quiroz bajaba las escaleras, Borbolla se apoderaba de una de las niñas, los hombres se ponían de pie y las mujeres miraban, con respeto casi, a la familia que vestía de seda, usaba costosos sombreros y claros guantes.

9 Isidorito separábase de la familia para ocupar su puesto en la banca, y todos lo miraban de hito en hito; cada año estrenaba traje, y cada año se sacaba el premio, y cada año lo disputaba, ¡oh coincidencia! el Chato Barrios, hijo del carbonero de la esquina, el más feo y desarrapado alumno de la escuela.

10 En nuestro corazones de rapazuelos de cinco años, influía la elegancia en sumo grado, y veíamos a Isidorito, no como a un simple condiscípulo, sino como un ser colocado en la más alta esfera. Su traje nuevo, su cuello enorme y blanquísimo, la corbata de seda, las medias restiradas a rayas azules, el pelo rizado ad hoc y los diminutos guantes hacían de él un héroe de la fiesta . . . Con razón parecíamos los demás un atajo de niños mal vestidos, mal peinados y con una actitud de gente sin educación.

11 El señor Quiroz le hacía un cariño y daba conversación a la familia en actitud de hombre juicioso, cruzando los dedos, dando vueltas al pulgar, semi-inclinado y con leve sonrisa que entreabría los labios.

12 Poníase en pie el señor Quiroz y leía la memoria, que terminaba siempre con estas frases: "Réstame sólo, respetable público,

El salón de nuestra clase estaba incómodo, salón de escuela de barrio, que, a muebles alquilados, había perdido el aspecto lamentable de otras veces. El piso, y las ramas de ciprés, colocadas profusamente a lo largo de las manchadas paredes; alfombras tricolores de papel y águilas empleadas para fiestas cívicas, servían de altar a grandes retratos de Hidalgo, Juárez y otros héroes.

Barrido el piso de ladrillos y en vez de alfombras, triple hilera de sillas austríacas que, rodeando de la mesa, cubierta con un paño chino, terminaba junto a la puerta la dirección.

Era día de premios, era gran día para la presencia de aquellos rumbos, luminoso día para los padres de familia . . .

Recuerdo que dos días duraba la comensura del salón, en la cual tomaban parte sólo unos vecinos, la criada y aquellos señores que se distinguían por su juicio y mayor edad.

Libros y diplomas, atados con listones de color, se hacinaban en la mesa, a los lados un tintero de porcelana; dos candelabros con velas jamás encendidas y amarillentas y un par de bustos de yeso, representando a Minerva el uno y a Minerva también el otro.

¡Hemos aquí desde las siete de la mañana, lavados, con traje nuevo los unos, arregillando y remendado los otros, sin adorno alguno los más.

Pobres niños de barrio, hijos de porteros, artesanos y gente arrancada, que no podía hacer más gasto que el de veinte centavos; diez para pomada y diez para betún. ¿Por el traje, qué importaba? Todos éramos iguales, y sin parpadear, colgándonos los pies, nos sentábamos en las altas bancas, con los brazos cruzados, contemplando un salón, hambro de no sé qué ajuar, de respaldo que en el que debía tomar asiento, frente

daros las gracias por la asistencia a esta solemnidad, y en particular a aquellas personas (la niña Peredo y el flautista Armenta) que han contribuido con sus altas dotes a la solemnidad del acto. He dicho".

13 "Fábula, en francés, por el niño Isidoro Cañas".

Nuestro director palidecía. Borbolla dejaba que se pronunciara la corbata y la familia de Isidorito se conmovía; avanzaba el muchachito, miraba a todos lados, sacudía la cabeza poniéndose en el pecho el rollo de papel atado con un listón y gritaba: "Maitre corbó sur un abre perché... tenet a son bee, infromage".

14 Cada palabra acompañada con un ademán especial: parecía arrancarse un botón del saco, dándose antes un golpe de pecho, y al concluir sonaban nutridos aplausos, abría la boca el inspector, respiraba el señor Quiroz, sonreía Borbolla, se refugiaba Isidorito en las faldas de su madre y gritábamos: ¡Viva el niño Cañas!

15. Desde ese momento, Isidorito era el héroe y lo besaban las señoras cuando, tropezando, podía apenas cargar los grandes libros que había merecido como premio... y envidiábamos a Isidorito.

16. "Mención honorífica, leía Borbolla con voz clara, el alumno Rito Barrios", y oíase en las bancas estudiantiles un rumor: "andale, Chato Barrios, a ti te toca"; pero el muchacho no se atrevía a pararse y había necesidad de que el señor Quiroz, con voz amable, le dijera:

— Señor Barrios, acérquese usted...

17. Y un muchacho descalzo, de blusa hecha jirones, mordiéndose un dedo, y viendo a todos lados con cara de imbécil, cruzaba el salón; las gentes lo miraban con lástima, los niños con desprecio y unos ojos empapados en lágrimas lo seguían, los de una mujer que ocupaba la última fila, perdida en la multitud: su madre; y el chato Barrios, aquel modelo, en el último grado del desconcierto, olvidando público y lugar "pegaba" la cara de la mesa a su asiento.

18 Me acuerdo que sentía no sé qué dolor, no sé qué tristeza al mirar a Barrios; inexplicablemente amargura de cosas aún no comprendidas, cuando paseaba mi observación de niño de Isidorito al Chato y viceversa; Isidorito que vestía bien; Isidorito que hacía una tontería y no le pegaban; Isidorito que estudiaba menos; Isidorito que usaba rulo; y el Chato que llegaba al colegio antes que otro; el Chato, que aprendía la lección en un segundo; el Chato que vivía en una carabonería; el Chato que iba al colegio, de balde; el Chato... que era muy infeliz.

19 He visto, después de muchos años, aquellos diplomas, el de Isidorito se ostenta sobre el bufete de un agobado, su padre, encerrado en un marco desdorado, como si acusara una ironía del ayer comparado con el hoy, denunciando el favoritismo de otra época y la imbecilidad actual, que es la cualidad notable de mi antiguo compañero de escuela. Alguien me dijo, lo sé, que los premios del Chato iban al empeño; y ese Chato es un muchacho de traje hecho jirones que estudia en libros prestados, vive en un suburbio, jamás falta a clase y parece prometer.

20 Cuando tal me dicen, pienso en el pasado, porque no ignoro cuál es la vida que no posee más que un libro y un mendrugo: lucha por elevarse del cieno en que vive, perseguido por una amargura que se encarna en todos los enemigos de la pobreza; pero me consuela saber que de ese barro amasado con lágrimas, de esa lucha con el hambre de esa humillación continua, de esa plaga infeliz y pisoteada, surgen las testas coronadas de los sabios, que, os lo juro, valen más que esos muñecos de porcelana, esos juguetes de tocador, que en la comedia humana se llaman Isidorito Cañas.

UNIDAD 5

EJERCICIOS DE EVALUACION

¿Cómo surgen los movimientos o corrientes artísticas?

¿A qué se le llama Escuela o Epoca Literaria?

¿Cómo se reconoce una época literaria?

¿Qué período comprende la primera época literaria llamada Clasicismo?

¿Cuándo aparece el Neoclasicismo y por qué se le llama así?

INSTRUCCIONES: Coloca dentro del parentesis el número que corresponda a la cuestión.

1. PINDARO () Famosas obras del poeta Homero
2. ESQUILO () Conocido como "El Padre de la Poesía" se supone nació 900 años Antes de la era Cristiana y nació en Esmira.
3. ANTIGONA, EDIPO REY, () Poetisa que nació en Lesbos, escribía versos sobre el amor, y son famosas las Odas Sáficas.

daros las gracias por la asistencia a esta solemnidad, y en particular a aquellas personas (la niña Peredo y el flautista Armenta) que han contribuido con sus altas dotes a la solemnidad del acto. He dicho".

13 "Fábula, en francés, por el niño Isidoro Cañas".

Nuestro director palidecía. Borbola dejaba que se pronunciara la corbata y la familia de Isidorito se conmovía; avanzaba el muchachito, miraba a todos lados, sacudía la cabeza poniéndose en el pecho el rollo de papel atado con un listón y gritaba: "Maitre corbó sur un abre perché... tenet a son bee, infromage".

14 Cada palabra acompañada con un ademán especial: parecía arrancarse un botón del saco, dándose antes un golpe de pecho, y al concluir sonaban nutridos aplausos, abría la boca el inspector, respiraba el señor Quiroz, sonreía Borbola, se refugiaba Isidorito en las faldas de su madre y gritábamos: ¡Viva el niño Cañas!

15. Desde ese momento, Isidorito era el héroe y lo besaban las señoras cuando, tropezando, podía apenas cargar los grandes libros que había merecido como premio... y envidiábamos a Isidorito.

16. "Mención honorífica, leía Borbola con voz clara, el alumno Rito Barrios", y oíase en las bancas estudiantiles un rumor: "andale, Chato Barrios, a ti te toca"; pero el muchacho no se atrevía a pararse y había necesidad de que el señor Quiroz, con voz amable, le dijera:

— Señor Barrios, acérquese usted...

17. Y un muchacho descalzo, de blusa hecha jirones, mordiéndose un dedo, y viendo a todos lados con cara de imbécil, cruzaba el salón; las gentes lo miraban con lástima, los niños con desprecio y unos ojos empapados en lágrimas lo seguían, los de una mujer que ocupaba la última fila, perdida en la multitud: su madre; y el chato Barrios, aquel modelo, en el último grado del desconcierto, olvidando público y lugar "pegaba" la cara de la mesa a su asiento.

18 Me acuerdo que sentía no sé qué dolor, no sé qué tristeza al mirar a Barrios; inexplicablemente amargura de cosas aún no comprendidas, cuando paseaba mi observación de niño de Isidorito al Chato y viceversa; Isidorito que vestía bien; Isidorito que hacía una tontería y no le pegaban; Isidorito que estudiaba menos; Isidorito que usaba rulo; y el Chato que llegaba al colegio antes que otro; el Chato, que aprendía la lección en un segundo; el Chato que vivía en una carbonería; el Chato que iba al colegio, de balde; el Chato... que era muy infeliz.

19 He visto, después de muchos años, aquellos diplomas, el de Isidorito se ostenta sobre el bufete de un agobado, su padre, encerrado en un marco desdorado, como si acusara una ironía del ayer comparado con el hoy, denunciando el favoritismo de otra época y la imbecilidad actual, que es la cualidad notable de mi antiguo compañero de escuela. Alguien me dijo, lo sé, que los premios del Chato iban al empeño; y ese Chato es un muchacho de traje hecho jirones que estudia en libros prestados, vive en un suburbio, jamás falta a clase y parece prometer.

20 Cuando tal me dicen, pienso en el pasado, porque no ignoro cuál es la vida de quien que no posee más que un libro y un mendrugo: lucha por elevarse del cieno en que vive, perseguido por una amargura que se encarna en todos los enemigos de la pobreza; pero me consuela saber que de ese barro amasado con lágrimas, de esa lucha con el hambre de esa humillación continua, de esa plañeada infeliz y pisoteada, surgen las testas coronadas de los sabios, que, os lo juro, valen más que esos muñecos de porcelana, esos juguetes de tocador, que en la comedia humana se llaman Isidorito Cañas.

UNIDAD 5

EJERCICIOS DE EVALUACION

¿Cómo surgen los movimientos o corrientes artísticas?

¿A qué se le llama Escuela o Epoca Literaria?

¿Cómo se reconoce una época literaria?

¿Qué período comprende la primera época literaria llamada Clásicismo?

¿Cuándo aparece el Neoclasicismo y por qué se le llama así?

INSTRUCCIONES: Coloca dentro del parentesis el número que corresponda a la cuestión.

1. PINDARO () Famosas obras del poeta Homero
2. ESQUILO () Conocido como "El Padre de la Poesía" se supone nació 900 años Antes de la era Cristiana y nació en Esmira.
3. ANTIGONA, EDIPO REY, () Poetisa que nació en Lesbos, escribía versos sobre el amor, y son famosas las Odas Sáficas.

4. LA ILIADA Y LA ODISEA () Poeta cuya temática es alegre y sin maldad celebra el vino y todos los placeres fáciles, fuma su poesía ancreontica.
5. HOMERO () Poeta nacido en Tebas, conocido como El Divino, de él se conocen sus epinicios; celebración de victorias atléticas.
6. SAFO () Escritores trágicos más importantes.
7. ANACREONTE () Una de las obras más importantes de Esquilo, plantea el conflicto suscitado entre Prometeo y Júpiter.
8. ESQUILO, SOFOCLES Y EURIPIDES () Considerado como el padre de la tragedia porque en las representaciones teatrales disminuye la importancia del coro para aumentar la del diálogo de los actores.
9. PROMETEO ENCADENADO () Nació en Colona, cerca de Atenas, realiza innovaciones en la tragedia como introducir un tercer actor, reducir miembros del coro a 15 e inventar la escenografía.
10. SOFOCLES () Algunas de las obras de Sófocles.
11. ARISTOFANES () Nació en el año 480 AC. en Sicilia su rasgo peculiar en su obra es presentar a la mujer como personaje principal y la abolió en las sentencias filosóficas.
12. EURIPIDES () Algunas obras de Esquilo.
13. MAEDA, LAS TROYANAS, HECUBA, ANDROMEDA, CASANDRA, ELENA, ETC. () Comediógrafo más importante de la antigua Grecia. Encierra en sus obras lecciones de carácter patrio así como crudos relatos, alusiones picarescas, burlas y sarcasmos.

14. LAS AVISPAS, LISIS () Algunas comedias de Aristófanes.
TRATA, LAS AVES

Qué estilo contempla la literatura contemporánea?

Cuándo y en qué país se inicia el Renacimiento.

Quiénes son los precursores del Renacimiento.

Cuándo queda constituido definitivamente el Renacimiento en toda Europa.

Cuáles son los acontecimientos que propiciaron el advenimiento del Renacimiento?

Qué se consideró fundamental en el Renacimiento?

Cuáles son algunos rasgos del Renacimiento ?

Qué características le dió el Renacimiento a la literatura ?

De qué manera se presenta el Renacimiento en España ?

Cuáles son las características esenciales de la literatura española, que también prevalecen al inicio del Renacimiento en España. ?

Cómo influye al renacimiento la Contra-Reforma en España ?

Quiénes son los precursores del Renacimiento ?

Una de las figuras más relevantes de la literatura española

Ciudad en qué nació Cervantes ?

Pseudonimo de Miguel de Cervantes ?

Obra inmortal de Cervantes ?

Cuál es la primera novela escrita por Cervantes ?

Cuáles son otras obras de Miguel de Cervantes ?

Obra postuma de Cervantes ?

Novela ejemplar incluida para tu lectura ?

Nombre con que es conocida la Gitanilla en la novela

Describe el personaje central de la obra:

Cuál es la prueba que le pide al hombre que dice estar enamorado de ella ?

Nombre con que se rebautiza al hombre entre los gitanos.

Por qué se ve envuelto en un lío judicial Andrés Caballeros ?

¿ En qué ciudad nació Shakespeare ? _____

¿ Con qué teatro de su época, se vicula el recuerdo de Shakespeare ? _____

¿ Cómo calificó Jacobo I a Shakespeare, junto con otros poetas protegidos de la corona ? _____

¿ Cómo fue considerado el talento y producción de Shakespeare ? _____

¿ Cuáles son las obras que pertenecen a la primera etapa, que se caracterizan por ser sencillas, ligeras, alegres y llenas de vitalidad ? _____

¿ Cuáles son las obras de la segunda etapa ? _____

¿Cuál es la característica de la tercera etapa ? _____

¿ Cuáles son las obras de la tercera etapa ? _____

¿Cuál es la característica de la cuarta etapa ? _____

¿ En qué reside la grandeza de Shakespeare ? _____

¿ Según muchos críticos, cuál es la mejor obra de Shakespeare. _____

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

RELACIONA AMBAS COLUMNAS ANOTANDO EN EL PARENTESIS EL NUMERO DE LA RESPUESTA CORRESPONDIENTE.

- Es un movimiento literario cultural que se revela contra las normas estrictas del neo-clasismo. () SON LAS ETAPAS EN QUE SE DIVI DE EL MOVIMIEN TO ROMANTICO - MEXICANO.
- Es arrebatada, pasional, subjetiva, combativa y polemista. () EL REALISMO
- El espiritualismo asentado cuando contribuye a marcar el despego de las cosas materiales. () EDGAR ALLAN POE.
- El neoclasicismo con su rigor preceptista ocasiono un arte sin personalidad. El romanticismo proclama en primer lugar la libertad del artista para crear su obra como la siente. () EL ROMANTICISMO
- El de la Independencia, la Academia de Letrán y el Liceo Hidalgo. () EL AUTOR REALISTA
- Son románticos que pertenecieron a la Academia de Letrán. () ENRIQUE IBSEN
- Se formó con escritores que pertenecieron a la Academia de Letrán y los nuevos escritores en su totalidad. () LA POESIA ROMANTICA
- Famoso escritor norteamericano que es uno de los maximos exponentes del romanticismo, nació en Boston y murió en Nueva York. () ANGEL DEL CAMPO
- De todos los poetas románticos en el puro lírico, el más delicado y el más agudo de todos ellos, nace en Sevilla y muere en Madrid. () LA CORRIENTE REALISTA.
- Es un movimiento literario y artístico que se inicia en el siglo XIX y que según muchos críticos es lo contrario al romanticismo. Trajo a la literatura obras medidas y pulidas y huyó de la improvisación. () CARACTERISTICA DEL ROMANTICISMO EN CUANTO AL FONDO.
- () LA CIENCIA

Es el iniciador del Realismo en Francia. () GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

Es la figura máxima del realismo frances. () JOSE LOPEZ PORTILLO Y ROJAS, TOMAS CARRASQUILLA Y MANUEL GONZALES CELEDON.

Colabora en forma determinante con la literatura, pues se adopta un método científico, ya que todo es llevado a la observación y a la experimentación, de todo se toma nota y se fotografía. () CARACTERISTICA DEL ROMANTICISMO EN CUANTO A LA FORMA.

Pintó a los hombres como son, no como debieran ser. () HONORATO DE BALZAC.

En vez de buscar temas exóticos, examinaba al mundo que lo rodeaba; dió igual importancia a la fealdad que a la belleza y rechaza a los protagonistas eróticos del romanticismo. () EL LICHO HIDALGO.

Se consideran representantes del realismo en Hispanoamérica. () FLAUBERT

Famoso dramaturgo noruego que escribió obras románticas y realistas, algunas de sus obras son: Casa de Muñecas, Espectros, Un enemigo del Pueblo, etc.. () GUILLERMO PRIETO, MANUEL PAYNO Y ANDRES QUINTANA ROO.

Novelista y cuentista mexicano, nació y murió en México, cultivo un realismo sin excesos naturalistas y con tendencias a un costumbrismo tan bien observado como propenso a la sentimentalidad. ()

Labora el Análisis Literario de "Romeo y Julieta".

a) Argumento: _____

b) Tema: _____

c) Relación Espacial: _____

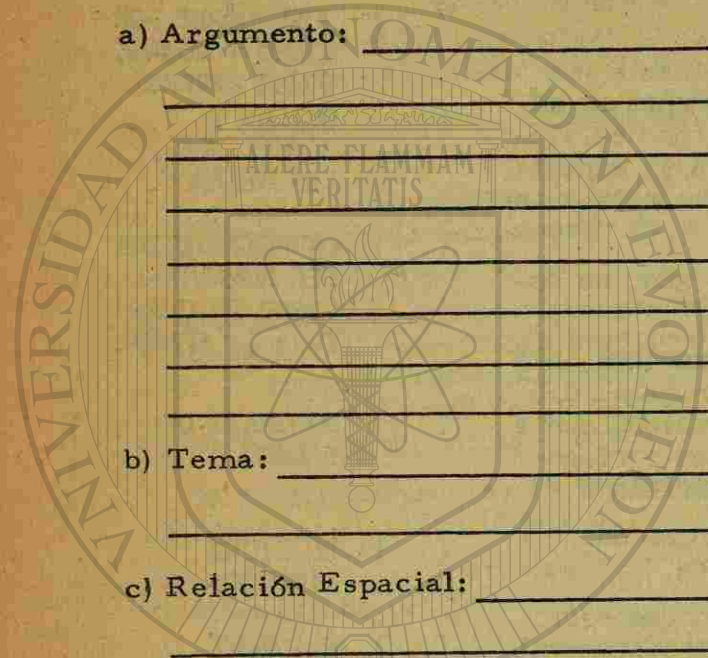
d) Relación Temporal: _____

e) Personajes Principales: _____

Secundarios: _____

f) Fuentes: _____

g) Influencia Posterior: _____



UNANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



h) Opinión de otros Autores: _____

i) Opinión Personal: _____

j) Epoca Histórica: _____

rhl

Aplicando los conocimientos que sobre el Análisis Literario haz adquirido, responde lo que se te solicita respecto a la obra "La Carta de la Casa Usher".

- Argumento. _____

- Estilo. _____

- Relación Espacial. _____

- Forma Rítmica. _____

- Vocabulario. _____

- Elementos Románticos de la obra. _____

- Opinión personal sobre la obra. _____

Responda las siguientes preguntas respecto al bello relato de "La Corza Blanca".

- Sobrenombre con que era conocida la hija del caballero don Dionis. _____

- Describe a Esteban, el zagal de la leyenda.
 Físicamente: _____

Moralmente: _____

- ¿ En qué consiste la narración del zagal ? _____

_____ y _____

- ¿Cuál fue la actitud de los que lo escuchaban ? _____

- ¿ Qué opinaban los hombres de la comarca respecto al origen de Constanza ? _____

- ¿ Quién era Garcés ? _____

- ¿ Dónde se aparecía la corza blanca ? y qué era lo que hacían ? _____

- ¿ Qué decidió hacer Garcés para cazar la corza blanca ? _____

- ¿ Por qué no disparó la ballesta Garcés ? _____

- Explica la escena donde las corzas se convierten en mujeres

- ¿ Qué ocurrió cuando Garcés decidió aparecer en el lugar ?

- ¿ Qué hizo la corza blanca cuando se vio atrapada ?

- ¿Cuál es el final de la leyenda ?

- Expresa tu opinión personal respecto a la obra.

De la obra "Casa de Muñecas" contesta las siguientes preguntas.

- Argumento. _____

- Personajes principales. _____

- ¿ Cómo es Nora ? Físicamente. _____

Moralmente. _____

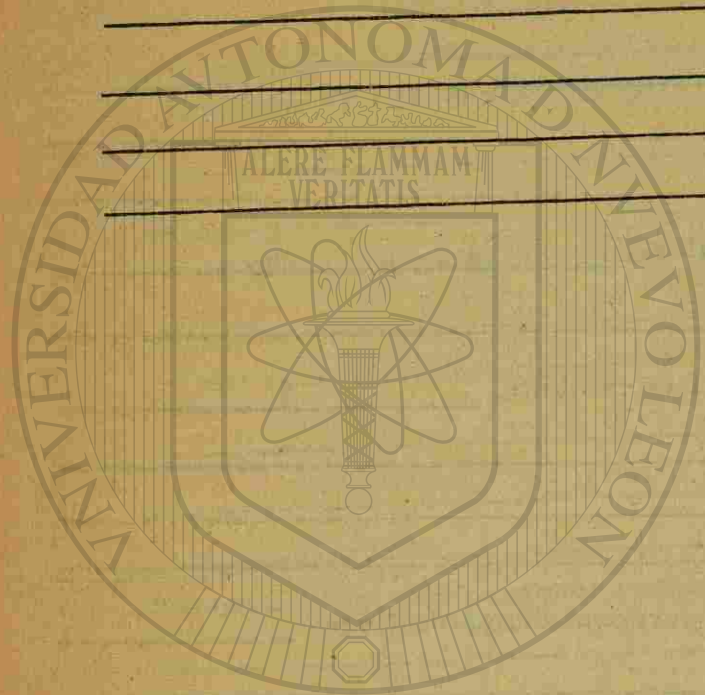
- Habla sobre las dos personalidades de Nora. _____

- ¿ Cómo reacciona Nora cuando produce un conflicto ? _____

- ¿ Es correcta la actitud de Nora ? _____ ¿ Por qué ? _____

- ¿ Qué piensas de la actitud de la Iglesia ante Nora ? _____

- ¿Cuál es tu opinión personal sobre la obra ?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

*rhl

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Después de leer la breve pero interesante obra del "Chato Barrios" escrita por Don Miguel Angel de Campo, contesta sobre la misma las preguntas siguientes.

- Argumento. _____

- Personajes principales. _____

- Género Literario. _____

- Subgénero Literario. _____

- Describe al Chato Barrios. _____

- Describe a Isidorito Cañas. _____

- Tu opinión personal sobre la obra. _____

BIBLIOGRAFIA

ACADEMIA DE LITERATURA

CHOREN, Josefina
GOICOCHEA A, Guadalupe
RUIILL, Angeles

DIAZ Playa, Guillermo
MONTERDE, Francisco

EDMEE Alvarez, María

GONZALEZ Cortina, Dra.
MOLINA Toscano, Eva
LEAL Lozano, Idolina

HINOJOSA, Delia C. Lic.

LEAL de Rodríguez, Celina
DE LA GARZA de Saenz, Elsa P.
BARRANCO de González, Patricia I.
BALDERAS de Gonzalez, Socorro I.

TORRES, Herculano A.
JIMENEZ, Mises L.
VISCAINO Pérez, José

Taller de Lecturas Literarias I U.A.N.L.
Preparatoria No. 22

Literatura Mexicana e Hispano-americana.
Publicaciones Culturales,
S.A. de C.V.
Primera Reimpresión México,
1985

Historia de la Literatura Española e Historia de la Literatura Mexicana
Editorial Porrúa, S.A.
Séptima Edición México,
1968

La Literatura Universal a través de Autores Selectos
Editorial Porrúa, S.A. Decimoquinta Edición México,
D.F. 1985

Apuntes de Literatura Clásica a la realista para el Nivel de Preparatoria

Taller de Lecturas Literarias I
U.A.N.L. Preparatoria No. 22

Literatura I
U.A.N.L. Preparatoria No. 22

Literatura Hispanomexicana
Editorial Herrero, S.A.
3er. Curso México, D.F.

VALDEZ Becerril, Francisco
HERRERA Cerecer, Leticia
ESTRELLA Gutiérrez, Fermín

VILLARREAL Alanís, Homero Fdo.

Lengua y Literatura Españolas
Editorial Kapelusz Mexicana México, D.F.

Taller de Lecturas Literarias I
U.A.N.L. Preparatoria No. 1
2da. Edición

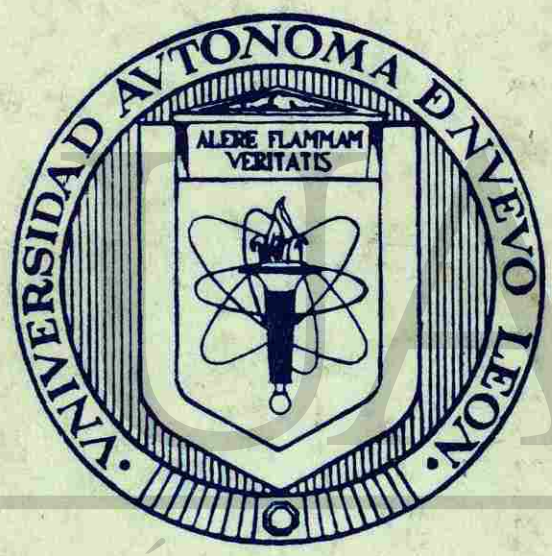
U.A.N.L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



GENERAL DE BIBLIOTECAS

*rh1



SIDAD AUTÓNOMA DE NUE
ECCIÓN GENERAL DE BIBLIOT CA